REYES DE AVALIER · LIBRO TRES

EL DESPIADADO REY FAE

LEIA STONE

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Mapa

Advertencia de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Créditos

Sinopsis

El Rey Fae es el monstruo más cruel de todo Thorngate. Se dice que es despiadado y sin corazón. Y, aparentemente, estamos prometidos…

Cuando viene para negociar nuestro matrimonio, hago todo lo que está en mi poder por retrasar la boda, pero, cuanto más tiempo paso con el misterioso rey, más me cuestiono si los rumores sobre él son verdaderos.

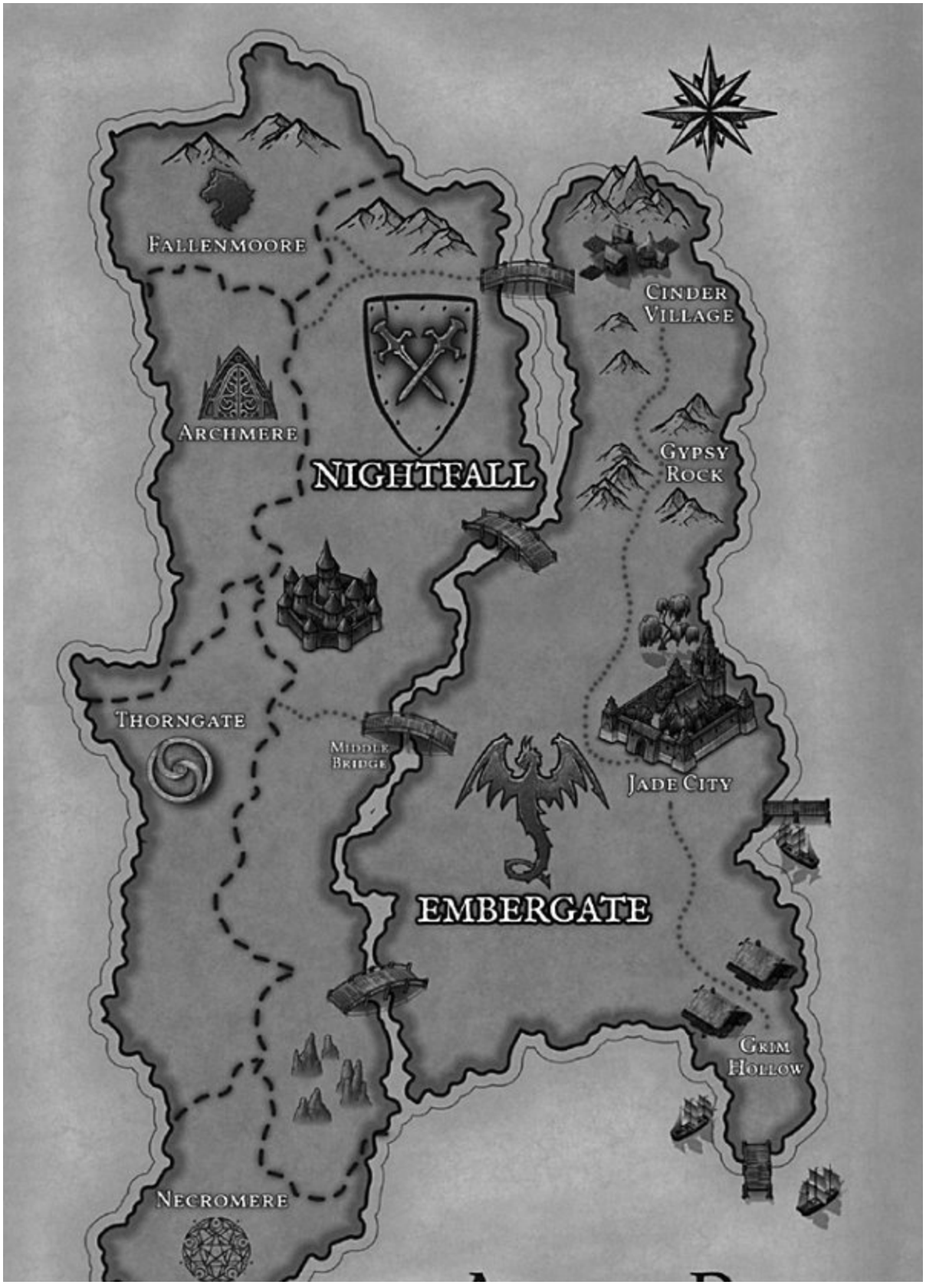
Sé que el Rey Fae tiene un pasado oscuro que explica por qué es como es, y por más que quiero odiarlo por ello, voy a descubrir todos sus secretos… aunque ponga en peligro mi corazón.

EL DESPIADADO REY FAE

Leia Stone

Traducción de María Cárcamo

CROSS BOOKS


FALLENMOORE
CINDER VILLAGE
ARCHMERE
NIGHTFALL
GYPSY ROCK
THORNGATE
MIDDLE BRIDGE
JADE CITY
EMBERGATE
GRIM HOLLOW
NECROMERE

AVALIER

Advertencia de contenido

Este libro contiene una escena de abuso sexual que puede resultar angustiosa para algunos lectores. No se relata de forma gráfica ni extremadamente detallada.

1

—¡No pienso hacerlo, padre! —grité.

—¿Quieres que todo el reino quede sumido en el invierno? ¿O que perdamos los cultivos? —bramó mi padre—. Cuando el rey invernal te pide la mano de tu hija, ¡no se la niegas!

Estaba tan enfadada que temblaba. En mi vida había estado tan furiosa con mi padre. Lo quería, lo adoraba, veneraba el suelo que pisaba, pero no cedería a casarme con ese monstruo.

—Pues eso es exactamente lo que voy a decir cuando llegue: ¡NO! —grité. De pronto, se levantó el viento dentro de la casa y los papeles que había en el escritorio de mi padre salieron volando y formaron un remolino.

Él suspiró, como si estuviera acostumbrado a mis rabietas, pero no era justo. Ni siquiera tenía tantas, solo cuando me obligaban a casarme con capullos desalmados.

—Papi... —Suavicé la voz y el viento se calmó de inmediato y los papeles cayeron suavemente al suelo—, te quiero. Respeto las decisiones que tomas. Pero bajo ninguna circunstancia me casaré con Lucien Espino. Jamás.

Mi padre me miró con tristeza en los ojos y entendí entonces que ya estaba todo estipulado. Los matrimonios concertados eran comunes en el reino, y siempre supe que, como princesa de Otoño, algún día tendría un pretendiente de la realeza, pero ¿Lucien, el rey de Invierno?

Era inimaginable.

—No. —De mis labios se escapó un grito ahogado y mi padre ya no pudo mirarme más a los ojos.

—Lo siento, Madelynn. No se puede hacer nada —dijo. Y ya está.

Habían sellado mi destino junto al hombre más cruel de todo Thorngate. Lucien solo llevaba seis inviernos siendo rey, pero ya se contaban más de

una docena de historias sobre sus crueles hazañas. Una vez congeló todo el territorio de Verano cuando protestaron por la subida de impuestos. También había oído que le arrancó la lengua a su chef favorito por servirle comida insípida. Odiaba las flores, así que mandaba destruirlas en un radio de kilómetros alrededor de su palacio. Estaba muerto por dentro. «Cruel». Desde que su padre abdicó del trono en su dieciséis cumpleaños, solo se escuchaban rumores sobre su lado oscuro.

—¿Y si me pega? —intenté razonar con mi padre—. Ya has oído los rumores, papi. No es bueno.

Mi padre parecía afligido.

—No va a pegar a su esposa. —No parecía muy seguro.

«Ayúdame, Creador».

Mi padre era bueno, demasiado bueno, y siempre intentaba agradar a todo el mundo. Ahora iba a tener que lidiar con esto yo misma. Tendría que ser fuerte para que el rey Espino entendiera que no era una mujer a la que le convenía cabrear.

—¿Cuándo llega? —pregunté con los dientes apretados.

—Esta tarde. —La voz de mi padre sonaba pequeña.

—¡Hoy! —grité, y volvió el viento, que sopló por la ventana abierta y me rodeó. Mis poderes eran los más potentes que habían existido en generaciones, y sabía que ese era el motivo por el que el rey me había elegido. Jamás había visto a Lucien siendo adulta. Los faes de Otoño nos relacionamos, por lo general, prácticamente solo entre nosotros. Lo había visto alguna vez de adolescente, cuando su madre aún estaba viva, pero yo debía de tener unos seis inviernos, y él, ocho o así. Apenas lo recuerdo. Sé que me dio un girasol y me dijo que mi vestido era muy bonito. Era un buen niño antes de que la oscuridad se cerniera sobre él.

Salí enfadada del despacho de mi padre y me llevé el remolino de viento conmigo.

¡Cómo se atrevía mi padre a contármelo a horas de que el rey llegara! No me había dejado tiempo para buscar la forma de escaquearme del acuerdo. Seguramente eso era lo que pretendía.

El personal de palacio se arrimaba a la pared a mi paso y mi viento les ondeaba la ropa en todas direcciones. Tenía que salir a desahogarme o

derrumbaría la casa entera.

Salí por la puerta de atrás y corrí por los jardines hacia el prado donde iba a menudo cuando quería usar mis poderes sin destrozar nada.

Una vez en la seguridad de la naturaleza, me dejé llevar. Cogí una enorme bocanada de aire y el viento me apretó como si fuera un antiguo amigo. La hierba se inclinó, se levantó el polvo y el sol se oscureció a medida que mi pequeño túnel de viento se hacía cada vez más fuerte.

Quizás el rey estaba ya de camino. Era última hora de la tarde y puede que ya hubiera comenzado su viaje. Si le enviaba esta pequeña ventisca, a lo mejor conseguía sacar a sus caballos del sendero y podía resultar herido, lo que retrasaría el compromiso...

Me sacudí esos pensamientos oscuros, consciente de que, si hacía eso, podrían saber fácilmente que había sido cosa mía.

Cerré los puños, miré al cielo, al ojo de la tormenta que yo misma había creado, y solté un grito agonizante en dirección al sol, como si mi enfado fuera culpa suya.

De pronto, el viento amainó y yo volví a estar relajada. Liberar mi poder no me ayudaría. Tenía que mantener las ideas claras si pretendía encontrar la forma de salir de esta.

—¿Tu padre te lo ha contado? —escuché la voz de mi madre detrás de mí y me giré como una serpiente lista para atacar.

—Madre, ¿cómo has podido? —gimoteé. Mi padre era el líder de nuestro territorio, era su obligación cerrar un acuerdo de este tipo, pero ¿mi madre? No me había dicho nada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—El rey invernal puede llegar a ser muy convincente. —No dijo nada más.

Resoplé y me acerqué a ella. Tenía el pelo tan pelirrojo como yo, y hoy, casualmente, las dos llevábamos un vestido verde. Nos pasaba a menudo y era algo que me gustaba. Siempre me había sentido muy unida a mi madre, pero ahora me sentía traicionada.

—Madre, es una persona horrible —rogué.

Ella suspiró.

—No digas eso. Perdió a su madre siendo un crío y... se portó mal.

¿Lo estaba defendiendo?

—Perdió a su madre hace seis años —gruñí—. ¿Qué excusa tiene ahora? —Su madre murió en un trágico accidente. Estaba cabalgando con el joven Lucien Espino y el caballo la tiró. Se golpeó en el cuello y se lo partió. Murió en el acto. Como tan solo se trataba de un paseo inocente a caballo, no había ningún elfo curandero presente. Me dio mucha pena que de tan joven viera morir así a su madre, pero no era ninguna excusa para algunas de las historias que había oído sobre él.

—Madre, come carne cruda. Ha matado con sus propias manos. Por no hablar de lo que hizo con la Gran Helada. Es un monstruo.

Mi madre suspiró.

—No sabemos si todo eso es verdad. —No parecía muy convencida.

—¿Es por la dote que va a pagar? Porque yo puedo conseguir dinero y devolvérselo todo a papá...

Mi madre me interrumpió negando con la cabeza.

—No, tesoro, es la ley. Cuando el rey al mando pide la mano de alguien de la realeza, no se le puede negar.

Fruncí el ceño.

¿Ley? ¿Un estúpido mandato legal era lo que se interponía en mi libertad? No es que fuera en contra del deber ni del matrimonio. El matrimonio de mis padres fue concertado y eran muy felices. Sabía que algún día yo haría lo mismo. Solo estaba en contra de la idea de que fuera con él.

—¿Por qué me quiere a mí? —Me crucé de brazos y levanté la barbilla —. Soy de la corte de Otoño. La duquesa Dunia de Invierno sería una pareja mucho más apta para él. Crecieron juntos, lo conoce. Su descendencia sería mucho más apropiada.

Mi madre volvió a suspirar, dio un paso adelante y me agarró las manos.

—Se ha enterado de tu poder y de tu belleza. Te quiere a ti, Madelynn. Quiere que seas su esposa y la madre de sus hijos. Tu hijo podría ser el futuro rey.

Se me hundió el corazón. No pensaba que mi poder y mi belleza algún día sellarían mi destino junto a un gilipollas sin corazón, pero ahí estábamos.

—Lo siento, madre. No puedo. Cualquiera menos él. Ayúdame a decir que no. Di que estoy prometida con otro o...

—¡Madelynn! ¡Eso dejará en evidencia a tu padre y a toda nuestra corte! Ya estás prometida. —Me miró como si de pronto tuviera dos cabezas. Su hija mayor perfecta. La que tenía la magia ventisca más poderosa. Con las mejores notas en la escuela. Nunca se había pasado de la raya. Sí, era independiente y cabezota, pero nunca había desobedecido a mis padres, o una orden real... hasta ahora.

—Nos vemos luego, madre —dije misteriosamente, y fui corriendo al granero en busca de mi yegua.

Me negaba, en nombre de Hades, a casarme con Lucien Espino.

Cabalgué sola hasta el pueblo cobijada bajo la capucha de mi capa, hasta que llegué a la casa de uno de mis cortesanos favoritos: Maxwell Blane. Era guapo, rico, divertido y todo un donjuán. Era perfecto para lo que estaba a punto de pedirle.

Llamé apresurada a su puerta porque la siguiente calle a la suya estaba llena de gente y no quería suscitar rumores. Nunca había estado sola en presencia de un hombre sin carabina, pero no quería que hubiera testigos de lo que iba a hacer.

Cuando su criada abrió la puerta, entré deprisa sin que me lo pidiera.

Ella chilló y se apartó, luego me quité la capa.

—Perdona la intrusión, Margaret.

—Ay, princesa Madelynn. —Hizo una reverencia, aliviada al ver que conocía a quien acababa de colarse en la casa.

Mi dama de honor, Piper, y yo veníamos a casa de Maxwell una vez a la semana a sus famosas fiestas. Era el cortesano del que todo el mundo quería ser amigo y montaba las mejores fiestas a las que yo había ido. Había música, juegos y bebida. Yo no bebía, claro, no era adecuado, pero sí jugaba a los juegos y me lo pasaba siempre muy bien.

—¿Está Maxwell? Tengo un asunto urgente que tratar con él.

Ella asintió.

—Acompañadme. Está en el estudio. —Miró la puerta que había detrás de mí, como si me preguntara sin hablar dónde estaba mi carabina. No dije nada, dejé que el calor de mis mejillas hablara por mí. Sin mediar palabra, pilló la indirecta y me pidió la capa.

Los padres de Maxwell eran de familias ricas y, cuando murieron en un accidente de navegación, se lo dejaron todo. Era un niñato malcriado y un amigo muy querido. Sabía que me ayudaría con mi petición.

Margaret me acompañó hasta una puerta abierta al final del pasillo. La criada golpeó el marco.

—Señor, la princesa Madelynn ha venido a veros.

Se le iluminó la cara cuando me vio.

—¡Qué honor! Pasa, cielo.

«Cielo». «Preciosa». «Cariño». Nunca se dirigía a una mujer sin una de estas coletillas. Había yacido con la mitad de la corte, estaba segura.

La criada se marchó. Por lo general, solía quedarse para asegurarse de que mi reputación quedaba intacta, pero creo que se había dado cuenta de que iba a ser una conversación privada.

Cerré la puerta y lo miré.

Llevaba una chaqueta de seda roja y tenía entre los dedos un puro encendido y una taza de café, y un anillo en el meñique con un enorme diamante. Tenía veintitrés años. Todo el pueblo cotilleaba semanalmente sobre su soltería, pero una vez me comentó que no tenía intención de casarse. Nunca.

Por educación, apagó el puro y se levantó a darme un beso en la mejilla. Acepté el beso y se lo devolví como besaría a un tío o a un hermano. Nunca me había sentido atraída por Maxwell. Era guapo, pero su tonteo descarado y la facilidad con la que yacía con mujeres me producían rechazo. Sin embargo, ahora me había dado cuenta de que era justo lo que necesitaba.

—¿A qué se debe este placer a escondidas? —Me sonrió mientras echaba un vistazo a la puerta cerrada y constataba que no llevaba carabina. Después se volvió a sentar en su sillón.

Cogí una bocanada de aire temblorosa y lo miré a los ojos.

—Mi padre me ha prometido con Lucien Espino.

Escupió el café y dejó la taza sobre la mesa.

—Ay, Creador. Ese hombre tiene muy mala reputación. Pero serás reina, así que no está tan mal.

Yo sacudí la cabeza.

—No puedo casarme con él, Max. Tienes que ayudarme.

Maxwell tenía el pelo largo y rubio, los ojos azules y su piel era más clara que la mía. A veces analizaba su cara para intentar comprender cómo podía ser tan... guapísimo. Me puse a hacerlo mientras él se planteaba mi destino.

Asintió.

—Entiendo. Puedo darte dinero para que le pagues la dote a tu...

Levanté la mano y lo interrumpí.

—Mi madre me ha dicho que no serviría. No es una cuestión de dinero, sino de reputación.

Maxwell se mordió el labio.

—Te puedo dar dinero para que huyas.

Resoplé.

—¿Y dejar a mi familia? ¿Mi hogar?

Él se encogió de hombros.

—No se me ocurre ninguna otra opción, Madelynn. Es el rey de Invierno —dijo, y dio un sorbo al café.

Moví los dedos nerviosa sobre mis piernas y las mejillas se me sonrojaron cada vez más por la vergüenza.

—Como sabes, antes de casarme con el rey me harán una prueba de pureza. Había pensado que igual podías ayudarme a... suspenderla.

Volvió a escupir el café en mi dirección. Me moví justo a tiempo y manchó todo el respaldo del asiento.

Estaba boquiabierto, y yo retorcí la cara.

—¿Quieres que me maten? —exclamó—. Tu padre me mataría, luego tu madre y luego el rey. ¡Me matarían tres veces!

—¡Estoy desesperada! —sollocé—. Es un monstruo. Lo sabes.

Me recorrió todo el cuerpo con la mirada, se llevó una mano a la boca y se mordió un nudillo.

—He de admitir que he pensado en yacer contigo, Madelynn, pero eres de la realeza y no me van los dramas. —Maxwell me miró con compasión

—. Puedo ofrecerte dinero que no tendrías que devolverme, pero es lo único que puedo hacer.

Era una buena oferta, pero no pensaba abandonar mi hogar y a mi familia. Fruncí el ceño.

—Max, no quiero casarme con él.

Me agarró la mano desde el otro lado del escritorio.

—Sé la mujer fuerte, atrevida e independiente que sé que eres y puede que consigas que te rechace.

Me reí, pero luego pensé que igual era una buena idea. Si era lo bastante desagradable con él, se daría cuenta de que mi belleza y mi poder no compensaban aguantar mi mal carácter.

—Es una idea fantástica. Gracias, Max.

Me miró con deseo una vez más y me hizo un gesto con la mano.

—Vete antes de que cambie de idea.

Me despedí y le pedí la capa a la sirvienta. Cuando abrí la puerta, me encontré a mi madre apoyada sobre mi caballo.

«Hades».

Esta mujer me conocía demasiado. Intenté parecer tranquila, como si no acabara de pillarme haciendo algo que no debía.

Mi madre se acercó a mí con furia en los ojos.

—¿Has venido a ver al seductor local sin carabina? No estarás intentando ensuciar tu reputación, ¿verdad, hija mía?

Resoplé.

—Me ha rechazado.

—¡Madelynn! —gritó mi madre, y me dio una colleja—. Tu padre te ha prometido con el rey de Invierno, el soberano de todos los fae. No encontrarás nada mejor.

Parecía que mi madre y mi padre habían olvidado todas las historias de terror que pesaban sobre Lucien Espino.

—No me habéis dejado tiempo para prepararme para esto —gruñí sintiéndome de pronto avergonzada por lo que acababa de hacer. Si se corría el rumor de que había estado sola en casa de Maxwell sin carabina, no tendría ninguna posibilidad de casarme con ningún hombre.

Mi madre me colocó una mano en el hombro y me miró a los ojos.

—Porque te conocemos demasiado bien. —Miró la casa de Maxwell—. Escucha, tesoro, te hemos educado para que seas una líder —continuó—. Junto al rey Espino podrás cambiar las cosas. Como su mujer y nuestra reina, tendrás influencia en las leyes y las resoluciones. Podrás hacer algo por tu comunidad e, incluso, convencerle para una guerra. Una mujer tiene un papel muy importante al lado de un rey.

Sus palabras me llegaron hondo, a ese lugar en mi interior que quería sacrificar mi felicidad por la de mi pueblo. Había asumido de forma ingenua que podía ser feliz y cumplir con mi deber, pero ahora me daba cuenta de que eso no era así.

Suspiré resignada.

—Si me hace daño, lo mataré. Me dan igual las posibles consecuencias.

Mi madre se estremeció, como si le hubiera dado una bofetada.

—Si te hace daño, yo lo mataré.

Su sorpresa ante mi comentario sobre sus posibles abusos me hizo preguntarme si estaba siendo demasiado dura con él. Pero los relatos que había oído, que una vez arrastró a un cortesano por todo el pueblo enganchado a un caballo, por ejemplo, eran todos oscuros y brutales, y contaban la historia de un rey inestable con el que no quería tener nada que ver. De pronto las lágrimas me nublaron la vista y una ráfaga de viento se levantó a nuestro lado, ondeándome el pelo.

—Voy a echarte de menos.

Apenas había terminado la frase cuando mi madre me abrazó.

El rey de Invierno llegaría de un momento a otro. Después de negociar mi dote, me haría desfilar por la corte de Otoño como si fuera un cerdo galardonado. Anunciaríamos públicamente nuestro compromiso y haríamos una gira por todas las cortes para invitarlas a nuestra futura boda. Y todo esto antes de conocerlo.

Al final, cedí ante los ruegos de mi padre y las lágrimas de mi madre.

Era la princesa más poderosa de todo el reino, y el rey quería herederos poderosos, así que era una candidata evidente.

Una parte de mí siempre supo que este día llegaría. Pero tenía la esperanza de que se casara con una mujer de linaje real de su propia corte y me dejara en paz. No quería irme de Otoño. Las hojas naranjas, el aire fresco, el olor a cambio. Había vivido en el reino de mi padre toda mi vida. Éramos una de las familias más prósperas de Thorngate, cultivábamos la mitad de la comida del reino e incluso vendíamos el sobrante a Embergate.

Me quedé sentada en mi habitación mientras mi querida dama de honor, Piper, terminaba de ondearme el pelo, y casi me largo a llorar al caer en la cuenta de pronto de que ya no volvería a disfrutar de su compañía. Yo tenía diecinueve inviernos y ella veinte. Habíamos crecido prácticamente juntas. Su madre fue la dama de honor de mi madre y ella era mi mejor amiga.

No habíamos dicho nada desde que nos enteramos de la noticia. No sabía si ella sabía qué pensar o qué decirme. Casarme con el rey de Invierno era más una maldición que una bendición, así que no iba a darme la enhorabuena.

—¿Qué pasa? —me preguntó por fin.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al mirarla.

—Me acabo de dar cuenta de que nos vamos a separar. No sería capaz de pedirte que abandonaras a tu familia y vinieras conmigo al infierno congelado de la corte de Invierno.

Piper sonrió. Me encantaba esa sonrisa. Tenía dos dientes torcidos que le apretaban el labio de abajo como si fueran colmillos.

—Ay, Maddie, jamás permitiría que te casaras con ese bastardo y te fueras sola. Ya le he pedido a tu padre que me permita salir de la corte de Otoño. Me voy a Invierno contigo.

Le di un fuerte abrazo con los ojos empapados.

—No te merezco —le dije.

La solté y ella asintió, sacudiendo su larga melena castaña sobre los hombros.

—Eso es verdad. Y he oído que el rey de Invierno es más rico que tu padre, así que igual podría pedirle un aumento...

Sonreí. Me encantaba que Piper supiera apaciguar mi mal humor.

Llamaron a la puerta y me puse de pie, me erguí y levanté la barbilla.

Era la hora. El rey había llegado.

Mientras me acercaba a la puerta, Piper me agarró de la muñeca. Me giré y vi que tenía fuego en la mirada.

—Recuerda lo que vales, Madelynn Vendaval. Tienes mucho que ofrecer. Me da igual que sea el rey. Tú vales más que un saco de oro.

Sentí un pinchazo en el corazón y le di las gracias al Creador por tener una amiga tan leal. Le apreté la mano, asentí y abrí la puerta. Mi madre me estaba esperando. La negociación de la dote siempre se hacía en persona después de que el pretendiente conociera a la futura esposa. Tenía que asegurarse de que yo era tan guapa como le habían dicho o como cuando me vio por última vez, y que era tan poderosa como afirmaban los rumores. Cuanto más guapa y más poderosa, más dinero y tierras podía pedir mi padre.

Como otorgaría valor a su reinado y le daría unos herederos poderosos, le pagaría a mi padre por el derecho a casarse conmigo. Era una práctica más antigua que el sol en nuestra cultura y, si me paraba a pensarlo, era un poco ofensiva, pero necesaria para mantener los fondos de la corte. Mi padre no pedía muchos impuestos al pueblo, y el cincuenta por ciento de lo que recaudábamos se lo teníamos que entregar al rey de Invierno.

—Estás preciosa, tesoro —dijo mi madre, y extendió un brazo para que la agarrara.

—Gracias. —Cogí su brazo y miré a Piper, que me levantó el pulgar.

Me encantaba que hubiera decidido venir conmigo. La verdad es que no sabía si sobreviviría en Invierno sin, al menos, una amiga.

Mientras mi madre y yo atravesábamos los pasillos de mi casa familiar, todo empezó a ser muy real. No me podía creer que estuviera haciendo esto. El hombre del que se rumoreaba que había matado a una criada por no hacerle bien la cama estaba a punto de convertirse en mi marido.

¿Era capaz casarme con un hombre que me haría infeliz el resto de mi vida solo por cumplir con mi deber y satisfacer a mi familia? ¿El deber estaba por encima de la felicidad?

Lamentablemente para mí, sí.

—¡Maddie! —La voz de mi hermana pequeña sonó detrás de mí y se me tensó todo el cuerpo. Si la veía ahora me convertiría en un manto de lágrimas. No podía imaginarme separarme de Libby.

—Todavía no lo sabe —me susurró mi madre, y sentí un gran alivio.

Me giré poniendo una sonrisa falsa y dejé que corriera a mis brazos.

—¡He sacado la mejor nota en tiro con arco! El maestro Bellman dice que soy tan buena como los elfos —gritó emocionada.

Yo sonreí y acaricié su melena pelirroja. Tenía el color de pelo como mi madre y como yo, pero la textura del de mi padre. La mitad del tiempo parecía un león salvaje.

—No me cabe duda.

—Estás muy guapa. —Miró mi vestido dorado de encaje y mi peinado y maquillaje elegantes.

—Gracias. Tengo... una reunión. Luego vengo a hablar contigo, ¿vale? —Despedirme de ella me mataría. Ni siquiera podía pensarlo.

—¡Vale! —gritó, y salió corriendo a abrazar a nuestra madre antes de irse dando saltos a su habitación. Su niñera iba corriendo detrás de ella.

Mi madre y yo nos miramos con pena, pero no dijimos nada.

Libby y yo teníamos una relación muy especial. Viví siete abortos de mi madre antes de que naciera Libby hace ocho años. Cuando llegó a nuestras vidas fue como un soplo de aire fresco que todos necesitábamos. Hacía que todo fuera divertido y liviano en el palacio. Era la alegría de mi madre después de haber sufrido tanto.

Cuando llegamos a la puerta, miré a mi madre para que fuera consciente de la realidad. Si me iba a casar con ese hombre, con la reputación tan despreciable que tenía, quería tener el control sobre ciertas cosas.

—Quiero negociar mi dote —le dije directamente.

Casi se ahoga con su propia saliva. Empezó a toser y a carraspear.

—Tesoro, eso no se ha hecho nunca. Es algo entre el rey Espino y tu padre.

Levanté la barbilla.

—Si me vais a vender a un monstruo, yo misma estableceré mi precio.

Las mejillas de mi madre ardían de vergüenza y me sentí fatal por haberlo dicho de esa forma. Hizo un pequeño gesto con la cabeza y fue todo lo que necesitaba, así que abrí la puerta.

Cuando vi a Lucien Espino riéndose junto a la chimenea con mi padre, supe que me había metido en un lío.

Había acumulado un odio profundo hacia ese hombre. Las cosas que había hecho eran inexcusables, pero, aun así, cuando lo vi, no pude evitar que se me tensara el estómago y sentí un cálido placer por todo el cuerpo.

Era el hombre más atractivo que había visto en la vida. Flaqueé cuando se giró para mirarme.

«Ten piedad, Creador».

Lucien Espino no se parecía en nada al sujeto que aparecía en los cuadros infantiloides que colgaban de las paredes de las salas de reuniones. El hombre que tenía ante mí estaba cincelado a la perfección: unos ojos grises de acero, la nariz afilada y la mandíbula fuerte. Tenía los labios apretados y gruesos. Llevaba el peinado de los guerreros reales: con la cabeza rapada por los laterales y el pelo recogido en una coleta, trenzada al final. La túnica gris le abrazaba el cuerpo musculado, dejando muy poco a la imaginación. No sabía qué esperar, pero esto no, desde luego; no contaba con sentirme atraída por el hombre al que odiaba. Me descolocó durante un segundo. El rey y yo nos quedamos de pie, mirándonos. Me recorrió despacio todo el cuerpo con la mirada y sentí cómo se me entrecortaba la respiración.

Era el mal encarnado, pero envuelto en el paquete más delicioso que había visto jamás. No sabía si podría negarme a lo que ofreciera como dote.

«No puedo casarme con este hombre».

Me sacudí y salí del hechizo que me había echado cuando recordé su reputación.

—Mi rey... —Hice la reverencia más pequeña que pude para que no me considerara una maleducada, y me acerqué a saludarlo.

Mi madre hizo una reverencia junto a mí, más profunda y demasiado respetuosa.

Me miró como un animal que sigue a su presa, y tragué con fuerza.

—Madelynn Vendaval, sois más guapa de lo que dicen las canciones sobre vos —declaró, y se acercó para cogerme la mano. Yo se la di y plantó un beso en el dorso, y en ese momento sentí un golpe de frío que me recorrió todo el brazo.

«Y encima también es encantador. Genial».

Le sonreí sutilmente. Entonces le besó también la mano a mi madre. Como era tan guapo, aproveché el momento para recordar alguna de las historias horribles que había escuchado sobre él, y miré a mi padre.

—He hablado con madre, le he dicho que quiero negociar yo la dote, y está de acuerdo —le anuncié delante del rey.

Mi madre se atragantó y miré al rey para ver cómo reaccionaba, pero simplemente se quedó mirándome divertido. Tenía las manos agarradas en la espalda y arrugó los ojos mientras me analizaba.

—Eso no funciona así. Es un asunto de hombres —respondió mi padre, y se rio nervioso antes de mirar al rey—. Lo siento, mi lord, creo que la he educado para ser demasiado independiente y cabezota.

El rey seguía observándome, atravesándome con la mirada.

—Hasta pagaría más por la independencia y la cabezonería.

Su comentario me impactó. En nombre de Hades, ¿qué quería decir? ¿Era una broma? Si era así, no me hacía ninguna gracia.

Mi padre ni siquiera sabía qué hacer con ese comentario, así que se quedó en silencio.

—Me encantaría negociar vuestra dote con vos, Madelynn —me dijo el rey, y tragué saliva. Decir que quería negociar mi dote era una cosa, hacerlo era otra muy distinta.

No contaba con que aceptara. Esperaba que pensara que era demasiado prepotente y dominante y lo cancelara todo.

Miré a mis padres, a sabiendas de que, si estaba a punto de aceptar casarme con ese nombre, tenía que hablar con él a solas primero.

—Madre, padre, si nos permitís, tengo que hablar con el rey Espino a solas antes de aceptar casarme con él.

Una mirada de pánico atravesó los ojos de mi padre. Me conocía demasiado y seguramente se estuviera imaginando las cosas horribles que iba a decir o hacer.

—No puedes estar sola con un hombre soltero. No es apropiado —me recordó mi madre con una risa nerviosa.

Yo asentí.

—Ve a por Piper. Puede ser mi carabina.

Mi padre estaba inmóvil junto a la chimenea, como si no supiera si podía o no romper el protocolo y permitir algo así. Todos nos quedamos mirando al rey, esperando que nos guiara, pero parecía totalmente relajado y disfrutando del momento. Se inclinó contra el muro de ladrillo de forma casual.

—Me encantará tener una charla privada con vos —me dijo.

Mi madre fue a buscar a Piper y yo estaba cada vez más incómoda con la actitud complaciente del rey invernal. El rey monstruoso del que yo había oído hablar habría impedido algo así. Una mujer que negociaba su propia dote era algo insólito, pero parecía que se estaba divirtiendo, y eso me ponía furiosa.

¿A qué estaba jugando? Era evidente que, si mi intención era disgustarlo con mi comportamiento, me había equivocado.

Al cabo de unos minutos, apareció mi madre con Piper, que hizo una reverencia profunda al rey y se colocó en una esquina de la habitación para ser una espectadora silenciosa.

Mi padre carraspeó, evidentemente incómodo con la situación.

—Puedes irte —le dije a mi padre. Mi madre ya estaba en la puerta.

Mi padre miró al rey, que asintió, y se fue con mi madre a regañadientes. En cuanto se cerró la puerta, me acerqué a Lucien Espino. Estaba decidida a ser todo lo sincera que pudiera para que supiera cuáles eran mis intenciones.

—He oído lo que se cuenta sobre vos —comencé—. Sois un hombre cruel, desagradable con su personal y que castiga con severidad por cualquier mínima infracción. Mentiría si dijera que me hace ilusión ser vuestra prometida.

Ya está. Hecho. Fui completamente sincera con él y conseguí que quedara claro que no iba a ser una esposa dócil y enamorada de él. Decirle algo así a un rey era algo muy atrevido y me quedé esperando su respuesta furiosa.

Pero el muy bastardo se contentó con sonreír ante mis palabras.

Me crucé de brazos y lo miré con ira.

—Y, además, no tengo ningún interés en daros hijos enseguida, así que tendréis que esperar hasta que esté preparada.

Tenía los ojos entrecerrados y se lamió los labios como si se estuviera imaginando teniendo hijos conmigo.

Se me calentaron las mejillas y me sonrojé.

—Y no yaceré con vos a no ser que sea para procrear. Podéis buscaros una amante, o pagar una prostituta, me da igual. —Levanté la barbilla y una carcajada ronca le rasgó la garganta.

El sonido me sorprendió. Era grave y llenó toda la habitación.

—¿Os estáis riendo de mí? —Cerré con fuerza los puños y una ráfaga de aire llenó la habitación haciendo crecer las llamas de la chimenea.

De pronto, otra ráfaga, de nieve esta vez, entró por la chimenea y cayó sobre el fuego, que crepitó.

¿Estaba mostrando sus poderes porque yo lo había hecho? ¿Qué demonios era esto?

¿Estábamos en una especie de enfrentamiento?

Se me quedó mirando sonriente y aparentemente divertido mientras yo luchaba contra todas mis emociones.

Se llevó la mano al corazón.

—Creo que me acabo de enamorar.

Puse los ojos en blanco y gruñí cuando el viento amainó de pronto. ¿Iba a ser un hombre insoportablemente encantador todo el tiempo?

—¿Os digo que me parecéis una persona horrible y os enamoráis de mí? —pregunté—. Parecéis inestable.

Se acercó rápidamente y se me aceleró el corazón cuando se paró a dos centímetros de mí.

—Es sabido por todos que no soy precisamente estable, ¿no? —me susurró. Su cálido aliento me cubrió la cara.

«Creador bendito».

Di un paso atrás y miré con pánico a Piper, pero estaba completamente inmóvil, era una mera observadora. Se metía mucho en su papel cuando tenía que hacerlo, pero estoy segura de hablaría de esto durante días cuando estuviéramos a solas.

Él dio otro paso, acortando la distancia que yo acababa de crear, y bajó la voz.

—Tengo que confesaros algo —murmuró.

Tenía el corazón en la garganta y tragué con fuerza.

—¿Qué? —dije.

«¿Por qué tiene que ser tan guapo?»

Me miró los labios, luego el cuello, hasta que por fin me miró a los ojos.

—Os vi en la pradera junto a vuestra casa la última luna llena. Marchaba por el bosque con varios de mis soldados, buscábamos a un perro de caza perdido. Estabais bailando en el jardín con vuestra hermana y... —Respiró hondo y se acercó para cogerme un mechón de pelo pelirrojo—. Me parecisteis la mujer más hermosa que había visto jamás. Entonces supe que tenía que haceros mía.

Fue como si algo absorbiera todo el aire de la habitación. No podía respirar. ¿Qué estaba pasando? El malvado rey estaba... ¿piropeándome?

—Poned un precio, Madelynn Vendaval, porque no hay pieza de oro en el reino que no esté dispuesto a pagar con tal de despertarme junto a vos cada mañana. —Sonrió amablemente y yo me tuve que reprimir un gemido. Era lo más bonito que un hombre me había dicho y... me lo había dicho el bastardo que había hecho sufrir muchísimo a mi familia en el pasado. No sabía qué decir ni cómo sentirme. Tenía sentimientos encontrados. Lo que en un principio había interpretado como el tonteo de un hombre encantador se había transformado rápidamente en una confesión bastante seria.

—Cuando os coronaron rey y provocasteis la Gran Helada por todo el reino, mi abuela murió —solté.

Su mirada se oscureció y casi me arrepentí de haberle dicho eso. Ya me estaba acostumbrando a su sonrisa.

Ahora estaba ante un hombre desprovisto de toda emoción.

Se había ido a otra parte, a algún sitio al que yo no podía ir, al que no quería ir.

—Siento haberla matado —declaró—. Y a los demás. Aquella noche murieron treinta y siete personas en la corte de Verano. Doce en Primavera. No estaban preparados para ese frío.

Junté las cejas cuando confesó las cosas tan espantosas que había hecho sin mostrar ni una pizca de sensibilidad.

—¿Lo admitís? —Nunca recibimos una disculpa ni una explicación. Solamente un frío extremo que se extendió por todo el territorio, y al día

siguiente todo volvió a la normalidad.

—Claro. —Se irguió, con la espalda muy recta y la barbilla levantada, sin sonreír—. Mis poderes están ligados a mis emociones. Como los vuestros. No pude controlarlo. —Se refería a hacía un momento, cuando no pude evitar que el viento entrara en la habitación.

¿Qué tipo de emociones tenía que tener un hombre para terminar congelando todo el reino durante un día y noche enteros? Yo tenía trece años en aquel momento, y fue una de las noches más terroríficas de mi vida. El frío entró en la casa como una sombra y se quedó allí sin importar cuánto aviváramos las llamas. No dormí, estuve toda la noche tiritando. Salí con mi madre para intentar retener la helada con nuestro viento. Mi abuela vino a ayudarnos, pero era demasiado vieja para algo así. Murió al día siguiente. Tenía el corazón débil, dijo el curandero, pero todos sabíamos lo que la había debilitado.

«La Gran Helada».

Como estaba siendo tan sincero, quise preguntarle qué había ocurrido esa noche para que perdiera el control, pero no estaba segura de querer saber la respuesta. No quería saber con qué clase de hombre iba a casarme. Un hombre que daba miedo y que podía congelarme si lo hacía enfadar.

No sabía qué decir. Se suponía que esto iba a ser la negociación de mi dote y, no sé cómo, se había convertido en otra cosa.

El rey me miró y vi algo profundo en sus ojos que me produjo un dolor intenso en el corazón. Parecía... triste. Como si, en lo más profundo de su ser, hubiera un niño desolado que solo quería cariño.

—Sé que los matrimonios concertados ya no son la mejor opción, pero sí son una tradición —dijo el rey Espino—. Dicho esto, si no queréis ligar vuestro destino al mío, puedo cancelarlo todo. Le diré a vuestro padre que no somos compatibles. Vuestra reputación quedará intacta.

Fruncí el ceño. El corazón me latía en la garganta. ¿Me estaba dando la opción de escapar de esto? El ambiente se tornó solemne y entré en conflicto con lo que había querido antes de conocerlo, con cómo me sentía ahora y con lo que mi madre y mi padre esperaban de mí.

—Sinceramente —afirmó el rey de Invierno—, creo que soy yo quien debería pediros una dote por casaros con esto. —Se señaló el cuerpo de

arriba abajo y yo solté una carcajada.

Era gracioso.

«Gracioso. Encantador. Cariñoso».

«Un poco inestable. ¿Qué podía salir mal?».

Merecía la pena tener en cuenta su oferta para poder librarme de esto, pero mi padre ya se lo había contado a los sabios de la corte de Otoño. Por no hablar de que el rey había venido hasta aquí con todo un contingente de soldados reales. Seguramente, más de medio pueblo se había enterado ya de lo que estaba pasando. Si lo cancelábamos, se correría el rumor y la gente pensaría que a mí me pasaba algo, que era impura o demasiado independiente. Y eso mancharía mi reputación ante cualquier otro posible pretendiente.

No, tenía que hacerlo. La reputación de mi familia estaba en juego. También influiría en los futuros pretendientes de Libby. Por mucho que antes hubiera querido escapar, ahora era consciente del efecto que tendría en mi familia.

—Podemos proceder con el acuerdo. —Me alisé el vestido con un gesto nervioso—. Solo quería que supierais cuál es mi posición.

Él asintió y me miró de arriba abajo.

—No queréis hijos enseguida, solo yaceréis conmigo para procrear y puedo pagarme una prostituta. Entendido.

Yo me retorcí al oírlo de aquella manera, y luego se me escapó una risa nerviosa.

—Vale, igual lo de la prostituta ha sido demasiado. Lo siento. Es que... es demasiado para mí. Me acabo de enterar hoy.

Me miró con una sonrisa.

—¿Queréis decir que me arrebatáis el derecho a una prostituta que me habíais prometido?

Le di un golpe en el hombro, como haría con un amigo, olvidándome durante un segundo de que estaba en presencia del rey. Él me cogió la mano con fuerza por los dedos y la cabeza empezó a darme vueltas.

—Jamás os haría eso... pagar una prostituta, o tener una amante, o cualquier otra cosa parecida —me prometió, y me dio un vuelco el estómago.

Era tan... todo lo contrario a lo que yo había pensado.

—¿Cuánta dote pagó vuestro padre a la familia de vuestra madre? —Le pregunté, liberándome la mano e intentando descifrar cuál era la cantidad aceptable.

Al mencionar a su difunta madre, su expresión cambió durante un segundo, pero luego recobró la compostura.

—Cien monedas de oro, cuatro hectáreas de terreno y una docena de caballos. Pero eran otros tiempos. —Su voz sonaba monótona y pensé que igual no le gustaba hablar de su madre después de tanto tiempo.

Cien monedas de oro era lo que ganaba mi padre en un año, y el rey Espino me apartaría de la vida de mi padre.

—Quiero mil monedas de oro —le dije con la intención de que me regateara a quinientas.

—Hecho —declaró sin perder el tiempo.

Me quedé paralizada y tragué con fuerza. Era asquerosamente afable.

—Y quiero que mi dama de honor venga conmigo. —Asentí mirando a Piper, que seguía erguida en una esquina.

—Hecho —repitió.

El corazón me latía con fuerza.

—Además, creo que cuarenta hectáreas de terreno de cultivo para mi pueblo es un precio justo por los dos herederos que os daré.

El rey miró lentamente mi cuerpo de arriba abajo, acariciándome la piel con sus ojos grises de una forma que casi podía sentirlo.

—Esperaba tener más de dos hijos, sobre todo después de que dijerais que solo yaceréis conmigo para procrear.

Se escuchó la carcajada de Piper desde la esquina y me giré para lanzarle una mirada furiosa. El calor me subió a las mejillas y supe que seguramente harían juego con mi pelo.

—El número de hijos lo podremos debatir más adelante. —Me abaniqué con la mano y me aparté de la chimenea.

—Cuarenta hectáreas. Hecho —dijo.

—En cuanto a los caballos, hay veinte ancianos en la corte de Otoño. Quiero que le regaléis un semental a cada uno. Hacen casi todos los trabajos de agricultura y les ayudará...

—Hecho —me interrumpió—. ¿Algo más?

Lo miré incrédula. Había sido mucho más fácil de lo que pensaba. Lo estaba aceptando todo sin dudar.

—¿Podré ver a mi familia? —Se me quebró la voz al pensar en Libby.

—Por supuesto. —Frunció los labios—. Cuando queráis. Son bienvenidos en la corte de Invierno en cualquier momento. Tenemos una casa de invitados preciosa que puedo tener lista enseguida.

Había pensado decirle que, si alguna vez me hacía daño, le partiría el cuerpo en dos con la ventisca más grande que pudiera imaginarse, pero ahora pensaba que igual era demasiado desagradable. ¿Había hecho cosas malas? Sí, acababa de admitir la Gran Helada. Pero había algo más, una amabilidad que no sabía describir, unas ganas de complacer, de que le mostraran cariño. Me tenía confundida y eso apaciguaba mi rabia hacia él.

Sabía que las dotes se sellaban con un apretón de manos, así que me acerqué y extendí la mía.

—Espero con ansia la futura boda y el momento de servir a mi pueblo como vuestra nueva reina —le dije.

Él me sonrió y me dio un firme apretón de manos.

—Estoy deseando pasar el resto de mi vida con vos, Madelynn. Espero poder haceros feliz.

Dejé de respirar por enésima vez. Su forma de hablar era... muy intensa, muy real. Se inclinó hacia delante y me plantó un beso en la mano antes de soltarla con delicadeza. Casi me daba pena que se fuera. El rey de Invierno cruzó la habitación y saludó a Piper con un gesto de cabeza. Cuando apoyó la mano en el picaporte, lo llamé.

—¡Rey Espino!

Se giró y lo miré a los ojos.

—Podría haber pedido más, ¿verdad?

Su sonrisa pícara hizo que me temblaran las piernas. Creador bendito, qué guapo era.

—No os habría negado nada.

Se dio la vuelta y cerró despacio la puerta, seguramente para ir en busca de mi padre y ponerlo todo por escrito.

Me quedé allí inmóvil, aturdida, mientras Piper se separaba de la pared y venía hacia mí.

—¿Lo seguimos odiando? —preguntó con el ceño fruncido—. Estoy muy confundida.

Me encogí de hombros.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

Ella se mordió el labio.

—Creo que me ha gustado todo de él.

Y a mí.

«Y. A. Mí»

2

Mientras el rey redactaba y firmaba el acuerdo con mi padre, Piper y yo nos fuimos a la sala de arte a prepararme y esperar para la prueba de pureza. Me daba miedo todo lo que me aguardaba. La curandera comprobaría que estuviera de verdad intacta para mi rey. Mi madre me dijo que sería un poco incómodo durante un momento, pero que pasaría rápido.

Se abrió la puerta de repente y entró un elfo curandero con una bata blanca. El rey Espino pasó detrás de él. No esperaba un curandero hombre. Miré a Piper, tragué saliva y apreté los muslos mientras pensaba en que un hombre desconocido estaba a punto de mirarme entre las piernas.

—Te dije que no. Te pedí que no vinieras —gruñó el rey de Invierno al curandero.

Mi padre y mi madre todavía no habían vuelto, así que tendría que pasar por esto yo sola.

El curandero llevaba la típica bata blanca y tenía el típico bolso negro de curandero.

—Vuestro padre me lo ha exigido —aseguró el curandero.

De pronto, la habitación quedó sumida en el frío, las temperaturas frígidas me cubrían toda la piel.

—Mi padre ya no es rey —le espetó furioso al curandero—. El único hombre que puede verla desnuda soy yo. Si la tocas, te congelaré la mano y te la haré añicos. ¿Queda claro?

Yo me tensé y Piper se movió a mi lado para protegerme.

Ese era el infame carácter por el que era conocido. Congelar y romper la mano de su propio curandero. Era una locura. Su comportamiento me tenía muy confundida. ¿No quería asegurarse de que fuera pura? No sabía qué pensar de él. Estaba rompiendo todas las normas.

—Con la declaración por escrito bastará —afirmó el rey Espino.

El curandero apretó la mandíbula, pero asintió y se dio la vuelta hacia mí.

—Madelynn Vendaval, ¿jura por el Creador que está libre de toda profanación sexual?

Yo tragué saliva y se me calentaron las mejillas.

—Lo juro —grazné.

Me entregó una hoja de papel en la que ponía lo mismo y la firmé con la mano temblorosa.

Cuando el curandero salía de la sala, entraron mi padre y mi madre, ambos sonrientes. Era evidente que estaban contentos con la dote que había conseguido.

—¿Ya se ha hecho la prueba de pureza? —preguntó mi madre al ver que el curandero se marchaba.

—En efecto —dijo el rey sin comentar que no se había hecho ninguna comprobación física.

—¿Queréis ver una pequeña muestra de su poder antes de que anochezca? —Mi padre sonrió. Siempre se enorgullecía muchísimo de mis habilidades mágicas. Era encantador.

El rey Espino me miró desde el otro el extremo de la sala de arte.

—Si a Madelynn no le importa. Sé que tenemos que salir temprano para la gira de compromiso, entiendo si decís que estáis cansada.

Piper y yo nos miramos. ¿Por qué era tan considerado? ¿Estaba actuando? No tenía sentido. El rey enfadado y egoísta del que había escuchado tantos rumores no era el hombre que tenía delante.

Me puse de pie y estiré la espalda.

—Siempre estoy dispuesta a presumir un poco —exclamé, a lo que mi madre respondió con un resoplido.

—Es bastante humilde, mi lord, os lo prometo —le dijo mi madre nerviosa al rey.

—En lo que respecta a su poder, no —añadió Piper con sinceridad, y su comentario hizo reír a mi padre.

Miré al rey y vi que me estaba sonriendo. Era como si le encantara mi comportamiento rebelde e impropio de una dama.

Salimos todos a la pradera rodeada de árboles. Algunos estaban en el suelo desde la última vez que hice una demostración de mi increíble fuerza ventisca.

Notaba al rey de pie detrás y me giré para encontrármelo apenas a medio metro de mí, observándome con interés. Mi madre, mi padre y Piper, sin embargo, estaban a unos dos metros de distancia.

—Creo que es mejor que os apartéis un poco, mi lord —le propuse.

Le brillaron los ojos como si la idea de que yo pudiera hacerle daño fuera estúpida.

Pero, siguiendo mi consejo, se apartó hacia donde estaban todos los demás. Entonces, respiré hondo. Invoqué al viento, que se filtró entre los árboles, empujando las hojas a medida que se acercaba. Empecé con una demostración de fuerza, utilizando el viento para recoger un árbol caído y elevarlo en el aire, girándolo de forma salvaje.

Escuché unos aplausos detrás de mí, me giré y vi a mi madre, mi padre, Piper y al rey de Invierno animándome.

—¡Impresionante! —gritó el rey Espino.

Alentada por mi público, dejé caer el tronco y cogí más hojas para terminar la exhibición con un remolino de colores. Arranqué hojas marrones, naranjas, verdes y amarillas de las ramas de los árboles y se unieron al torbellino de viento. Escuché un aspaviento de sorpresa justo a mi espalda y supe que había sido el rey. Mi padre y mi madre habían presenciado ese número muchísimas veces, y ellos también podían hacerlo, aunque a menor escala. Piper tampoco estaría sorprendida porque me veía hacerlo a menudo.

—Sois increíble —declaró el rey Espino en un suspiro, y de pronto estaba junto a mí ofreciéndome sus manos—. ¿Me permitís?

No sabía a qué se refería, pero sería muy grosero decirle que no al rey, así que asentí. Y entonces empezó a nevar. No sobre nosotros ni sobre mis padres, sino dentro del remolino. Miré cómo los copos de nieve caían dentro de mi túnel de viento, atrapados en el movimiento espiral. La ráfaga blanca me recordaba a una bola de nieve que tenía cuando era niña. Cada vez que me enfadaba, la agitaba y veía cómo caía la nieve para calmarme. Y era lo que estaba pasando ahora. La nieve y las hojas de colores intensos

se movían en perfecta sincronía creando una suave espiral por la pradera. Era como si mi magia y la suya estuvieran hechas la una para la otra y, honestamente, era una de las cosas más bonitas que había visto nunca.

Mis padres y Piper empezaron a aplaudir y yo dejé caer las manos, disipando el remolino.

—Me muero de hambre —le dije a mi madre, dándole la espalda al rey Espino. Había pasado algo, algo que no era capaz de explicar y que no me gustaba. O sí que me gustaba... demasiado, y ese era el problema.

Ese hombre había admitido hacía apenas una hora haber matado a docenas de personas en la Gran Helada, y amenazó a su curandero con hacerle añicos la mano. No iba a permitir que un poco de nieve cegara ese recuerdo.

—Ah, bueno, pues vamos dentro. —Mi madre se rio nerviosa y yo me volví a casa dando fuertes pisotones.

No quería que Lucien Espino me gustara. Esto complicaba las cosas. Había oído demasiadas historias horribles para que ahora me encandilara con sus atractivos. Pero era encantador. Pronto se mostraría tal y como es, y entonces podría centrarme en sus defectos y obligarlo a que entendiese que yo jamás podría amar a un hombre como él. Como mucho, nos toleraríamos por el bien del reino y de cualquier futuro hijo que pudiéramos tener.

La simple idea de tener hijos con él hizo que se me calentaran las mejillas.

—¡Tesoro! —gritó mi madre detrás de mí. Me detuve y me giré hacia ella. Piper había desaparecido en el invernadero, y mi padre y el rey Espino estaban hablando bastante lejos de nosotras.

Mi madre sonreía.

—Bueno, ¿cómo va todo? Parece muy... agradable.

—Un fantástico actor, sin duda —le dije, y le lancé una mirada furiosa desde el otro lado de la pradera.

Mi madre frunció el ceño.

—La dote ha sido el doble de lo que había pedido tu padre. ¿Un actor habría sido tan generoso?

El corazón me latió frenético en el pecho con esa puntualización.

—Supongo que no.

Sonrió engreída mientras enganchaba su brazo en el mío.

—He invitado a algunos de nuestros cortesanos favoritos. Podemos bailar, beber y conocerlo un poco mejor. Seguro que así estarás más cómoda con la idea de irte de gira con él mañana.

No quería un espectáculo, pero sabía que, si habían avisado a los sabios, ya lo sabría toda la corte, o lo haría dentro de poco. Para eso era la gira. Para que todos los cotillas de los pueblos nos vieran juntos y corrieran la voz.

«El rey de Invierno había elegido esposa».

—¿Me cambio de vestido? —le pregunté a mi madre.

Ella asintió.

—Ese es muy bonito, pero es mejor que el rey vea que no te ha faltado de nada hasta ahora.

Así era mi madre, siempre preocupada por cómo podrían percibirlos a ella y a mi padre los demás. En su defensa diré que prácticamente venía en el título del trabajo.

Fui hacia mi habitación y me preparé para conocer al hombre con el que estaba a punto de casarme. Recé al Creador para que mostrara algún defecto, aunque fuera mínimo, si no iba a tener que cambiar mi opinión sobre él. Y todavía no estaba preparada para hacer eso.

A las pelirrojas nos sienta mejor el verde esmeralda y el morado oscuro, pero hay otro color secreto que hace que los hombres vuelvan la cabeza para mirarnos con adoración. Un color secreto que nadie se espera nunca.

Rojo.

Como yo tenía el pelo más bien de un tono cobrizo, el vestido rojo sangre que me había puesto, junto con los ojos verdes, hacía que el color de mi pelo resaltara aún más. Era un vestido de última moda que había confeccionado yo misma para una de las fiestas de Maxwell. El escote era apropiado, pero por poco. Me abrazaba las caderas y bajaba apretado justo hasta la rodilla, donde se abría. La cola era lo bastante corta para caminar cómoda, pero lo suficientemente larga para darle drama. Me encantaba.

—Si no se casa contigo, lo haré yo —declaró Piper mirando el vestido de arriba abajo.

Yo sonreí.

—Es un vestido muy bonito, ¿verdad?

Piper se había puesto un vestido precioso azul pálido y se había recogido la melena castaña en una cascada de ondas.

—Sí. Por cierto, ¿habéis tenido un momento íntimo cuando habéis estado demostrando vuestros poderes o ha sido cosa mía? —Se acercó a mi lado y me empezó a recoger el pelo por los lados.

Puse los ojos en blanco.

—Lo del poder ha sido... guay, pero no ha habido ningún momento.

Piper me miró con una ceja arqueada.

—He preguntado al personal. Todos dicen que ha estado encantador y que incluso se ha disculpado por derramar un poco de agua y se ha ofrecido a recogerlo él mismo.

Se me abrió la boca y me di la vuelta para mirarla. Ni siquiera yo hacía eso. Me disculpaba, sí, pero eran los sirvientes los que lo limpiaban. Era su trabajo.

—¿A qué juega? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Tendrás que conocerlo mejor para averiguarlo.

Me había dejado el pelo suelto y rizado, pero recogido por los lados hacia atrás para apartármelo de la cara. Piper se sacó un tubo metálico de lápiz de labios rojo del bolsillo y me sonrió.

—¿Es el de mi madre? —pregunté.

Ella asintió.

—Me ha pillado robándolo hace un rato y me ha dicho que lo compartiera contigo.

Le di un golpe en el brazo.

—¡Piper! No necesito asombrarlo, ya estamos prometidos.

Los pintalabios rojos se usaban para seducir a los hombres. Yo ya lo había conseguido.

Piper sacó los labios y me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo. La imité y me aplicó el color mirándome a los ojos.

—Madelynn, mi madre me dio unos consejos de amor cuando me compró el primer sujetador, y voy a compartirlos contigo.

Me preparé. La madre de Piper era la dama de honor de mi madre. Era la que la ayudaba a gestionar toda su vida. Si tenía algún consejo para mí, quería escucharlo.

—¿Qué? —murmuré mientras ella me apartaba la barra roja de los labios. Me giró hacia el espejo para que me viera.

«Fae bendita».

Estaba... como si quisiera seducir a un marido.

—El consejo fue que, aunque estés casada, tienes que seguir sorprendiendo a tu hombre —confesó Piper con una sonrisa.

Yo me reí.

—¿Te dijo eso?

Ella hundió la barbilla.

—Así que, aunque estés prometida, o casada, o celebrando vuestro cincuenta aniversario de boda, tienes que seguir asombrándolo. —Me guiñó un ojo.

—¡No quiero hacerlo! —solté, y me sentí mal de inmediato por ello—. Perdona. Es que... mató a un montón de gente con la Gran Helada. Lo ha reconocido. Y la abue...

—Estaba enferma del corazón y no debería haber salido con tanto frío. Eso fue hace años y ha dicho que perdió el control. Me ha parecido que fue un accidente. ¿No tiene derecho a cometer errores?

No me gustaba nada que lo estuviera defendiendo, pero ¿lo hacía porque yo estaba siendo demasiado dura con él?

—¡Amenazó a su curandero con romperle la mano! —le dije.

Piper asintió.

—Es el rey y el curandero iba a actuar en contra de su voluntad. No quería que te tocara, deberías estar agradecida.

Piper siempre tan sensata. A veces lo odiaba.

—De acuerdo, vamos a cenar. —Me alisé el vestido intentando no ponerme nerviosa.

Pensaba que Lucien Espino llegaría aquí como si fuera su casa y se comportaría como un cretino. Que renegociaría a la baja mi dote y sería

agresivo con mi servicio. No sabía cómo comportarme con el hombre que había aparecido.

Mi madre dijo que había invitado a algunos de nuestros cortesanos favoritos, pero lo que en realidad quería decir era que había invitado a los sabios, sus mujeres, más de dos docenas de cortesanos y sus familias. El salón de baile estaba abarrotado con todo nuestro personal de servicio de un lado a otro rellenando bebidas y colocando comida.

—Madre, aquí hay más gente que en el Festival de Otoño —le susurré mientras me acercaba a ella. Ella se fijó en el pintalabios rojo, en el vestido y en los tacones.

—Madelynn, te has convertido en una mujer impresionante. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, y, la verdad, no me lo esperaba.

—Gracias —dije—. Pero esto es demasiado.

Mi madre me agarró la barbilla y la sacudió un poco.

—No todos los días se promete mi hija mayor. Deja que me divierta un poco.

Suspiré y cedí. A mi madre le encantaban las fiestas, le encantaba decorar y repasar el menú con el jefe de cocina. Seguramente llevaría días planeando esto.

La miré con una ceja arqueada.

—¿Cuánto tiempo llevas organizando esto?

Ella apretó los labios.

—El rey invernal nos dio a conocer sus intenciones hace unas semanas, pero yo no tenía ni idea de cuál sería la decisión de tu padre.

—¡Hace unas semanas! —grité en un susurro. ¿Me habían ocultado todo esto semanas?

La gente nos miró y mi madre se rio nerviosa y levantó la copa de vino, luego me miró.

—Hubo muchas conversaciones. Tu padre quería asegurarse que el rey Espino y tú haríais buena pareja.

No tenía ningún sentido discutir por algo que ya estaba hecho.

—Una fiesta magnífica, madre. Gracias —dije con frialdad, y me fui a buscar a Piper.

Seguro que ella compartía mi desdén por una enorme fiesta de compromiso en la que yo no había tenido ni voz ni voto. Me abrí camino entre la multitud, ofreciendo sonrisas amables y agradeciendo cuando alguien me daba la enhorabuena. Me estaba alejando de la señora Fuller, la modista favorita de mi madre y mía, cuando de pronto me encontré de frente con Lucien Espino.

Se me entrecortó la respiración cuando lo vi con esa túnica de seda plateada con unos copos de nieve bordados por los bordes. Tenía los ojos medio cerrados y analizaba mi vestido de arriba abajo hasta fijarse en mis labios rojos.

—Ahora entiendo lo que quiere decir un hombre cuando afirma que una mujer le quitó el aliento. —Cogió aire como si de verdad se hubiera olvidado de cómo respirar.

Otro cumplido impactante que no sabía cómo tomarme. La verdad era que a mí también me estaba costando recordar cómo se respiraba al verlo tan elegante.

En ese momento empezó a sonar la música y el rey Espino me ofreció la mano sin decir nada. Mi cabeza gritaba «¡No!», pero mi cuerpo se inclinó hacia su mano extendida y, antes de darme cuenta, ya estábamos bailando. La sala estalló en aplausos y todos los invitados despejaron la pista de baile mientras el rey me llevaba al ritmo de mi vals favorito.

—No se os da mal —comenté, aparentando estar relajada. Estar tan cerca de él, sentir su mano suavemente apoyada en mi espalda y mi mano encajada en la suya mientras con la otra me agarraba a su brazo musculoso me nublaba el sentido común.

—¿No se me da mal? A mi madre no le habría gustado nada ese comentario —aseguró con el ceño fruncido.

Yo sonreí.

—De acuerdo, se os da bastante bien. ¿Os enseñó a bailar vuestra madre, rey Espino?

—Por favor, tutéame —dijo—. Y sí, así es.

El tuteo solía llegar después de la boda, e incluso entonces muchos maridos insistían en que los llamaran mi lord o Su Alteza, incluso su mujer y su reina. Me había llegado el rumor de que ni siquiera su padre podía tutearlo.

—Lucien, ¿estás disfrutando de la corte de Otoño? —Me decidí a hablar de cosas sin importancia porque mi mente y mi cuerpo estaban ahora mismo enfrentados en una guerra. Una parte de mí quería huir y la otra quería descubrir a qué sabía. Era una sensación horrible e inesperada, y no sabía qué hacer.

Me miró, me miró de verdad, con una profundidad que estaba segura de que estaba accediendo a mis secretos más oscuros.

Me sentí desprotegida y expuesta bajo esa mirada, pero no podía apartar los ojos.

—¿Cómo no me va a gustar? —preguntó—. El paisaje es increíble, tu familia y cortesanos son muy amables, y tú eres... mucho más de lo que me había imaginado.

Ahora me tocaba a mí quedarme sin aliento. Lo que decía, los cumplidos constantes... era... No me lo esperaba.

—¿Le dices estas cosas a todas las mujeres a las que quieres cortejar? —solté sin pensar.

Él se rio, se le iluminó toda la cara y el grave sonido de su voz resonó en mi interior.

—Madelynn, eres la primera mujer a la que cortejo en mucho tiempo. Simplemente hablo desde el corazón, como me enseñó mi madre.

No sabía qué decir ante eso, así que tan solo parpadeé rápido y bailé el resto de la canción en silencio. Sentí un pequeño pinchazo de celos porque hubiera cortejado a alguien hace tiempo, y luego me sentí idiota por ello. Me alegré cuando, por fin, anunciaron la cena y todos fuimos a sentarnos. Piper se sentó a mi izquierda y Lucien a mi derecha, en el extremo de la mesa, donde normalmente se sentaba mi padre. Esta vez, mi madre y mi padre estaban enfrente de nosotros.

Libby estaba durmiendo y odiaba perderse las fiestas, así que le quería guardar un trozo de tarta de chocolate.

El jefe del servicio, Jericho, se acercó al rey con una profunda reverencia.

—¿Preferís vino tinto o blanco, Su Alteza? O quizás preferís alguna bebida de la zona. Disponemos de una cerveza de manzana y calabaza bastante aclamada por los lugareños.

Lucien levantó una mano.

—Nada, gracias. No bebo alcohol.

Me sorprendí un poco y miré a mi madre. Los hombres que no bebían alcohol lo hacían a menudo por una única razón: tenían un problema.

Ahora todo tenía sentido. Las historias de sus arrebatos, congelar el reino, cortarle la lengua a un cortesano. El tipo de cosas que haría un hombre volátil cuando estaba borracho.

Jericho era un sirviente con experiencia y conocía bien el protocolo. Si un invitado de honor rechazaba las bebidas, no se servía más vino a nadie en la fiesta.

En lugar de rellenar la copa de mi madre o preguntar a los demás invitados qué querían tomar, las botellas de vino y demás bebidas alcohólicas fueron desapareciendo poco a poco y en silencio sobre las bandejas del servicio.

—Mi rey, espero que disfrutéis de la comida. Estamos muy orgullosos de nuestro cocinero y la carne es caza fresca de hace apenas unas horas. —Mi madre era una experta en cambiar de tema y en desviar la atención.

Lucien la miró con una sonrisa amable.

—Me muero de ganas de probarla.

El resto de la noche fue como la seda. Lucien elogió la comida hasta en tres ocasiones, alabando el estofado con romero y el dulce glaseado de las patatas. Era un invitado muy educado, y parecía que todo el mundo lo estaba pasando muy bien.

Yo, sin embargo, estaba excepcionalmente callada, imaginándome a un rey borracho que se habría dado a la bebida después de la muerte de su madre. ¿Cuánto tiempo llevaba sobrio? En nuestra corte tuvimos un problema parecido con uno de los sabios. Estaba enfermo, bebía más vino que agua. Mi madre lo envió a un centro élfico de curación especializado en lo que le pasaba. Ya llevaba diez años sobrio.

Sabía que tenía que tener algún defecto, un motivo para todas las historias que lo rodeaban. Todos teníamos un pasado, y no se lo echaría en cara, siempre y cuando se hubiera curado. Eso era lo que me molestaba.

«¿Se había curado?». No se lo podía preguntar, no era asunto mío.

Después de la cena, la fiesta terminó antes de lo normal, seguramente por la falta de vino, y me despedí de todos dando las buenas noches.

Al día siguiente empezábamos la gira de varios días por las cortes. Era la única ocasión que tendría para conocer al rey de Invierno antes de que nos uniéramos para siempre.

Al entrar en el pasillo con Lucien, me dispuse a irme a mi habitación, ya que él se alojaba en los aposentos para invitados. Pero se detuvo y se quedó mirándome.

Yo también me paré, con la sensación de que quería decirme algo.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó algo y se lo quedó en el puño cerrado.

—Me... gustaría que te pusieras esto, pero si prefieres diseñar el tuyo propio, lo entiendo perfectamente. —Me agarró la mano y dejó caer un anillo muy delicado.

Me quedé mirando la banda dorada con un copo de nieve en el centro y me quedé sin aliento.

—Era de mi madre —confesó él, y se me hundió el corazón hasta el estómago—. Sé que ella habría querido que lo tuvieras tú.

Era obligatorio darle a la novia un anillo después de firmar la dote, pero ¿el de su madre? Me resultaba conmovedor. No sabía qué decir.

—Es precioso —murmuré, y me lo coloqué en el dedo anular. Al ver el anillo en mi mano, todo se hizo realidad en aquel momento.

—Que duermas bien, Madelynn. —Me hizo una reverencia, que era algo insólito, y volvió a confundirme.

—Buenas noches, Lucien. —Le hice una reverencia y cada uno se fue para su dormitorio.

La forma en la que había dicho mi nombre, tan delicada y con tanto cariño, se quedó en mi cabeza hasta mucho después de meterme en la cama.

3

Libby no se tomó bien la noticia. Lloró, gritó y me abrazó, y luego se fue corriendo a su habitación y se encerró. Su rabieta me rompió el corazón, pero sabía que iba a volver en menos de una semana y la volvería a ver, así que pusimos en marcha la gira por las cuatro cortes de Thorngate. Otoño era la primera. Mi pueblo estaba encantado por mí, coreaban mi nombre y tiraban pétalos de flores al carruaje mientras pasábamos. Pero algunos miraban al rey como si fuera un monstruo, como había hecho yo el día anterior cuando lo conocí.

Estaba en conflicto entre las historias que había escuchado de él y el hombre al que tenía delante. Al salir de la periferia de Otoño, Lucien se volvió a sentar y se quedó mirando por la ventana abierta. Ahora íbamos a Primavera, luego a Verano y, por último, a su reino, Invierno. Después me traería de vuelta a casa y no volvería a verlo hasta la noche de la boda. El viaje entero duraría unos cinco días y Piper iba conmigo para evitar cualquier rumor de impureza antes de la noche de bodas.

Mis padres se quedarían en Otoño con Libby y esperarían mi vuelta.

Miré a Piper, que estaba leyendo una novela erótica que le había dejado y se me desviaron los ojos al rey. No llevaba armas, algo normal entre los faes más poderosos de nuestro reino, y estaba muy limpio. Si la más mínima hebra le arruinaba los pantalones, la arrancaba y la tiraba por la ventana del carruaje.

—Rey Es... —empecé a decir, hasta que recordé que me había pedido que lo tuteara—. Lucien, háblame de ti. ¿Qué te gusta hacer para divertirte? ¿Qué te hace feliz? —Si iba a estar encadenada a ese hombre para el resto de mi vida, sería mejor que empezara a conocerlo.

Se estremeció ante unas preguntas tan simples. Miró a Piper, a mí y luego se puso a observar los árboles por la ventana.

Un silencio incómodo se extendió por el carruaje, y, cuando ya pensaba que iba a ignorar las preguntas, por fin habló.

—La verdad es que no recuerdo la última vez que fui feliz de verdad. En algún momento antes de que muriera mi madre, seguramente. Me gustaba montar a caballo.

Esa respuesta tan honesta me llegó al pecho y escurrió hasta la última gota de sangre de mi corazón. Noté a Piper ponerse rígida a mi lado, pero siguió con la mirada pegada al libro. ¿No sabía qué le hacía feliz? Su madre había muerto cuando tenía dieciséis años y ya tenía veintiuno... ¿No había sido feliz en estos cinco años? Era desgarrador.

¿Había dejado de montar a caballo después del accidente de su madre? Tragué saliva, consciente de que había algo más profundo, pero también de que no podía acercarme. ¿Por eso empezó a beber hasta desarrollar un problema con el alcohol?

—Oh, bueno, entonces tendré que intentar cambiar eso y encontrar algo que te haga feliz —le dije.

¿Ayer lo odiaba y hoy esperaba hacerlo feliz?

«¿Qué está pasando?».

Su mirada de acero gris encontró la mía y se me derritió todo el cuerpo bajo sus ojos. Me recorrió el vestido hasta los tobillos desnudos y sonrió.

—Se me ocurre alguna que otra forma de hacerme feliz.

Piper aguantó la respiración y yo ahogué un grito. Le di un golpe en el hombro.

—Lucien Espino, no puedes hablar así. Es inapropiado. —Miré a Piper en busca de apoyo, pero estaba pegada al libro. Pegada de mentira, porque era evidente que estaba escondiendo una sonrisa.

Lucien se inclinó hacia delante y me miró con picardía.

—Nunca se me ha dado bien ser apropiado.

«¡Buenas noches!».

Ese hombre era... ¡un escándalo! Me apoyé en el respaldo del asiento y sentí un calor en el pecho. Lo miré de reojo varias veces esperando que se riera y me dijera que era broma, pero no lo hizo.

No estaba bromeando.

Entonces decidí que lo mejor era no hablar en absoluto. No estaba segura de poder con Lucien Espino. Me gustaba mucho más cuando lo odiaba y lo imaginaba como un hombre cruel y abusivo. Pero no era así. No era blanco o negro, era gris, y no sabía cómo gestionar el gris.

Para cuando llegamos a la corte de Primavera, ya había oscurecido y fuimos directos al palacio, donde nos esperaban el duque y la duquesa. En cuanto salí del carruaje, la princesa Sheera chilló y corrió hacia mí. Yo me reí cuando me dio un abrazo.

—¡Te has prometido con el rey de Invierno! Ven, tenemos que hablar. —Me tiró de la mano, pero se detuvo.

Lucien salió del carruaje con Piper y Sheera hizo una reverencia profunda justo cuando sus padres aparecieron detrás de ella.

—Bienvenidos a la corte de Primavera, Su Alteza. —La voz de Sheera sonó contenida y la rabia era evidente en su mirada. No le gustaba.

—Gracias. —Lucien tenía la voz igual de contenida.

Mientras Lucien hablaba con el duque y la duquesa, Sheera me metió dentro del palacio. Inhalé el aire cálido de la noche al entrar. Me encantaba la primavera, no tanto como el otoño, claro, pero no se podía negar la belleza de las flores moradas que bordeaban el camino ni la brisa aromática que permanecía y el olor a lluvia que se acercaba.

Me quedé mirando el pelo de color castaño miel de Sheera y su piel marrón, que contrastaban con sus ojos azules. Tenía la punta de las orejas pintadas con polvo de purpurina y eso me hizo sonreír. Sheera siempre estaba al tanto de la última moda.

Venía dos veces al año a visitarla, una en el equinoccio de primavera y otra en un evento al que asistían mis padres, y ella hacía lo mismo conmigo. Cuatro veces al año nos quedábamos despiertas toda la noche, hablando de chicos, poderes y con quién nos terminaríamos casando algún día. Ni en mis sueños más locos habría imaginado que Lucien Espino sería mi prometido.

Cuando llegamos a su habitación, con la puerta cerrada, se dio la vuelta.

—Cuéntamelo todo. ¿Es horrible? ¿Te ha hecho daño? —me interrogó de forma apresurada—. Podemos huir juntas y escondernos en Cinder Mountain si hace falta.

Procesé rápidamente sus preguntas y no la culpé por pensar que Lucien era un monstruo; yo pensaba lo mismo el día de antes por la mañana. Y a lo mejor sí que lo era, pero no conmigo. No que yo hubiera visto.

—Es... bastante... ¿majo? —Ni siquiera estaba segura de que mi valoración fuera la correcta. Apenas lo conocía, pero me había dejado negociar mi dote y estaba dispuesto a pagarme todo lo que pidiera. Me decía cumplidos cada vez que tenía oportunidad y parecía que de verdad deseaba casarse conmigo por algo más que por motivos políticos.

Sheera arrugó las cejas oscuras en el centro de la frente. Estiró el brazo y me tocó una mejilla.

—¿Estás enferma? Acabas de llamar «majo» a Lucien Espino.

Se me escapó una risa nerviosa y empecé a andar por la habitación.

—Madelynn, congeló el reino entero, mató a mucha gente. Y desde entonces no hemos parado de escuchar historias de su reinado dictatorial. Yo no lo describiría como «majo». —Tenía un tono de voz mordaz y cortante. Nunca la había escuchado hablar así.

—No sé, ha estado muy... cortés. Mi personal de servicio me dijo que también había sido muy amable con ellos.

Ella me observaba mientras yo seguía paseando por la habitación.

—Porque quiere tu poder. —Se puso enfrente de mí y me paré para mirarla—. Maddie, todo el mundo sabe que eres la segunda fae más poderosa después de él. Sería capaz de decirte lo que fuera con tal de que te casaras con él y le dieras un heredero.

Fruncí el ceño. ¿Era eso lo que estaba haciendo? ¿Fingir ser amable para que no me resistiera?

—Le dije que no quería hijos enseguida y le pareció bien.

Sheera se rio.

—No seas ingenua. En cuanto te cases con él, se quitará la máscara y verás cómo es de verdad. Te quedarás embarazada en cuestión de meses y te obligará a luchar a su lado.

Fruncí el ceño de nuevo.

—¿Luchar? ¿Luchar contra quién?

Puso una cara de que se le había escapado demasiada información y miró hacia atrás para comprobar que la puerta seguía cerrada.

Le puse a mi querida amiga una mano en el hombro y la obligué a mirarme.

—Sheera, ¿luchar contra quién?

Ella tragó saliva.

—He escuchado a mis padres decir que el rey de Invierno está preparando a su ejército para una futura batalla con los elfos y los dragontinos.

Abrí mucho los ojos.

—¿Una batalla conjunta con Archmere y Embergate? ¿Contra quién...? —Pero en cuanto lo dije, lo supe—. La reina de Nightfall. —Le hacía la vida imposible a los otros reinos, pero nos había dejado más o menos en paz gracias a Lucien. Había oído que Lucien hacía que sus heladas y nevadas cruzaran de vez en cuando a su territorio para recordarle de lo que era capaz. Eso debía funcionar, porque no nos había vuelto a molestar durante bastante tiempo.

Sheera se inclinó hacia mí.

—Primavera y Verano no quieren participar en una guerra. No vamos a enviar soldados para que mueran por el rey de Invierno para que él ayude a sus amiguitos.

Me pasé la lengua por los labios.

—Si lo exige, no tenéis opción.

Ella se encogió de hombros.

—Si deja de ser nuestro rey, no nos lo puede exigir.

Estaba muy confundida. ¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo iba Lucien a dejar de ser rey? A no ser...

—Sheera, ¿tu padre va a intentar derrocar al rey Espino?

Puso una expresión impasible, como si me estuviera evaluando. Ya no me miraba como a una amiga, sino más bien como a la nueva reina prometida que, tal y como me estaba dando cuenta ahora, era la enemiga de su familia.

—Será mejor que vayamos a cenar. No quiero hacer esperar a mi padre —contestó, y me sacó de la habitación.

Sentía una profunda angustia porque hubiera ignorado mi pregunta. Sabía que, al estar más cerca de la frontera con Invierno, mi padre estaba de acuerdo con el rey Espino en la gran mayoría de las cosas, pero ¿significaba eso que Primavera y Verano iban a dar un golpe? Toda esta nueva información no paraba de darme vueltas en la cabeza mientras caminábamos por los pasillos del palacio de Primavera hacia el gran comedor. Hacía unos días no me habría importado saber esta información, pero hoy... No sabía qué hacer.

Cuando entramos en el comedor, el duque y la duquesa de Primavera se dieron la vuelta para recibirnos. Lucien estaba sentado en el extremo de la mesa, en el sitio de honor, y vi que la silla que había a su lado estaba vacía para mí.

Piper no estaba, lo que quería decir que o bien le habían pedido que se mantuviera al margen, o había elegido hacerlo. No me extrañaba. Ella y Sheera nunca se habían llevado bien.

La madre de Sheera, Petra, se levantó para darme un beso.

—Madelynn, hacía mucho tiempo que no venías por aquí. Ha sido una sorpresa enterarnos de las próximas nupcias.

Su cuidadosa elección de las palabras me resultó interesante. Lo ha llamado sorpresa, pero no grata sorpresa. ¿Podía culparla? Nuestras familias eran muy amigas y a Lucien lo odiaba todo el reino fae. Seguramente estuviera aterrada por mí.

—Gracias, Petra. —Le devolví el beso. Hacía mucho que habíamos dejado atrás el señor y señora, o princesa esto y lo otro. Nos tuteábamos desde que yo tenía diez años.

—Bueno, el rey Espino consigue todo lo que quiere —apuntó Barrett, el padre de Sheera.

Otra indirecta.

—Así es, y que no se os olvide. —Lucien levantó la copa llena de agua y le lanzó una mirada escalofriante al duque.

«Esto no va bien».

—Creo que hacemos buena pareja y el reino se beneficiará de ello —dije de la forma más diplomática posible. Apenas lo conocía, no podía decir que lo quisiera o que estuviera emocionada por casarme con él. Sería mentira y dejaría en evidencia que intentaba apaciguar la incomodidad en el ambiente. Lucien me miró a los ojos y asintió.

—Estoy de acuerdo. Los dos faes más poderosos rigiendo el reino. ¿Qué más se puede pedir?

Sabía que, en parte, se casaba conmigo por mis poderes, pero escucharle decirlo de esa forma me hizo pensar en lo que me acababa de decir Sheera en su habitación. Ella me miró como para enfatizar sus palabras. Tragué para pasar el bulto de la garganta y me senté junto al rey.

—La gente pide que sigamos en paz, Su Alteza —comentó el duque Barrett—. Han llegado a nosotros rumores de una posible guerra con la reina de Nightfall, y es mi deber ir de frente y deciros que los pueblos de Primavera y Verano no quieren tener nada que ver con eso.

Se me estremeció todo el cuerpo ante tal atrevimiento. Miré a Lucien, que soltó la copa y miró a Barrett.

—¿Ahora habláis también por Verano, Barrett?

La temperatura en la habitación cayó de pronto veinte grados.

Barrett se movió en su asiento.

—Bueno, no, pero hemos hablado sobre el tema y estamos de acuerdo.

Lucien asintió.

—Bueno, el rey soy yo y si creo que debemos ir a una guerra, tendréis que subiros a vuestro caballo y cabalgar a mi lado, o me veré en la obligación de encarcelaros por traición.

«Creador bendito», acababa de decir eso en voz alta. Volvía a ser testigo de su famoso temperamento, pero no me esperaba que lo dirigiera al padre de mi querida amiga. Aun así, no levantó la voz ni apuñaló a nadie con un témpano de hielo. Todo el mundo seguía teniendo lengua. Simplemente era un rey reafirmando su dominación sobre alguien de su reino. ¿Podía culparlo? Barrett había mostrado cobardía. Si entrábamos en guerra, necesitaríamos la ayuda de todas las cortes.

—Pensaba que esta cena sería para celebrar nuestro compromiso. Dejemos de hablar de guerras, ¿de acuerdo? —Bajé la voz hasta la

tonalidad dulce que utilizaba cuando quería conseguir algo de mi padre, y los hombres dejaron de lanzarse miradas y me sonrieron con la boca apretada.

Petra levantó su copa.

—Por los prometidos. Que vuestro reinado sea largo.

Chocamos todos nuestras copas y nos sumergimos en la cena más incómoda de mi vida. Silencio, ruido de cubiertos, conversaciones sobre el clima, que estaba totalmente controlado por los hombres de la mesa, y más silencio. Al cabo de una hora, todo el mundo fingió estar agotado y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones. Cuando llegué a mis aposentos, me alegré muchísimo de ver a Piper. Parecía que acababa de terminar de deshacer mi maleta. Había una habitación de invitados contigua en la que dormiría ella.

—¿Qué tal ha ido? —curioseó alegre cuando entré.

—Bastante mal —admití. Me quité los zapatos y me di la vuelta para que me desabrochara el vestido.

—No me digas. ¿Qué ha pasado? —preguntó mientras bajaba la cremallera y yo salía del vestido.

Le conté la conversación que había tenido con Sheera mientras me preparaba un baño. Allí sentada en ropa interior, le conté lo que el rey había dicho cuando Barrett mencionó que no quería participar en una guerra.

Piper se encogió de hombros.

—¿Y qué querías? Necesita completa lealtad. Si llama a filas y hay algún disidente, muchos de los nuestros morirán por ser menos en número durante las batallas.

Yo sonreí a Piper. Sería una asesora real increíble. Su cabeza funcionaba de una forma que la mía no lo hacía y siempre era capaz de ver una situación desde ambas perspectivas.

—Ya. Y tampoco ha perdido las formas —reconocí mientras me terminaba de desnudar y me metía en la bañera.

Piper vertió el jabón en el agua para que saliera espuma y cerró el grifo. Una vez estaba el baño preparado, normalmente se marchaba, pero esta vez se arrodilló y me miró a los ojos.

—Tampoco puedo culpar al duque Barrett, la verdad. La guerra no le viene bien a nadie, y si el duque no cree en la causa, sus hombres morirán en vano.

Me dejó con esa reflexión y estuve incómoda un buen rato después. ¿A qué se refería? ¿Tenía que ponerme de parte de mi futuro esposo y rey o de la de una de mis amigas más antiguas y su familia?

4

Al día siguiente nos paseamos por la corte de Primavera y saludamos a todo el mundo, llevándonos con nosotros sus mejores deseos. Aunque estos buenos deseos eran escasos. Solo la mitad del pueblo salió a saludarnos y la mayoría lo hizo con un gesto de obligación en los ojos. No tenía nada que ver con la recepción que tuvimos en la corte de Otoño, y me imaginaba que sería ligeramente mejor que la que tendríamos en Verano. El príncipe de Verano, Marcelle Haze, y el rey de Invierno eran antiguos enemigos. Después de que Lucien congelara a más de treinta personas de su pueblo, el príncipe de Verano apareció furioso en el palacio de Invierno y exigió indemnizaciones y disculpas. Por lo que yo había oído, lo único que recibió fue una paliza.

El carruaje salió de las tierras de Primavera para aventurarnos hacia Verano, y miré a Lucien. ¿Quién era ese hombre? Su historia era muy misteriosa, oscura y estaba llena de cuentos fantásticos.

—¿Vamos a entrar en guerra con la reina de Nightfall? —pregunté de pronto.

Piper estaba a mi lado haciendo ganchillo y fingía estar extremadamente interesada en el patrón que estaba tejiendo.

Lucien me miró muy serio, con la mirada ensombrecida.

—Aún no lo he decidido.

Su tono declaraba que era el final de la conversación, pero yo me crucé de brazos y le lancé una mirada furiosa.

—¿Por qué? —solté—. ¡Está todo muy tranquilo! ¡Ya no nos molesta!

Él se inclinó hacia delante, entrando en mi espacio personal, y tragué saliva.

—¿Sabes por qué no nos molesta?

Quería que le alimentara un poco el ego. Muy bien.

—Por ti. Te tiene miedo.

Él asintió.

—Me tiene miedo, pero sigue detestando a nuestra raza. Primero acabará con los dragontinos y los elfos, luego irá a por los licántropos. Y entonces vendrá a por los faes, aunque para entonces ya será tarde para unirnos y derrocarla. Pero no te equivoques, vendrá a por nosotros algún día. La cuestión es: ¿y si vamos a por ella nosotros primero?

«Fae bendita». Sus palabras me pusieron la piel de gallina y no pude evitar sentir el pánico trepándome hasta el corazón. La reina de Nightfall odiaba a las personas mágicas, sí, pero... no nos molestaba.

¿Por qué? ¿Por lo que había dicho Lucien?

Sospechaba que sí, y no pude evitar pensar que era rey por algo.

Era más que evidente que era el mejor para ello: astuto, poderoso y ligeramente temeroso.

—¿Yo puedo opinar? —pregunté—. Cuando nos casemos, ¿me consultarás antes de enviar a nuestra gente a la guerra? ¿O no seré más que una reina florero que va siempre a tu lado y su único trabajo es ser guapa?

Pareció que mi acusación le había sentado mal y me arrepentí de inmediato.

—Claro que sí. Tendré en cuenta tus consejos, pero haré lo que tenga que hacer para protegerte, aunque me odies por ello.

Tenía una habilidad asombrosa para decir cosas románticas que también daban un poco de miedo.

Apareció una sonrisa en sus labios y me recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Aunque también creo que serías un florero arrebatadoramente bonito.

A Piper se le escapó una risilla a mi lado, pero se la tragó enseguida.

Me ardían las mejillas y quería abrir la ventana para que entrara un poco de aire fresco.

—No sé qué pensar de ti —confesé frustrada.

Él se rio y se tensó el ambiente. Era una risa grave, ronca y se te metía por debajo de la piel hasta acariciarte el corazón.

«Adoro su risa», pensé.

—¿Estás decepcionada porque no le he cortado la lengua a nadie todavía? —Sonrió.

Yo ahogué un grito, y hasta Piper dejó de tejer para mirar al rey.

—Bueno... la verdad es que sí —afirmé.

Volvió a resonar esa risa por todo el carruaje y me sentí estúpida.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? ¡Espero que no sea el cortarle la lengua a nadie! —dije clavándole el dedo índice en el pecho.

Me agarró la mano apretándome ligeramente los dedos y sentí un golpe de frío por todo el brazo. Me atravesó con los ojos y tuve la sensación de que me veía hasta el alma. Nunca un hombre me había mirado así. El estómago se me hundió y se me calentó al mismo tiempo.

—Me convertí en rey a los dieciséis años, poco después de que muriera mi madre. Mi padre abdicó en su mejor momento, lo que hizo que nuestra familia pareciera débil. ¿De qué otra forma podía asegurar mi posición para que nadie me derrocara?

Nuestros dedos aún se estaban tocando, y no era capaz de dejar de pensar en eso lo suficiente como para procesar lo que estaba diciendo, pero Piper sí que entendió lo que estaba diciendo y lo mostró con un aspaviento.

—¡Os habéis inventado todas las historias! —exclamó Piper.

Lucien sonrió a Piper.

—Sí. Pagué a mi personal de palacio para que extendieran rumores de que era un rey horrible, poderoso y vengativo.

Me quedé conmocionada, pero, por fin, pude apartar los dedos de los suyos.

—¡Venga ya! Pero... todo el mundo te odia por esas historias.

Él se encogió de hombros y me miró con frialdad.

—Prefiero ser un rey odiado y temido que uno al que retan y asesinan.

La cabeza me daba vueltas con toda esta nueva información. Tenía razón. Su padre llegó al trono retando en combate al rey anterior, matándolo y ocupando su lugar. Así se hacían las cosas. Pero nadie retaba a un poderoso rey famoso por perder los estribos en cualquier momento y cortar lenguas.

—Eso... Eres... —No era capaz de terminar las frases.

—¿Un genio? —ofreció Lucien a la vez que levantaba una ceja y se mostraba imposiblemente guapo.

Yo resoplé.

—Veo que los rumores sobre tu falta de humildad sí que son verdad.

Lucien sonrió con superioridad, como si le hubiera encantado enfadarme. Ahora todo tenía sentido: por qué el hombre que había aparecido para negociar mi dote no tenía nada que ver con la bestia despiadada de la que había oído hablar.

—Pero la Helada... eso sí fue real. Yo la viví. Y lo admitiste —le dije refiriéndome a la noche en la que murieron tantas personas de nuestro reino.

Él suspiró y se desmoronó, sus ojos mostraban una mirada atormentada.

—Sí, bueno, no todo son rumores. No soy un hombre perfecto.

Entonces sentí una profunda tristeza en el corazón. No sabía por qué había pensado todos estos años que no se arrepentía de nada de lo que ocurrió aquella noche, pero su mirada, como si acabara de matar a su adorada mascota, me decía todo lo que tenía que saber.

Aquella noche fue un error y estaba profundamente arrepentido.

Le agarré la mano con ternura.

—A mí también me cuesta controlar mis poderes a veces —le dije. Era un poco mentira. Apenas perdía el control y, cuando lo hacía, me resultaba fácil volver a encauzarlo.

Él me miró impasible.

—¿Alguna vez has matado a más de cincuenta personas con un vendaval que creaste tú y que no pudiste detener?

Le solté la mano y me eché hacia atrás en el asiento. Me había quedado claro que esto era un tema delicado y no quería seguir insistiendo.

—No —admití, y nos quedamos en silencio el resto del viaje. Todo lo que habíamos hablado flotaba en el aire. Y mi mente no paraba de mascar cada una de las palabras.

Había mentido. Cortar lenguas, castigar al servicio arrastrándolos con caballos... todas esas historias de un rey cruel... eran mentira. También era una genialidad, como él mismo había dicho. Nadie se atrevía a retar al despiadado rey invernal. La familia Espino llevaba generaciones reinando,

solo la habían destronado unas cuantas veces y siempre había recuperado el trono con el siguiente heredero. Por eso nuestro reino se llamaba Thorngate.

Cuando murió la madre de Lucien, hubo rumores de que su padre se había quedado destrozado y que por eso abdicó. Lucien tuvo que dar un paso adelante y convertirse en rey a los dieciséis años o habría llegado alguien para acabar con su padre. Lo habrían retado y asesinado.

Pero la Helada fue real, y él a veces sí que presentaba una personalidad fría, por lo que sí que había alguna historia verdadera, pero no lo bastante importante como para convertirlo en el monstruo que me había pasado la vida pensando que era. Cuanto más avanzábamos en el viaje, más me comía por dentro la culpa por lo que me había contado Sheera, y no podía aguantarlo más. Se trataba de mi futuro marido, el padre de mis futuros hijos, «mi rey».

—Lucien, si te cuento un secreto, ¿me prometes no tomar represalias ni castigar a la persona en cuestión? —dije. Piper se puso tensa.

Lucien levantó despacio la vista para mirarme con esos ojos de acero gris.

—No puedo prometerte nada, pero haré lo que esté en mi mano.

Me mordí el labio. Ahora que lo había mencionado, tendría que decir algo, pero no quería señalar a Sheera.

Una de las habilidades del rey, y que poseían todos los reyes de Avalier, era la capacidad de detectar las mentiras.

Pensando muy bien las palabras, carraspeé.

—Ten cuidado con el duque Barrett. He oído el rumor de que puede que intente destronarte algún día.

Había dicho la verdad y había protegido a mi amiga.

Lucien se relajó.

—Ese viejo no ganaría un combate contra mí. No, si Barrett me quiere derrocar, tendría que ser el príncipe Haze quien se enfrentara a mí. Se unirán, y seguramente también con tu padre, y vendrán a por mí juntos.

Se me quedó la boca abierta ante esa suposición tan desoladora. El príncipe Haze, de la corte de Verano, a quien íbamos a ver ahora, era el fae de Verano más poderoso en una generación. Podía crear llamas con las manos y lanzar rayos de sol tan intensos que podían cegar a cualquiera.

—Lo has pensado —apunté.

Lucien me miró con frialdad.

—Soy el hombre más odiado de Thorngate. Tengo muchos enemigos. —Su voz era monótona, pero tenía un ligero tono de dolor. Como si no quisiera que lo odiaran.

—Mi padre no haría... —empecé a decir para defenderlo, pero Lucien levantó una mano y me interrumpió.

—No estoy acusando a nadie. Simplemente digo que es una posibilidad. Sobre todo, si el príncipe Haze lo amenazara con calcinar sus cultivos.

Me crucé de brazos.

—¿Como nos amenazaste tú con congelarlos?

Lucien se relajó en su asiento, levantó los brazos por encima de la cabeza y entrelazó los dedos sobre la nuca.

—Sí. A ver, sé cómo conseguir lo que quiero, ¿no?

Resoplé. ¡No tenía remedio! Y era increíblemente atractivo. Me sacaba de quicio.

Estaba hecha un lío con esta situación. ¿Me gustaba el rey de Invierno o me sacaba de mis casillas a más no poder? Puede que un poco las dos. Y a lo mejor en eso consistía el matrimonio. O, al menos, en lo que iba a consistir nuestro matrimonio. Una parte de mí quería cruzarle la cara de una bofetada a Lucien Espino, y la otra quería besarlo.

Nada más llegar a las puertas de la corte de Verano, supe que algo no iba bien. Estaban cerradas y había una docena de guardias delante.

—¿Qué pasa? ¿No nos están esperando? —pregunté. Avisamos a todo el reino de nuestro compromiso en cuanto negociamos la dote.

Lucien apretó la mandíbula y aleteó la nariz. El carruaje se detuvo y él se bajó. Yo me moví para salir detrás, pero levantó una mano.

—Quédate aquí. Yo me encargo.

Agarré su mano y la empujé hacia abajo.

—Voy contigo.

Me lanzó una mirada molesta, pero me ayudó a bajar del carruaje. Pasamos junto al soldado invernal a caballo hasta llegar frente al jefe de la Guardia Estival delante de las puertas.

—¿Cómo os atrevéis a impedirle a vuestro rey el paso a su territorio? —bramó Lucien. Se levantó una ráfaga de viento frío detrás de nosotros.

A ver, no es lo primero que yo le habría dicho al guardia, pero me acababa de enterar de que los rumores del temperamento de Lucien eran muy reales. Aunque sin cortar lenguas.

El guardia dio un paso adelante y se sacó un pergamino del chaleco sin mangas. La insignia de Verano que llevaba en el pecho brillaba bajo la intensa luz del sol. Yo intenté apaciguar las cosas.

—Saludos, soy Madelynn Vendaval, la princesa de Otoño —me presenté ante el guardia por si no sabía con quién estaba tratando.

—Sé quién sois —dijo impasible.

Lucien se molestó. De pronto apareció un tímpano de hielo de la palma de su mano y lo presionó contra la garganta del guardia. Todos los soldados presentes se pusieron en movimiento, sacaron sus espadas o conjuraron la luz del sol de sus manos.

—No sois más que unos simples guardias. Cuando os dirijáis a la princesa, la llamaréis por su título —le gruñó Lucien.

—Sí, mi rey —murmuró el guardia con los ojos muy abiertos.

Lucien sacó el hielo del cuello del hombre y lo hizo añicos al dejarlo caer contra el suelo.

Yo me había quedado helada, no fui capaz de reaccionar cuando todo terminó. Los demás guardias no sabían qué hacer. ¿De verdad iban a atacar a su rey? Le debían lealtad al príncipe de su corte, pero por encima de todos estaba el rey del reino fae, y ese era Lucien.

En aquel momento parecieron recordar esto y, uno a uno, guardaron las espadas y detuvieron los poderes solares.

Lucien los fulminó con la mirada.

—¡Decidme, en el nombre de Hades, qué demonios está pasando aquí o terminaréis todos convertidos en carámbanos de hielo! —gritó.

El guardia aún tenía el pergamino en la mano, y me lo entregó con los dedos temblorosos.

Lo cogí y lo abrí.

Cuando leí las primeras líneas se me hundió el estómago.

—Quieren dividir el reino —murmuré.

Lucien se giró en mi dirección y leyó el documento. Decía que el príncipe de Verano, Marcelle Haze, solicitaba la separación del reino. Quería ser el rey de su propio reino, que incluiría a la corte de Primavera, y proponía el nombre de Hazeville.

Por cada segundo que Lucien leía, la temperatura caía. Empezó a nevar y las nubes taparon el sol.

«Oh, no».

—No puede hacer esto —gruñó Lucien.

A esto era a lo que se refería Sheera.

El guardia parecía aterrado. Carraspeó y miró al rey.

—Sí puede, Su Alteza. El estatuto manifiesta que debe votar todo el reino y, si al menos dos de las cuatro cortes están de acuerdo, se aprueba.

Verano y Primavera.

«No».

El frío se me metió en el cuerpo y empecé a tiritar.

Agarré a Lucien por el brazo y lo aparté a un lado. Le agarré la cara y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Relájate. Esta no es la forma de gestionarlo. —Mi aliento cálido se convertía en vapor blanco delante de mí. Había oído hablar del poder del rey de Invierno, pero, hasta que no lo miré a los ojos, y juro que vi nieve caer en sus iris, no sabía lo conectado que estaba a los elementos. En ese momento era como si él estuviera hecho de invierno: la piel fría como el hielo, nieve en los ojos... incluso parecía que tenía los labios cubiertos de hielo.

Lucien me sostuvo la mirada.

—Si se quieren separar, serán mis enemigos. ¡Entraremos en guerra, mataré al príncipe Haze y los recuperaré! —rugió.

Entendía su ira. La mitad de su reino le acababa de traicionar. Y eso tenía que doler, sobre todo después de haberse pasado seis años protegiéndolos. La nieve caía ya con fuerza en forma de grandes copos que aterrizaban sobre absolutamente todo, incluidas mis pestañas.

Parpadeé para quitármelos y poder centrarme en la tormenta que tenía delante, la tormenta que se preparaba en los ojos de Lucien.

—Aquí todo el mundo te odia —le dije sinceramente—. Mataste a más de treinta de los suyos y nunca pediste disculpas. Si quieres que te odien aún más, claro, envíales otra tormenta, pero creo que deberíamos irnos a casa, casarnos y demostrar que eres más poderoso que nunca con una reina fuerte y leal a tu lado.

Al oír mis palabras se le despejaron los ojos, las nubes se apartaron y dejó de nevar. Volvió a salir el sol y el calor derritió la nieve, convirtiéndola en agua que corría por las cunetas a ambos lados de la carretera. Me sorprendió lo rápido que podía cambiar las cosas.

Me jadeaba el pecho. Me habían faltado dos segundos para usar mi magia y apartar la nieve con el viento, pero me alegré de no haberlo hecho. Ahora me quedaba claro que Lucien no confiaba en demasiada gente y no quería que me pusiera en la lista de las personas con las que no podía contar.

Le solté la cara y Lucien se ajustó la túnica; después se alisó el pelo húmedo.

—No, vamos a entrar y le demostraremos al pueblo de Verano que ahora mismo tienen un rey y una futura reina fuertes y poderosos. Que no hay necesidad de separarse. —Luego se fue hacia el guardia y lo miró a los ojos.

—Reconozco vuestra petición de separación y llevaré a cabo una votación en todo el reino cuando regrese a la corte de Invierno —anunció Lucien con calma—. Hasta entonces, es vuestro deber recibir a vuestro rey y futura reina. No hacerlo supondría una declaración de guerra.

«Futura reina».

Sabía que ese sería mi título, pero escuchárselo decir me entumecía las piernas. Era una posición muy poderosa, una que jamás me imaginé que tendría.

Los guardias se miraron entre ellos confundidos hasta que, por fin, el jefe asintió y se inclinó hacia un mensajero.

—Avisa al príncipe Haze de que el rey de Invierno y la princesa Vendaval van de camino.

El mensajero se subió a su caballo y se abrieron las puertas. Desapareció detrás de ellas al galope.

A continuación, los guardias nos indicaron que volviéramos a nuestro carruaje y eso hicimos Lucien y yo. Al llegar a la puerta, Lucien me miró y se agachó para hablarme al oído.

—Si el príncipe Haze pone a prueba mi paciencia, no dudaré en retarle aquí y ahora.

Tragué con fuerza y abrí mucho los ojos.

—¿Es un mal momento para mencionar que mi primer beso fue con él?

Lucien se quedó completamente pálido, con la boca abierta hasta que una ira descontrolada le cruzó la cara, tensando todos y cada uno de sus músculos y apretando la mandíbula.

Solté una carcajada. No podía evitarlo, era muy fácil enfadarlo. Me doblé por la risa y me tuve que agarrar a sus brazos para mantenerme erguida. Cuando por fin me levanté, me caían lágrimas.

—¡Te has puesto superceloso! —conseguí decir entre carcajadas.

Parecía que le había hecho gracia.

—Ya verás cuando te la devuelva.

Se me tensó la cara.

—¿Qué? ¡Oye, que era broma! No lo he tocado en mi vida.

Lucien se encogió de hombros.

—Ándate con ojo, Vendaval —se burló. Luego se dio la vuelta y subió al carruaje.

—Las represalias por una broma inocente no son muy caballerosas —le recordé mientras me subía al carruaje y me sentaba al lado de Piper.

Él me miró con una cara devastadoramente guapa.

—Nunca he dicho que fuera un caballero.

«Ay, Hades. ¿Dónde me he metido?».

5

Cuando nuestro carruaje atravesó las puertas de la corte de Verano, el rey y yo nos asomamos por las ventanas y saludamos al pasar. La gente parecía sorprendida de vernos, lo que significaba que el príncipe Haze no les había avisado de nuestra llegada y no esperaba que entrásemos.

Mis recuerdos de Marcelle eran pocos y de hacía mucho tiempo, pero no era estúpido. ¿De verdad pensaba que el rey de Invierno se iba a ir sin más?

«No». Sabía que Lucien traería una tormenta de nieve y que seguramente sumiría al pueblo en el frío, añadiendo así más votos para su causa.

—Marcelle quería que perdieras los estribos —apunté.

—Sí —concordó Lucien—. Y le habría concedido encantado la tormenta que él quería si tú no me hubieras detenido.

—Si hubieras cubierto la corte de Verano de hielo, le habrías dado más votos a favor de la separación —añadí, y Lucien se quedó en silencio después de eso. Saqué la cabeza por la ventana y saludé a unos niños.

Una niña con un ramo de flores corría junto al carruaje y me miraba.

—¡Princesa Madelynn! ¡Invocad al viento! —gritó.

Los niños solían pedirle a la realeza que demostrara sus poderes, y esta vez decidí concedérselo. Con una mínima parte de mis poderes, invoqué al viento junto a ella y los tirabuzones rubios le cubrieron la cara. Ella gritó encantada y, de pronto, el aire se volvió frío y empezaron a caer copos de nieve dentro de mi remolino de viento, provocando una pequeña ráfaga.

La niña se rio aún más fuerte, lanzando los brazos al aire mientras la nieve la azotaba.

—¡Está nevando! —gritó a los dueños de una tienda que salieron a ver a qué se debía tanto alboroto.

Miré a Lucien y vi que me estaba observando. No sabía cómo interpretar su mirada, pero se parecía mucho a como mi padre miraba a mi madre cuando hacía algo especialmente adorable. Como miembro de la realeza de Otoño, tenía muy poco contacto con los hombres, así que no estaba segura de cómo leer las insinuaciones de Lucien. Cuando iba al colegio, conseguí escabullirme varias veces detrás de la biblioteca para besar a Dayne Hall, mi novio por aquel entonces, pero era una adolescente. Ahora ya era una mujer... y esto era diferente.

Los propietarios de los negocios empezaron a mirar furiosos el carruaje y detuve mis poderes. Lucien me imitó e hizo desaparecer la ligera nevada que había invocado.

—A la niña le ha gustado —señalé intentando encontrar la parte buena de la situación.

Lucien asintió.

Las tiendas dieron paso a un campo vacío y luego llegamos a un cementerio. Había estado en la corte de Verano de pequeña, y también para el Festival de Pleno Verano cuando tenía trece años, justo antes de la Gran Helada. No recordaba que el cementerio estuviera aquí, pero...

Cogí aire profundamente cuando leí el cartel.

EL HIELO NOS LOS ARREBATÓ, PERO SIEMPRE SERÁN RECORDADOS. Al lado estaba el año de la Helada. La que Lucien provocó en todo el reino.

Miré a Lucien con la esperanza de que no lo viera, pero estaba mirando atentamente las pequeñas tumbas de granito con una tristeza tan profunda que quise llorar. Le jadeaba el pecho en silencio y recorría todo el cementerio con los ojos de un lado a otro.

«Las está contando —pensé—. Está contando a la gente a la que mató».

—Quédate aquí —dijo Lucien con la voz quebrada. Luego salió del carruaje en movimiento. Este frenó hasta detenerse por completo, levantando una nube de polvo. Piper y yo nos miramos preocupadas.

—¿Qué hace? —preguntó Piper.

Yo me encogí de hombros y me incliné hacia delante para mirar por la ventana. Cuando se disipó el polvo, vi la silueta de Lucien pasar entre las

tumbas. Cada vez que se acercaba a una, sacaba la mano y tocaba la piedra a la vez que murmuraba algo en voz baja.

—¿Está haciendo las paces? —preguntó Piper.

Una lágrima me nubló la vista y asentí.

—Creo que sí.

Cuando llegó a la última tumba, se arrodilló, pues era pequeña. Un niño. No, un bebé. Cuando tocó la lápida, se formó un témpano en la palma de su mano con forma de rosa, que dejó a los pies de la piedra.

No podía seguir mirando, pero tampoco podía apartar la vista. Era desolador. Tenía náuseas. Casi podía sentir su dolor. El viento apretó, pasó junto al carruaje y golpeó a Lucien cuando perdí el control de mi angustia. Era evidente que se arrepentía de lo que había hecho. Y era evidente que yo había juzgado mal a este rey.

Lucien se giró hacia el carruaje y me sequé la lágrima que me había caído en la mejilla, luego respiré hondo para calmar el viento.

Al cabo de un momento, volvió a subir al carruaje y se sentó delante de mí. Cerró las cortinas y no dijo ni una sola palabra. Simplemente cerró los ojos, como si quisiera alejarse del mundo y perderse en la oscuridad y el silencio.

Miré a Piper sin saber muy bien qué hacer, pero ella seguía pegada a su ganchillo, con la cabeza agachada, como si fuera una mosca en la pared, como haría una buena carabina.

Todavía no conocía bien a Lucien. ¿Quería estar en silencio? ¿Debería intentar cogerle la mano para reconfortarlo?

Ojalá le hubiera explicado a todo el mundo por qué perdió el control de sus poderes tanto como para provocar la Helada hace tantos años... ayudaría a todo el mundo a entenderlo, me ayudaría a mí a entenderlo. Pero sabía que ahora no era el momento para sacar ese tema.

—¿Por qué expulsaron de clase a la rebanada de pan? —pregunté. Lucien abrió los ojos, buscándome como alguien que está a punto de ahogarse busca algo con lo que flotar. Tenía que quitarle ese mal humor antes de que nos encontráramos con el príncipe de Verano, y si había algo que se me daba bien de verdad, eran los chistes malos. Había aprendido

cientos de ellos de mi padre. Pasábamos horas delante de la chimenea inventándolos.

—El pan no va al colegio —dijo Lucien inexpresivo, pero había un cierto alivio en su voz.

Puse los ojos en blanco.

—Sigue el juego. Es un chiste. ¿Por qué expulsaron de clase a la rebanada de pan?

Lucien sonrió.

—¿Se peleó con la mantequilla?

Solté una carcajada porque no me esperaba esa respuesta, y mi risa hizo sonreír a Lucien.

—No. Porque estaba empanado.

Lucien sacudió la cabeza.

—Es malísimo.

Asentí.

—Me sé un montón. ¿Quieres que te cuente más?

—Por el Creador, no. Por favor, nunca más —contestó, pero no paraba de sonreír.

—¿Qué es una patata con anteojos? —pregunté.

Lucien se cubrió las orejas.

—Para.

Me incliné hacia delante y le aparté una de las manos de la cabeza.

—Un tuberóculo.

Lucien gruñó, pero enseguida los dos nos dimos cuenta a la vez de que estábamos extremadamente cerca. Tragué saliva y apoyé mi mano en su pecho para impulsarme hacia atrás, y me encontré un músculo duro como una roca.

Él me agarró por la muñeca cuando intenté separar la mano y me miró directamente a los ojos.

—Eres buena para mí, Madelynn Vendaval.

Se me entrecortó la respiración al escuchar algo tan romántico y luego el carruaje se detuvo.

Me caí hacia atrás en el asiento y Lucien me soltó.

«Eres buena para mí».

Me pareció muy tierno, pero muy triste a la vez. Como si hiciera mucho tiempo que no tenía a alguien bueno en su vida.

Se abrió la cortina de pronto y apareció una criada delante de nosotros. Llevaba el uniforme amarillo y naranja de Verano y me hizo una reverencia profunda.

—Saludos, princesa Madelynn. El príncipe Haze os ha reservado los aposentos de invitados del ala oeste del palacio.

Sonreí y asentí mientras Piper cogía nuestras cosas.

La criada miró luego a Lucien.

—Rey Espino... —Forzó una sonrisa—. El príncipe Haze os ha alojado en la casa de invitados, fuera del palacio. Podéis acudir a cenar con nosotros.

—Anda, ¿me dais permiso? —gruñó Lucien, pero yo le acaricié la mano para tranquilizarlo. Alojarlo fuera del palacio era como una bofetada, pero si el príncipe Haze planeaba separar las cortes, lo mejor era no armar escándalo antes de la votación. Quizás una cena agradable ayudaría a suavizar las cosas.

—Lucien, querido —Miré a mi prometido—, ¿por qué no vas a instalarte y nos vemos en la cena?

Él entrecerró los ojos.

—Está bien, pero solo porque me has llamado querido.

Eso me provocó una sonrisa. No pude evitar que se me sonrojaran las mejillas. Era encantador, y de momento solo utilizaba esos poderes conmigo y no con ninguna otra mujer, y tenía que admitir que eso me gustaba.

—Gracias —susurré, y salí del carruaje. Cuando bajó Piper, el carruaje se fue, llevaría a Lucien del palacio hasta una pequeña casa a lo lejos, detrás del laberinto de preciosos jardines.

Piper ayudó a las criadas a reunir mis cosas mientras yo miraba el increíble jardín de flores doradas y amarillas.

—Princesa Madelynn —dijo detrás de mí una voz familiar pero más grave de lo que recordaba. Me di la vuelta y vi a Marcelle Haze, príncipe de la corte de Verano. Estaba muy guapo con una única de seda dorada. Tenía el pelo rubio corto, quedaban al descubierto las puntas de sus orejas

puntiagudas—. No os veía desde que teníais... ¿trece años? —Me recorrió todo el cuerpo despacio con los ojos—. Habéis... crecido. —El tono de su voz bajó una octava y me puse nerviosa. Si Lucien hubiera estado presente, ahora mismo estaría nevando.

—Así es. Y me he prometido. —Levanté la mano para recordarle su lugar.

Él apretó los labios y se acercó para inspeccionar el anillo que me había dado Lucien.

—Desconocía que estabais abierta a pretendientes; de haberlo sabido, también le habría hecho una oferta a vuestro padre.

—Marcelle —le advertí con tono cortante.

Todos los años, desde que tenía tres años, hasta los trece, mi familia venía aquí con Sheera y sus padres para el solsticio de verano. Marcelle y su hermano pequeño, Mateo, jugaban con Sheera y conmigo toda la semana que pasábamos aquí. Pero su padre se convirtió en una especie de extremista y decidió que Otoño y Verano no debían mezclarse, y dejó de invitarnos. Estaba claro que, según su padre, Verano y Primavera eran una unidad, y Otoño e Invierno eran otra.

—Además, tu padre se retorcería en su tumba si te casaras con alguien de la corte de Otoño —bromeé.

Marcelle sonrió.

—Es cierto, pero tú merecerías la pena.

—Para —le solté, esta vez con más severidad, y él levantó las manos en su defensa.

—Me alegro de verte. Pese a las circunstancias. —Le lanzó una mirada a Lucien, que se estaba bajando del carruaje a los lejos, y yo fruncí el ceño.

—¿La separación de Thorngate, Marcelle? ¿En serio? Eso no está bien. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo con el que estés satisfecho. —Iba a aprovecharme de la cháchara amistosa mientras pudiera.

Marcelle me miró a los ojos.

—Debo hacer lo mejor para mi pueblo, y sí, eso supone la separación de Invierno y del loco que lo gobierna.

—Tu pueblo es fae, como el mío, como el de Lucien. Somos todos uno. No hace falta separar...

—¡No quiero ir a la guerra contra la reina de Nightfall! —gritó Marcelle —. Sé de buena tinta que tu prometido nos llevará a todo el reino a una guerra contra ella. Es volátil, todos lo sabemos.

Ignoré eso de «volátil» y pensé en lo que había dicho Lucien.

—Tienes razón. Es posible. Y, si os separáis, no tendréis su protección. La reina de Nightfall vendrá a por vosotros cuando estéis solos e indefensos. Buena suerte con eso, Marcelle.

Miré a Piper.

—Estoy cansada. Quiero tumbarme un poco antes de la cena.

—Sí, mi lady. —Piper me hizo una reverencia, siempre tan profesional delante de la realeza.

Pasé junto a Marcelle intentando controlar mis emociones para no levantar ni la más mínima brisa. No quería que supiera cuánto me había molestado nuestra conversación.

¡La separación del reino era algo insólito! Solo debilitaba y dividía a nuestro pueblo. ¿Y todo para que Marcelle se librara de una futura guerra contra la reina de Nightfall? Menudo cobarde.

Una vez instaladas en nuestras habitaciones, Piper se sentó en el borde de mi cama mientras yo me cepillaba furiosa el pelo.

—Dividir el reino fae llamará la atención de la reina de Nightfall —dijo Piper.

Yo gruñí con frustración.

—Lo sé.

Ella me quitó el cepillo de la mano.

—Te vas a arrancar el pelo —bromeó, y empezó a cepillarme con más delicadeza.

Me reí, pero no conseguía sonreír.

—Todo depende de esta cena con Lucien y Marcelle, ¿verdad? —le pregunté a mi mayor aliada.

Ella asintió.

—Si puedes demostrarle a Marcelle que Lucien es un hombre razonable, puede que se piense mejor lo de la separación.

La cuestión era que no estaba segura de que Lucien fuera un hombre razonable. Puede que fuera razonable, pero también impredecible y malhumorado.

—Ha echado al rey de Invierno de su tierra. Eso es traición —apunté.

Ella asintió, soltó el cepillo y se levantó para ponerse frente a mí. Piper no tenía apenas poderes de la corte de Otoño, no podía levantar el viento y no se le daba bien la jardinería. Pero sus consejos de amiga superaban con creces su falta de magia. Siempre tenía en cuenta lo que me decía, y sabía, por la mirada que tenía ahora mismo, que me iba a dar una buena dosis.

—Si no estuvieras tú aquí, sospecho que su tormenta de nieve habría arrasado el pueblo. El rey tiene razón, eres buena para él —afirmó.

Me sonrojé, pero también me perturbó que creyera que Lucien habría atacado con tanta facilidad.

Piper suspiró.

—Llevo todo el viaje observando al rey atentamente, Madelynn. Y tengo una cosa clara: se arrepiente muchísimo de la Gran Helada. Parece que fue un accidente, uno por el que no sabe cómo pedir disculpas.

Yo asentí.

—Estoy de acuerdo, pero las otras cortes no saben eso. Solo ven sus actos y el no haberse disculpado ha hecho que el odio hacia él lleve años pudriéndose por aquí.

Piper me dedicó una pequeña sonrisa, esperando a que yo llegara a la misma conclusión a la que había llegado ella. Sus consejos siempre eran sutiles, casi como si intentara que alcanzara las ideas por mí misma.

—¿Crees que debería pedirle a Lucien que se disculpe con Marcelle por la Gran Helada esta noche? —dije conmocionada.

La sonrisa de Piper creció.

—Sí.

La idea de pedirle a un rey poderoso un acto tan humilde me daba ganas de vomitar. Lucien era un hombre adulto y yo todavía no era su mujer. Pedirle que se mostrara vulnerable delante de un adversario como Marcelle era demasiado. Pero Piper tenía razón. Podría abrir el camino para mantener el reino fae unido.

—¿Y si Marcelle no quiere aceptar las disculpas? ¿Y si ridiculiza a Lucien?

Piper levantó la barbilla.

—Entonces tendrás que defender a tu rey y futuro marido y demostrarle cómo será tener a su lado a una esposa poderosa.

—Parece algo que haría Elowyn —apunté haciendo referencia a una de nuestras novelas románticas favoritas de L. Ashta. Era una fae de Invierno que escribía bajo seudónimo. Algunas de sus novelas eran tan eróticas que no sería apropiado divulgar su identidad, pero sus protagonistas siempre apoyaban a sus hombres y yacían con ellos después.

—Te agrada —le dije a Piper. Se le daba muy bien juzgar personalidades y siempre me decía con quién debía tener cuidado.

Piper sonrió.

—Sí. Creo que es un incomprendido. Te trata bien, a su manera, y creo que te adora.

«Me adora». Eso hizo que me diera un vuelco el estómago, y Piper señaló mi cara.

—¡Esta es la décima vez que te sonrojas hoy! —declaró con tono acusador.

Me tumbé sobre la cama riéndome y ella se tumbó a mi lado.

Con un largo suspiro, miré a mi mejor amiga.

—Nunca un hombre me había... dicho esas cosas. Ni había ido detrás de mí tan... agresivo.

Piper se apoyó sobre un codo y me miró con una sonrisa.

—¿Y eso te gusta?

Intenté disimular una sonrisa, pero apareció igualmente, haciendo que las dos estalláramos en carcajadas.

—A lo mejor casarme con Lucien no es lo peor del mundo —reconocí.

Piper asintió.

—Quizás es lo mejor que te ha pasado en la vida. Como Elowyn y Rush.

Igual sí. Ese pensamiento me tuvo horas sonriendo.

6

—Voy a vomitar —le anuncié a Piper mientras ella me empujaba hacia la puerta de la casita de invitados donde estaba Lucien. Habíamos venido andando, aprovechando las cálidas temperaturas y la luz del sol, pero estaba empezando a atardecer y nos esperaban pronto para la cena. Tenía que pedirle a Lucien que se disculpara públicamente con Marcelle por la Gran Helada y sentía náuseas. Era el rey, y pedirle a un rey que hiciera algo era... de mala educación.

—Eres su prometida y futura reina. Quieres lo mejor para él y para el reino —me recordó Piper.

Yo asentí, solté una respiración temblorosa y me pasé las manos por el vestido verde esmeralda. El escote era sin duda un poco más escandaloso de lo que se consideraba apropiado, pero vestir tapada como mi madre nunca ha sido lo mío, y a Lucien no parecía importarle.

Llamé a la puerta con los nudillos.

Pasó un minuto, luego otro. Miré a Piper, preguntándome por qué tardaba tanto, cuando se abrió la puerta.

Se me escapó un grito ahogado bastante audible al ver el pecho desnudo de Lucien. Por el cuello le caían gotas de agua que se deslizaban sobre los músculos marcados antes de desaparecer por la cintura del pantalón.

Tenía el pelo mojado y se lo estaba secando con una toalla cuando detuvo la mirada en mi vestido. Era como si pudiera sentir físicamente sus ojos acariciándome y sentí calor por la espalda. Aparté la mirada y levanté una mano.

—Perdona —dije.

Lucien se rio con un sonido profundo.

—Si te pones tan tímida al verme sin túnica, ¿cómo te vas a poner cuando nos pongamos a hacer niños?

—¡Lucien! —le regañé mientras volvía la cara para mirarlo enfadada.

Pero él sonreía y yo odiaba que disfrutara tanto haciéndome rabiar.

—Tengo que hablar contigo. ¿Puedes ponerte algo de ropa, por favor? —le pedí.

—Estás preciosa. Saltémonos la cena con el príncipe Haze y cenemos juntos, tú y yo solos —propuso de pronto.

Me costaba tragar y miré a Piper en busca de consejo, pero se había escabullido y estaba demasiado lejos como para oírnos.

—La túnica, por favor.

«Creador, por favor, que se ponga una túnica antes de que le ruegue a Piper que se vaya para poder entrar sola».

Dejó la puerta abierta y desapareció en el interior de la casita. Me sorprendió ver que no había personal de palacio. Todos los sirvientes se habían ido y parecía que estaba solo. Cuando volvió a salir, se había puesto una túnica negra y plateada que le hacía juego con los ojos.

—Estás guapo —le dije con timidez en un intento de devolverle el cumplido de antes.

Él sonrió mientras me miraba con ojos ardientes.

—¿Eso significa que yaceremos para algo más que para tener hijos?

—¡Lucien Espino! —Le di un tortazo en el pecho por su sentido del humor tan inapropiado.

Me agarró la mano y se la llevó a los labios para darme un beso en el dorso.

—Lo siento, eres un blanco fácil, bombón.

Resoplé al escuchar el apodo cariñoso e intenté recordar a qué había venido. Todavía no me había soltado la mano; sentía un cosquilleo en la zona que había besado, y eso me calentó el vientre. No sabía si odiaba o me encantaba su sentido del humor vulgar.

—Te estás sonrojando —dijo él.

—¡Tengo calor! —aseguré, y recuperé mi mano—. Vamos a dar un paseo. —Salí al jardín. Piper también se puso a andar y encontró un pequeño banco junto a los rosales para sentarse sin perdernos de vista. Lucien salió al aire fresco y entrecerró los ojos por el sol. Le creaba

sombras en la piel pálida y se le formó una pequeña gota de sudor en el labio de arriba.

Yo me reí.

—Estás deseando volver a la corte de Invierno, ¿verdad?

Él me miró.

—Aquí hay demasiado sol para mí. ¿Qué trabajo le habría costado poner alguna nube para nuestra visita?

—¡No corre ni una pizca de brisa! ¿A quién le puede gustar el aire tan caliente y estancado? —Me uní a su queja y me tiré del vestido para enfatizar lo sofocada que estaba.

Lucien se paró enfrente de mí y miró hacia abajo. Apenas habíamos pasado tiempo juntos a solas y me acababa de dar cuenta de lo alto que era. La mayoría de los faes eran altos —yo lo era, desde luego—, pero Lucien me sacaba una cabeza y tenía que doblar el cuello hacia atrás para mirarlo.

—¿Qué quieres? —dijo Lucien intencionadamente.

Yo me sacudí y me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo?

Lucien sonrió.

—No te has pasado por aquí antes de cenar vestida como si tú fueras el postre solo para que lleguemos juntos. Quieres algo. Dime lo que es y te lo daré.

«Vestida como si tú fueras el postre». No iba a regañarlo por ese comentario, era demasiado ingenioso y tenía la sensación de que, de todos modos, Lucien no iba a parar. Sinceramente, me empezaba a gustar la forma en la que me hablaba. Me resultaba halagador y hacía que me sintiera guapa y deseada.

—Al llegar he tenido una conversación con el príncipe Haze sobre la separación —reconocí.

A Lucien se le tensó la cara al instante.

—¿Has conseguido hacer entrar en razón a ese payaso?

Resoplé.

—Lo he intentado. Le he dicho que, si se separaban y nosotros luchábamos contra la reina, ella iría a por ellos al final y no tendrían tu protección.

Lucien pareció impresionado por esa respuesta. Al fin y al cabo, era lo mismo que él me había dicho a mí.

Estiré la mano y le agarré el brazo.

—Pero Lucien, no te tienen por un hombre razonable. Lo único que ve la corte de Verano son las tumbas por las que pasan todos los días y tu silencio prolongado sobre lo que pasó durante la Gran Helada.

Lucien apartó la mano de la mía como si le hubiera quemado, y luego se giró y me dio la espalda. La temperatura cayó de repente y, aunque me alegró aliviar un poco el calor, sabía que era porque él estaba molesto. Pasé por su lado y me coloqué frente a él, obligándolo a mirarme.

—Nunca pediste perdón. No enviaste ninguna carta, simplemente una bolsa de oro, lo que se tomaron como un insulto porque no había ninguna nota que la acompañara. —Se me quebró la voz al pensar en la noche que murió mi abuela—. Eres nuestro rey, nuestro protector, y una noche nos arrebataste a nuestros seres queridos sin explicarnos por qué.

El sonido estrangulado de puro dolor que le rasgó la garganta me oprimió el corazón. Dio unos pasos hacia atrás con las manos en el pecho, como si le acabara de dar una puñalada. No me podía creer que hubiera pasado todo el tiempo pensando que era un monstruo al que no le importaba nadie. El simple hecho de escuchar esas palabras le había afectado profundamente y me arrepentía de lo dura que había sido con su dolor. Me abalancé hacia delante, le agarré las manos y me las llevé al vientre.

—Lo siento. Solo quería que entendieras la opinión que tienen de ti los demás. Tu silencio ha alimentado su odio hacia ti y, por lo tanto, el deseo de separarse. —Me sentía avergonzada por haber hecho que sintiera algo tan profundo justo antes de la cena con el príncipe de Verano. Si hubiera sabido cuánto le iba a afectar, no habría sacado el tema.

Lucien parpadeó rápido y luego carraspeó.

—Escribí una carta para todo el reino miles de veces —dijo—, pero explicar mis actos no iba a hacer justicia. No había palabras para consolar a quienes habían perdido a alguien por mi culpa. Nadie quiere excusas, quieren recuperar a sus familiares.

—¿Y preferiste enviarles oro? —le pregunté. Al día siguiente, todas las cortes recibieron una pequeña bolsita de oro por los «daños». Fue algo muy

insensible. «Siento la muerte y la destrucción, aquí tenéis unas monedas».

Él suspiró.

—Era joven y no tenía una madre que me guiara. No supe cómo gestionarlo.

Le agarré por la barbilla para agacharle la cara y obligarlo a que me mirara.

—Ahora eres más maduro, Lucien. Creo que es el momento de que pidas disculpas y expliques lo que ocurrió aquella noche.

Él se estremeció y me miró a los ojos con una profundidad hasta ahora desconocida. Había mucho dolor en su mirada, pero también vi ira, como unas nubes turbias en una tormenta. ¿Qué pasó aquella noche? Fue unos meses después de la muerte de su madre, así que seguro que tuvo que haber algo más que eso.

—No lo puedo explicar, pero, si crees que servirá de algo, puedo disculparme —admitió, y sus ojos se deslizaron a mis labios.

—Creo que ayudaría. —Todavía le estaba agarrando la mandíbula afilada. Me pasé la lengua por los labios, con el pecho jadeante al imaginarme cómo sería besarlo.

Besar a un compañero de clase detrás del colegio era una cosa, pero besar a un rey durante un cortejo era otra muy diferente. No se hacía, aunque pensaba que a Lucien no le importaría romper una regla de pudor. ¡Pero no a plena vista en los jardines de Verano! El protocolo establecía que nuestro primer beso sería en el altar, ante el Creador y nuestro pueblo.

Aparté la mano de él, di un paso atrás y solté una respiración larga. Lucien me miró con una sonrisa torcida y yo le lancé una mirada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Lucien se inclinó hacia delante y me susurró al oído:

—Verte luchar contra tu deseo por mí es muy satisfactorio.

Un calor me recorrió todo el cuerpo. Resoplé.

—En qué alta estima te tienes. —Pero me había pillado. Me dio la sensación de que igual no estaba ocultando lo que pensaba tan bien como yo creía.

Lucien se acercó a mí y me colocó un mechón de pelo pelirrojo detrás de la oreja.

—No, bombón. Te tengo en alta estima a ti.

Otro calor intenso me recorrió todo el cuerpo y, maldita sea, él se dio cuenta, porque sonrió aún más. Ser pelirroja suponía que mi piel pálida se sonrojaba con lo más mínimo, y ahora sabía que ya no podría esconder mis pensamientos cerca de él.

Cambié de tema.

—Bueno, vamos a cenar, ¿no?

Él asintió.

—Deberíamos, sí.

Extendió el brazo y enganché el mío en el hueco del codo, y luego miró hacia atrás, hacia Piper.

—Creo que es mejor que vengas con nosotros, no queremos que se empiece a rumorear que Madelynn y yo nos gustamos de verdad —le dijo Lucien.

Piper sonrió al rey.

—Un matrimonio por amor sería un escándalo —concordó ella mientras se guardaba el libro bajo el brazo y caminaba unos metros detrás de nosotros.

Me encantaba que se llevara bien con Piper. Me encantaba que me dijera cosas sexis cada vez que tenía la oportunidad y me encantaba que hubiera aceptado mi consejo y estuviera dispuesto a pedir disculpas durante la cena esta noche. Cuanto más conocía a Lucien Espino, más me gustaba.

Al entrar en el comedor se me hundió el estómago. No era una cena íntima con Marcelle y algunos de sus mejores asesores. Había más de cien cortesanos y todos y cada uno de ellos lanzaban miradas heladas a Lucien.

Lo había hecho a propósito.

El príncipe Haze había invitado a la mayor cantidad de gente posible para que Lucien y yo nos sintiéramos aislados.

Me giré hacia Lucien antes de que el príncipe Haze se acercara a nosotros.

—No sabía que iba a haber tanta gente. No tienes que seguir adelante con la disculpa que hemos hablado delante de todas estas personas.

Lucien observó toda la estancia y luego volvió a mirarme a mí.

—Tranquila. No pasa nada. Tienes razón. El silencio y la distancia han hecho más mal de lo que esperaba. Cuanta más gente haya, mejor, así Marcelle no podrá tergiversar mis palabras con rumores.

Yo tragué saliva con fuerza, tenía los nervios agarrados a la barriga. Tenía razón. Más testigos significaba que habría menos oportunidades de que los rumores cambiaran sus palabras, pero también que había más gente para interrumpirlo y atosigarlo.

Marcelle ya nos había alcanzado y conseguí poner una sonrisa.

—Mi rey. —La voz de Marcelle sonaba densa y con desdén cuando hizo una mínima reverencia ante Lucien.

—Marcelle. —Lucien no pronunció el título con su nombre y, por supuesto, no le devolvió la reverencia.

Esto pareció molestar a Marcelle, pero decidió ignorarlo.

—Princesa Madelynn, un placer. —Me hizo una reverencia sin rastro de su tonteo inicial. No se atrevería a hacer algo así delante de Lucien—. Venid a sentaos por aquí, celebremos vuestro compromiso. —Marcelle señaló dos sillas vacías en la mesa principal de la habitación.

Había siete mesas en total, todas con entre diez y veinte comensales. Las mesas estaban llenas con un surtido de comidas y bebidas, y todo el mundo hablaba de forma animada. Me sorprendió que hubiera podido organizar una cena así en tan poco tiempo.

—Me gustaría una silla más para mi dama de honor. —Señalé a Piper, que estaba a mi lado. Odiaba estos eventos y me mataría si la obligaba a sentarse toda la noche con un montón de gente que no conocía.

—¡Cómo no! —El príncipe Marcelle le pidió amablemente a una mujer que se cambiara de asiento, y Lucien, Piper y yo nos sentamos.

Lucien se sentó en el extremo de la mesa, como obligaba el protocolo. Yo me senté a su izquierda, con Piper a mi lado, y Marcelle se sentó a su derecha, enfrente de mí.

Nos sirvieron un elegante pato confitado con boniatos asados, pero a mí me costaba disfrutar la comida. No podía parar de mirar nerviosa de reojo a Lucien, preguntándome cuándo iba a ofrecer la disculpa pública. Si él

también estaba nervioso, no lo parecía. Estaba sentado con la espalda recta, mirando impasible a la gente que lo rodeaba con apenas emoción.

—¿Cuándo es el gran día? —preguntó Marcelle.

Lucien miró al príncipe de Verano.

—Bueno, supongo que ahora mismo depende de si tengo que lidiar con el temita de vuestra separación, ¿no? —masculló Lucien en voz baja, solo audible para Marcelle y para mí.

Marcelle se llevó un trozo de boniato a la boca y masticó observando a Lucien como un halcón observa a una serpiente.

—Ah, sí, tendréis que lidiar con ella. Y bastante pronto además. Pero espero que podamos seguir siendo aliados...

Lucien clavó el tenedor violentamente en el boniato y partió el plato por la mitad. Lo soltó y el tenedor se quedó de pie; todo el mundo se giró hacia él para ver a qué venía el escándalo.

Lucien se inclinó entonces hacia Marcelle.

—Os separaréis de mi reino por encima de mi cadáver.

Marcelle sonrió.

—Eso también lo podemos gestionar.

Ahogué un grito ante semejante comentario de traición. La temperatura en el comedor cayó de pronto.

No. No. No.

Así no iba a ganarse el cariño de la gente de Verano. Por debajo de la mesa, deslicé la mano por el muslo de Lucien y apreté. El frío en el ambiente desapareció rápidamente y él se giró para mirarme a los ojos.

—¿Quieres decir algo, bombón? —preguntó cariñosamente.

Marcelle le lanzó una mirada a Lucien por la forma tan adorable en la que se había dirigido a mí.

—Pues, la verdad es que creo que ahora sería un buen momento para que dieras un discurso. Hace mucho tiempo que el pueblo de Verano no veía a su rey. —Me reí nerviosa.

Ahora o nunca. Tenía que disculparse, si no lo mejor era que nos retiráramos pronto de la cena. Le rogué con los ojos, y luego una mano cálida se deslizó sobre la mía, recordándome que todavía le estaba agarrando el muslo. Me acarició los dedos y se me olvidó cómo se

respiraba. Le solté el muslo y aparté la mano. Tragué con fuerza y Lucien sonrió.

Carraspeó, se puso de pie y cogió la cuchara, con la que dio golpecitos contra la copa de cristal. Todo el mundo se quedó en silencio y lo miró.

Volví a meter la mano debajo de la mesa para buscar la de Piper, y nos apretamos con fuerza, conscientes de lo que estaba a punto de pasar.

Lucien puso una sonrisa vencedora a los asistentes, lo que hacía que estuviera todavía más guapo, y volvió a carraspear.

—Gracias, príncipe Haze y corte de Verano por celebrar mi compromiso con la princesa Madelynn.

Todo el mundo aplaudió de forma educada y volvieron a comer. Lucien carraspeó otra vez, más fuerte, y todo el mundo volvió a quedarse en silencio, mirándolo con el ceño fruncido. Lucien me miró.

—Mi futura esposa ya me ha calado hondo y eso ha hecho que quiera ser un hombre mejor. Corregir mis errores... —dijo, y sentí un pellizco en el corazón. Piper me apretó la mano y yo le devolví el gesto.

¿Quién iba a decir que Lucien Espino sería el hombre más romántico que he conocido nunca?

—La verdad es que cometí un error al permanecer en silencio y apartado todos estos años después de la Gran Helada —continuó, y todo el mundo empezó a murmurar.

—¿Qué está haciendo? —me susurró Marcelle. Yo lo ignoré.

—Cometí un error —admitió Lucien—. Aquello fue un accidente del que me arrepiento profundamente. No pasa una noche sin que sienta un gran remordimiento. Lo lamento. —Se llevó la mano al corazón y miró a los comensales. Se me llenaron los ojos de lágrimas por una disculpa tan sentida. Era mucho más de lo que esperaba y era evidente que lo decía desde el corazón.

Aumentaron los murmullos y finalmente una señora mayor se levantó y le señaló con un dedo.

—Los accidentes a la hora de controlar los poderes son cosas que pasan, pero no enviasteis ni una mísera carta explicando los motivos. Enterré a mi marido —rugió—, ¡y ahora tengo que hacerle una reverencia a su asesino solo porque es mi rey!

Se me escapó un grito ahogado ante las afiladas palabras de la mujer. Lucien se estremeció, como si le hubieran cortado. Varias personas murmuraron de acuerdo con ella y pronto toda la habitación estaba gritando al rey.

Esto no era lo que yo pretendía.

Miré a Marcelle, que estaba encantado con el giro de los acontecimientos, y empecé a sentir pánico.

El rey de Invierno se levantó de la mesa y se acercó a la mujer. Todas y cada una de las personas presentes se quedaron completamente inmóviles.

«Que no le haga daño», recé al Creador. No sabía si conocía a Lucien lo bastante como para saber qué iba a hacer. Pero sí sabía que tenía mucho genio y ella acababa de gritarle. Le estaba apretando tan fuerte la mano a Piper que seguramente le doliera, pero no podía moverme.

Cuando por fin Lucien llegó frente a la mujer, todos nos quedamos observando con miedo de lo que pudiera hacer. Marcelle movía los dedos como si se estuviera preparando para usar magia contra su rey en cualquier momento.

Pero lo que hizo Lucien a continuación provocó que se me derramaran las lágrimas por las mejillas.

Se arrodilló delante de ella y agachó profundamente la cabeza.

—Ahora soy yo quien os hace una reverencia, mi lady. Por favor, aceptad mi humilde disculpa. Era un chico joven con demasiado poder y ningún control. No pensé que, en vuestro duelo, quisierais escuchar las excusas de un muchacho en una carta, ni verle la cara, por eso mantuve la distancia.

A la mujer le tembló el labio mientras observaba al rey invernal arrodillado ante ella. Parecía impactada. Se le nubló la vista y tragó con fuerza.

Al cabo de unos instantes, le dio un golpecito en el hombro. Él levantó la cabeza y ella se agachó para susurrarle algo al oído. Desde aquí yo no lo oía, pero sirvió para que él se levantara y se abrazaran.

Fue un momento precioso, el mejor que podía haber esperado, y deseé que hubiera hecho lo mismo en mi corte y en Primavera.

Miré a Piper y sonreí.

—¡No! —Marcelle dio un puñetazo a la mesa, tirando mi vaso y llenando de agua mi plato de comida. Se puso de pie y de pronto empezó a hacer un calor sofocante en la sala—. ¿Os vais a creer las mentiras cuidadosamente preparadas de este loco? —gritó Marcelle a su pueblo—. Ha admitido que perdió el control. ¿De verdad queréis seguir a un rey que ni siquiera es capaz de controlar su poder? ¿Qué pasará la próxima vez que se enfade? ¿Quedaremos sumidos en un invierno eterno? ¡Morirá más gente! —Algunos de los habitantes de Verano asintieron de acuerdo, pero la mayoría guardó silencio.

Lucien puso una cara como si le hubieran dado una bofetada. Acababa de pedir disculpas de forma completamente sincera, enfrentándose a sus demonios, que era lo que yo le había pedido que hiciera, y Marcelle lo estaba manipulando.

—A mí no me representa —continuó Marcelle, y levantó la barbilla.

Entonces estalló dentro de mí una ira incontrolable.

—¡Cómo te atreves! —grité, y me puse de pie tan rápido que la silla en la que estaba sentada se cayó hacia atrás. La ventana del fondo del comedor se rompió y entró un fuerte viento, lanzando al aire todas las flores y las servilletas. Se escucharon aspavientos por toda la sala cuando formé un pequeño remolino alrededor de Marcelle—. ¡No vas a faltarle al respeto al rey de esa forma y marcharte de rositas! ¡Lo que has dicho es una traición! ¡Te has olvidado de cuál es tu sitio, Marcelle Haze!

Mis palabras se mezclaron con el viento y sonaron atronadoras al extenderse por toda la sala. Marcelle parecía realmente aterrado, se había dado cuenta de que había llegado demasiado lejos. Eso hizo que me preguntara cómo de acostumbrado estaba a hablar de esta forma para dejar que se le escapara delante del mismísimo rey. Estaba planeando un alzamiento. No me extrañaba que quisiera separar los reinos. La diferencia entre Lucien y yo era que yo tenía el control total sobre mi poder. Esta pequeña demostración era a propósito, y quería que todos los presentes lo supieran. El remolino de viento persiguió a Marcelle mientras caminaba hacia atrás. La ropa y el pelo le daban latigazos por el viento.

—Arrodíllate y prométele lealtad a Lucien Espino, rey de Invierno, líder de Thorngate y de todos los faes —ordené furiosa—, o yo misma te

arrancaré la piel capa a capa.

La estancia se llenó de gritos ahogados. Me daba exactamente igual que no fuera un comportamiento digno de una dama. Lucien no era perfecto, pero era nuestro líder, nuestro rey, y no iba a tolerar que le faltaran el respeto de esa forma en una sala llena de cortesanos. De pronto, Lucien apareció a mi lado y se puso delante de Marcelle.

No tenía ni idea de lo que pensaba de mi comportamiento y me daba igual. Marcelle se iba a arrodillar, si no estaría en todo mi derecho de condenarlo por traición.

Marcelle me miró, luego miró al rey, y cayó sobre una rodilla, agachando profundamente la cabeza. Sentí un gran alivio y detuve el viento repentinamente. El comedor se sumió en un silencio inquietante.

Lucien se quedó mirando a Marcelle arrodillado, con la cabeza agachada, y estuvo en silencio durante un minuto entero. Era como si estuviera asimilando el momento. Nadie en la sala se movió. Todos estábamos esperando a escuchar el destino del hombre que acababa de pronunciar tales traiciones.

—Puedes levantarte y seguir con tu vida —anunció Lucien, y los cortesanos que se encontraban a nuestro alrededor suspiraron aliviados.

Me quedé un instante enfadada con esa decisión, pero luego me di cuenta de que Lucien estaba jugando a un juego más largo para ganarse el corazón de la corte de Verano. Si hubiera matado a Marcelle, habría acabado con la petición de separación, pero en algún momento se habría producido un alzamiento. Lo habrían odiado aún más.

Lucien se giró hacia los asistentes y luego me miró a mí.

—Soy un hombre muy afortunado, ¿no es cierto? Por estar junto a una mujer que lucha por mi respeto en mi nombre.

Toda la sala se rio nerviosa por el cambio de tema y la tensión desapareció. Algunas mujeres nos sonrieron embobadas y los hombres asentían de acuerdo con Lucien. Luego este enganchó su brazo en el mío.

—Si nos perdonáis, nos vamos a marchar, pero esperamos veros a todos en nuestra boda. —Nos dimos la vuelta juntos y salimos apresuradamente del comedor, con Piper siguiendo nuestros pasos.

Sentí el corazón en la garganta mientras recorríamos todo el palacio. Había sirvientes en cada pasillo, así que no podía decir nada ni preguntarle nada en privado. Casi estaba temblando cuando llegamos a la entrada de la casa de invitados del jardín.

¿Estaba enfadado? ¿Me había pasado de la raya? ¿Me odiaba por haberlo defendido cuando era más que evidente que él podía hacerlo solo? ¿Había hecho que pareciera débil?

Piper se había sentado en el banco del jardín bajo la luna, y por fin estábamos solos. Levanté la cabeza para mirar a Lucien a la cara con la esperanza de que dijera algo, lo que fuera. Pero simplemente se me quedó mirando con esos ojos grises.

—Mi rey, siento si... —Me cortó las palabras apretando sus labios contra los míos, jadeé y él se tragó el sonido. Me agarró la cara con las manos y la conmoción dejó paso al deseo. Separé los labios y él introdujo su lengua, lo que me provocó un gemido. Él estaba de pie frente a la puerta y, cuando quise darme cuenta, me había girado y me había apoyado la espalda contra la madera. Me pasó el pulgar por el cuello mientras nuestras lenguas se acariciaban. Un calor repentino bajó por mi pecho y se paró entre mis piernas. No quería que este beso acabara nunca. Era salvaje y pasional, de una forma que jamás había sentido fuera de mis adoradas novelas románticas.

Este beso decía apruebo lo que has hecho.

Decía te aprecio.

Decía gracias.

Decía mucho más.

Besar a un hombre como Lucien Espino no era nada como besar a los chicos en el colegio. Este beso prometía que un día, cuando yaciéramos, habría mucho más. Habría placer para ambos.

Cuando por fin se separó yo estaba jadeando. Odiaba que hubiera parado, pero también lo agradecía. No sé si yo lo habría hecho, y Piper solía romper las normas, así que ella no habría parado jamás. Pero si alguien nos veía, mi reputación quedaría mancillada y él lo sabía.

Me estaba agarrando ligeramente por el cuello, con los labios brillantes por mi saliva cuando se inclinó para susurrarme al oído:

—Si hubiera sabido que besabas así, habría doblado tu dote.

Sonreí por el cumplido cuando se apartó de mí.

—En fin, buenas noches —dije con una voz estúpida. Mi mente seguía en su lengua y en su sabor y en su olor y en su tacto.

Me di la vuelta para ir a recoger a Piper y marcharnos a nuestros aposentos.

—¡Madelynn! —gritó él, y me giré todavía sin aliento—. ¿Habrías matado a Marcelle?

Su pregunta me impactó, pero no más que la respuesta. Lucien había abierto su corazón en una habitación llena de desconocidos. Se había humillado delante de esa viuda y le había hecho una reverencia. Y Marcelle lo había arruinado todo.

—Sí —dije sinceramente, y me di la vuelta antes de poder ver alguna respuesta en su expresión.

No quería saber si estaba decepcionado o encantado por mi respuesta. Aunque creía que conocía lo bastante a Lucien como para saber que era la segunda opción.

7

Nos marchamos de la corte de Verano antes de que hubiera salido el sol. Anoche las cosas no fueron bien, así que, si se producía de verdad una rebelión, podríamos tener problemas. Apenas había dormido porque no podía parar de reproducir mentalmente ese beso una y otra vez. Era como si estuviéramos hechos el uno para el otro, encajando perfectamente, con nuestras lenguas bailando la misma canción. Piper me pidió una y otra vez que se lo describiera, embelesada en el sofá mientras seguía agarrando su novela romántica.

—Eres Elowyn —me decía y se reía.

Ahora íbamos de camino a la corte de Invierno. Era casi un día entero de viaje porque había que cruzar un rincón de la corte de Primavera y luego iniciar el desfile por todo el pueblo de Invierno. Lucien se turnó entre sentarse conmigo mientras leía en el carruaje e ir a caballo con sus soldados mientras yo charlaba con Piper.

Cuando ya estábamos cerca de la frontera de la corte de Invierno, se coló por el carruaje un olor a humo y, al sacar la cabeza por la ventana, vi un incendio a lo lejos.

Nuestra pequeña caravana se había detenido y Lucien estaba hablando con los soldados.

—Podría ser una trampa para que vayamos hacia allí —advirtió el jefe de la Guardia.

Salí del carruaje y me subí en el escalón más alto para observar las llamas que tocaban el tejado del edificio. Era una granja y estaba ardiendo.

—¿Estamos en Primavera? —pregunté al ver las flores de colores y la tierra húmeda.

Lucien me miró.

—Sí, así que o ese fae no tiene suficiente poder como para invocar a la lluvia o es una trampa.

—Tú puedes congelar a la gente en su sitio y yo les puedo sacar el aire de los pulmones. ¿A qué esperamos? Tenemos que ayudar. Si es una trampa, los mataremos —dije con decisión.

Lucien miró al jefe de la Guardia con una ceja arqueada y luego me miró a mí.

—¿Te había dicho cuánto me gusta tu naturaleza violenta secreta?

Yo resoplé.

—¡No soy violenta!

Lucien le dio una patada delicada a su caballo y se dio la vuelta para acercarse a mi lado.

—Muy bien, princesa, vayamos a ver qué podemos hacer para ayudar o acabar con esa gente.

A ver, dicho así, sí que sonaba violento. Simplemente quería decir que, si era una trampa, no nos costaría mucho tener más poder que los bandidos.

Me subí a su caballo, me senté a horcajadas y deslicé las manos por su cintura. Intenté no centrarme en los músculos fuertes que sentía bajo los dedos ni en el olor a pino fresco que desprendía su pelo. Intenté con todas mis fuerzas no recordar su sabor a menta y miel.

Piper carraspeó detrás de nosotros. Me di la vuelta y estaba mirando al jefe de la Guardia de Lucien.

—Me gustaría ir —dijo.

El guardia miró a Lucien, que asintió una vez.

Piper protegía mi modestia como si fuera el último trozo de una tarta de chocolate. Y el trozo de tarta tenía el nombre de Lucien. Solo con pensarlo se me sonrojaban las mejillas y me distraía de lo que estaba haciendo. Para cuando mis pensamientos volvieron a centrarse en el humor, ya habíamos llegado al fuego.

—¡Hades bendito! —exclamé al ver a un fae anciano de unos setenta inviernos completamente solo. Tenía un cubo y lo hundía en el abrevadero del caballo para recoger agua e intentar apagar el fuego que se extendía por los laterales de su casa. Ahora veía que tenía una hoguera en un lado para quemar basuras y hojas secas y se le había ido de las manos.

Sin pensar, salté del caballo y aterricé con fuerza sobre los talones. Sentí un dolor punzante en los pies, pero lo ignoré.

Saqué los brazos y quité el aire del fuego, las llamas se redujeron a la mitad. Lucien estaba rígido detrás de mí, invocando a las nubes en el cielo para que se acercaran hacia nuestra zona; y entonces bajó la temperatura.

En ese momento, el hombre se dio cuenta de que no estaba solo. Se giró para mirarnos y Piper corrió hacia él.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó frenética.

El hombre nos miró conmocionado.

—No, mi mujer ha ido al pueblo. La hoguera se ha descontrolado.

—¡Llévalo a un sitio cálido! —dijo Lucien, y empezaron a caer copos del cielo. Lucien no podía provocar lluvia como los faes de Primavera, pero sí podía extraer la lluvia de las nubes y congelarla. Piper agarró al anciano por los hombros y tiró de él para apartarlo de la nieve mientras yo me acercaba más a Lucien. Con mi poder, guie los enormes copos de nieve hacia las llamas. Crujían y saltaban al llegar al fuego, pero la cantidad que Lucien había generado estaba acabando con las llamas. Trabajamos juntos sin decir nada y extinguimos el fuego de la casa del pobre hombre. Después miré a Lucien, que me observaba con intensidad.

—Tú y yo trabajamos bien juntos —murmuré, y se le alegró toda la cara con una sonrisa devastadoramente bonita.

—Así es —concordó.

No pude evitar poner una sonrisa a juego con la suya. Estar con ese hombre me hacía feliz. No habría podido ni imaginarlo hacía tan solo unos días.

—Voy a entrar para soplar cualquier resto de humo —le dije.

Él asintió.

—Te acompaño.

Sabía que era para protegerme, y me parecía adorable, pero ya debería de haberle quedado claro que podía cuidarme sola.

Entré y no pude evitar toser al toparme con una enorme nube de humo denso. Absorbiendo el viento por la ventana abierta de la cocina, soplé todo el humo por la puerta principal en cuestión de minutos. Cuando acabamos, Lucien y yo nos adentramos más en la casa para evaluar los daños.

La pared seguía de pie, milagrosamente, solo con una esquina del comedor quemada y abierta al exterior.

—Habrá que hacer unos pequeños arreglos, pero podrán quedarse aquí —apunté.

Lucien estaba mirando unas fotos colgadas en la pared.

—Me ocuparé de que el duque Barrett le proporcione cualquier ayuda necesaria.

Me acerqué a él y toqué una de las fotos de la pared. En una estaba el anciano y quien supuse que sería su mujer, pero con treinta años menos. Ella tenía en las manos una pequeña flor morada y él una pala. Los dos estaban sonrientes en mitad de un campo.

—Parecen felices —observé.

Lucien inclinó la cabeza hacia mí.

—Es lo que hace el amor.

—Me recuerdan a mis padres. —Sonreí—. Mi padre está obsesionado con mi madre. Es adorable y un poco nauseabundo.

Lucien se rio.

—A mí me parecen afortunados.

—¿Cómo era el matrimonio de tus padres? —me pregunté en voz alta. Sabía que cuando murió su madre, su padre, que era el rey por aquel entonces, se lo había tomado muy mal, obviamente. Abdicó y desde entonces nadie lo había visto ni sabía nada de él. Lucien se convirtió, entonces, en la cara pública del hogar de los Espino.

Su cara se ensombreció y se le empezó a formar una tormenta en los ojos.

—Deberíamos salir a comprobar cómo está el anciano.

Se apartó de mí y me desinflé un poco. Con Lucien había muchos temas delicados, me daba la sensación de tener que transitar continuamente de puntillas entre ellos. Aun así, se estaba abriendo conmigo poco a poco, por lo que no iba a insistir.

Había dos conversaciones tabús: la causa de la Gran Helada y sus padres.

Salí detrás de Lucien y disfruté de la escena con la que me encontré.

—Que Hades os bendiga, rey Espino. —El hombre lloraba aferrado al brazo de Lucien.

Lucien parecía estar incómodo con esa muestra de emoción, no sabía qué hacer, así que simplemente se quedó de pie muy rígido. Me entraron ganas de reírme al verlo. Era muy tierno y cómico. Pero no creía que a Lucien le fuera a hacer mucha gracia.

—Ven, vamos dentro para que entres en calor —le dije al anciano mientras le apartaba de Lucien. Este pareció relajarse.

Piper y yo instalamos al hombre dentro, y Lucien envió a uno de sus guardias a la corte de Primavera para que avisara de que enviaran ayuda para el anciano y su esposa.

Cuando nos subimos de nuevo al carruaje, me sentí muy bien con lo que habíamos hecho.

Solo unas horas después, entró una brisa fresca en el carruaje. Me di cuenta de que ya habíamos llegado a la corte de Invierno. Lucien apareció de pronto con dos capas de pelo y nos dio una a Piper y otra a mí. La mía era de pelo de conejo blanco y la de Piper era marrón rojizo, seguramente de zorro.

—Un regalo de mi parte —dijo despreocupado, como si no fuera un gesto cariñoso y considerado que me había acelerado el corazón.

Piper me miró sorprendida. No era habitual que el rey les hiciera regalos a las damas de honor. Pero como Piper era tan importante para mí, también lo era para él.

—Es todo un detalle —reconocí mientras me colocaba la capa sobre los hombros. El calor me envolvió de inmediato y me relajé. A decir verdad, adoraba el invierno. La nieve era mágica, como ir en trineo y todas las demás actividades divertidas que se podían hacer. ¿Me gustaba para todo el año? Eso tendríamos que verlo.

Cuando estallaron los aplausos, me di cuenta de que ya habíamos entrado por las puertas.

Aparté la cortina, abrí la ventana y saludé a todo el mundo. Sonreían con alegría, me agarraban la mano y corrían junto al carruaje.

—¡Nuestra futura reina! —gritaban los niños sin parar de correr, y empezó a caer una ligera nieve. Miré al otro lado del carruaje y Lucien me observaba con una sonrisa.

Algo se me movió en el pecho y me di cuenta de que había juzgado muy mal a este hombre. Era amable, inteligente, protector y... tenía defectos. Pero como todos, ¿no? Tenía mal genio, pero nunca conmigo. Había una frase de mi novela romántica favorita que decía: «Solo tenía ojos para mí». ¡Cuánto deseé ser esa chica cuando leí por primera vez esa frase!

Y ahora, mientras miraba cómo Lucien me observaba, pensaba que quizás lo era.

Le correspondí con otra sonrisa y le agarré la mano. Él me devolvió el gesto y entrelazamos los dedos bajo la ventana del carruaje para que nadie lo viera. Con la mano libre, saludamos a su gente que abarrotaba tanto las calles que apenas podíamos pasar.

Sin duda, era la recepción más grande que habíamos tenido. Era un rey muy querido en su reino.

«Los rumores falsos para que la gente lo tema no han calado mucho aquí», pensé.

Cuando por fin llegamos al palacio de Invierno, observé su estructura de piedra: mi nuevo hogar. Era más grande de lo que recordaba. De pequeña había venido con mis padres y otras familias reales alguna vez, pero no recordaba haber conocido a Lucien. Siempre se mantenía al margen o se marchaba con los otros príncipes, que ahora eran reyes.

La gigantesca piedra blanca parecía estar tallada en hielo, y me estremecí un poco por el aire frío.

Al salir del carruaje, Lucien miró el palacio con una expresión afligida. Fruncí el ceño y me pregunté por qué se ponía así al volver a casa. ¿No le gustaba estar aquí? ¿Era por los recuerdos de su madre?

Empecé a tiritar y Lucien salió de sus pensamientos.

—Vamos dentro, junto a la chimenea —propuso a la vez que me colocaba una mano en la espalda y con la otra saludaba a su pueblo al pasar. Ahora la nieve caía a montones y me pregunté si era porque Lucien estaba nervioso. El invierno no siempre tenía que ser frígido y nevado, pero el

reino estaba muy ligado a sus emociones y no pude evitar preguntarme qué sería lo que le tenía al límite en aquel momento.

Piper se colocó su capa de pelo y el sirviente principal de Lucien nos hizo una reverencia profunda.

—Su Alteza, bienvenido a casa —dijo, y luego me miró a mí—. Princesa Madelynn, estamos encantados por el anuncio de vuestro compromiso.

Yo le sonreí con candor y le di las gracias cuando nos insistió para que entrásemos. Sentí el calor del fuego y suspiré aliviada a la vez que me quitaba los zapatos cubiertos de nieve. Me acerqué al corazón de la gigantesca sala de arte. La chimenea de piedra ocupaba tres pisos de alto y era una obra de arte preciosa. Mientras Piper y yo nos calentábamos las manos, Lucien ordenó a su personal que llevaran mis cosas a mi ala de la casa y que prepararan la cena. Había sido un día largo y frío, y, cuando le escuché decir «estofado de carne», se me hizo la boca agua.

Tras dar las instrucciones, Lucien se unió a nosotras junto a la chimenea. Me miraba nervioso.

—¿Te gusta el palacio? Puedes decorarlo si quieres. Todo esto lo eligió mi madre y...

—Es precioso —le dije con una sonrisa.

Y era verdad. Plata, oro, gris y blanco. Era como el Festival del Solsticio de Invierno todo el año. No me importaría darle algún toque de color en algún momento, pero estaba muy bien decorado. Las sillas de respaldo alto parecían estar talladas en madera de roble y tintadas de un negro intenso.

—¿Es ella? —preguntó una voz profunda y grave detrás de mí, una voz que me estremeció.

Me di la vuelta y me encontré con un hombre alto con una barba descuidada. Llevaba una túnica blanca sencilla con un montón de manchas y una botella de vino en la mano. Durante un segundo pensé que era un vagabundo, hasta que noté que Lucien se tensó.

—Padre, te dije que iría a buscarte cuando estuviera la cena lista. —La voz de Lucien sonó aguda y llena de ansiedad.

¿Padre? ¿Acaso era el emérito rey Espino? Se me aceleró el corazón a medida que se acercaba y se chocaba contra las sillas intentando alcanzarme.

Era evidente que estaba borracho.

Me miró de arriba abajo y asintió.

—No está mal. —Luego miró a Lucien—. ¿Y ha aceptado casarse con un alma en pena como tú?

Ahogué un pequeño grito y miré a Lucien, pero no expresó ninguna emoción.

—Así es —dijo impasible.

El rey emérito me miró con los ojos entrecerrados.

—No vale para nada. Ni siquiera fue capaz de salvar a su propia madre.

Me quedé boquiabierta. Pensaba que Lucien se abalanzaría sobre su padre y le agarraría por el cuello. Esperé a que empezara a nevar, cualquier cosa que demostrara que estaba enfadado, pero simplemente hundió los hombros y dejó caer la cabeza hacia delante.

Miré a Piper sin saber qué hacer. Ella se encogió de hombros con los ojos muy abiertos. Si hubiera sido otra persona, le habría dicho un par de cosas, pero era su padre, nuestro antiguo rey.

Entonces decidí tratarlo como trataría a un niño que se porta mal. Cuando Libby quería llamar la atención, a veces se portaba mal. Si la ignorabas, paraba.

Deslicé la mano en la de Lucien y lo miré.

—Me han dicho que tienes una biblioteca maravillosa. ¿Me la enseñas?

Su padre empezó a balbucear algo, pero tiré de Lucien para que se alejara de él y Piper nos siguió. Cruzamos los pasillos hasta llegar a una enorme puerta doble.

Lucien la abrió y el aspaviento que hicimos Piper y yo a la vez no le hizo justicia al lugar. Tenía una altura de dos pisos, con estanterías que llegaban hasta el techo, tres escaleras rodantes y más de mil libros, ¡como mínimo!

Piper se fue corriendo a sacar un libro y Lucien me miró.

—Disculpa a mi padre... Debería haberte avisado. Iba a hacerlo, pero... —Se quedó callado.

Yo le sonreí con ternura.

—No pasa nada.

Es verdad que ver al rey anterior en ese estado me había dejado algo conmocionada, pero ¿quién no se avergüenza de algún miembro de su familia? Solo esperaba que su crueldad hacia Lucien fuera algo puntual y que no volviera a ser testigo de algo así. El vino y la luna llena tenían un efecto horrible en los hombres que no eran capaces de controlar sus ansias de alcohol. Y lo que acababa de decir su padre lo había dejado claro.

—Sabes que no es culpa tuya que tu madre esté muerta, ¿verdad? No podías haberla salvado. No eres un elfo curandero —dije de pronto al preguntarme si se habría creído las palabras de su padre.

Él suspiró con la mirada perdida.

—Ya no estoy seguro. Me lo ha dicho tantas veces que empiezo a pensar que tiene razón.

Se me hundió el corazón y me acerqué a él, pero se apartó.

—Tengo que ir a hablar con mi personal, he estado mucho tiempo fuera. ¿Nos vemos en la cena?

Se me habían llenado tanto los ojos de lágrimas que me habían nublado la visión de Lucien, así que tan solo asentí y me dejó en la biblioteca. Parpadeé rápido para aclararme la vista y Piper corrió a mi lado.

—¿Lo has oído? —le pregunté. Parecía estar consternada, así que probablemente sí que lo había hecho.

Asintió y se quedó mirando la puerta cerrada.

—¿Crees que por eso no bebe?

Claro, tenía sentido. Lucien no era el que tenía el problema, era su padre, y, seguramente por rechazo hacia ese problema que estaba viviendo en casa, no quería ni acercarse al vino ni al hidromiel.

—Eso demuestra que nunca sabes por lo que está pasando una persona y que no deberíamos lanzar juicios basándonos en rumores —sentenció Piper.

Yo asentí y le pasé el brazo por los hombros.

—Eres demasiado sabia para tu edad, Piper. Demasiado sabia.

Ella sonrió y salimos de la biblioteca para ir a buscar mis aposentos... en el palacio que pronto se convertiría en mi hogar. Era abrumador y

emocionante al mismo tiempo. Sobre todo porque, ahora que había besado a Lucien, estaba cien por cien segura de querer casarme con él. No me podía imaginar no besar nunca más esos labios. ¿Quién había dicho que los matrimonios concertados no podían ser matrimonios con amor?

8

Las habitaciones que me habían reservado eran más grandes que las que tenía en el palacio de la corte de Otoño. Tenía un dormitorio privado, tres aposentos para invitados, una sala para el té, tres aseos ¡y mi propia biblioteca! Por no hablar de los aposentos del servicio para Piper y la pequeña cocina. Era como una casita propia en el ala de un castillo compartido con el rey y su padre. No tenía ni idea de qué acuerdos de convivencia tendríamos una vez que nos casáramos. La mayoría de los matrimonios concertados empezaban con dormitorios separados y la pareja solo se unía en el momento de yacer ocasionalmente para concebir un heredero. No sabía si Lucien iba a preferir estar siempre solo y que yo me quedase en ese lado del castillo o qué. Esa idea me hizo sentir un poco sola.

Después de asearme y cambiarme, me puse un vestido plateado con el dobladillo de pelo blanco y fui al comedor con Piper.

De camino, algunos de los cortesanos se asomaron al pasillo para saludarnos y presentarse. Conocimos al maestro Greeves, que era el jefe del personal de servicio y a quien debía acudir con cualquier problema. Luego nos saludó una anciana encantadora que era la repostera y la cocinera del palacio, la señora Pennyworth.

Conocimos también a varios soldados de alto rango, algunas empleadas domésticas y al elfo curandero del palacio. Todos me sorprendieron mucho. Eran muy respetuosos y parecían verdaderamente emocionados por tener una reina nueva. Me sentí muy bien acogida y los rumores malvados sobre el palacio se disiparon.

Cuando entré en el comedor, me sentí decepcionada al ver al padre de Lucien, Vincent, sentado a la mesa con una copa de vino en la mano mientras fulminaba a su hijo con la mirada.

Esperaba que cenáramos los dos solos y que su padre estuviera durmiendo la mona en algún otro sitio. ¿A lo mejor era siempre así? ¿Esto era lo normal para ellos? Me estremecí al pensarlo. Nunca había visto a mi padre así de borracho. Era indecente, sobre todo para la realeza.

—Señor Espino. —Le hice una reverencia—. Me alegro de volver a veros.

Él miró a su hijo.

—No te la mereces —dijo, y se me tensó la espalda.

Lucien apretó la mandíbula y le hizo un gesto al mayordomo para que se acercara.

—Que nos vayan sirviendo ya.

¿Lucien iba a ignorar ese comentario tan horrible? Me estaba poniendo enferma que su padre le atacara verbalmente así y que él no hiciera nada. No tenía nada que ver con el hombre con el que acababa de pasar unos días de viaje.

Lucien se sentó en el extremo de la mesa, con su padre a la izquierda. Yo me senté a su derecha y Piper a mi lado.

—¿Te gustan tus aposentos? —me preguntó Lucien mientras me ponían un plato de estofado caliente delante.

Asentí.

—Son preciosos. Muy grandes. Puede que me sienta un poco sola, en el palacio de la corte de Otoño nunca había tenido nada tan grande.

Lucien entrecerró ligeramente los ojos.

—Bueno, solo será hasta que nos casemos. Luego vendrás conmigo a mis aposentos, ¿vale?

Casi me atraganto con el estofado. No me podía creer que hubiera dicho eso delante de su padre. Pero también me emocionaba la idea de que no quisiera el típico matrimonio concertado con habitaciones separadas.

—Vale. —Me reí nerviosa.

Piper estaba sonriendo. Le di una patadita por debajo de la mesa.

El padre de Lucien no había probado bocado de su plato. Pero sí que cogió la copa de vino, la vació de un trago y luego se me quedó mirando.

—¿Por qué te casas con él? —me preguntó con una expresión fría.

—Padre, basta ya —dijo Lucien en voz baja.

—¡No me digas lo que debo hacer! —gritó su padre a la vez que movía la mano hacia él. De la palma de su mano salió volando un témpano que le hizo un corte en la mejilla a Lucien antes de hacerse añicos contra la pared que había detrás de él.

Ahogué un grito, esperando que Lucien respondiera. Pero no lo hizo. Simplemente se llevó una servilleta a la cara y dejó caer la cabeza hacia delante, avergonzado.

«Esto será así todos los días».

Esa idea me aterrorizaba. Quería coger el cuchillo y cortarle la mejilla a su padre como venganza, pero sabía que eso era una locura. Nunca me había sentido tan protectora con nadie. El rey era más poderoso que yo y lo normal era que no necesitara mi protección, pero... parecía que con su padre sí. Aquel hombre ya había abusado de él en otras ocasiones, si no Lucien no sería tan dócil.

¿Desde que era pequeño? No lo sabía. Desde que su madre murió, seguro. Pero Lucien había dejado de discutir por algún motivo.

Me puse de pie y su padre me siguió con la mirada. Me acerqué a Lucien, le levanté la barbilla y lo miré a los ojos. No estaba preparada para encontrarme con la mirada de un niño pequeño y herido. Me destrozó y sentí un aluvión de ira recorriéndome todo el cuerpo.

—Me gustaría que cenáramos los dos solos —le dije—. ¿Tienes un comedor más pequeño?

Lucien relajo la cara en mis manos y el niño pequeño asustado se apartó un poco.

—Sí. —Se levantó y cogió su plato de estofado.

Piper cogió los nuestros y salimos por la enorme puerta abierta del comedor grande.

Su padre resopló detrás de nosotros y me di la vuelta para mirarlo. Ahora me fulminaba a mí con la mirada.

—Podréis venir a cenar con nosotros cuando estéis sobrio —le informé, y nos marchamos.

Caminamos en silencio por el pasillo. Algunos de los empleados nos siguieron confundidos. Lucien nos llevó hasta un pequeño comedor con dos sillas y una mesa redonda. Había una ventana enorme en la pared del fondo

por la que se veían los maravillosos campos cubiertos de nieve de detrás del palacio.

Miré a Piper cuando colocó mi plato en la mesa y me hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Me voy a la esquina.

Uno de los empleados colocó una silla y una pequeña bandeja y Piper se sentó en la esquina de la habitación para comer sola. Me sentí mal por ella, pero una vez que Lucien y yo nos casáramos, ya no tendría que seguirme a todas partes. Esto lo hacía para proteger mi reputación, lo sabía, pero a veces me parecía un poco tonto, sobre todo, en momentos en los que, como en este, quería tener una conversación privada con él.

Lucien se sentó a mi lado y empezó a comerse el estofado en silencio, mirando cómo caía la nieve al otro lado de la ventana. Estaba nevando con fuerza y parecía mágico.

—Me gusta este comedor. Creo que deberíamos comer siempre aquí —le dije.

Él me miró con una sonrisa triste que me rompió el corazón. Comimos en silencio y no pude evitar reproducir en mi mente una y otra vez lo que había pasado con su padre.

—Me da vergüenza que hayas tenido que ver eso —consiguió decir Lucien por fin—. Lo siento... Ojalá se muriera, o se fuera a vivir a las montañas y me dejara en paz.

Tragué con fuerza, pero no juzgué sus palabras, no podía después de lo que acababa de ver.

—¿Siempre ha hecho esas cosas?

Lucien se encogió de hombros.

—Cuando mi madre vivía, no mucho. Pero, desde que murió, bastante. Nunca se acuerda de nada al día siguiente.

«No mucho». Esa no era la respuesta que esperaba. Y que no se acuerde no era una excusa. Me recordaba al sabio de nuestra corte que tenía problemas con la bebida y necesitaba ayuda.

Agarré su mano.

—¿Por qué no le plantas cara? —Ya lo había visto perder la compostura con los demás docenas de veces en los últimos días. Pero con su padre se

comportaba como si estuviera muerto por dentro.

Lucien me miró con unos ojos inquietantes, apagados y vacíos de toda emoción.

—Porque, la última vez que lo hice, congelé todo el reino durante un día y una noche enteros.

¿Ese fue el motivo de la Gran Helada? ¿Discutió con su padre y no fue capaz de controlar sus poderes? Seguramente su padre le hiciera polvo, echándole en cara que su madre había muerto por su culpa, porque no la salvó. ¿Qué provocaron esas palabras a un chico inocente de dieciséis años que ya estaba sufriendo mucho?

—Ay, Lu...

Él se puso de pie mientras apartaba la silla con fuerza.

—Estoy agotado del viaje. Voy a acostarme, nos vemos por la mañana.

Estaba tan aturdida por su revelación que lo único que conseguí hacer fue asentir. Su padre le había llevado al límite aquella noche y ahora temía plantarle cara por miedo a volver a congelar el reino. Más de cincuenta personas murieron aquella noche. Temía volver a provocar algo así.

Pues yo no tenía miedo. Tenía el control total sobre mis poderes. Me levanté abruptamente y Piper corrió a mi lado.

—No hagas ninguna locura —me advirtió, porque me conocía demasiado bien.

Ella había escuchado todo lo que acababa de decir Lucien. La miré con lo que esperaba que fuera una expresión volátil.

—Me dijiste que tenía que apoyar a mi hombre, demostrarle a Lucien cómo sería tener a su lado a una reina que lo apoya.

Piper abrió mucho los ojos.

—Sí, bueno, me estaba refiriendo a Marcelle, no al rey emérito de Invierno —gritó en un susurro.

Estaba preocupada por mí después de haber sido testigo de sus poderes cuando le cortó la mejilla a Lucien con el témpano de hielo; pero a mí ese hombre no me daba miedo. El hielo podía convertirse en nieve con una ráfaga de viento.

Levanté la barbilla.

—Si pienso vivir en este castillo, tengo que poner a ese hombre en su sitio.

Piper se quedó preocupada en la puerta. No me cabía duda de que estaba repasando mentalmente todos los protocolos y las etiquetas.

—Espérame aquí —le ordené—. Es mejor que no haya testigos. Así será mi palabra contra la de un borracho.

Se quedó boquiabierta y pasé a su lado rápidamente en busca del hombre con el corazón negro que se hacía llamar padre.

Encontré a Vincent Espino en el comedor donde lo había dejado. La copa de vino estaba llena y el estofado apenas lo había tocado. Tenía la barba tan larga que la estaba mojando en el caldo y casi me dio pena.

«Casi».

No había ningún empleado, así que cerré la puerta después de entrar. Él levantó la cabeza al escuchar el ruido y, cuando me vio, puso los ojos en blanco.

—Márchate y déjame en paz —me dijo.

—No —gruñí. Me daba igual que fuera inapropiado, me daba igual lo que dijera el protocolo, no iba a permitir que nos siguiera tratando mal a Lucien y a mí, y a nuestros posibles hijos, durante el resto de nuestras vidas.

Miré hacia la pequeña ventana circular de la pared del fondo e invoqué mi poder para hacer una pequeña grieta en el cristal y generar el viento suficiente para que me ondeara el pelo y Vincent se diera cuenta de que estaba cabreada.

Entonces el padre de Lucien se rio con un sonido chirriante y ebrio.

—¡La he enfadado! —se burló para nadie.

Me acerqué tranquilamente y me puse delante de él, recogiendo más viento y usándolo para dejarlo pegado a la silla. Abrió muchos los ojos.

—¿Te atreves a usar tu poder contra mí? —gruñó, y la temperatura en el comedor se desplomó.

Me incliné hacia delante con la esperanza de tener un aspecto tan malvado como me sentía.

—Por supuesto. Es más, como vuelvas a hacerle algo a Lucien, te mataré.

Se quedó boquiabierto. Forcejeó contra mi agarre invisible, pero lo retuve firme en su sitio.

—Y, a partir de ahora, si quieres estar en presencia de tu hijo o mía, tendrás que estar sobrio.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —gritó él, y las paredes que había a mi alrededor empezaron a congelarse. Le mandé más viento para que le temblara cada centímetro de piel bajo mi fuerza.

Luego me acerqué a él y le clavé un dedo en el pecho, empujando el viento lo suficiente para que le costara respirar. Ese era el lado oscuro de mi poder, algo que hacíamos mil veces al día básicamente sin pensar. Respirar. Y yo había conseguido controlarlo. Podía sacarle todo el aire de los pulmones sin dejar rastro.

—Tu hijo es el rey. Tú abdicaste, ¿recuerdas? Y pronto yo seré tu reina. Eso me coloca por encima de ti. Siento la muerte de tu esposa, pero no es ninguna excusa para tu comportamiento. Estoy segura de que se avergonzaría de ti. No traeré niños a una casa con un abuelo como tú.

Parecía afligido, como si por fin hubiera conseguido atravesar el escudo helado tras el que había escondido su corazón. Pero luego su expresión cambió a una mueca amenazante.

—¡Eres igual de mala que Lucien! —rugió, y sentí el hielo aferrarse a mis tobillos—. Una putita asquerosa que...

Ya había escuchado suficiente. Con un solo pensamiento, le saqué el aire de los pulmones y se le sobresalieron los ojos de miedo.

Sonreí al ver su cara, e ignoré mis pies congelados. Él estaba borracho y no tenía poder suficiente para vencerme.

—Ay, Lucien, mi amor —me burlé fingiendo una voz devastada—, no sé qué ha pasado. Tu padre dejó de respirar de repente. Creo que el vino le debilitó el corazón.

Vincent abrió los ojos aún más y se le empezó a poner la cara morada.

—Igual debería acabar contigo en este instante —musité. No sabía qué se había apoderado de mí. Era como si toda la ira reprimida con la que había cargado toda mi vida se estuviera desatando en ese momento. Tenía

que ser la Madelynn perfecta y correcta, la hermana mayor, la más poderosa. Tenía que hacer lo que se me dijera. Ya me había cansado de ser obediente. Quería matar a aquel bastardo y evitar que volviera a hacer daño al hombre del que seguramente me estuviera enamorando.

—Lo siento. —Vocalizó las palabras, incapaz de hablar. El frío y la helada desaparecieron de pronto y me di cuenta de que había llegado demasiado lejos. Matar al padre de Lucien no era la respuesta. Puede que esta basura de persona todavía tuviera remedio.

Solté mis poderes y Vincent se cayó hacia delante de rodillas, jadeando en busca de aire. Se golpeó en el pecho y yo me quedé mirándolo, esperando su respuesta. Eso determinaría su destino.

Cuando por fin recuperó el aliento, se levantó y volvió a sentarse en la silla. Luego cogió la botella de vino que había junto a la copa.

Le agarré del brazo y él me miró a los ojos. Lucien me había dicho algo en la cena que sabía que no había tenido nunca el valor de decírselo a su padre. Así que lo haría yo por él.

—No puedes vivir aquí de esta forma. Los elfos tienen una clínica en la que llevan a cabo una técnica curativa que ayuda con este problema. Puedes pasar unas semanas allí y curarán tu adicción. No sentirás ninguna necesidad de beber.

Apareció en sus ojos un brillo atemorizado y me di cuenta de que le daba miedo continuar viviendo sin alcohol, no tener a mano vino e hidromiel para ahogar el dolor y la ira, o cualquiera que fuera el motivo por el que bebía.

Me encogí de hombros.

—O puedes irte a vivir a una casa de campo en las montañas. Enviaré comida y alcohol suficiente para que te emborraches hasta morirte.

Se le abrió la boca. Sabía que nadie se había atrevido a hablarle así. Quizás ese era el problema. Hacía demasiado tiempo que nadie lo había puesto en su sitio.

—Tú eliges, Vincent. —Lo llamé por su nombre de pila con la intención de calarle más hondo.

—Eres... Eres... —Parecía que se había quedado sin palabras. Le reté a que me volviera a llamar puta o cualquier otro insulto.

Suspiró y se dejó caer en la silla, frotándose el pecho.

—De acuerdo, probaré el sitio ese de los elfos. Si no funciona, o no me gusta, me iré a la casa de campo en las montañas. Ten el vino preparado —balbuceó y se cruzó de brazos como un niño enfadado.

Asentí aliviada porque no hubiera intentado discutir de nuevo.

El no haber bebido en los últimos diez minutos parecía haberle aclarado la mente un poco. Se quedó mirando a la nada en la distancia. No sabía cómo zanjar la conversación, pero no iba a disculparme.

—Tienes razón —dijo con la voz poco profunda y con una lágrima deslizándose por la mejilla—. Mi mujer se avergonzaría de mí.

Asentí de acuerdo.

—Pues ponte las pilas para que Lucien y yo no lo hagamos.

Cerró la boca en una línea recta, pero asintió una vez, con más lágrimas.

Yo no estaba preparada para esas lágrimas. ¿Se arrepentía de cómo había tratado a Lucien o era simplemente parte de la embriaguez? ¿Echaba de menos a su mujer? Me debatía entre darle una bofetada o un abrazo. Así que decidí que lo mejor era irme.

—Prepararé tu estancia en el centro de rehabilitación élfico —le anuncié, y me marché.

Cuando abrí la puerta se me escapó un chillido al encontrarme cara a cara con Lucien. Miraba con los ojos muy abiertos hacia el interior, hacia su padre y luego hacia mí.

«Ay, fae».

¿Lo había oído todo? ¿O solo lo último? Parecía... asustado y enfadado y... algo más. Esto no había sido como cuando lo defendí ante Marcelle, aquel era su padre y sabía que me había pasado de la raya.

Cerré la puerta detrás de mí y me quedé sola con Lucien bajo la tenue luz del pasillo. Le brillaban los ojos con un gris oscuro y la temperatura bajó un poco, provocándome un escalofrío por la espalda.

Era inapropiado que nos vieran juntos sin carabina. Si aparecía algún empleado, podrían empezar rumores. Pero me daba igual. Me preocupaba más lo que él había escuchado y qué pensaba al respecto.

—Siento haber intervenido en tus asuntos familiares privados —empecé a decir mientras él me observaba con esos ojos brillantes en los que no

cabía duda que se estaba formando una tormenta—. Pero si voy a ser la reina, tu esposa, la madre de tus hijos, me tengo que sentir segura en mi casa.

Le jadeó el pecho como si le costara respirar. Yo tragué saliva sin ser capaz de interpretar su reacción, así que continué.

—Tu padre y yo hemos hablado y ha aceptado acudir a un centro de rehabilitación élfico muy discreto que conozco. Y si no consigue curarse allí, se irá a vivir el resto de su vida solo a las montañas.

Lucien no se movió y no dijo nada. Yo estaba empezando a entrar en pánico. ¿Quería cancelar la boda? ¿Me había pasado demasiado?

Pero cuando lo miré, cuando lo miré de verdad, vi que, en realidad, estaba aterrorizado. Di un paso adelante y le agarré la cara.

—Ya no puede hacerte daño. No mientras yo esté aquí —susurré.

No pensaba que Lucien tuviera miedo de su padre, era más poderoso que él, pero sí tenía miedo de sí mismo. El poder de Lucien, igual que el mío, estaba ligado a sus emociones. Pero yo tuve una infancia maravillosa; tenía emociones estables y controladas. La de Lucien no fue así. Su miedo se debía a que, si reaccionaba con demasiada fuerza ante su padre, como quería hacer, como hizo hace todos esos años, nos mataría a todos, nos congelaría. Ese miedo lo paralizaba y, evidentemente, llevaba años haciéndolo.

Se inclinó hacia delante y se acercó más a mí. Yo me quedé inmóvil.

—Estoy enamorado de ti —dijo en un respiro contra mi boca, y chocó sus labios contra los míos. No estaba preparada para eso, así que gemí de sorpresa y alegría.

¿Había echado a su padre de su casa y su respuesta había sido que me quería? Todo lo que a mí me parecían defectos y pasarme de la raya, a él le había encantado. Separé los labios y su lengua entró a acariciar la mía. Caminó hacia atrás hasta unas puertas que se abrieron sobre unas bisagras chirriantes. Abrí los ojos un segundo y vi que estábamos otra vez en la biblioteca. Me agarró por la cadera con una urgencia casi dolorosa y el deseo empezó a florecer entre mis piernas. Cuando me choqué con una estantería, gemí sorprendida. Ahora mismo estaba siendo bruto y me encantaba. Esta necesidad desesperada de estar juntos solo aumentaba mi

deseo. Me atreví a meter la mano por debajo de su túnica y dejé que mis dedos le acariciaran los músculos desnudos del pecho.

El gemido gutural que le salió de la garganta me dejó sin aliento.

Esto era demasiado inapropiado, se saltaba todos los protocolos de un matrimonio real, y aun así... Quería yacer con él en ese momento y en ese lugar. En la biblioteca. Había reservado mi pureza para la noche de bodas y ese beso con Lucien Espino hacía que quisiera entregársela entre aquellos libros.

Mi madre me dijo que la primera vez sería como un pinchazo, que quizás sangrara, pero luego sentiría mucho placer si el hombre sabía lo que hacía. Tenía la sensación de que Lucien conocía muy bien el cuerpo de una mujer.

Pero también quería que aquella noche fuera especial, aguardaba a un hombre al que quisiera. No tenía ninguna esperanza de casarme por amor desde que supe que mi padre elegiría algún día a mi marido. Pero ahora... sabía que era posible.

Me aparté de Lucien y lo miré a los ojos.

—Yo también estoy enamorada de ti —declaré—. Y te aseguro que no solo yaceremos para tener hijos.

La sonrisa de oreja a oreja que le apareció en la cara me provocó mariposas en el estómago. Tener ese efecto en él me hacía muy feliz.

Lucien tenía los labios rosas e hinchados cuando me soltó y se alisó la túnica. Luego me repasó el vestido con la mirada.

—Será mejor que te vayas antes de que te arranque ese vestido y te haga obscenidades —dijo, y me sonrojé.

Al pensar en tener que irme al día siguiente y dejarlo a él allí, me puse muy triste de pronto.

—Casémonos el mes que viene. No me gustan los compromisos largos —me atreví a decirle.

Lucien entrecerró ligeramente los ojos.

—No. Un mes es demasiado tiempo. Casémonos este mismo día de la semana que viene. Pondré al personal a trabajar horas extra y dará tiempo a prepararlo todo.

Se me iluminó la cara con una sonrisa.

—Pues la semana que viene entonces.

Siete días para volver a la corte de Otoño, recoger todas mis cosas y despedirme de mi casa de la infancia. Me daría pena separarme de ellos, pero ahora sabía que a Lucien no le importaría que vinieran a menudo de visita. Y ahora que había probado cómo iba a ser mi vida de casada, la deseaba.

«Ya mismo».

—Buenas noches, Lucien —me despedí sin aliento desde la puerta de la biblioteca.

—Buenas noches, bombón.

Estuve sonriendo todo el camino de vuelta a mi habitación.

9

A la mañana siguiente, Piper y yo bajamos a desayunar y notamos una cierta urgencia en el ambiente. Lucien le gritaba órdenes a un guardia y el personal de palacio corría frenético de un lado para otro. Entré en pánico. Al llegar a mi habitación la noche anterior, le escribí una carta a mi amiga elfa para preparar discretamente la estancia del padre de Lucien. Se la di a uno de los guardias de Lucien para que la entregara. ¿Era esa la causa del problema?

—¿Qué ha pasado?

Lucien se dio la vuelta al verme, sus ojos transmitían nerviosismo. Me agarró por el codo y me llevó a una estancia separada del resto del personal.

—Hay varios faes de la corte de Invierno que llevan semanas desaparecidos.

Asentí.

—En la corte de Otoño también. Dimos por hecho que habían huido a Cinder Mountain.

Cuando una persona no estaba a gusto con los suyos y prefería marcharse, siempre se iba a Cinder Mountain, en Embergate. Se había convertido en una especie de paraíso seguro para cualquier raza e híbrido.

Lucien sacudió la cabeza.

—Hace una semana desapareció uno de mis soldados más fuertes. Luego Raife, el rey elfo, vino a decirme que la reina de Nightfall tenía una máquina que despojaba a las personas de su magia.

¡La reina humana y sus estúpidas máquinas! Eran una monstruosidad, pero ¿arrebatarle a una persona su magia? Me parecía algo imposible y especialmente malvado.

Lucien sacudió la cabeza.

—No pensaba que fuera cierto hasta que el soldado desaparecido volvió esta mañana, ensangrentado y prácticamente muerto. Sin magia.

Se me escapó otro grito ahogado. Estaba conmocionada, no podía hablar.

—Qué horror. Lo siento muchísimo por tu soldado. Estaríais muy unidos.

Lucien miró a mi lado con preocupación. El rey invernal tragó con fuerza, se acercó a mí y me sostuvo la mirada.

—Me siento mal por Dominik, sí, pero no es por eso por lo que estoy tan preocupado.

Fruncí el ceño.

—¿Entonces?

La piel de Lucien se quedó completamente vacía de color, lo que me parecía imposible teniendo en cuenta que ya era muy pálido.

—Dominik ha dicho que vio a la reina de Nightfall beberse sus poderes después de que se los sacara del cuerpo.

Me pareció que la habitación empezaba a dar vueltas.

—Lucien, ¿qué estás diciendo?

—Estoy diciendo... —Lucien se acercó aún más a mí— que parece que la reina de Nightfall ahora tiene poderes faes de Invierno y de los demás que haya... recogido.

No quería creérmelo. Quería preguntarle si podía ser información falsa. Pero, al mismo tiempo, sabía que era verdad. A la reina de Nightfall se la consideraba un genio de los inventos. Sus máquinas iban desde artilugios voladores para imitar a los dragones hasta lanzadores de llamas y proyectiles. ¡Incluso había oído que había creado un carruaje sin caballos! Todo esto era completamente factible, y me daba escalofríos por la espalda.

—¿Qué hacemos? —le pregunté.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Creo que tengo que ir a hablar con el resto de reyes de Avalier. Tenemos que unir fuerzas contra la reina Zaphira.

Tragué con fuerza.

—¿Ir a una guerra?

Era exactamente de lo que lo habían acusado Sheera y Marcelle.

Él abrió las manos.

—¿Ves alguna otra forma? ¡La reina de Nightfall podría tener poderes de viento, fuego y hielo! Podría curar como un elfo, escupir fuego como un dragón e, incluso, tener unas garras afiladas como un lobo. —Sus palabras eran aterradoras—. Y si puede hacer esto, ¿qué no podrá hacer su ejército? Si dejamos que pase demasiado tiempo sin hacer nada, podríamos vernos sumidos en una guerra no contra los humanos, sino... ¡contra usuarios de magia falsa!

Tenía razón, por mucho miedo que diera, tenía razón. Si permitíamos que la reina impulsara a su ejército con estas... infusiones mágicas, pronto estaríamos luchando una guerra que podríamos no ganar.

—¿Y crees que los demás reyes se unirán a nosotros? —Con los elfos, los dragontinos y los licántropos, no fracasaríamos.

Lucien suspiró con aspecto cansado.

—Sé que lo harán.

—¿Por qué estás tan seguro? La arrogancia no nos llevará a ningún sitio —le regañé.

—Porque Raife vino a verme la semana pasada con su nueva esposa y me preguntó si me uniría a él y al rey dragón en una guerra contra Zaphira.

Eso me alegró el humor.

—Perfecto. ¿Qué le dijiste?

Él se apretó el puente de la nariz.

—Le dije que no y le di un puñetazo en la cara.

—¡Lucien! —Fruncí el ceño.

Puede que solo lleváramos menos de una semana de cortejo, pero ya me sentía cómoda regañándolo.

Lucien se encogió de hombros.

—Yació con mi... mira, da igual. Mientras tú y yo estábamos en la corte de Primavera, Raife y el rey dragón regresaron, supongo que para volver a pedírmelo.

Se me tensó el cuerpo.

—¿Y?

—Y mis guardias tenían la orden de prohibirles la entrada al reino —admitió.

Gruñí.

—No parece que esta historia vaya a terminar bien.

Lucien sonrió y yo no entendía qué era lo que le hacía tanta gracia de todo esto.

—¿Se puede saber a qué viene esa sonrisa?

Se le escapó una risilla desde el pecho.

—Me habría encantado verles las caras a Raife y Drae cuando les ordenaron dar la vuelta.

Le di un golpe en el pecho, pero él me agarró la mano y se la llevó a los labios para darme un beso.

—No te preocupes. —Me sostuvo la mirada—. Son mis amigos más antiguos y, aunque hemos tenido nuestras diferencias, no me negarán la ayuda.

Arqueé una ceja.

—Entonces, ¿les pedirás ayuda?

Lucien resopló.

—No. Voy a esperar a que ellos me pidan ayuda a mí. Fingiré que me lo pienso y luego me uniré a ellos.

Sonreí. Eso era muy típico de Lucien.

Sabía que los cuatro príncipes de Avalier se iban una vez al año de retiro cuando eran más jóvenes, algo que organizaban sus padres para mantener unidas a las razas mágicas del reino. Pero, según los rumores, todo se desmoronó cuando la reina Zaphira asesinó a la familia del rey elfo.

Suspiré.

—Y supongo que todo esto retrasa nuestra boda. —Como persona de la realeza, nunca dejas de sacrificarte por tu pueblo. Era algo que estaba a punto de aprender por las malas. Nadie se casaba durante una guerra. Era de mal gusto gastar tanto dinero en una boda fastuosa mientras había soldados muriendo en los campos de batalla. Tendríamos que esperar al menos un año.

Lucien me agarró por la barbilla y me levantó la cara para que lo mirara a los ojos.

—Vuelve a casa, recoge tus cosas y a tu familia, y vuelve mañana. Nos casaremos de inmediato. Antes de la declaración de guerra.

El corazón me latía con fuerza y se me entumecieron las piernas.

—Pero... un día no es tiempo suficiente para preparar una boda real. Eres rey y...

—Y quiero a mi reina, no una comida de siete platos y una tarta más grande que yo. Lo que pueda montar mi personal en este tiempo me valdrá. Los cortesanos de Invierno serán los testigos, y quien quieras que venga de tu corte. No necesito un gran espectáculo, solo te necesito a ti.

«Solo te necesito a ti». Esas palabras me llegaron hasta lo más profundo del corazón y lo llenaron hasta rebosar.

Estaba orgullosa de mí misma por ser capaz de ocultar bien mis emociones. Era algo que aprendí durante el entrenamiento para controlar mis poderes. Las emociones y el poder estaban vinculados, por lo que controlar las emociones era también controlar los poderes. Pero, ahora mismo, no pude controlar la lágrima que se me derramó por la mejilla ni la ráfaga de viento que hizo temblar la ventana.

Era la materialización de la realización de que Lucien me quería de la forma que yo siempre había deseado que me quisieran. Sin dudas. Sin importar lo que pensaran los demás, ni la reputación.

Él me secó la lágrima de la mejilla.

—No se me da bien leer a las mujeres. ¿Es un llanto bueno o malo? —Me miró con preocupación.

Yo me reí y me entraron ganas de acercarme y besarlo, pero no podía hacerlo en una habitación llena de gente.

—Bueno. Nos vemos mañana en nuestra boda.

Era por la mañana temprano. Si salía ya y hacía rápido las maletas, podría estar de vuelta con mi familia mañana por la tarde.

Ahora Lucien tenía fuego en los ojos.

—Hasta mañana. —Se llevó mi mano a los labios otra vez y besó su dorso.

Piper dejó todas mis cosas en mis aposentos en el palacio de Invierno. No tenía sentido llevarlas a la corte de Otoño para luego traerlas de vuelta. Cabalgamos rápido a lomos de los caballos porque sabíamos que

volveríamos ligeras de equipaje. Lucien insistió en enviar a un soldado conmigo, aunque estuviéramos en mi reino, y cedí para que estuviera contento.

La nieve dio paso a los árboles amarillos y naranjas y, conforme avanzábamos por el pueblo de la corte de Otoño, saludé a los trabajadores de los puestos del mercado. Cuando llegamos a mi casa, me dolía todo y estaba hambrienta, pero me daba igual. Nunca había estado tan emocionada. Aunque se avecinaba una guerra, también lo hacía mi felicidad.

Salté del caballo y le pedí a Piper y al soldado que lo llevaran al granero. Luego corrí por el pequeño palacio de la corte de Otoño en el que había vivido toda mi vida. Me moría de ganas de contarles a mi madre y a mi padre la boda inminente. Se quedarían un poco sorprendidos por lo rápido que había pasado todo, pero al final, esperaba, se alegrarían por mí. Todos sabíamos que la reina de Nightfall había estado demasiado tiempo en silencio, y ahora teníamos las pruebas de que estaba robando el poder a los faes y absorbiéndolo. Sabía que mi padre estaría de acuerdo con Lucien en que teníamos que unir fuerzas y atacar cuanto antes.

Había un carruaje extraño en el jardín con más de una docena de hombres, todos con túnicas de viaje grises. Mi padre solía recibir visitas del reino porque era el líder provisional en esta zona y estaba al mando de todo lo que ocurriera por aquí, pero... estos hombres me provocaron escalofríos al pasar a su lado. Tenían las caras escondidas, y en el carruaje una manta colocada sobre la puerta cubría la insignia.

Al girar el pomo de la puerta, pasé junto a varios empleados de palacio que iban directos al despacho de mi padre.

Escuchaba voces y murmullos dentro, dos voces masculinas, una de mi padre y la otra...

Abrí la puerta de golpe y gruñí.

—¡Marcelle!

El príncipe de verano se giró con una sonrisa falsa.

—Hola, tesoro.

Mi padre se sobresaltó un poco al verme.

—Madelynn, has venido.

El viento había cambiado en la habitación y tenía el tic nervioso que siempre le salía cuando jugaba a las cartas: aletear la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí, Marcelle?

A Marcelle le brillaron los ojos cuando pronuncié su nombre sin el título.

—El príncipe Marcelle... —Mi padre se levantó y se apartó del escritorio— ha venido a ofrecer su mano en matrimonio para que no tengas que casarte con ese monstruo del rey Espino, como tú muy bien te referiste a él la semana pasada.

¿La mano en matrimonio? ¿Qué? Al escuchar eso, se me fueron los ojos a lo que había sobre el escritorio: un pequeño cofre que se utilizaba para pagar las dotes encima de un documento firmado.

El corazón me latía en la garganta.

—Ya estoy prometida, padre. Acabo de recorrerme todo el reino en carruaje para anunciar mi compromiso con el rey Espino, quien, por cierto, no es ningún monstruo.

Marcelle se apartó del camino y se colocó detrás de mí para que mi padre se me acercara de frente.

—El rey Espino aún no ha pagado la dote —afirmó mi padre sin ser capaz de mirarme a los ojos—. Así que estoy en mi derecho de aceptar otra oferta.

—Claro que no la ha pagado, ¡porque se paga el día de la boda! —grité mientras provocaba que el viento entrara por la ventana abierta del despacho de mi padre.

De pronto, Marcelle me agarró las muñecas por la espalda y algo me pellizcó. Grité al sentir una quemadura dolorosa que me subía por las manos hasta el pecho y el viento que había invocado se convirtió en aire estancado e inmóvil. Cuando llevé las manos al frente para ver lo que había hecho, gimoteé.

—¿Esposas de castración? Marcelle, no. —Invoqué mi magia, pero algo me lo impedía y se quedó en nada, como si intentara invocar al vacío—. ¡Papá! —grité llena de pánico.

Un sollozo me rasgó la garganta. Las esposas de castración eran para quienes habían cometido algún delito. Invertían la magia para anular sus

poderes.

Mi padre se quedó mirando al príncipe de Verano con los ojos muy abiertos.

—Marcelle, por el amor de Hades, ¿qué haces esposando a mi hija como si fuera una criminal?

—Ya me atacó una vez, hace tan solo unos días. No puedo permitir que vuelva a hacerlo. Tiene mucho poder. Se las quitaré cuando se relaje. Lo prometo. —Usó una voz dulce y empalagosa, y yo salí de mi conmoción y caí de rodillas delante de mi padre.

—No, por favor, papá. No hagas esto. Quiero a Lucien. Se avecina una guerra y la única forma de ganarla es asociarse con él. —Me agarré a su pierna como hacía cuando era niña y él llegaba a casa después de un largo viaje.

Él se agachó y me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos. Al hacerlo, me asusté como nunca lo había hecho. No iba a cambiar de opinión. Conocía esa mirada, esa rotundidad.

—Marcelle ha hablado con la reina de Nightfall y han llegado a un acuerdo. Dejará a las cortes de Otoño, Primavera y Verano fuera de la inminente guerra si nos separamos de Invierno y no participamos en el combate —afirmó—. Tengo que pensar en nuestro pueblo. Y en tu madre y tu hermana.

Me levanté tan rápido que casi lo tiro.

—¡Traidor! —le grité a la cara—. ¡Cobarde! —grité mientras se me deslizaban las lágrimas por las mejillas—. ¡Nos has vendido a la reina! ¡Me has vendido a Marcelle!

Mi padre se estremecía con cada palabra y me alegraba por ello. Esperaba que le doliera como un demonio y que no volviera a dormir en su vida.

Marcelle me agarró por la axila y me empujó hacia atrás.

—La mantendré a salvo. No le faltará de nada. Será una esposa adorada durante el tiempo que yo viva —le aseguró a mi padre.

«Mentiras». Esas mentiras que le salían por la boca eran suficientes para volverme loca. Forcejeé para soltarme, pero me agarró aún más fuerte. Mi

padre se había rendido. Estaba mirando a la pared, derrotado. Quería darle una bofetada.

—¿Dónde está madre? —exigí—. Ella jamás aprobaría esto.

Marcelle me apartó de la puerta.

—He organizado una merienda en el pueblo para tu madre y tu hermana mientras yo hablaba con tu padre. Están con la dama de honor en la que más confío.

—Padre, te lo ruego, no aceptes esto. Quiero casarme con Lucien. Puede pagarte el doble de lo que Marcelle te haya ofrecido.

Mi padre suspiró otra vez sin mirarme a los ojos.

—No se trata de dinero, Madelynn. —Tenía la voz quebrada y no lo entendí hasta que Marcelle habló.

—Estás haciendo lo mejor para tu familia y para tu pueblo.

Miré a Marcelle con la boca abierta.

—Le has dicho a mi padre que no firmarías el acuerdo con la reina de Nightfall a no ser que me incluyera como tu esposa.

Entonces Marcelle sonrió. Una sonrisa enfermiza que me agitó el corazón.

—Siempre has sido muy inteligente.

Mi padre temía tanto entrar en guerra que había vendido a su propia hija para evitarla. Lo que no sabía es que la guerra llegaría igualmente, pero en un día que él no iba a elegir.

—Te perdono, papá. —Fue lo último que le dije antes de que Marcelle me arrastrara fuera del despacho. Luego mi padre empezó a llorar como un niño. No quería dejarlo así. Ahora mismo lo odiaba, pero también lo quería. Lo habían engatusado y confundido y se arrepentiría de esto. Estaba segura.

Mientras Marcelle caminaba por mi casa, el cerebro no paraba de darme vueltas. ¿Cómo podía escapar de esto? Con mis poderes bloqueados, no podía luchar. ¿Podría librarme de esto hablando?

—Esto no es legal —le dije tranquilamente.

—Claro que lo es. Tu padre puede negociar las dotes que quiera, y hasta que no se pague alguna, el trato no se cierra —aseguró Marcelle.

¿Eso era verdad? Nunca me había molestado en leerme las leyes sobre las dotes. Pero las cosas no se hacían así.

—Lucien y yo ya hemos desfilado en cortejo por todo el reino. La gente se preguntará...

Él me interrumpió.

—A las cortes se les dirá que el rey Espino te maltrató. No es difícil de creer. Y cuando se anuncie el tratado con la reina de Nightfall, a nadie le importará lo que haga el rey Espino. Ya no formaremos parte de Thorngate. Podrá hacer lo que quiera con sus soldados de Invierno y dejarnos tranquilos.

El pánico aumentaba dentro de mí porque, cuanto más hablaba, más consciente era de que su plan era creíble. Me quité el anillo de compromiso y me lo guardé en el bolsillo sin que Marcelle se diera cuenta.

—La dote se paga el día de la boda. —Eso sí que lo sabía, así lo dictaba la ley.

Él asintió.

—Y nos casaremos hoy. Ahora mismo, de hecho.

Abrió la puerta principal y sus hombres se quitaron las capuchas de forma que dejaron al descubierto la insignia de la corte de Verano. El soldado de Invierno que había enviado Lucien conmigo estaba inconsciente en el suelo, y gimoteé al pensar en Piper, que no estaba por ninguna parte.

Quitaron la manta del carruaje y me lanzaron dentro.

—¡Mis cosas! —grité.

—Mi personal te las llevará. —Tenía una respuesta para todas las preguntas. Me sacaba de quicio.

Cuando entré en el carruaje y vi a un cura sentado junto a un cortesano de Verano, se me hundió el estómago.

Nos íbamos a casar ahora mismo, pero de verdad. ¿En un carruaje?

Marcelle subió al carruaje y me empujó hacia abajo por el hombro, obligándome a sentarme. Luego miró al cura y le hizo un gesto para indicarle que comenzara.

—Recuerda: el padre de Madelynn ha acordado que me case con su hija y que la tenga a salvo, era la única forma de que aceptara unirse a nosotros en la separación —le dijo Marcelle al cura.

—¡Mentira! —grité.

Marcelle se acercó a mí y me susurró al oído.

—Coopera, no me gustaría nada que la pobre Libby se viera involucrada en algún accidente.

Se me quedó todo el cuerpo rígido y se me pasaron en un instante las ganas de resistirme. Mi madre y mi hermana estaban ahora mismo tomando un té en el centro. No sería capaz de hacerles daño, ¿verdad?

Una lágrima se deslizó por mi mejilla al resignarme a mi destino. Asentí mirándole con los ojos llenos de pánico.

El cura comenzó a leer los ritos nupciales y me subió la bilis por la garganta.

«Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando».

Era como si mi alma abandonara mi cuerpo. A medida que nos alejábamos del pueblo, asentí a todo lo que decía el cura y acepté a regañadientes el matrimonio con Marcelle. Cuando miré por la ventanilla para despedirme de mi infancia, vi un destello de esperanza.

Piper iba corriendo al bosque por la parte de atrás de la casa, hacia el sendero de caza secreto que llevaba a la corte de Invierno.

10

Estuve atontada durante todo el trayecto por el reino hasta la corte de Verano. Había sido todo muy rápido. No había tenido tiempo de procesarlo. Me habían restringido los poderes, estaba legalmente casada con Marcelle, Thorngate se iba a separar, incluida la corte de Otoño, y esto dejaría a Lucien solo ante la reina de Nightfall.

Pero lo que más me dolía de todo, lo que no podía soportar, era la traición de mi padre. El hombre que me había protegido toda mi vida me acababa de vender a un auténtico monstruo. No dudaba de que él creía que estaba haciendo lo mejor para mí. El trato al que Marcelle había llegado con la reina de Nightfall parecía espectacular en apariencia. Evitaba una futura guerra, ¿quién no iba a querer algo así? Pero estaban dando por hecho que ella jugaba limpio, y yo sabía que no era así.

Recé para que mi madre y mi hermana estuvieran a salvo y que Marcelle solo me estuviera poniendo a prueba cuando las amenazó.

La imagen de Lucien esperándome para casarme con él al día siguiente me atravesó el alma y me dejó una marca en el corazón. Su madre había muerto, su padre era una causa perdida y ahora ni siquiera me tenía a mí.

Llegamos al palacio de la corte de Verano y atravesé las puertas como un Necromere, desprovista de vida, con la cabeza gacha, mientras Marcelle me llevaba a una habitación. El cura seguía con nosotros. ¿Por qué, en el nombre de Hades, no se iba? Ya estábamos casados. Podría...

En ese momento, el miedo se apoderó de mí y levanté de pronto la cabeza para mirar a Marcelle.

—Marcelle, necesito tiempo para adaptarme...

Él me interrumpió.

—Para que el matrimonio sea legal, hay que consumarlo.

En ese momento quedé completamente muerta por dentro. Toda la fuerza de mujer independiente de la que siempre había presumido se esfumó. Invoqué mis poderes, pero no sentí nada. Un ligero atisbo de rabia, pero estaba hueco. Estaba conmocionada. Era tan solo un caparazón de quien siempre había sido. Había disociado, me había despegado de lo que ocurría. Fui levemente consciente del cura confirmando mi pureza, y apenas me di cuenta cuando Marcelle me desnudó y me tumbó en la cama. Me susurró al oído que mi madre y mi hermana estarían a salvo siempre y cuando yo cooperara. Sentí un pinchazo de dolor entre las piernas y me perdí en mis pensamientos.

Recordé el día que Lucien dijo que me vio al pasar. Yo estaba jugando con Libby en el jardín. Ella estaba practicando su magia ventisca y estaba frustrada porque no conseguía que las hojas salieran volando y formaran un remolino como hacía yo. Lo intentó una y otra vez, hasta que se puso a llorar y le propuse que nos tomáramos un descanso. Tenía que relajarse y sentir el viento. Hice bailar unas hojas a nuestro alrededor y giramos despreocupadas entre la brisa. Ella se reía y lanzaba los brazos al aire mientras las hojas nos rodeaban. Aquel día fui muy feliz. Tenía muchos días felices en los que concentrarme.

Como la noche en la que Lucien me besó por primera vez. No me esperaba que me gustara, y mucho menos enamorarme de él. Pero se abrió camino hasta mi corazón y ahora estaba hambrienta de él, desesperada ante la idea de no volver a verlo nunca más.

—Lucien —susurré.

Marcelle se quedó inmóvil encima de mí y luego sentí una fuerte bofetada en la mejilla. Instintivamente invoqué al viento, pero no ocurrió nada.

Fue en ese momento, con el cuerpo tembloroso de Marcelle encima de mí, cuando mi conmoción se disipó. Volvió mi ira y lo sentí todo.

El chillido que me rasgó la garganta nos asustó a los dos. Marcelle se quitó de encima de mí rodando hacia un lado, yo me apoyé en los codos, eché un brazo hacia atrás con el puño cerrado y le golpeé en la nariz perfecta y respingona.

—¡Serás zorra! —gruñó, y apareció ante mí una luz cegadora que me robó la visión.

—¡Te odio! ¡Jamás seré tu esposa! —grité, aunque no era cierto. Ya era su esposa. Había dicho que sí y ahora me había arrebatado la pureza.

«Ya estaba hecho».

Parpadeé rápido. Blanco. Era todo lo que veía. Tiré de las esposas que tenía en las muñecas, pero no sentí nada más que un dolor agudo. Estaba desnuda y gritaba como una loca cuando alguien apareció por detrás de mí y me puso una capa sobre los hombros.

—¡Encerradla en su habitación! —ordenó Marcelle.

Me sentía como un animal salvaje al que acababan de enjaular. Moví desquiciada los brazos, golpeando a ciegas a quien me llevaba y retorciéndome entre sus brazos.

—Mi lady, calmaos, por favor —me rogó la voz de un guardia.

No veía nada. No tenía poderes y acababa de consumar mi matrimonio con Marcelle.

La rabia ni siquiera empezaba a describir cómo me sentía.

Grité y forcejeé contra el guardia gigante que me sujetaba. Estaba desnuda, apenas cubierta por una capa y me daba igual.

—¡Princesa, parad! —siseó el guardia.

Pensaba que no podría dormir por las noches si no me resistía ahora. Si no hacía todo lo posible para huir de allí, no sabía si sería capaz de convivir conmigo misma en el futuro.

Pero daba igual cuántos puñetazos y patadas lanzara, no servían de nada. Nunca había necesitado pelear físicamente. Siempre había dependido de mis poderes. Era demasiado débil.

El guardia me tiró en una cama y poco a poco empecé a recuperar la visión. Unas sombras se movían por la habitación y escuché cómo se cerraba la puerta y se deslizaba el pestillo.

La desesperación por todo lo que había ocurrido cayó sobre mí en ese momento junto a un aluvión de vergüenza. ¿Por qué había permitido que pasara algo así? ¿Habría podido imponerme antes para impedirlo? ¿Haría daño Marcelle a mi madre o a mi hermana?

Era totalmente impotente.

Estaba casada.

Y no con Lucien.

Los sollozos me golpearon el cuerpo mientras lloraba contra la manta. Agarré la almohada, me la llevé a la boca y grité. Lloraba la pérdida de algo que había reservado para Lucien. Quería haber vivido eso con él... y ahora jamás lo haría. Alterné los sollozos con los gritos durante casi una hora hasta que, por fin, me quedé dormida.

Me despertó el sonido de las bisagras de la puerta. Durante un instante se me había olvidado dónde estaba, hasta que la pesadilla de mi realidad me golpeó con fuerza. El corazón se me aceleró en el pecho cuando miré frenéticamente a la puerta para ver quién iba a entrar en mi habitación.

«Por favor, que no sea Marcelle».

Cuando vi a una modesta criada, me relajé un poco. La puerta se cerró detrás de ella y me hizo una profunda reverencia. Llevaba el pelo rubio recogido en dos trenzas y no parecía tener más de diecisiete inviernos. Tenía el emblema de los faes de Verano en el delantal marrón, que se alisó con las manos mientras se acercaba a mí.

—Hola, princesa Madelynn. —Su voz era dulce y relajada—. Me llamo Birdie y soy vuestra dama de honor.

—¿Birdie? —No pretendía decirlo en voz alta, pero me resultó un nombre peculiar.

Ella sonrió y se acercó tímidamente a la cama.

—Mi madre murió durante el parto, así que mi padre me puso el nombre de lo que más le gustaba... observar pájaros. Sé que no es un nombre común, pero me encanta.

Su inocencia infantil me dolió en el alma en aquel momento. Porque me recordaba a mí hacía tan solo unos días.

—No necesito una dama de honor. No pienso salir jamás de esta habitación. —Me volví a tumbar en la cama y me giré para darle la espalda. Si me iban a obligar a yacer con Marcelle para luego encerrarme como una prisionera con mis poderes bloqueados, no iba a permitir que me insultaran

con una dama de honor como si fuera una invitada de honor en el palacio o su esposa de verdad.

La escuché tragar saliva y, durante unos instantes, no dijo nada. Creía que la había dejado aturdida y me sentí mal por si había herido sus sentimientos, pero no iba a seguirle el juego a Marcelle y hacer como si nada.

Entonces sentí que la cama se hundía, y, de pronto, estaba muy cerca de mí, con la boca pegada a mi oreja.

—Anoche se llevó a cabo el referéndum. Verano, Primavera y Otoño se han separado de Invierno. Marcelle es el nuevo rey de Hazeville, y, una vez que se celebre la coronación, seréis nuestra reina.

Pensaba que ya nada podía afectarme más hasta ese momento. Se me instaló un gemido en la garganta y no pude evitar que se me escapara un sollozo. Mi padre votó a favor de salir de Thorngate. Lucien acababa de perder tres cortes... si la reina atacaba... Invierno se vería sobrepasado.

Me colocó la mano en el brazo y apretó con cariño.

—He oído al rey Marcelle hablar con un asesor. Dice que quiere vigilar a vuestra madre y a vuestra hermana, y que, si no cooperáis como su esposa y reina, hará que tengan un... accidente.

Me di la vuelta tan rápido que ella se sobresaltó.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —La miré escéptica. La mente me iba a toda velocidad pensando en todas las formas posibles en las que Marcelle podría hacerles daño a mi madre y a mi hermana. No debí resistirme anoche, fue una estupidez, pero yo no era de esas que obedecen y aceptan las injusticias con una sonrisa.

Ella suspiró.

—Yo estaba sirviendo en el comedor la noche que llegasteis con el rey Espino. Me emocionó su disculpa sincera y no estoy de acuerdo con la forma en la que Marcelle ha gestionado las cosas. Vos estabais prometida con el rey Espino y él... es evidente que estáis aquí en contra de vuestra voluntad y eso no me parece bien.

Parecía que, contra todo pronóstico, tenía una aliada en aquel lugar. Agarré su mano y apreté.

—Gracias.

Ella me sonrió.

—Espero conseguir que estéis cómoda durante vuestra estancia aquí.

«Vuestra estancia aquí como nuestra reina. Toda una vida». Ese era el tiempo que estaría aquí. Me había casado con Marcelle Haze y todavía no terminaba de creérmelo.

En el nombre de Hades, ¿cómo había ocurrido todo esto tan rápido? ¿Lucien se habría enterado ya? Seguro que ya le habrían avisado de la separación. Enterarse de la noticia de que tres de los cuatro territorios le habían traicionado le mataría, pero no tanto como que yo no me presentara para nuestra boda.

Se me formó un sollozo en la garganta y me dejé caer sobre la almohada. Una mano cálida y tranquilizadora me acarició la espalda, y sorbí por la nariz levantando la cabeza de la almohada para mirar a Birdie a los ojos.

—¿Sabes algo del rey Espino?

Ella apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Ahora que nos hemos separado, no entran ni salen mensajeros de Invierno. Otoño y Primavera han cerrado las fronteras e Invierno ha pasado a ser considerado como... un enemigo.

—¿Enemigo? ¿Hemos convertido en enemigo al rey que nos ha protegido durante años?

La vergüenza le quemó las mejillas y agachó la cabeza.

—Nadie quiere entrar en guerra con la reina de Nightfall. Marcelle hizo un trato...

—Estoy al tanto del trato. —Me senté en la cama y miré atentamente a mi nueva dama de honor. Solo era unos años más joven que yo, pero parecía bastante más ingenua—. ¿De verdad crees que Zaphira nos dejará en paz? ¿La reina que ha declarado públicamente su deseo de acabar con todas las criaturas mágicas de Avalier?

Birdie tragó saliva.

—Sospecho que no.

—No. Marcelle solo ha comprado tiempo. Ya está. Y, en ese tiempo, la reina de Nightfall se hará más fuerte que nunca —gruñí—. ¡Marcelle os ha condenado a todos!

No volvimos a hablar más. Ella se puso a recoger mi nueva habitación en silencio, me dio un baño y me cepilló el pelo.

Me caía bien, sí, pero quería a Piper. Me preguntaba si mi querida amiga había ido a la corte de Invierno a contarle a Lucien lo que había pasado. ¿Acaso sabía ella lo que había pasado? Había visto a Marcelle sacarme esposada y lanzarme al carruaje con el emblema del sol, eso seguro. No era complicado hacer conjeturas. Me preguntaba si Lucien había estallado furioso al enterarse de que me había casado con otro hombre, con su rival, y la había echado. Me preguntaba si era posible que Piper viniera a buscarme y, al menos, vivir aquí conmigo en esta nueva vida infernal que me esperaba.

Pero no, Birdie me acababa de decir que las fronteras estaban cerradas. Nadie iba a venir a por mí. Sentí cómo se me acumulaban las lágrimas y me esforcé para que no brotaran. Se acabó el llorar. Había llegado el momento de organizar mi huida de aquel sitio.

Estaba segura de tres cosas:

1. Quería a Lucien Espino. Él jamás me perdonaría por casarme con Marcelle y entregarle mi pureza, pero yo no podía traicionarlo jugando a ser la reina de su enemigo.
2. Tenía que salir de allí y llevar a mi madre y a mi hermana a la corte de Invierno, donde le rogaría a Lucien que nos protegiera. Aunque tuviera que renunciar a mi título y trabajar como criada de la posible nueva esposa que él eligiera.
3. Para conseguir todo esto, tenía que matar a Marcelle Haze.

Con mi nuevo plan organizado, decidí que hacerme la buena era la forma más sencilla de lograr que Marcelle volviera a confiar en mí. Quizás hasta me quitara las esposas y me dejara usar de nuevo mis poderes. Entonces podría usarlos para arrebatarle el aire de los pulmones hasta que se pusiera azul y muriera. Algo con lo que soñaba despierta a todas horas.

La otra idea era colar un cuchillo en mi habitación, pedir que tuviéramos una noche a solas y yacer con él. Pero era más fuerte que yo y temía que me arrancara el cuchillo de las manos y no volviera a confiar en mí nunca más.

No, tenía que ir poco a poco y conseguir que liberara mis poderes.

Birdie se marchó un rato y, cuando volvió, me trajo un montón de vestidos de lujo. Cuando la vi guardarlos en el armario, me tranquilizó ver que podía tener mi propia habitación y que no estaba obligada a dormir junto a Marcelle ni... a yacer con él cada noche.

—¿Voy a tener una habitación propia? —le pregunté.

Ella me sonrió un poco traviesa.

—He informado al jefe de personal de Marcelle de que acabáis de empezar con vuestro sangrado mensual, por lo que necesitaréis estar a solas durante la próxima semana. Así tendréis tiempo de... adaptaros.

Sentí un alivio inmenso. Tuve que morderme el interior de las mejillas para no llorar. Ella era justo lo que necesitaba en ese momento, alguien que luchara por mí cuando yo no podía hacerlo. No necesitaba tiempo para adaptarme, necesitaba tiempo para organizar el asesinato de Marcelle. Pero no iba a decirle eso. Cuanta menos gente supiera lo que tramaba, mejor.

Me acababa de regalar una semana para ganarme la confianza de Marcelle lo suficiente para que me quitara las esposas. O para encontrar un veneno que echarle en la bebida. No me iba a poner exquisita con cómo asesinarlo, solo con que tenía que morir.

—¿Puedes elegirme un vestido? Me gustaría ir a cenar con mi marido —le pedí.

Ella pareció sorprendida, pero asintió. Me puso un vestido de seda azul claro que habían hecho a medida para mí, y eso me horrorizó. Por lo visto, el día que mi padre envió al mensajero para anunciar mi compromiso con Lucien, Marcelle le pidió a la modista de palacio que se preparara para mi llegada como su esposa. Lo tenía planeado desde hacía tiempo. ¿No fue eso lo primero que me dijo al verme? ¿Que, si hubiera sabido que estaba aceptando peticiones de matrimonio, le habría propuesto una dote a mi padre? Dejó sus cartas sobre la mesa y yo no me di cuenta.

Ahora... ¿cómo iba a conseguir convencerlo de que no estaba fingiendo mi conformidad repentina? ¿Por qué iba a querer cenar con un hombre al que había arañado y golpeado la noche anterior?

Cuando terminé de vestirme y Birdie me peinó y me maquilló, le pedí que fuera a buscar a Marcelle para hablar con él en privado antes de la cena.

Iba a tener que decir algo que fuera verdad o no entraría en mi juego.

Cuando él llamó a la puerta de mi habitación al cabo de unos minutos, me crucé de brazos y fruncí el ceño.

—Adelante —contesté con un tono cortante, y la puerta se abrió.

Cuando entró, tenía una expresión casi idéntica a la mía. Un poco irritado. Pero, al fijarse en mi peinado, mi maquillaje y mi vestido, se relajó un poco. Cerró la puerta detrás de él y entonces caí en la cuenta de que era la primera vez que estaba a solas con un hombre en una habitación, sin carabina, porque era mi marido.

Tragué con fuerza.

—¡Lo has hecho todo mal! —le grité—. ¡Deberías haberme dicho que querías casarte conmigo cuando vine con Lucien! ¡No tenía ni idea de que querías ser mi marido! ¡Me pillaste por sorpresa! —En realidad, mi rabia era mucho más grande de lo que estaba mostrando, pero tenía que dejarle ver solo un poco o no se creería que quería darle la vuelta a la situación.

Frunció mucho el ceño.

—Si te lo hubiera dicho, ¿habrías aceptado mi propuesta? He visto cómo defendías a Lucien. Te importaba. Cómo lo ha conseguido escapa a mi entendimiento.

Resoplé.

—¿Cómo demonios quieres que sepa lo que habría hecho? Nunca se me dio la opción. Sí, Lucien me importaba. Era bueno conmigo y tenía la impresión de que pasaría el resto de mi vida con él, así que lo defendí. Si hubiera sabido que tú eras una posibilidad, puede que las cosas hubieran cambiado.

Apretó los labios como si no estuviera seguro de qué pensar sobre el giro que habían dado los acontecimientos. Aflojó un poco las cejas y relajó el ceño.

—Me han informado de que los tres territorios se han separado de Thorngate y ahora soy la reina de Hazeville, junto a ti, hasta el día en que muramos —declaré.

Él asintió bruscamente.

—Sí. —Parecía orgulloso—. Me gustaría organizar tu coronación para mañana por la noche. —Capullo engreído, no tenía ni idea del daño que

había hecho.

Yo asentí, pero en el fondo odiaba convertirme en reina de la traición a Lucien.

—De acuerdo. En ese caso, deberíamos intentar reparar también el daño que has hecho para que pierda mi confianza en ti, ya que no me gustaría odiar a mi marido durante el resto de mi vida —señalé.

Él sonrió con suficiencia.

—He de decir que me llena de alegría escuchar que te refieres a mí como tu marido.

Tenía ganas de vomitar, pero simplemente suspiré y levanté las manos esposadas.

—Después de esto y de tus amenazas a mi madre y mi hermana, yo voy a tardar bastante en sentir esa alegría.

Marcelle relajó aún más la cara, como si estuviera encantado con el rumbo de esta conversación.

—Estoy seguro de que puedo ofrecerte algo que te aporte felicidad.

«¡Quítame las malditas esposas y deja a mi madre y a mi hermana en paz!», es lo que quería gritar. Pero eso revelaría mis cartas demasiado pronto.

Me mordí el interior del labio.

—He oído que la corte de Verano tiene las joyas más bonitas de todo el reino.

Era una locura pensar que quisiera diamantes en un momento como aquel, pero se lo creyó.

—Le diré al joyero de palacio que te lleve a la caja fuerte. Puedes quedarte con todo lo que te guste.

Puse una expresión poco impresionada.

—Y algo de chocolate tampoco me vendría mal.

Marcelle me agarró la mano y tuve que esforzarme para no estremecerme. Se la llevó a la boca y me dio un beso en los nudillos.

—Por supuesto.

Asentí.

—Está bien. ¿Nos vemos en la cena?

—Nos vemos en la cena. —Se marchó con una sonrisa y yo me odié por lo que acababa de hacer. Pero escupirle en la cara y que me metiera en la mazmorra no iba a conseguir sacarme de aquel lugar. Iba a hacer lo que hiciera falta para sobrevivir a ese infierno.

La cena fue aburrida. Estuvimos Marcelle y yo solos. Esperaba que hubiera algún cortesano, pero no. Marcelle quería hablar de todos sus logros y de todas las cosas que había hecho desde la última vez que nos vimos en el Festival de Pleno Verano cuando yo tenía trece años.

—Todavía recuerdo cómo ibas vestida aquella noche —aseguró. Yo intenté no reaccionar ante el escalofrío que me recorrió la espalda. No tenía ni idea de que estuviera prendado de mí desde entonces.

—Yo también me acuerdo de tu traje naranja y crema. Los rayos solares bordados en la espalda eran impresionantes —respondí. Claro que recordaba su ropa, pero porque era horrenda y Piper y yo nos pasamos dos días sin hablar de otra cosa.

Marcelle sonrió encantado con mis palabras.

El plan estaba funcionando mucho mejor de lo que había imaginado. Pensé que en unos tres días podría intentar usar mi magia para levantar algo despreocupadamente de la mesa, como si se me hubiera olvidado que tenía los poderes restringidos, y así él vería lo decepcionada que me quedaba. Luego se ofrecería a quitarme las esposas. Hasta entonces, tenía que seguir dentro del personaje.

Acabábamos de empezar a hincarle el diente al plato principal cuando uno de los guardias solares de Marcelle entró en el comedor con cara de pánico. Se acercó rápidamente al rey.

—Mi lord, os traigo noticias algo delicadas. —Me miró.

Marcelle también me miró, como si estuviera sopesando algo mentalmente. Yo puse los ojos en blanco, como si me diera igual, y me metí un trozo de pan en la boca.

—Habla tranquilo —dispuso Marcelle.

—Un aire frío está azotando las tierras. —Al oír aquello, casi se me queda el pan atravesado en la garganta—. El rey de Invierno se ha enterado

de vuestra boda y va de camino a la corte de Primavera, presuntamente para llegar hasta aquí.

Me quedé helada, sin ser capaz de ocultar mi reacción.

Marcelle me miró fijamente.

—¿Estaba muy enamorado de ti? ¿Sería capaz de congelar otra vez todo el reino arriesgándose a que tú también murieras?

No sabía qué decir.

—Sinceramente, no sé qué sería capaz de hacer. Ahora que estoy casada contigo, es posible que haya pasado página y no le importe congelarme para hacernos daño a ambos. —Era una suposición honesta, una que odiaba admitir que creía. Lucien podría hacer eso. Probablemente se sintiera muy traicionado.

Marcelle asintió y luego miró al guardia.

—Reparte la leña de emergencia. Ordena un toque de queda. Que todo el mundo se vaya a sus casas antes de que anochezca. Si cae la temperatura, estaremos preparados.

¿Leña de emergencia? ¿Estaba organizado para algo así? Seguramente desde la Gran Helada.

—Envía a la Guardia Solar a la corte de Primavera para ayudar con la defensa. Podemos quemar a los soldados de Invierno antes incluso de que pongan un pie aquí. —Marcelle sonrió.

«Quemarlos». El corazón me latía con fuerza. Si Lucien estaba demasiado ocupado enfrentándose a su propio pueblo, la reina de Nightfall podría elegir ese momento para atacar y acabar con la corte de Invierno. Esperaba que no se enterara de nada de esto.

El guardia se marchó corriendo y Marcelle volvió a prestarme atención.

—Se le ha caído la careta. Mucho decir que cuánto se arrepentía de la Gran Helada, pero está a punto de cometer el mismo error.

Entonces caí en la cuenta de que puede que Marcelle estuviera esperando que ocurriera esto. Que Lucien se enterara de que le había robado a su prometida y que reaccionara de tal forma que lo separaría aún más del pueblo de Verano.

—Por nuestro bien, espero que no. —Me encogí de hombros y me pregunté si me había imaginado el aire frío que acababa de recorrer el

comedor.

Marcelle me agarró la mano y una corriente de poder solar me recorrió el brazo. Quise retirarla, pero me obligué a no hacerlo.

—No tienes nada que temer a mi lado —me prometió.

No tenía ni idea. No sabía de lo que era capaz Lucien. ¿Su Guardia Solar podía quemar a los soldados de Invierno de Lucien? A plena luz del día, quizás. Pero si Marcelle pensaba que podía ganar una batalla contra Lucien, estaba sumamente equivocado.

El rey de Invierno podría matar a Marcelle a cientos de kilómetros de distancia congelando el palacio de Verano y a todos sus residentes.

Entonces, ¿por qué no lo hacía?

Una pequeña parte de mi mente se preguntaba si era porque Lucien no quería hacerme daño. Sabía que yo estaba aquí y no quería congelarme a mí también. Pero ¿por qué enviar entonces una ola de frío por todo el reino?

Sentí un escalofrío por los brazos porque la temperatura estaba bajando. ¿Era una señal? ¿Para avisarme de que estaba viniendo?

Suspiré. Era algo que solo me imaginaba en sueños, pero a veces los sueños eran lo único a lo que nos podíamos aferrar.

11

Birdie tuvo que venir dos veces en mitad de la noche para avivar el fuego de mi habitación y añadir otro tronco. Hacía frío, aunque no lo suficiente para matar. Era como si Lucien quisiera que todo el reino supiera que estaba enfadado porque le hubieran abandonado y se hubieran separado de él, y que seguía teniendo el control sobre ellos, les gustara o no.

Apenas pegué ojo, no paré de dar vueltas en la cama esperando a que Lucien llegara y me salvara, que entrara en mi habitación y me dijera que aún me deseaba y que le daba igual que estuviera mancillada y casada con otro hombre.

Pero nunca vino, y esos pensamientos no eran realistas. Por la mañana, me puse una pesada capa de lana y fui al comedor. Mi puerta ya no estaba cerrada y me alegré por ello, pero aún tenía las esposas, así que seguía siendo una prisionera.

Marcelle ya estaba desayunando cuando entré.

—Siento el retraso, no he dormido casi nada. —Bostecé para hacerlo más creíble, como si no levantarme pronto para desayunar con él me hubiera molestado.

Él me hizo un gesto despreocupado con la mano y puso cara de estar un poco molesto.

—¿Quién va a poder dormir con estas temperaturas? No entiendo cómo ese monstruo es capaz de sobrevivir con este frío constante.

Tragué con fuerza. Era evidente que Marcelle tampoco estaba muy contento con el clima.

—¿Puedes calentar un poco el ambiente? ¿Sacar el sol? —pregunté.

Marcelle me lanzó una mirada.

—Claro que puedo. Pero no quiero mermar mis poderes solo para que la gente pueda salir a jugar a la calle.

«Ajá, interesante». No sabía que sus poderes podían mermar. Los míos no se acababan nunca. Siempre había aire, el aire estaba en todas partes. Pero cuando el sol se ponía o quedaba oculto por las nubes, debía de debilitar a Marcelle. ¿Lucien sabía eso? ¿Por eso había convocado un hechizo de frío? ¿Atrajo a las nubes para cubrir el sol y debilitar a Marcelle?

—Entiendo. —Me senté y me empecé a comer un bollo de mantequilla —. ¿Sabes algo de los soldados de Invierno en la frontera?

Marcelle me miró con una ligera sospecha y yo puse los ojos en blanco.

—No puedes decirme que están atacando mis tierras y no mantenerme informada. Otoño y Primavera están conteniendo a Invierno, ¡son mi gente!

Él se relajó un poco.

—Las tres cortes se han pasado toda la noche luchando contra Invierno y se han retirado. No pueden hacer nada contra las tres cortes unidas.

«Igual que la reina de Nightfall no tendría nada que hacer contra las cuatro cortes unidas», quise decir. Marcelle no quería entrar en guerra y, aun así, había tenido una. Qué irónico.

—Te he concertado una cita con el joyero de palacio después del desayuno. Ha hecho una corona para la coronación y puedes coger cualquier joya que te guste. Mi madre tenía un gusto exquisito.

Al mencionar a su difunta madre, me acordé de su hermano, Mateo.

—¿Dónde está Mateo? No lo he visto —comenté suponiendo que igual habían preferido vivir separados o que se habría casado, aunque era bastante joven para eso.

Marcelle movió ligeramente la comisura de los labios.

—Era demasiado rebelde, así que lo tuve que enviar fuera para que lo reeducaran.

¿«Reeducaran»? ¿Demasiado rebelde? Parecía que Marcelle había cambiado desde la última vez que lo vi en el Festival de Pleno Verano hacía tantos años y, aunque me puse hecha una fiera con mi padre por obligarme a casarme con Lucien cuando pensaba que era un monstruo..., ya me había quedado claro que el único monstruo estaba sentado delante de mí.

Me sentí como atontada durante toda la coronación. Sonrisas falsas, agradecimientos falsos por los buenos deseos ante nuestra unión. Me puso enferma. Cada momento que pasaba odiaba más a Marcelle. Seguía preguntándome cómo había llegado a esto. Había ido demasiado lejos y había seguido el rollo demasiado bien como para echarme atrás ahora. Estaba atascada y preocupándome constantemente por el bienestar de mi madre y mi hermana, así que no me resistí. Aguanté hasta el final.

«Conseguir que Marcelle confiara en mí lo suficiente para quitarme las esposas» era mi mantra.

En ese momento me prometí que recibiría clases de espada una vez que estuviera libre de todo esto. No quería volver a sentirme tan indefensa nunca más. Sin mis poderes, era débil. Odiaba admitirlo, pero era la realidad.

Cuando me colocaron la corona y presté juramento para liderar a quienes se habían rebelado en contra del hombre al que amaba, me morí un poco por dentro. Me había convertido oficialmente en la enemiga de Lucien.

Tras aceptar tantos buenos deseos como pude, le rogué a Marcelle que me dejara ir a dar un paseo.

—Quiero ver a la gente del pueblo y echar un ojo a las tiendas. Darme a conocer a aquellos que hoy no han podido venir. —En realidad, solo necesitaba salir de allí. Quería estar sola, respirar aire fresco, me daba igual el frío que hiciera.

En la coronación, todo el mundo estaba muy abrigado. El frío de Lucien aún recaía sobre nuestras tierras, pero no era tanto como para hacer daño, solo lo suficiente para que nadie se olvidara de que Lucien estaba enfadado por la separación.

Marcelle miró a la multitud de gente que se iba marchando a sus casas, y luego me miró a mí.

—Prometo no meterme en ningún lío —dije con voz dulce.

Él estaba muy callado y yo odiaba que tuviera todo el control.

—¿En serio te estoy pidiendo permiso para ir a dar un paseo, Marcelle? —gruñí—. ¿Soy tu esposa y reina o una prisionera?

Prácticamente escupí esa última palabra y uno de los guardias se giró hacia nosotros.

Marcelle se rio nervioso y llamó a dos guardias para que se acercaran.

Cuando se quedaron de pie ante él esperando órdenes, me señaló.

—Vuestra nueva reina quiere ir al pueblo para mezclarse con su gente. Por favor, protegedla y que no se os pierda de vista. —Luego me miró a mí —. Pórtate bien. Tu madre y tu hermana se quedarían devastadas si te pasara algo.

Mi cara se desencajó ante aquella amenaza velada a las vidas de mi madre y de Libby.

«Menudo bastardo». ¡Bastardo comemierda, caracaballo, chupabotas!

Invoqué al viento, pero no pasó nada y tuve ganas de gritar, de darle a Marcelle un puñetazo en la cara hasta que le saliera sangre de la nariz y se le metiera en la boca.

Entonces me di cuenta de que había una asesina rabiosa en mi interior. Siempre me había preguntado si, llegado el momento, sería capaz de matar a alguien, de matarlo a él.

Ahora lo sabía.

Sí.

Lo haría.

Este fae podrido sufriría conmigo.

Muchísimo.

—Claro, cariño —respondí intentando con todas mis fuerzas contener el veneno de mis palabras, y me di la vuelta.

Marcelle Haze se iba a arrepentir del día que me convirtió en su esposa.

El aire fresco me sentó de maravilla. Hacía algo de frío y me tuve que poner una capa más gruesa debajo de la capa de lana, pero era agradable. Me recordaba a Lucien, a la corte de Invierno, a la nieve cayendo sobre mis pestañas mientras lo besaba.

Me parecía surrealista seguir soñando despierta con besar a Lucien cuando estaba casada con otro hombre. Temía que se me fuera la cabeza intentando soportar todo lo que me había ocurrido de forma tan repentina.

Los dos guardias a los que Marcelle había ordenado acompañarme se convirtieron en mi sombra. Caminaban un metro detrás de mí continuamente; Birdie iba a mi lado en silencio. Me caía bien porque parecía que se le daba igual de bien que a Piper captar los estados de ánimo y sabía cuándo tenía que estar callada.

La gente me felicitaba, me saludaba y me sonreía al pasar. Mientras tanto, yo me preguntaba qué pensarían de toda esta situación. Hacía tan solo unos días nos saludaban a Lucien y a mí, aunque no sonrieran. ¿Era eso? ¿Eran capaces de aceptar que Marcelle le robara la prometida a otro hombre porque odiaban a Lucien?

—Me sorprende que hayan aceptado esto tan rápido —le dije a Birdie rompiendo el silencio del paseo.

Birdie miró a las mujeres que me deseaban lo mejor y asintió.

—Marcelle ha dejado claro que gustaba de vos desde que eráis joven. Todo el mundo piensa que es un matrimonio por amor y que os estaban obligando a casaros con Lucien.

Me detuve y la miré, intenté invocar de nuevo mis poderes, pero no sentí absolutamente nada. La ira que me hervía dentro en aquel momento era demasiado fuerte como para contenerla. Era como si estuviera hecha de fuego y fuera a arder si no la liberaba.

Birdie debió darse cuenta porque pareció asustada.

—Vayamos a ojear la *boutique* femenina —sugirió, y señaló a una tienda que se encontraba a mi espalda.

Respiré hondo tres veces, negándome siquiera a procesar lo que acababa de decirme. Lo empujé todo hacia abajo justo cuando empezó a caer una ligera nieve del cielo.

La gente que había en la calle se subió las capas y miró al cielo como si estuvieran maldiciendo a Lucien.

No tenían ni idea. No tenían ni idea de que Marcelle me había traído aquí en contra de mi voluntad y que era básicamente una prisionera.

—La *boutique* tiene unas velas preciosas, perfumes y guantes de punto... —Birdie se quedó callada y me sacó de mi ensimismamiento.

Asentí bruscamente y decidí que lo mejor era entrar en la tienda e ignorar los pensamientos asesinos que me ocupaban la cabeza. De lo

contrario, terminaría irrumpiendo en el castillo con una roca en la mano e intentaría golpear a Marcelle hasta matarlo.

Conforme nos acercamos al escaparate, los guardias nos siguieron y Birdie sacó una mano para detenerlos, luego señaló un cartel que lucía en la puerta.

«Solo mujeres».

—No es adecuado. Tendréis que esperar fuera —les informó.

Fue una pequeña victoria, pero sentí cómo la alegría se filtraba en mi desolada tristeza cuando los guardias dieron un paso atrás y esperaron fuera mientras nosotras entrábamos solas en la tienda.

Birdie tenía razón, era una tienda muy bonita. Velas que olían a sándalo y a lavanda, guantes refinados con bordados florales. Incluso había una modista al fondo tomándole medidas a una mujer que estaba de pie en un pedestal en ropa interior. De ahí que no pudieran entrar hombres.

Birdie estaba al otro lado de la tienda oliendo velas mientras yo admiraba un broche de cristal cuando sonó la campanilla de la puerta. Me di la vuelta para ver quién era y me encontré cara a cara con una mujer de pelo negro y tez pálida. Llevaba la capucha de la capa puesta, cubierta de nieve, y me sonreía.

Estaba demasiado delgada como para ser una fae de Verano, pero existían los matrimonios entre diferentes cortes, por lo que di por hecho que sería de Invierno o mixta. Me volví a girar para seguir mirando el broche y entonces me habló.

—Es precioso. —Su voz sonó justo detrás de mí y sentí un peso en el bolsillo de mi capa—. Hace un día precioso —me susurró al oído. Luego se alejó y salió de la tienda como si fuera un fantasma.

Mi cabeza estaba intentando procesar lo que acababa de pasar. No sabía si me había robado. Aunque no llevaba nada de valor y su comentario sobre el clima me había desorientado.

Hacía un día horrible para alguien que viviera en la corte de Verano.

A no ser que no fuera de Verano.

Se me aceleró el corazón al deslizar la mano en el bolsillo y notar un trozo de papel doblado.

Birdie me miró con una vela en la mano.

—¡Esta huele al solsticio de verano! —exclamó alegre.

Yo sonreí, aunque la cabeza no paraba de darme vueltas pensando en lo que podría decir la nota. Miré a la modista y a su clienta y me tranquilizó ver que no se habían dado cuenta de nada.

No me atrevía a abrir la nota allí, había demasiados ojos mirándome, era la nueva reina. Me acerqué con paso ligero a Birdie, le quité la vela del solsticio de verano y puse el broche encima.

—Te la regalo. Me gustaría volver ya y echarme un poco. Ha sido un día muy largo —aseguré.

Ella sonrío ante la idea de la vela gratis, y pagué los dos artículos cargándoselos a Marcelle. No quería que los guardias sospecharan si salíamos sin haber comprado nada después de tanto tiempo dentro.

Una vez fuera, miré a mi alrededor, a los puestos y a las tiendas de la calle en busca de la mujer misteriosa, pero había desaparecido.

Volvimos al castillo caminando con brío, pero no demasiado rápido, y me encerré a solas en mi habitación.

Saqué la nota del bolsillo, me senté en la cama y la leí. Al reconocer la letra de Piper se me formó un sollozo en la garganta.

> M,
> Estoy a salvo en la corte de Invierno. Estamos intentando rescatarte, ¡pero todas las cortes luchan contra Invierno! Voy a intentar sacar a tu madre y a tu hermana de Otoño porque soy la única que conoce los túneles subterráneos secretos. Sé fuerte. No descansaremos hasta que seas libre.
>
> -P

Decía tanto y a la vez tan poco. ¿Estaba mal que, en el fondo, hubiera deseado una carta de Lucien, que hubiera sido él el que me hubiera escrito? Piper hablaba en plural. *Estamos intentando rescatarte*. ¿Lucien y ella? ¿Ella y los guardias? ¿Lucien lo estaba haciendo por amabilidad o... por otra cosa? Al menos estaba protegiendo a Piper, y parecía que había aceptado que mi madre y Libby se quedaran en la corte de Invierno para que estuvieran a salvo. La corte de Otoño tenía dos túneles de salida subterráneos para los tiempos de guerra. Llegaban hasta bien entrado el bosque, cerca de la frontera con Invierno, por lo que, si Piper pudiera guiar

a mi madre y a Libby por ellos, sería perfecto. Eran buenas noticias..., pero... ansiaba saber qué pensaba Lucien de mi unión forzada con Marcelle.

Y, aun así, no necesitaba una nota. La nieve que caía del cielo y el ambiente fresco me decían todo lo que necesitaba saber.

Estaba muy cabreado.

Tiré la nota al fuego crepitante de la chimenea y me tumbé en la cama. No suelo echarme la siesta, siempre he tenido mucha energía, pero, desde que había llegado al palacio de Verano, lo único que me apetecía era dormir todo el día, y llorar. Estaba intentando ser fuerte, seguir hasta el final, pero empezaba a estar bastante desesperada. Aunque la nota me había dado lo que necesitaba para empujar un poco más. Así que, después de obligarme a salir de la cama, fui a cenar con mi marido y a interpretar el papel de su mujer.

Iba a conseguir que me quitara las esposas y haría que todo su ejército fuera testigo de cómo le arrebataba hasta el último aliento de los pulmones.

Si la gente de Hazeville quería un líder fuerte, tendrían uno.

Yo.

12

Durante la cena, hablé sin entusiasmo de lo increíbles que eran las tiendas del pueblo y lo bonito que era el broche que me había comprado y que llevaba puesto. Marcelle sonrió, elogió el broche y me dijo que estaba muy contento de que me hubieran aceptado tan bien en la corte de Verano y de que encajara en mi papel aquí.

Acabábamos de empezar a comer el postre cuando la temperatura se desplomó de pronto. El fuego chisporroteó y Marcelle miró alarmado al sirviente.

El pobre chico añadió dos troncos más a la chimenea y se frotó las manos. Yo me estremecí y me apreté la capa sobre los hombros.

Marcelle tamborileó con los dedos en la mesa sin apartar la vista de mí.

—Estaba pensando, Madelynn, ¿podrías luchar contra la helada con tu viento? ¿Empujarla hacia el otro lado?

Solo escuchar algo así, algo que podía lograr que me quitara las esposas, casi me hizo llorar de alivio, pero tenía que mantener la compostura.

Asentí, sin más.

—Sí. Seguro que has oído que, cuando Lucien perdió el control la última vez, mi madre y yo pudimos proteger mi reino de la mejor forma posible gracias a nuestro viento. Echamos el frío hacia atrás, no sé cómo. Era más joven y no había entrenado del todo mis poderes por aquel entonces. Si él hace que nieve, yo puedo apartar los copos de la corte de Verano y devolvérselos. Si baja las temperaturas, puedo mover las nubes para destapar el sol.

Marcelle asintió.

—Eso era lo que pensaba. Pero también podrías despellejarme, como mencionaste muy acertadamente en otra ocasión.

«Hades». Se acordaba.

Me metí un trozo de chocolate en la boca y actué despreocupadamente.

—Sí. Como tú podrías prenderme fuego. Supongo que tendrás que confiar en mí en algún momento, Marcelle. Vamos a tener que aguantarnos toda la vida.

Él me miró fijamente, pero no dijo nada al respecto. Esperaba estar interpretando bien mi papel de esposa cabreada pero resignada a estar con él toda la vida. Tenía la sensación de que estaba a punto de liberarme y de verme como su aliada. Si hacía más frío, si Marcelle temía que podía repetirse la Gran Helada, me quitaría las esposas, sin duda, y me permitiría salvar a todo el mundo.

Terminamos de comer en silencio y recé al Creador para que Marcelle estuviera considerando soltarme. ¿Apartaría el frío para salvar a su pueblo? Desde luego. Eran personas inocentes que no tenían nada que ver en esto. Pero antes, lo mataría a él.

—Estoy cansada y tengo frío. Creo que voy a irme a mi habitación a descansar —anuncié.

—Buenas noches —respondió él ausente mientras observaba el fuego en la pared del fondo y luego el hielo que cubría los cristales de las ventanas.

De camino a mi habitación para acostarme me pregunté si quizás debería pensar en un plan B. Uno en el que, si Marcelle no me quitaba las esposas, pudiera huir de su palacio. Siendo la reina y teniendo el pelo pelirrojo intenso, era muy posible que alguien me viera, pero, si fuera Birdie quien comprara la comida y pagara las posadas, puede que consiguiera llegar hasta la frontera con Invierno. Era la opción más arriesgada y tendría que hablar con Birdie sobre el plan, así que decidí que era mejor reservarlo. Si para el sexto día en el palacio, Marcelle no me había liberado, huiría o moriría en el intento. Lo único que tenía claro es que no podía volver a acostarme con él. Lo que hizo no estuvo bien y jamás lo olvidaré. Nunca iba a poder adaptarme a ello.

El resto de la noche pasó muy despacio y la temperatura bajó aún más. Rondaba el bajo cero y todas las flores del reino se marchitaron y parecían enfermas. Las nubes habían cubierto por completo el sol y estábamos totalmente a oscuras. Apenas dormí, dando vueltas sin parar y con el frío golpeándome en la cara mientras mi asistente añadía un tronco tras otro a la chimenea y me despertaba con los sonidos de la leña ardiendo.

Por la mañana amanecí de mal humor y muy cansada. Cuando fui con Birdie a desayunar, vi que Marcelle no estaba.

—¿Desayunas conmigo? —le pregunté con un gesto para que se sentara a la mesa. Estaba preparada para dos, con una bandeja de comida en el centro y la chimenea encendida.

Ella asintió entusiasmada y se sentó a mi lado. Quería mantener fuerte mi relación con Birdie por si al final tenía que huir y necesitaba su ayuda. Sospechaba que su lealtad hacia Marcelle no era demasiado fuerte y que se pondría de mi parte, pero no estaba segura.

—¿Dónde está Marcelle? —pregunté. Me daba la sensación de que sabía bastante de los tejemanejes del palacio.

—El rey se marchó al amanecer. Algo sobre la guerra en la frontera —respondió.

Que se refiriera a Marcelle como rey me molestaba muchísimo, pero estaba más concentrada en lo de la guerra.

—Una batalla entre nosotros. —Chasqueé la lengua con descontento—. Mi abuela estaría fuera de sí.

Birdie asintió y bajó la voz hasta un susurro, aunque estuviéramos solas.

—Mi padre cree que los faes deberíamos estar unidos. Votó en contra de la separación.

Sentí un gran alivio al oír eso, y me pregunté si sería un buen momento para informar a Birdie de mi plan B. Miré otra vez a mi alrededor para comprobar que seguíamos solas en el comedor y me acerqué a ella mirándola fijamente a los ojos.

—Birdie, sabes que Marcelle me sacó de la corte de Otoño en contra de mi voluntad y yació conmigo a la fuerza para que nuestro matrimonio fuera legal, ¿verdad?

Se le sonrojaron las mejillas.

—Dijo que tu padre estaba de acuerdo y pagó la dote.

Apreté el tenedor con fuerza para intentar mantener la calma.

—Técnicamente, sí, eso es verdad. Pero amenazó con matar a mi madre y a mi hermana y pagó la dote para que fuera legal. —Levanté las manos esposadas—. Soy una prisionera, Birdie. Lo sabes, ¿verdad?

Ella agachó la cabeza con vergüenza.

—Supongo que sí —admitió por fin.

Bien. No habría podido soportar que alguien negara eso.

—Necesito que sepas que, si para el final de mi «sangrado mensual» no me ha liberado, huiré.

Apenas había terminado de pronunciar las palabras cuando levantó la cabeza de golpe y miró a su alrededor por si alguien me había escuchado.

Seguíamos solas. Con las puertas cerradas. Y el fuego rugiendo.

—Pero... Marcelle podría encontrarte. —Tenía una expresión de pánico.

Yo asentí, le agarré la mano y le sostuve la mirada.

—Lo que intento decirte es que prefiero morir a quedarme aquí interpretando el papel de esposa y reina de ese monstruo.

Ella tragó con fuerza y vi cómo se le disparó el pulso en el cuello.

Frunció el ceño.

—Bueno, yo no quiero que mueras.

Eso estaba muy bien. Le di unas palmaditas en la mano.

—Entonces, cuando llegue el momento, si me ayudas a huir de aquí, te lo recompensaré con creces.

Obligaría a mi padre a pagarle lo que quisiera.

Me miró y analizó mi cara.

—¿Lo querías? —preguntó de pronto.

Su duda me pilló desprevenida, y durante un segundo pensé que se estaba hablando de Marcelle, pero el uso del pasado me reveló a quién se refería en realidad.

Lucien.

—Sí. Mi padre y yo le dimos nuestra palabra a Lucien de que me casaría con él. Y luego Marcelle me lo arrebató. Para siempre.

La rotundidad de aquello me mataba. Los reyes no se casaban con mujeres mancilladas. Ni divorciadas. Ni viudas. Ni siquiera con una mujer

cuyo nombre estuviera relacionado con algún escándalo. Había que ser perfecta para ser reina y yo no lo era. Aunque Lucien todavía quisiera estar conmigo, no podría. Ensuciaría su linaje y el futuro de los hijos que pudiéramos tener.

—Eso no está bien. Lo siento mucho —declaró Birdie, y terminamos de desayunar en silencio.

Me pasé toda la tarde entre paseos por el jardín con Birdie y lecturas en mi habitación junto al fuego. Fuera hacía muchísimo frío. Se había acumulado una pequeña capa de nieve y no se derretía. Sabía que Lucien podía acabar con toda la corte de Verano congelándonos hasta la muerte y que se estaba conteniendo.

Tenía que mantener la esperanza de que era porque no quería hacerme daño.

Aquella noche Marcelle volvió de la supuesta reunión en la frontera a la que había ido. Pidió que nos sirvieran la cena justo al lado de la chimenea, pero, aun así, el ambiente seguía muy frío. Era como si el poder de Lucien tuviera la capacidad de penetrar por las paredes y buscar el palacio. Ojalá pudiera usar mis poderes. Aunque no hubiera ninguna ventana abierta, podría mover el aire de la habitación. Eso era lo que hacía si tenía que romper una ventana y conseguir acceder al aire ilimitado de fuera. Me miré las muñecas esposadas y fruncí el ceño. ¿Alguna vez había estado tanto tiempo sin usar mis poderes? Desde pequeños se nos animaba a usarlos continuamente porque así aprendíamos a controlarlos. Nos pasábamos la sal durante la cena utilizando el viento o hacíamos que los papeles volaran por una habitación. Yo era una de las faes vivas más poderosas y me habían reducido a nada.

Le lancé una mirada a Marcelle, que se encontraba al otro lado de la pequeña mesa que habían preparado junto a la chimenea devorando el estofado como un cerdo. No entendía cómo era posible que fuera de la nobleza. No le había preguntado por la guerra y él tampoco me había comentado nada. No quería parecer demasiado ansiosa por recibir noticias sobre Lucien, pero me moría por saberlo todo.

Marcelle empezó a levantar la cabeza para mirarme, así que cambié la expresión y puse lo que esperaba que fuera una mirada inquisitiva.

—¿Te gustaría que compartiéramos cama esta noche? —planteó—. Entraríamos en calor los dos. —Tenía los ojos medio cerrados y no pude contener el tic que empezaron a hacer mis músculos, pero esperaba que no se hubiera dado cuenta de la respuesta visceral que mi cuerpo estaba teniendo ante esa pregunta.

—Estoy en esos días del mes. —Me agarré el vientre y fingí que me daba vergüenza.

Gracias al Creador por Birdie y su gran idea.

Él inclinó la cabeza.

—Ya lo sé. Solo sería para compartir calor. Lo prometo.

«No. No. No». Pasarme la noche con él abrazado a mí me desquiciaría. Quería arrancarle la hombría por la crueldad con la que me arrebató mi pureza. Mi madre me había dicho que, incluso en un matrimonio concertado, el marido debía ser paciente con la consumación, sobre todo la primera vez. Que sería un poco incómodo y que probablemente terminaría rápido, pero que nunca debía ser duro ni dar miedo. Marcelle me había asustado. Fue demasiado duro y lo que hizo estuvo mal. Puede que no sepa mucho sobre yacer con un hombre, pero eso sí que lo sabía. Aunque, por otro lado, también necesitaba salir de aquí. Tenía que conseguir que confiara en mí lo suficiente como para darme acceso a mis poderes. A lo mejor esta era la forma.

Ya había dudado demasiado y él empezaba a mostrar una mirada escéptica. Tenía que darle a mi respuesta un poco de verdad o descubriría que estaba mintiendo.

—Me asustaste mucho con tu ansia cuando... yacimos. Disculpa si me pongo nerviosa ante la idea de estar sola contigo en una cama. Nunca había estado con un hombre, por eso soy... tímida y no sé muy bien cómo debería funcionar este aspecto de un matrimonio.

Se le iluminó la cara y se acercó para agarrarme la mano.

—Siento mucho si fui demasiado duro. Pensaba que intentarías romper el acuerdo y quería dejarlo sellado cuanto antes. La próxima vez iré con más cuidado y te gustará.

Empecé a notar una ira desenfrenada mezclada con náuseas. No se enteraba de nada. Lo odiaba. Lo quería muerto. Solo pensar en que me volviera a tocar me hizo apretar con fuerza el cuchillo que tenía en la mano, pero me obligué a relajar los dedos.

—Si es solo para que entremos en calor, creo que me gustaría —mentí procurando poner una voz tímida que escondiera mis instintos asesinos.

Si intentaba cualquier cosa con la que no me sintiera cómoda, tendría que recurrir a estrangularlo con la esperanza de ser más fuerte que él en ese momento.

Bostecé.

—Estoy cansada. Voy a tu habitación, ¿vienes más tarde?

Quería meterme en la cama primero y fingir estar dormida para que no pudiera intentar nada más que mantener la cama caliente.

Él asintió con los ojos brillantes.

—Me muero de ganas.

Se me aceleró el corazón mientras me alejaba. Estaba muy enfadada con él y conmigo por tener que interpretar semejante papel. Con mi padre. Estaba furiosa con todos. Lucien no habría sido brusco cuando hubiésemos yacido. Es más, sabía que no me habría presionado para hacerlo y habría esperado a que estuviera preparada. Sentí una pena enorme en el pecho y lloré por un matrimonio y una vida que ya jamás tendría. Todos los sentimientos que me había permitido tener por el rey de Invierno se habían convertido en un amor profundo que no esperaba en un periodo de tiempo tan corto. Ver lo mal que lo trataba su padre solo hizo que lo quisiera aún más. Me había imaginado una vida en la corte de Invierno como su esposa y su reina, y ahora ese sueño estaba roto.

Cuando llegué a mi habitación, me llevé los dedos a los labios, y recordé lo que sentí al notar la cálida lengua de Lucien en mi boca. Esa clase de pasión era diferente a cualquiera que hubiera experimentado antes y sospechaba que no la volvería a experimentar jamás. Y con Marcelle menos.

Birdie entró en la habitación poco después con un camisón blanco.

—¿Me han dicho que esta noche vas a compartir cama con el rey? —Se rio nerviosa. Seguramente le hubiera sorprendido después de nuestra

conversación anterior.

La miré a los ojos y la risa se le desvaneció en la garganta.

—Es supervivencia —afirmé.

Ella apretó los labios y frunció el ceño mientras bajaba la mirada.

—Sí, mi reina. Lo siento.

Me acerqué a ella y levanté su cara para que me mirara.

—No te disculpes. Simplemente ten presente siempre una cosa: jamás seré feliz casada con ese hombre, por mucho tiempo que tenga para adaptarme.

Frunció aún más las cejas; verdaderamente afligida por mí. Quería que esto se le quedara grabado a fuego porque ella podía ser mi gran oportunidad de escapar.

—En ese caso, haré lo que haga falta para sacarte de aquí —dijo con decisión, y sentí un escalofrío por los brazos—. No me educaron para que ayudara a mantener prisioneros. Soy la dama de honor de una reina, y eso significa que tus intereses son lo primero.

Se me cerró la garganta por la emoción. Ella no sabía lo importante que era para mí tener a alguien de mi parte en aquel sitio.

—Gracias —conseguí decir.

Ella miró hacia atrás para asegurarse de que la puerta estaba cerrada y que estábamos solas.

—A lo mejor, si conseguimos que salgas de aquí, podrías ir a ver al rey de Invierno, preguntarle si te acepta. Estoy segura de que Marcelle encontrará otra esposa, aquí todas las mujeres están locas por él...

Se me escapó una risa sarcástica que nos sorprendió a las dos.

—Birdie, el rey invernal no va a aceptar a una divorciada que ya le ha entregado su pureza a otro hombre. Soy de la realeza, nuestras reglas son diferentes a las vuestras.

Se le hundió la cara. Odiaba estar quitándole parte de su inocencia con esta conversación tan seria. Evidentemente, ella era una romántica empedernida.

—Pensaba que...

—Soy mercancía defectuosa. —Le quité el camisón de las manos y me encerré en el baño. Cuando cerré la puerta, me apoyé contra la madera y un

sollozo me desgarró la garganta.

«Soy mercancía defectuosa». Nunca había pronunciado unas palabras más verdaderas y la tristeza me atravesó como un cuchillo.

13

Me planteé pedirle a Birdie que me trajera un cuchillo de la cocina para escondérmelo bajo el camisón, pero si Marcelle lo encontraba, arruinaría todo el plan. Me metería en la mazmorra y no volvería a ver la luz del sol. Mis poderes eran mi mejor opción para derrotarlo. Sabía que ganaría a su magia solar incluso a plena luz del día.

Después de ponerme la ropa de noche, fui hasta la habitación de Marcelle. Observé la cama en la que me había arrebatado la inocencia a la fuerza y tragué saliva mientras me subía a ella mirando a la pared. El fuego chisporroteaba, pero había escarcha en las paredes y las ventanas. Cada vez hacía más frío. Lucien seguía haciendo gala de sus poderes desde la distancia para dejarle claro a Marcelle que estaba cabreado.

Eso me tranquilizaba. Que las ventanas estuvieran cubiertas de hielo significaba que Lucien ya no podía tenerme y que estaba decretando una especie de resarcimiento por lo que nos habían arrebatado. Solo habían pasado unos días, pero me preguntaba si mi contacto élfico había llevado al padre de Lucien al centro de rehabilitación. O si Lucien se había puesto en contacto con sus amigos, el rey dragón y el rey elfo, para decirles que la reina de Nightfall estaba ingiriendo poderes.

Me preguntaba si el equipo de Lucien había preparado el palacio para una boda y no entendían por qué yo no había aparecido.

Esperaba que se hubiera enterado de que me habían llevado a casarme con Marcelle en contra de mi voluntad. Me mataría que pensara otra cosa. Pensé en la nota de Piper que había quemado y recé al Creador con el último resquicio de fe que me quedaba porque mi madre y mi hermana hubieran conseguido huir. En el momento en el que matara a Marcelle, iba a necesitar llegar con mi familia para estar a salvo y que sus hombres no

tomaran represalias contra mí. No tenía ni idea de si me volverían a aceptar como su reina una vez que Marcelle estuviera muerto.

La puerta se abrió detrás de mí, cerré los ojos y regulé la respiración. Unos pasos se acercaron a la cama, y escuché el ruido de unos zapatos y seguramente el de un cinturón golpear contra el suelo.

La cama se hundió y se me entrecortó un poco la respiración. De pronto, los brazos de Marcelle me rodearon y murmuré algo sin mucho sentido para sonar dormida.

«¡No me toques!», quería gritar. Descansó el brazo sobre mi vientre y se acurrucó detrás de mí, con el torso desnudo pegado a mi espalda, y decidí que eso tenía que acabar esa misma noche. Era en ese momento o nunca. No podía jugar a ser la mujer de ese monstruo si quería mantener mi autoestima por la mañana. Puede que estuviese dispuesta a muchas cosas con tal de sobrevivir, pero mi dignidad tenía sus límites.

Estar tumbada junto a un hombre que me había robado la oportunidad de estar con el que en realidad amaba hizo que mi mente deambulara hasta un lugar oscuro. Sentía cómo mi actitud ante la vida, generalmente alegre y optimista, moría poco a poco a medida que me imaginaba pasar el resto de mi vida atrapada en aquel lugar.

No.

Se empezó a formar un plan en mi mente conforme se relajaba la respiración de Marcelle. No podía dormir aunque lo intentara, así que me quedé despierta con el aire frío llenando la habitación y las mejillas doloridas por la baja temperatura. Luego empecé a temblar, chasqueando los dientes para darle más efecto.

Marcelle se levantó detrás de mí y se sentó en la cama. Él también estaba tiritando. Hacía frío, pero no tanto como lo que yo estaba aparentando. Marcelle miró al fuego casi extinto.

Se levantó de la cama, se acercó a la puerta y la abrió.

—Aviva el fuego —ordenó al guardia que estaba vigilando.

El guardia entró y yo seguí chasqueando los dientes con fuerza.

—Marcelle, por favor, deja que empuje el frío, al menos del palacio. Estoy helada.

Marcelle me miró escéptico.

—Solo necesitamos más leña —insistió.

Otro guardia entró en la habitación. Estaba cubierto por una fina capa de escarcha blanca desde la cabeza a los pies.

—Mi rey. Acabamos de sufrir nuestra primera baja. Un anciano, un granjero que vivía en la frontera. La helada está empezando allí y se dirige hacia aquí.

El pánico cubrió la cara de Marcelle y yo sentí un aluvión de esperanza y temor a partes iguales. Esperanza porque Marcelle me liberara y me quitara las esposas, y temor porque Lucien ya se hubiera cobrado una vida. Sabía que eso le pesaría y que apenas podía controlar sus poderes. Debía de estar tan enfadado porque las cortes hubieran decidido separarse, y porque Marcelle me robara, que había terminado perdiendo el control. ¿Estaba su padre con él en el palacio de Invierno diciéndole cosas horribles? Esperaba, por Hades, que no. Me dolía no estar allí para protegerlo.

Me puse de pie quitándome de encima todas las mantas.

—¡Se acabó, Marcelle! No tiene que morir más gente. Soy la única lo bastante fuerte para luchar contra la helada de Lucien.

Marcelle parecía estar en conflicto.

—Mi lord, los niños no paran de llorar en sus casas —le rogó el guardia —. Se los escucha por todo el pueblo. Hay que hacer algo.

Marcelle me miró a la cara y luego a las esposas que me ataban las muñecas. Al cabo de los diez segundos más largos de mi vida, volvió a mirar a su guardia.

—Tráeme a cinco de tus hombres más poderosos. Voy a liberar los poderes de Madelynn y quiero estar bien protegido por si cumple su promesa de despellejarme vivo.

Sí que le había calado hondo. Ojalá no lo hubiera dicho nunca. La idea de ser el objetivo de cinco experimentados guardias solares no estaba en el plan.

Había entrenado con mi madre y mi padre al mismo tiempo, lanzando el viento en varias direcciones, pero nunca a más de dos personas.

Aunque era noche cerrada, lo que significaba que no podrían aprovechar el sol y usar sus poderes indefinidamente. Solo podrían usar sus reservas, lo que hubieran almacenado del día anterior. Si era capaz de provocarlos para

que usaran su poder sobre mí protegiéndome de alguna forma, cuando se les agotara, podría atacar.

Pero ¿cómo te proteges del fuego cuando tu poder es el viento? El viento alimenta el fuego y hace que ruja aún más fuerte.

«Necesitaba a Lucien».

Me tragué el sollozo que se me había formado en la garganta y llegué a la conclusión de que podría matar a Marcelle, desde luego, pero luego la fuerza de sus guardias me sobrepasaría y terminaría sucumbiendo. No quería morir, quería seguir con vida, pero no podía permitir que Marcelle envenenara el reino con la separación y su tratado con la reina de Nightfall. No estaba bien. Acabar con él permitiría a Lucien recuperar el control. Mi familia y Piper estarían a salvo.

Llamaron a la puerta abierta y Marcelle y yo miramos. Era Birdie. Estaba algo adormilada, pero tenía una capa gruesa en las manos.

—He escuchado al guardia. Mi lady no debería estar en camisón delante de nadie más que no sea su marido. —Birdie miró al rey—. Es indecente.

Qué linda. Se pensaba que me preocupaba la decencia en un momento como ese. Simplemente estaba eufórica porque me iban a liberar de las esposas que retenían mis poderes.

Él le lanzó una mirada molesta y le hizo un gesto para que entrara.

Mientras Birdie se acercaba a mí, sacudió la capa y la abrió para que pudiera ver todo su interior recubierto. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que había escrito algo con carbón en el forro de seda color crema.

«El rey invernal está aquí», decía.

Casi se me salen los ojos, menos mal que Marcelle no estaba mirándome en ese momento, porque por poco me desmayo. Birdie me colocó la capa por encima de los hombros y me la abotonó mirándome a los ojos para comprobar que había visto el mensaje.

«¿Está aquí? ¿En el palacio? ¿Cómo lo sabía? ¿Estaba enfadado conmigo?». Las preguntas no paraban de apilarse en mi cabeza, pero no podía decirlas en voz alta.

—Mi reina, ¿vuestros poderes funcionarían mejor al aire libre? —cuestionó Birdie mirándome fijamente.

No hacía falta que dijera nada más. Mensaje recibido alto y claro. Lucien estaba fuera.

—Sí —me apresuré a decir—. Una ventana abierta no es suficiente para empujar el aire helado de toda la corte de Verano.

Marcelle suspiró, fue hacia el armario y sacó su capa.

—¿Va a ser una cosa rápida? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Dependerá de si el rey invernal responde.

Marcelle pareció ponerse nervioso ante esa idea, pero asintió. Cuando volvió el guardia, observé detenidamente a las personas que había traído consigo y me sorprendió ver que tres eran mujeres.

No me sorprendió que las mujeres fueran fuertes, sino ser consciente de que igual tendría que matar o herir a alguna de ellas. Me parecía más fácil matar a un hombre. No sabía qué decía eso de mí, pero matar a otra mujer no me hacía ninguna gracia.

Intentaría dejarlas inconscientes o volarlas muy lejos, pero si fuera necesario..., haría lo que hiciera falta para liberarme de las esposas y que no volvieran a ponérmelas nunca más.

No me podía creer que estuviera pensando en matar a gente. Había empezado con Marcelle y ahora otras cinco vidas estaban a punto de quedar a mi merced.

«¿Podía acabar con la vida de estos guardias?», me pregunté mientras seguía a Marcelle fuera de la habitación por el pasillo.

Me miré las muñecas esposadas. La sensación de vacío en mi interior era un gran recordatorio de que no tenía acceso a mi magia y no estaba segura de que fuera algo con lo que pudiera vivir.

«Sí», me dije. Si me amenazaban con volver a ponerme estas esposas, mataría por mi libertad.

Cuando llegamos a la puerta principal, Marcelle se giró hacia Birdie.

—No hace falta que salgas. Buenas noches —le dijo para que se fuera.

Ella me miró, pero no delató nada. Asintió una vez y volvió por el pasillo hasta su habitación.

«El rey invernal está aquí».

Las palabras escritas en el interior de mi capa me provocaron inquietud y alivio. Conociendo el temperamento de Lucien, sabía que, si pensaba que me había marchado con Marcelle voluntariamente o que había tramado algo contra él, era posible que yo también encontrara mi muerte esa noche.

Cuando se abrieron las puertas, nos recibió una ola de aire frígido. Marcelle gruñó molesto.

Los guardias solares se dispersaron detrás de mí en cuanto puse un pie en el escalón que daba a la plaza del pueblo. Los tejados estaban cubiertos de blanco y mi respiración se convertía en una nube de vaho delante de mí. Caían gruesos copos de nieve del cielo y me escocía la piel por el frío que cubría mi cuerpo. Me recordó a aquella noche de hace tantos años cuando perdí a mi abuela. El frío calaba hasta los huesos y dolía respirar. Pero, a pesar de todo, esta vez no estaba enfadada con el rey invernal, sino que sentía compasión por él. Tenerle miedo a tus poderes porque puedas hacerle daño de forma involuntaria a alguien era algo que yo nunca había experimentado.

Me detuve en el jardín del palacio y levanté las muñecas. Marcelle me miró fijamente a los ojos.

—Hay un arquero en el tejado. Si me haces daño, te lanzará una flecha directa al cuello. —Luego se inclinó hacia delante y me dio un beso no deseado en los labios.

Me quedé rígida, con los ojos muy abiertos mientras buscaba al arquero agachado en el tejado con un arco apuntando en mi dirección.

Una ira desenfrenada me consumió en aquel momento. Marcelle me agarró las muñecas e invocó su magia sobre las esposas. Como fue él quien las cerró, solo él podía abrirlas. Se escuchó un clic y se apartó mientras las esposas caían al suelo. Los cinco guardias solares se dispersaron a mi alrededor mientras yo inhalaba invocando al aire.

Las lágrimas me nublaron la vista cuando sentí abrirse el pozo de mis poderes. Hasta ese preciso momento no había sido consciente de cuánto me completaba el poder acceder a mi magia, cuánto me definía.

Uno de los hombres de la Guardia Solar se puso enfrente de mí, con las manos arriba como si estuviera preparado para prenderme fuego ante cualquier movimiento en sospechoso.

—Aparta, a no ser que quieras salir volando hasta la corte de Primavera —gruñí, y él miró a Marcelle, que estaba detrás de mí.

El guardia debió de recibir el permiso que buscaba del rey, porque se apartó.

La cabeza me daba vueltas con todos los posibles escenarios. ¿Cómo podía acabar con Marcelle y esquivar al arquero? Sabía que tenía que hacer que pareciera que estaba despejando la helada de la ciudad para que todos estuvieran tranquilos.

Con una simple exhalación, invoqué el aire que me rodeaba. Estaba por todas partes: en mi pelo, bajo los aleros del patio, dentro de mis pulmones. La niebla que había aparecido y se había asentado en el suelo se movió en cuanto una gigantesca ráfaga de viento la levantó y la desplazó por el pueblo a mi voluntad. Los montones de nieve y las nubes se trasladaron con ella, dejando sitio para el aire más caliente. Se me ondeó el pelo de un lado a otro y, entonces, tuve una idea.

—¡Marcelle! —grité por encima del viento.

Él dio un paso adelante y se puso a mi lado.

—Que tus guardias usen su magia para hacer fuego. Empujaré el aire caliente por todo el pueblo para derretir la escarcha.

No le vi la cara, estaba demasiado concentrada en lo que estaba haciendo, pero le debió parecer una buena idea porque les ordenó a gritos que lo hicieran.

Ahora solo necesitaba que se quedaran sin poderes antes de atacar a Marcelle. Puede que hubiera posibilidades reales de que saliera de esto con vida.

Podía tirar al arquero al suelo con una ráfaga de viento, pero no sin que Marcelle se diera cuenta. La cabeza me daba vueltas mientras los guardias invocaban sus poderes uno a uno y aparecían llamas en las palmas de sus manos.

Envié el viento a que entrara y saliera de sus manos para recoger el aire caliente y distribuirlo por el pueblo. Las ventanas y los tejados empezaron a descongelarse y la temperatura aumentó drásticamente. La nieve que cubría el suelo se convirtió en charcos y se formó un riachuelo que fluía por las acequias a ambos lados de la carretera. Dejó de nevar.

—¡Funciona! —gritó Marcelle emocionado.

No sentí ninguna resistencia a lo que estaba haciendo, lo que me decía que, si el rey invernal estaba aquí, no pensaba detenerme. El aire frío y la niebla helada estaban desapareciendo fácilmente.

Demasiado fácilmente.

«Me está ayudando».

Estuviera donde estuviera, Lucien, estaba... replegando sus poderes para que pareciera que era yo la que estaba logrando que la temperatura subiera tan rápido.

Marcelle se inclinó hacia mí y me rozó la mejilla con sus labios.

—Vales todas y cada una de las monedas de oro —dijo en voz baja.

Y entonces salté. El animal asesino enjaulado que él había creado en mi interior se liberó.

Nunca había probado mis poderes en su máxima capacidad. Sabía que podía arrancar un árbol de raíz en cuestión de segundos, o despojar a una manzana de su piel. Podía lanzar una roca de quinientos kilos desde una montaña o partir un árbol por la mitad. Me había enfrentado a mi madre y a mi padre a la vez durante los entrenamientos mientras me atacaban por ambos lados. Pero no tenía ni idea de lo poderosa que era en realidad hasta que Marcelle puso a prueba mi paciencia y me la encontré vacía.

Como si estuviera hecha de aire, una ráfaga explotó desde mi interior. En aquel momento fue como si yo ya no existiera. Me había convertido en viento y estaba en todas partes a la vez. Mi magia lo tocaba todo en un radio de seis metros, sintiendo dónde estaba, para luego explotar. Los guardias que me rodeaban salieron disparados a tres metros del suelo, al mismo tiempo que el cuerpo de Marcelle salió volando contra el muro de piedra del castillo y se quedó ahí.

Como yo era el viento y el viento estaba en todas partes, sentí el momento en el que el arquero disparó la fecha. Atravesó el aire y la convertí en astillas.

—¡No seas insensata! —gritó Marcelle mientras me acercaba a él. Estaba acumulando el viento a mi alrededor y había creado un remolino en el patio. Las vigas de madera que sujetaban el porche se agrietaron y el

mortero que sujetaba las rocas se convirtió en arena. Se me levantaron los pies del suelo y tuve que concentrarme mucho para no salir volando.

«¿Que no sea insensata?».

¿El muy bastardo quería que fuera razonable con él después de todo lo que me había hecho pasar? Ni siquiera se merecía una respuesta. Se merecía morir.

Envié el remolino directo a su cuerpo anclado en el muro y sus gritos de agonía desgarraron el ambiente fresco de la noche. Durante los primeros segundos, escucharlo sufrir me alegró, pero luego se le empezaron a separar pequeños trozos de piel del cuerpo y los gritos se convirtieron en quejidos y ruegos de piedad, y se me ablandó el corazón.

Esto era tortura. Y yo no era así. Una muerte rápida era más humana. Con eso sí podría vivir.

Mi rabia se apaciguó ligeramente. Aparté el remolino, pero lo dejé suspendido en el aire, con las manos y las piernas formando una estrella, y la espalda pegada a la fría roca gris. Sangraba por varios puntos en la cara y los brazos. En las palmas de las manos tenía unas llamas titilantes, pues tenía la intención de atacarme, pero no la fuerza para ello.

Me acerqué más a él, sosteniéndole la mirada mientras medía su respiración y el aire que le entraba en los pulmones.

—Marcelle, tú...

No había terminado de pronunciar las palabras cuando una ráfaga de aire frío me golpeó por la espalda y una docena de afilados témpanos helados se clavaron en el cuerpo de Marcelle. Le perforaron simultáneamente el cuello, el pecho, los brazos, las piernas y el vientre. Estaba clavado en la pared como una mariposa en una tabla. Apenas había pronunciado un quejido inaudible cuando la sangre se le empezó a derramar por la boca y se le desplomó la cabeza hacia delante; el sonido murió en su garganta.

Estaba muerto.

En ese momento supe que Lucien Espino estaba detrás de mí, pero todavía no tenía el valor de darme la vuelta y mirarlo a la cara.

—Madelynn. —La voz de Lucien era un susurro lleno de dolor.

Las lágrimas amenazaron con nublarme la vista, así que parpadeé rápidamente para evitarlo, y respiré hondo.

Me quedé ahí de pie, helada por la conmoción, el dolor y la vergüenza. Sabía que Lucien acababa de matar a Marcelle para que yo no tuviera que hacerlo, y ahora era libre.

—Cariño —dijo Lucien.

Que todavía mostrara afecto hacia mí y no estuviera enfadado debería haberme hecho sonreír. Pero no creo que lo supiera, no debía de saber hasta qué punto...

Por fin me di la vuelta y me encontré de frente con el rey invernal. Estaba más guapo de lo que recordaba, pero se me fueron los ojos inmediatamente al enorme dragón blanco que había detrás de él.

Era el rey dragón.

¡Fae bendita! ¿Ha venido volando con el rey dragón? Claro, así ha esquivado a los ejércitos de las tres cortes. Volando.

Me sacudí el estupor y levanté la cabeza con el labio inferior temblando, y miré a Lucien a los ojos de acero.

—Lucien, Marcelle y yo nos casamos en un carruaje con un testigo, y luego... —Se me quebró la voz—. El matrimonio se consumó en contra de mi voluntad. Fue todo legal. Siento mucho informarte de que ya no soy pura.

La ira cubrió su cara y una ráfaga de aire frío me golpeó la piel haciendo que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas y se quedaran ahí congeladas. Se le formaron unas cuchillas de hielo en las palmas de las manos que golpearon el cuerpo de Marcelle detrás de mí. Me di la vuelta y vi que le había perforado la entrepierna con cuatro témpanos de hielo.

Como sospechaba, no sabía toda la historia.

Me volví a girar hacia Lucien y cerré los ojos porque no podía soportar verlo así, luego escuché que se acercaba a mí. Me agarró la barbilla y sentí sus labios sobre los míos. Ahogué un grito y abrí los ojos.

Se apartó de mí y me miró a los ojos.

—Madelynn Vendaval, todo de ti es puro. Tu sonrisa, tu corazón, tus buenas intenciones.

Me había quedado sin palabras.

—Pero el decreto declara que la reina debe ser pura...

—¿Crees que yo soy puro? —me preguntó honestamente, y yo me sonrojé. Los hombres nunca habían tenido la responsabilidad de serlo porque no había forma de comprobarlo—. Nunca te quise por tu pureza, Madelynn, y mañana mismo pienso cambiar ese decreto.

Eso sí consiguió hacerme sonreír.

—Pero estoy... casada. —Mi mente no era capaz de procesar lo que Lucien estaba diciendo, cómo se estaba comportando.

Lucien señaló el cuerpo sin vida de Marcelle que permanecía clavado a la pared con témpanos de hielo.

—Técnicamente eres viuda.

Se me escapó un sollozo.

—Lucien, ¿qué estás diciendo? ¿Todavía me deseas?

No podía permitirme tener esperanzas. Lucien me miró como si me hubiera vuelto loca.

—No acabo de convencer a mi viejo amigo para que me lleve volando por todo el reino mientras lo congelaba todo a mi paso solo para que pudiéramos ser amigos, Madelynn.

Solté una carcajada y fui corriendo hasta sus brazos, llenándole el cuello y la cara de besos. Él me envolvió en un abrazó. Era la primera vez que me sentía segura en días. Me aparté para mirarlo a los ojos.

—Eres un buen hombre, Lucien Espino.

—Shh. —Miró hacia atrás como para comprobar que no había nadie—. Tengo una reputación que mantener.

El pequeño resquicio de esperanza que había mantenido desde que Marcelle me arrastró de mi casa cobró vida.

—Te quiero. —Me pegué a él y volví a besarlo. Mis labios buscaban hambrientos los suyos, sin importarme que fuera indecente y que, técnicamente, debería ser una viuda de luto y estar todo un año soltera.

«Al cuerno las reglas».

A partir de ahora viviría para mí y para mi felicidad.

Lucien me devolvió el beso ansioso y luego se apartó para mirar al rey dragón.

—Deberíamos irnos. La reina de Nightfall ha empezado una guerra en la frontera y tiene todo un ejército de guerreros con poderes faes que nos ha robado.

Noté cómo se me abrían mucho los ojos.

—¿Y has venido a por mí? ¿Te has vuelto loco?

Él me sonrió engreído.

—Un poco.

Así que le había dado a su pueblo los poderes que había robado. No tenía sentido, odiaba la magia. O quizás simplemente odiaba no tenerla, y ahora que la tenía, quería ser la única.

—¿Qué va a pasar con la corte de Verano? ¿Y con Primavera y Otoño? —pregunté pensando en mis padres y mi hermana, y en Birdie y en toda la gente inocente que en ellas vivía.

Lucien me miró con una mezcla de rabia y dolor.

—Los de «Hazeville» tienen lo que se han buscado. Al cuerno con ellos, que se las apañen. —Se dio la vuelta para llevarnos con el rey dragón, pero le tiré del brazo.

Cuando me miró, se le suavizó ligeramente la mirada.

—Tesoro —dije con suavidad, y él se preparó como si supiera que estaba a punto de pedirle algo—, la gente estaba asustada y es posible que Marcelle los obligara o que falsificara algunos votos. No lo sabemos.

Lucien sacudió la cabeza.

—No falsificó nada. He tenido que venir volando porque, cuando intenté llegar a caballo, me lo impidieron. Los guardias de Otoño, Primavera y Verano, todos me atacaron.

Fruncí el ceño. Sabía que tenía razón, pero pensé en Birdie y en su padre, que estaban en contra de la separación. Entonces se me ocurrió algo.

—Si la reina de Nightfall ve que los faes vuelven a unirse y que Marcelle está muerto, puede que se retire, y eso te daría tiempo para ir a ver al rey Luna. —Axil Luna era el huraño rey lobo, al que yo no conocía y casi del que no había oído hablar, pero sabía que era fundamental para el plan de Lucien: unir a todas las razas en contra de Zaphira.

El rey invernal suspiró desalentado.

—Tiene los poderes de Verano y Otoño. Tanto que anoche se pudo defender cuando ataqué.

La conmoción que sentí se convirtió poco a poco en ira.

—¿Tiene el poder del viento?

—Mucho, de varios faes de Otoño, entiendo.

«¡Será ladrona!». ¿Cuántos de nuestros faes desaparecidos habían sido simplemente un experimento científico para ella? ¿Llevaba meses secuestrándolos? Sentí náuseas solo de pensarlo.

El viento se empezó a levantar detrás de mí, aunque intentaba calmar mi rabia.

—Marcelle está muerto, y eso me convierte en la reina de Hazeville. Me coronaron. Voy a reunir a mis hombres y nos encontraremos contigo en la corte de Invierno. Lucharemos a tu lado como uno solo y luego nos casaremos para solidificar la unión de los faes de nuevo en Thorngate.

Lucien tragó saliva. Sus ojos plateados brillaron bajo la luz de la luna.

—Lo único que he oído es que aún quieres casarte conmigo.

La risa brotó de mi pecho y me acerqué para pasarle los dedos por el pelo.

—Claro que quiero casarme contigo. Pero tenemos que priorizar a nuestros pueblos y hacer retroceder a la reina de Nightfall.

Lucien gruñó como si no estuviera de acuerdo en priorizar a los pueblos.

De reojo vi que se acercaba una tropa de la Guardia Solar.

Me abalancé hacia delante, le di un beso casto a Lucien y lo empujé hacia el rey dragón.

—Te veré en el campo de batalla.

Él frunció el ceño sin moverse.

—No. No pienso volver a dejarte.

Miré hacia atrás, hacia al cadáver de Marcelle.

—Puedo cuidarme sola. Te lo prometo.

Ya me había visto luchar con todos. Solo necesité ayuda con Marcelle porque no quería torturarlo. Me había ablandado, pero sí tenía intención de matarlo.

Lucien no se había ido y los guardias ya habían llegado hasta nosotros. Empezaron a sacar los arcos y las espadas, y a invocar al sol en las palmas de sus manos. Otros ciudadanos de la corte de Verano salían de sus casas para ver a qué se debía semejante revuelo. Al ver el cuerpo de Marcelle, ahogaron un grito y se cubrieron la boca conmocionados. Alternaban su mirada entre el cadáver de Marcelle y el rey invernal.

Lancé una ráfaga de viento a los guardias y las espadas y los arcos cayeron al suelo.

—¡Quietos! —grité—. Marcelle ha sido ejecutado según la ley por traición. Ahora yo soy vuestra reina y líder, y si tenéis algún problema con ello, lo mejor será que huyáis a Cinder Mountain —les advertí con severidad. No teníamos tiempo para un alzamiento.

El rey dragón resopló a mi izquierda y me estremecí.

—Perdona —murmuré. Cinder Mountain estaba en sus tierras, pero era bien sabido que ahí era donde iba todo aquel que tenía algún problema con los suyos.

Los guardias se miraron unos a otros, y luego volvieron a mirar el cuerpo de Marcelle ensartado en la pared.

—La reina de Nightfall está atacando la corte de Invierno en este instante —les comuniqué—. ¡Debemos unirnos contra ella o acabará con nosotros uno a uno!

Ni un guardia se movió. Simplemente miraban con un odio profundo a Lucien. Y él les devolvía la mirada.

—¡Arrodillaos ante vuestra reina! —gruñó Lucien mientras avanzaba hacia ellos—. ¡Si no, os congelaré y pondré fin a esta pantomima absurda!

Los guardias y las personas que nos rodeaban dudaron y dieron unos pasos para alejarse de él, pero se dejaron caer sobre sus rodillas cuando sintieron el golpetazo de un aire frío. Se postraron uno a uno.

«A ver, me habría gustado ganarme su lealtad, pero el miedo también me sirve».

—¡Marcelle me robó a mi prometida en contra de su voluntad! —aulló Lucien para que el grupo de gente, cada vez más grande, lo escuchara—. Intentó despojarme de mi futuro y dividió nuestras tierras haciéndonos

parecer débiles. Ahora la reina de Nightfall está atacando. Si por mí fuera, os dejaría que os defendierais solos.

«Había que trabajar sus habilidades para escribir discursos».

—Pero depende de mí, como vuestra reina regente... —Di un paso junto a Lucien con la intención de calmar su energía—. Como tal, decreto que, si viajáis conmigo a la corte de Invierno y luchamos como un único pueblo, me aseguraré de que estéis bien protegidos ante la guerra en la que seguramente entremos. Os protegeré como protegería a mi familia.

Todos se miraron nerviosos, pero ninguno dijo nada; estaban helados por el miedo. Nadie quería entrar en una guerra, y yo lo entendía; sin embargo, la guerra había venido a nosotros.

El gigantesco rey dragón batió las alas ansioso.

—Tenemos que irnos —me advirtió Lucien—. Ven conmigo. Si las demás cortes se unen a nosotros, perfecto; pero si no, yo opino que las dejemos vivir con las consecuencias de sus errores. Ya no tengo interés en protegerlos. Son unos desagradecidos por la comodidad y la tranquilidad que mi reinado trajo a nuestras tierras.

«Auch». Eso no lo susurró. Justo cuando estaba a punto de decidir qué hacer, apareció Birdie de la nada. Saltó desde detrás de mí y gritó.

—¡Cuidado! —La advertencia no había terminado de abandonar sus labios cuando se me clavó una flecha en el vientre. Un ardor insoportable como jamás había experimentado empezó a cobrar vida en mi estómago. Fue todo tan rápido que tardé demasiado tiempo en ser consciente de que me habían atravesado con una flecha. Se me abrió la boca y luego ocurrió todo a la vez.

Un grito agonizante retumbó desde el pecho de Lucien. Los témpanos salían disparados de las palmas de sus manos y perforaban al arquero que me había atacado desde el tejado. El cuerpo del arquero cayó al suelo como un saco de harina.

La gente y los guardias que nos rodeaban ahogaron gritos y empezaron a retirarse muertos de miedo mientras los susurros eran cada vez más audibles.

—¡Que no se mueva nadie o congelo a todo el mundo! —gritó Lucien, y obedecieron—. ¡Sois gente malvada y desagradecida! ¿Cómo os atrevéis

a intentar matarla? —El cielo rugió con un sonido atronador y se cubrió de nubes. Su voz sonaba al borde del pánico. La temperatura se desplomó y empezaron a caer montones de nieve del cielo.

Birdie corrió a mi lado y me cogió antes de que cayera al suelo. Era extraño. Sabía que podía morir y que estos podían ser mis últimos instantes con vida, pero lo único en lo que era capaz de pensar era en la línea de sucesión de la corte de Verano. Seguíamos siendo una nación dividida, y con Marcelle fuera del mapa y yo herida...

—Birdie, tienes que traer al príncipe Mateo de donde fuera que lo llevara Marcelle. Él estará al mando hasta que yo vuelva...

Las palabras sin pronunciar también se dijeron. «Él estará al mando si muero». Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas. Incluso al borde de la muerte, quería ser la reina perfecta. Mi madre estaría orgullosa.

Entonces apareció Lucien, me arrebató de los brazos de Birdie y me pegó contra su pecho. Gruñó mientras corría por el jardín hacia donde esperaba el rey dragón. Miré por encima de su hombro y vi a todos los soldados y a todos los pueblerinos arrodillados, inmóviles por miedo a que Lucien los congelara hasta matarlos. Lucien escaneó a la multitud con la mirada como si estuviera listo para convertirlos a todos en bloques de hielo en cualquier momento.

Me aferré a él mientras subía a la cesta que el rey dragón llevaba sobre su lomo.

—¿En serio vamos a volar? —murmuré mientras intentaba ignorar la humedad y el dolor en el vientre.

Lucien me presionó la herida con la mano. La flecha seguía dentro de mí y sobresalía entre sus dedos.

—Sí. En otras circunstancias es bastante divertido.

Y así, el rey dragón batió las alas y despegó del suelo. Se me escapó un chillido de sorpresa y luego tosí, estremeciéndome ante una nueva punzada de dolor. Nunca había sentido un dolor así. Era agudo y caliente, pero también profundo y palpitante.

—Shhh... —Lucien me meció contra su cuerpo, agarrándome con tanta fuerza que me dolía, pero era agradable al mismo tiempo.

Lo miré a los ojos y supe, por su gesto de terror, que mi herida era grave. Un frío punzante y repentino me perforó el estómago y ahogué un grito. Estaba a punto de desmayarme.

—Lo siento, he tenido que congelar la herida. Estás sangrando demasiado. —Parecía que me encontraba al borde de perder los estribos y me sentí mal por hacerle pasar por eso. Después de perder a su madre y tener que soportar a un padre horrible, yo quería ser algo bueno en su vida.

La oscuridad empezó a moverse por los bordes de mi visión y parpadeé rápido para ahuyentarla. No tenía ni idea de a dónde me llevaba, pero qué más daba.

—¿Lucien? —susurré.

—Dime, bombón —Inclinó la frente contra la mía.

Me incorporé un poco, le agarré la cara y lo miré directamente a los ojos. Necesitaba que supiera algo por si acaso yo iba a encontrarme con el Creador.

—Te habría elegido a ti. Aunque tuviera a mi disposición a cualquier hombre de mi reino, te elegiría a ti —le aseguré. Los matrimonios concertados no te dan demasiada seguridad con respecto a cuánto te desean. Necesitaba que supiera que él era mi elección, independientemente de lo que pensara mi padre, de nuestros linajes reales o de las reglas impuestas en el pasado.

Se le atascó un sollozo en la garganta, y, de pronto, sentí demasiado frío. No sabía si lo estaba provocando o es que mi alma, por fin, se estaba yendo con mis ancestros.

—¡No me dejes! —Lucien me sacudió los hombros y abrió los ojos de golpe. ¿Me había dormido? ¿Cuándo? Me estremecí y empecé a tiritar mientras la nieve caía del cielo en copos gruesos y los truenos rugían a nuestro alrededor.

—Lo siento, mi amor. Tengo que mantenerte fría o te desangrarás —me advirtió Lucien, y empezamos a descender.

—Ya no me duele —le dije tiritando—. No siento na... d... a.

En ese momento, el pánico se apoderó de su cara y la oscuridad que invadía los bordes de mi visión se hizo más grande, hasta que lo abarcó

todo. De pronto, me estaba ahogando en la oscuridad. Sentí como si mi cuerpo pesado se hubiera caído y por fin fuera libre.

14

Lucien

El cuerpo de Madelynn se volvió flácido en mis brazos y mi peor pesadilla se hizo realidad rápidamente. La agarré por el cuello y presioné con mis dedos fríos.

«Nada».

—¡No tiene pulso! —le grité a Drae con la esperanza de que mi viejo amigo pudiera hacer algo al respecto. Batió las alas con más fuerza atravesando el cielo de Invierno y descendió más rápido.

«Esto no está pasando».

Miré la cara de Madelynn y estudié cada peca y cada curva. Era como si el día que el Creador la hizo se hubiera propuesto crear una obra maestra. Su cara parecía tallada en porcelana y tenía la nariz repleta de pecas. La forma de su barbilla hacía que toda su cara pareciera un corazón, pero lo que más me gustaba era su pelo naranja y rojo, como si dentro se hubieran quedado atrapados trozos de fuego. Los colores cambiaban según el ángulo y si había o no luz del sol. Pasé el pulgar por sus suaves labios rosas y cualquier rastro de vida que hubiera acumulado en el corazón tras la muerte de mi madre murió en aquel momento. De pequeño era un gran amante de las cosas y las personas, pero, con cada una de las rabietas ebrias de mi padre, me despojaba del amor a golpes y este se convertía en odio y venganza. La única persona que me mantuvo con vida fue mi madre; murió y me quedé perdido. Cuando, siendo adolescente, la novia de la que estaba enamorado me engañó con mi mejor amigo, Raife, el corazón se me tornó negro y me cubrí de acero, impenetrable para todos.

Luego vi a Madelynn bailar con el viento junto a su hermana, con la luz del sol iluminando su pelo, como si se tratase de un fuego ardiente, y fue como si me dieran una patada en el pecho. Mi corazón volvió a la vida, salió de su jaula de acero y me avisó de que aún quería latir.

«Tiene que ser mía».

Entendía que Madelynn me odiara la primera vez que nos vimos. Sabía que los rumores sobre mí eran horribles, algunos incluso ciertos. Pero, cuando me defendió delante de Marcelle y de los faes de Verano, y luego de nuevo frente a mi padre, me enamoré de ella sin remedio.

«Era la dueña de mi corazón y de mi alma».

Haría lo que fuera por esta mujer y acababa de perderla.

«Siempre me abandonan».

Grité al cielo mientras la nieve helada soplaba a nuestro alrededor. Mis poderes eran peligrosos y, si no los controlaba, mataría a mucha gente; pero ahora mismo me daba igual. El duelo me consumía.

Drae descendió rápidamente, tanto que tuve que pegarme a Madelynn contra el pecho para evitar que saliera volando de la cesta.

«Le he fallado». Quizás debería haber intentado encontrar un curandero en Verano, pero ¿la habría ayudado? Acabábamos de matar a Marcelle y, además, allí no había elfos curanderos, ¿no? En ese momento me lo cuestionaba todo, cada una de las decisiones que había tomado y nos habían traído hasta allí.

De pronto, Raife Piedralucera, mi viejo amigo y el mayor incordio que existe, subió a la cesta que Drae transportaba sobre su lomo.

Era el mejor curandero de todo Avalier, pero no podía devolver a los muertos.

—Se ha ido —mi voz sonaba vacía, me sentía muerto por dentro. Mi corazón dio su último latido y luego volvió a esconderse tras el muro de hielo que juré no derretir jamás.

No volvería a amar a otra, siempre terminaba en decepción. Y nunca sería ella. Nadie podía reemplazar a Madelynn Vendaval.

Raife colocó la mano sobre la cara de Madelynn y se le abrió la boca.

—Todavía no se ha ido. Tiene un latido muy débil, pero está viva —me corrigió, y agarró mis dedos para apretarlos. Se estremeció—. Tienes los

dedos demasiado fríos como para sentirle el pulso. ¡Calma la tormenta para que pueda llevarla dentro! —me ordenó bruscamente.

«¿Viva?». Bajé los ojos para mirarla: labios morados, pecho inmóvil. ¿Estaba seguro?

No veía dónde habíamos aterrizado, la tormenta era demasiado violenta, estábamos rodeados de un inmenso mar blanco. Dejé a Raife la última vez en el castillo de Invierno, así que debíamos de estar cerca.

De pronto, Raife se agachó e intentó quitarme a Madelynn de los brazos, y eso consiguió que me pusiera en movimiento.

—Está demasiado fría. Calma la tormenta, hermano. Tengo que llevarla junto a una chimenea. —Raife me sacudió ligeramente por los hombros, como si intentara hacerme entrar en razón.

—He tenido que congelarla para que dejara de sangrar —le dije aturdido. No quería permitirme tener esperanzas de que pudiera sobrevivir. Estaba estupefacto, conmocionado, sospechaba, y no sabía cómo salir de ese estado.

—¡Lucien, la estás congelando! —gritó Raife y estalló una luz morada delante de mí. Su magia borró de golpe la conmoción que me mantenía inmóvil y se disipó. Fue como si las nubes tormentosas de mi cabeza hubieran desaparecido de pronto—. ¡Está viva! —repitió.

Esta vez me golpeó como una avalancha.

Solté los poderes de inmediato. Me levanté y me apreté a Madelynn contra el pecho para saltar fuera de la cesta. Se me hundieron los pies en la nieve, que me llegaba a las rodillas, pero no tenía tiempo para sentirme mal por golpear a mi pueblo con una tormenta de nieve.

«Está viva. Está viva. Está viva».

Cayeron al suelo los últimos copos de nieve.

Raife corrió a mi lado. Sus manos brillaban con luz morada y las sostenía sobre las heridas de Madelynn mientras yo me apresuraba por las puertas abiertas de mi palacio. Las botas cubiertas de nieve resbalaron sobre el suelo frío de piedra y me tambaleé al ir a dejarla frente a la chimenea en la sala de arte.

Estaba flácida, con el pelo cubierto de trozos de hielo y los labios morados. Temía que, en mi esfuerzo por mantener fría la herida para que no

se desangrara, la hubiera congelado hasta matarla.

Raife me colocó las manos en el hombro y apretó.

—Has hecho bien. No habría sobrevivido si no —me dijo.

Retrocedí un paso y él se arrodilló frente a la mujer con la que esperaba casarme algún día muy próximo. Raife y Drae fueron una vez mis mejores amigos, pero nos habíamos distanciado. Más que distanciarnos, Raife y yo discutimos porque se estaba acostando con la mujer de la que yo estaba enamorado en ese momento. Me enteré más tarde de que ella se había acostado con la mitad de mi Guardia Real, así que seguramente él me había evitado una gran angustia, pero esa no era la cuestión. Su traición me había hecho mucho daño, con la muerte de mi madre tan reciente, y pensaba que jamás podría volver a interesarme ni a confiar en él.

Entonces la dama de honor de Madelynn vino a verme a caballo y me contó lo que había hecho Marcelle. Cuando me dijo que se había llevado a mi prometida en contra de su voluntad para casarse con ella, casi congelo todo el reino solo por rencor hacia él. Y ahí fue cuando aparecieron Drae y Raife. En cuanto se enteraron de las noticias sobre mi futura mujer, me ayudaron a luchar para llegar hasta la frontera. Y, cuando eso no funcionó, Drae arriesgó su vida y me llevó volando hasta Verano. Ahora sabía que, pese a que el tiempo y las circunstancias nos habían separado, siempre podía contar con mis hermanos.

—¿Cómo está? —La voz de Drae llegó desde mi espalda y me asustó un poco.

Raife estaba encorvado sobre Madelynn, lanzándole arcos de luz morada y gruñendo. Le había sacado la flecha, que estaba partida en dos junto a ella.

—Drae, necesito que vayas a buscar a mi mujer. Vuela lo más rápido que puedas. Está en la frontera con nuestro ejército, haciendo un paripé de solidaridad hacia Zaphira. Dile que traiga su kit de medicina humana —le pidió a Drae, y se me hundió el estómago.

Había oído los rumores de que su nueva mujer tenía la capacidad de devolverle la vida a los muertos. ¿Acaso Raife pensaba que Madelynn iba a morir? Aunque esta habilidad conllevaba un gran riesgo para ella, y no me podía imaginar que estuviera dispuesto a arriesgar la vida de su esposa solo

para salvar a Madelynn, por muy buenos amigos que fuéramos. Y el kit de medicina humana, por Hades, ¿cómo iba a ayudarnos eso ahora? Raife era el mejor curandero con vida; ningún brebaje humano le llegaba a la suela del zapato.

Drae salió disparado de la habitación, transformándose en dragón antes incluso de llegar a la puerta.

—¡Dime algo! —Ni siquiera reconocía mi propia voz. Estaba hueca y vacía de emoción, pero al borde del pánico al mismo tiempo.

Cuando Raife levantó la mirada, no me gustó lo que vi en sus ojos.

—Puedo curar cualquier herida, reducir cualquier tumor, limpiar un cuerpo de casi cualquier veneno...

Yo no respiraba, no quería perderme ni una palabra de lo que estaba a punto de decirme. Quería que la verdad me golpeara tan fuerte que pudiera absorberla.

—... pero no puedo crear sangre una vez que ha abandonado el cuerpo. Le he cerrado la herida, pero el corazón... le está fallando. —Hizo una pausa y un llanto gutural me desgarró la garganta mientras la temperatura dentro de la casa se desplomaba.

«No. No. No». No podía perderla. No de esta forma.

Raife se mordió el labio.

—Si no le transferimos sangre pronto, morirá. Mi mujer sabe cómo sacar sangre de una persona para dársela a otra y salvarla. La he visto hacerlo en nuestra enfermería.

Eso me sonaba como a magia Necromere. Algo con lo que yo no quería tener nada que ver.

—¿Meterle sangre? ¿Estás loco?

Él suspiró.

—Yo también pensaba que era una locura hasta que vi a Kailani salvar una vida haciéndolo. Mi trabajo ya ha terminado, la herida está curada, pero necesita sangre.

¿Meter sangre de otra persona en su cuerpo? Era una idea que me aterraba. Pero no más que la opción de perderla.

Bajé la mirada a sus labios, ahora de color ceniza, y recordé el momento en el que los probé por primera vez. Quise besarla desde el instante en el

que la vi por primera vez, y no me decepcionó. Quería mil besos más con ella y no me conformaría con menos.

—Haz lo que haga falta —le dije. Me arrodillé en el suelo y me coloqué su cabeza sobre las piernas—. Dale la mía —le rogué—. Por favor. Toda la que necesite.

—¿Su madre está aquí? —preguntó Raife de pronto mientras buscaba a su alrededor.

¿Su madre? ¿Para despedirse de su hija? Me agaché y besé la frente a Madelynn.

—No. He mandado a su dama de honor a buscar a su madre y a su hermana antes de que mate a su padre por traición —gruñí.

Raife carraspeó como si no le gustara esa idea. Me daba igual. Se la vendió a otro hombre después de que se comprometiera conmigo. Pensaba castigarlo.

—Lo preguntaba porque es mejor que sea alguien con quien comparta sangre. ¿Hay algún miembro del servicio que sea de la corte de Otoño?

Se me transformó la cara y sentí un nudo en el estómago. Miré a mi amigo a los ojos.

—No contrato a personal de fuera de la corte de Invierno.

La confesión se posó sobre nosotros y no tuve el valor de preguntarle si Madelynn moriría si no conseguíamos transferirle sangre de la corte de Otoño.

Justo cuando me empecé a preguntar cuánto tardaría en enviar a uno de mis mensajeros a raptar a un fae de la corte de Otoño y traerlo hasta aquí, llegó Kailani.

La reina mitad humana, mitad elfa, entró corriendo y jadeando. Sujetaba una bolsa y una melena rubia con un mechón marrón le caía sobre los hombros.

—Ya estoy. Cuéntame —saludó mientras abría el bolso y sacaba unos tubos y una aguja.

—Estaba gravemente herida —comenzó Raife sin dejar de mirar en dirección a Madelynn—. Lucien congeló la herida y eso la salvó hasta que llegó a mí, pero ha perdido mucha sangre. He cerrado la herida abierta, pero le falla el corazón.

Kailani llevaba un precioso vestido de seda morado, pero no tuvo reparo a la hora de arrodillarse sobre el charco de sangre que había junto a Madelynn y colocarle dos dedos en un lado del cuello.

—¿Hay algún familiar cercano por aquí? —Todavía no me había mirado, pero no me importaba. Había entrado en modo curandera y prefería que se centrara en Madelynn. La última vez que la vi le tiré los trastos e intenté matar a Raife, así que entendería que todavía estuviera un poco enfadada conmigo.

—No —dijo Raife—. Y Lucien no tiene personal de la corte de Otoño.

Kailani clavó la aguja en el brazo de Madelynn y luego me miró a mí.

—No tengo ni idea de cómo reaccionarán sus poderes, pero, si quieres que sobreviva, dame tu brazo.

Sus palabras me impactaron. ¿Sus poderes podrían verse afectados? ¿Me importaba eso ahora mismo? «No». Pero a ella, igual sí. Aun así, si sobreviviera para gritarme por haber modificado sus poderes, me daría igual. Pagaría todo el oro que tengo en la caja fuerte para que volviera a gritarme.

Sin dudarlo, extendí el brazo y Raife le colocó la mano a su mujer en la espalda.

—¿Estás segura de que no afectará a los poderes de Lucien?

Ella se encogió de hombros.

—Un cuerpo normal tiene sangre más que de sobra. La recuperará mientras duerme. Puede que esté un poco débil durante un día o dos, pero ya está... creo.

«¿Débil?». Nunca en mi vida había estado débil. Odiaba incluso pensarlo. Pero Madelynn merecía la pena.

—Sálvala, por favor —rogué. Me habría humillado si hubiera sido necesario, pero Kailani no me lo pidió. Simplemente me pasó un algodón húmedo por el brazo y me clavó una aguja.

Me estremecí, no realmente por el dolor, sino al ver la sangre roja abandonar mi cuerpo y llenar el tubo que me había enganchado. Llegó hasta Madelynn, que se encontraba tumbada en el suelo, y le entró por el brazo.

—Esto es increíble. ¿Estás segura de que funcionará? —Nunca había visto nada igual, y había visto muchas curaciones cuando era pequeño.

Kailani asintió.

—En Nightfall no había curanderos cuando yo era pequeña. Los humanos tenían que usar otras cosas, como inventos y medicina para sobrevivir. Este es uno de ellos. Cuando una persona pierde demasiada sangre, otra puede donársela. —Parecía preocupada, como si ocultara algo.

—¿Y por qué estás tan preocupada? —le pregunté.

Ella se mordió el labio.

—Todavía no sabemos por qué, pero algunas personas reaccionan a las donaciones de sangre.

Me puse rígido.

—¿Qué tipo de reacción?

Ella cogió aire, temblorosa.

—No sé de nadie que haya muerto, pero..., en el caso de Madelynn, no sería nada bueno, dado que ya está muy débil.

Todas las esperanzas que tenía de que sobreviviera quedaron aplastadas en ese momento.

—Igual yo puedo ayudar si tiene alguna reacción —se ofreció Raife.

Kailani lo miró con una sonrisa tierna, pero no parecía muy convencida.

—¿Por eso me has preguntado por su madre o por alguien de la corte de Otoño? —dije.

Kailani hundió la barbilla de acuerdo.

—Un familiar cercano siempre es la mejor opción. Es menos probable que sufra una reacción con la sangre más cercana a ella.

El corazón me empezó a martillear en el pecho y no estaba seguro de si era porque estaba perdiendo sangre o porque estaba procesando sus palabras.

—¿Le has hecho esto alguna vez a un fae? —le pregunté.

Ella sacudió la cabeza.

—Solo a humanos y a elfos.

Fantástico.

—Entonces, ¿no tienes ni idea de lo que puede pasar cuando un fae de Invierno le dona sangre a un fae de Otoño?

Kailani tragó saliva con fuerza y la boca se le convirtió en una fina línea.

—No lo sé, pero sí sé que, sea como sea, le has dado más tiempo. Si tu sangre no le va bien, nos daremos cuenta bastante rápido y, para entonces, ya deberían haber llegado su madre y su hermana.

Me aferré a eso, a la promesa de que, aunque yo no pudiera salvarla, quizás le habría dado un poco más de tiempo para que su madre sí lo hiciese.

Pasaron unos minutos y me fijé en el pulso en su cuello. ¿Era cada vez más fuerte o me lo estaba imaginando? Kailani estaba murmurando algo en voz baja, contando. Di por hecho que calculando cuánta sangre más podía perder antes de necesitar yo mismo una donación.

Al cabo de lo que me pareció una eternidad, Kailani pellizcó el tubo y me sacó la aguja del brazo, luego hizo lo mismo con Madelynn. Tiró el tubo y las agujas al fuego y me miró.

—¿Cómo te encuentras?

«Muerto de miedo. Triste. Desesperado».

—Bien —murmuré.

Raife escaneó el pecho de Madelynn con la mano, luego el vientre, y sonrió.

—El latido es fuerte. Todavía no siento ninguna reacción.

«Todavía».

—¿Cuándo se despertará? —Le agarré la mano fría y me di cuenta de que la casa estaba helada. Se me daba muy mal controlar mis emociones y, al estar conectadas a mis poderes, se complicaban mucho las cosas.

—Solo necesita descansar —fue todo lo que dijo Raife.

—Vamos a meterla en una cama caliente. Le pondré ropa seca —se ofreció Kailani.

Tenía la ropa húmeda por la nieve y la sangre, así que asentí. Sabía que ella preferiría que la cambiara una dama de honor, pero necesitaba entrar en calor cuanto antes y descansar, así que accedí.

Después de llevarla a su habitación, en la planta de arriba, me senté en su cama, apoyé su cabeza en mi hombro y miré a la nada.

Kailani le quitó rápido la ropa y la tiró al suelo. Yo seguía con su cabeza sobre el pecho mientras la reina elfa le movía los brazos flácidos hasta que, por fin, me dijo que ya podía mirar.

Le había puesto un camisón blanco con aspecto seco y cálido. Apoyé su cabeza sobre la almohada y subí la gruesa manta de lana hasta su pecho. Luego acerqué una silla hasta el lado de la cama.

Agarré sus manos, apoyé la cabeza sobre la manta e intenté no perder la esperanza.

—¿Quieres que me quede de carabina hasta que llegue la dama de honor? —me preguntó Kailani desde la puerta abierta.

Los faes éramos muy formales en cuanto a la pureza y al matrimonio. Por eso iba a aprovechar la primera oportunidad que surgiera para volver y cortarle la hombría al cuerpo sin vida de Marcelle por haber forzado a algo así a mi futura esposa. Solo de pensarlo me daban ganas de congelar toda la corte de Verano. Observé la cara dormida de Madelynn y luego el suave movimiento de su pecho. Todavía no estábamos oficialmente casados y aún no había yacido con ella, pero ya la sentía como mi esposa.

Era mi eternidad.

—Creo que ya hemos superado eso —advertí—. Pero puedes enviar a mi doncella principal por si acaso. —No sabía lo que querría Madelynn. Su reputación era importante para ella y no quería ensuciarla más de lo que ya lo habían hecho.

Kailani asintió e hizo el amago de marcharse.

—¡Kailani! —grité a su espalda.

Se giró hacia mí desde el quicio de la puerta con una expresión delicada y no pude evitar sentir que mi amigo Raife había encontrado un tesoro. Acababa de volar a lomos de un dragón con la máxima urgencia para salvarle la vida a Madelynn a pesar de cómo los traté a ella y a su marido la última vez que los vi.

—Gracias —dije.

Ella sonrió e hizo una pequeña reverencia, algo muy elegante teniendo en cuenta que ella misma era una reina.

Un poco después apareció mi doncella. Recogió el vestido sucio del suelo y lo apartó de la vista, luego se sentó en una esquina y se puso a leer.

Pasaron las horas. Raife iba y venía para comprobar cómo estaba Madelynn y decirme que todo iba bien. El jefe de mi Guardia me trajo las noticias del frente. La reina de Nigthfall había estado tranquila desde que

detuve la tormenta. Los dos estuvimos de acuerdo en que probablemente estuviera utilizando ese tiempo para reagrupar a sus tropas y reforzar su defensa. Pero ahora mismo me daba igual.

El estrés de las últimas veinticuatro horas me estaba pasando factura. Recuperar a Madelynn había supuesto una guerra despiadada y sin descanso contra mi propia gente. Por no hablar del ataque de Zaphira a mi frontera. Estaba agotado. Así que me rendí ante la presión del sueño y puse la cara sobre la manta junto al vientre de Madelynn. Nunca me había preocupado la existencia del Creador. Después de perder a mi madre y de los abusos constantes de mi padre, no era capaz de creer en un creador que permitiera algo así. Pero mi último pensamiento antes de quedarme dormido fue una oración al Creador para que Madelynn sobreviviera y se convirtiera en mi esposa para siempre.

15

Madelynn

La consciencia tiró de mi mente y se me abrieron los ojos de golpe. Miré hacia el cielo algo confundida y luego lo recordé todo. Lucien mató a Marcelle y luego me dispararon. Volé sobre el rey dragón y pasé mucho frío... me desmayé.

«Lucien».

Luego noté que una mano pesada y ligeramente fría estaba entrelazada con la mía. Miré hacia abajo y vi la cara dormida del rey invernal. Sonreí ante la tranquilidad que transmitía, algo que muy pocas veces hacía. Eché un vistazo a la habitación y me fijé en una figura sentada en una silla en la esquina. Una de las doncellas de Lucien. Debía de ser una carabina. Me pareció muy tierno que intentara proteger mi reputación incluso después de todo lo que había pasado con Marcelle.

Me moví un poco para acomodarme y Lucien levantó la cabeza violentamente, con los ojos muy abiertos.

—Estás viva —susurró en un aliento.

Sonreí y acaricié las arrugas de preocupación que rodeaban sus ojos.

—Sí, gracias a ti.

Si no me hubiera congelado la herida, me habría desangrado en la corte de Verano.

Lucien no se movió, tan solo me miraba fijamente, como si no se creyera que ese momento fuera real.

Sin perder ni un segundo más, me acerqué a él y tiré de sus labios contra los míos. Ya me daban igual el decoro y la pureza. Quería sentir los

labios de Lucien sobre los míos tantas veces al día como fuera posible. Él gimió contra mi boca mientras nos saboreábamos hambrientos. El día de antes había estado bastante segura de que me iba a morir, así que no pensaba perder ni un segundo más de mi vida sin vivirla al máximo.

Él se separó de pronto, sacudió la cabeza y dijo afligido:

—Espera, Madelynn. No lo entiendes. Raife no pudo salvarte. No del todo. Su mujer tuvo que hacer un procedimiento especial.

—¿Procedimiento? —Incliné la cabeza a un lado y él apoyó la frente sobre la mía.

—Perdiste muchísima sangre... así que te dio de la mía.

Su confesión me espantó. «¿Sangre?».

—¿Me dio de la tuya?

Lucien carraspeó.

—Colocaron mi sangre dentro de ti.

¿Colocaron su sangre «dentro» de mí? Me estremecí al pensarlo. Parecía algún tipo de magia negra, con lo que estaba completamente en desacuerdo. Pero al menos no la había ingerido.

—Lucien, ¿cómo? ¿Necromancia? —Solo los malvados monstruos que vivían en Necromere hacían magia con sangre, o eso había oído. Eran muy reservados. En mi vida no había visto ni oído hablar de alguien de allí.

—Era un artilugio humano, no magia negra. Lo comprobé. —Intentó tranquilizarme, pero yo seguía muy asustada con esa idea.

¿La sangre de Lucien estaba dentro de mi cuerpo?

En ese momento me fijé en la ropa que tenía puesta. Cuando vi que me habían quitado el vestido, casi se me salen los ojos.

—Te cambió la reina Kailani. Yo no vi nada —me aseguró. Pero ¿acaso me importaba? Casi muero. Que Lucien me vea desnuda antes del matrimonio era la última de mis preocupaciones.

—¿Tú estás bien? —le pregunté mientras chequeaba si tenía alguna herida.

Me enseñó el brazo y el diminuto punto rojo de donde debieron sacar la sangre.

—Estoy bien, pero... sinceramente, no sé cómo afectará esto a tu magia ni a tu cuerpo. Lo siento, tenía que tomar una decisión y...

Le puse un dedo sobre los labios para acallar sus divagaciones.

—Renunciaría a toda mi magia si tuviera que hacerlo para vivir una larga vida contigo.

Puso una sonrisa que me provocó un vuelco en el estómago y me miró con adoración.

—Cásate conmigo. Ahora mismo.

Me reí. La luz de la mañana apenas entraba por las ventanas. Me acerqué y le toqué la cara.

—Me encantaría casarme contigo. ¿Mi familia está de camino? La nota de Piper decía que iba a sacarlos.

De repente le cambió la cara y durante un segundo apareció una máscara de ira, pero fue suficiente para que yo me diera cuenta. Entonces fui consciente de mi error.

Había dicho «familia», lo que incluía a mi padre. Un hombre que lo había traicionado.

Aunque en el fondo sabía que Lucien no podía permitir que una traición así quedara impune por miedo a parecer débil, yo quería a mi padre. Lo odiaba por lo que había hecho, pero lo quería por quien había sido durante toda mi vida.

—Me refería a mi madre y a mi hermana. En cuanto a mi padre... quítale el título si es lo que tienes que hacer, pero, por favor, no lo mates —le rogué agarrando su mano.

—Estoy en mi derecho de acabar con su vida —gruñó.

Y así era. Pero sabía que no lo haría. Tenía muy mal carácter, pero, cuando se parase a pensarlo, no sería capaz de hacer nada que me infligiera el más mínimo dolor, estaba segura.

—Mi madre puede liderar la corte de Otoño, y se pondrá de parte de Invierno. Él lo hizo todo a sus espaldas —le aseguré—. Ella y mi hermana son inocentes.

Sus ojos de acero gris atravesaron los míos.

—Que me ayude el Creador si te niego algo.

Sonreí aliviada porque mi padre fuera a seguir vivo. Después de su traición, no sería bienvenido aquí y, aunque eso me entristecía, tampoco

estaba preparada para verlo. Necesitaba tiempo y espacio para curar esa herida.

—Ven, vamos a desayunar y empezaremos a preparar la boda en cuanto lleguen tu madre y tu hermana —propuso Lucien—. La reina de Nightfall se ha retirado, de momento.

Eso eran buenas noticias. La doncella me ayudó a lavar el vestido y me encontré con Lucien en el comedor grande.

Nada más entrar, me acordé de su padre y del altercado que ocurrió en ese mismo lugar.

—Lucien, se me ha olvidado preguntarte por tu padre. ¿Vinieron a buscarlo los curanderos élficos?

Lucien miró al plato y la tristeza le inundó la cara.

—Sí. Pero en el último minuto, mi padre se decantó por la otra opción que le diste. Ahora mismo está disfrutando de una barra libre infinita de hidromiel y vino en una cabaña en la montaña.

Se me hundió el corazón al oír sus palabras. Después de todo, había preferido seguir enfermo. Me acerqué a Lucien y le pasé los dedos por el pelo oscuro.

—Lo siento —le dije.

Él me miró con una fuerza férrea.

—No lo sientas. Es la primera vez que estoy tranquilo en mi casa desde que mi madre murió. Nunca me atrevía a decirle que se fuera por miedo a la pelea que eso provocaría y al daño que pudiera originar mi poder.

Se me tensó el pecho con su declaración y le dejé que me atrajera hacia sus brazos. Era un momento agridulce. Me alegraba que su padre no estuviera y que ya no le hiciera daño ni lo acosara; pero era triste que no hubiera querido recibir ayuda.

—Quizás, cuando tengamos hijos, cambie de opinión y quiera... —La puerta del comedor se abrió de golpe y mis palabras quedaron interrumpidas.

Era mi madre con Piper. Las dos con caras pálidas y el pelo cubierto de nieve. A mi madre le sangraba un pequeño corte que tenía en la mejilla y Piper estaba cubierta de fango y hojas.

Escaneé el espacio que había entre ellas y sentí un peso en el estómago.

—¿Y Libby?

Mi madre se balanceó sobre los pies.

—Los hombres de la reina de Nightfall intentaron llevársela. Pero me enfrenté a ellos. Está bien.

Corrí hacia ella justo a tiempo para cogerla cuando se desmayó.

Lucien se levantó a toda prisa de la mesa y vino ayudarme a tumbar a mi madre en el suelo mientras Piper se ponía de rodillas delante de nosotros y se llevaba un brazo al pecho. Estaba herida.

—¿Qué ha pasado, Piper? —ladré. Parecía estar conmocionada.

—Tu padre y tu madre se han enfrentado a ellos, pero... tenían poderes faes. Viento, nieve, fuego, árboles arrancados. —Hizo una pausa y yo me tensé.

—¿Dónde está, Piper? —Apoyé con cuidado la cabeza de mi madre en el suelo y me levanté, preparada para cabalgar hasta donde estuvieran y recuperar a mi hermana.

—Está aquí. En tu habitación con una enfermera. Está muy asustada, pero está bien —me tranquilizó Piper, y me miró directamente a los ojos. Vi el trauma escondido detrás de su mirada. Mi amiga nunca más volvería a ser la misma después de lo que había visto—. Maddie, tenían alas metálicas. Intentaron sacar de allí a Libby volando. Tu madre... —Miró al cuerpo lánguido de mi madre—. Nunca la había visto así. Tenía mucho poder. Arrancó todos los árboles que encontró a su paso, pero... agotó todos sus poderes para salvar a Libby.

—No —sollocé.

Mi pobre madre. Gastar los poderes faes podía ser algo permanente. Había usado tanta magia que se había quedado sin ella.

—¿Estás segura? —pregunté.

De pronto la habitación quedó sumida en un frío intenso. Miré a Lucien. Los ojos le brillaban como si fueran prácticamente de plata.

—Ha empezado la guerra. Esto es intolerable.

Corrí hacia él y mi madre empezó a gimotear y a despertarse. Piper se agachó para ayudarla mientras yo le ponía una mano en el pecho a Lucien.

—Por favor. Por favor, dime que nos vengaremos por esto. Ha llegado demasiado lejos —gruñí.

Se veía el conflicto en sus ojos y se me tensó el estómago.

—Claro que nos vengaremos, Madelynn. Pero no podemos apresurarnos ahora mismo. Tenemos que reunir un ejército.

Temía que dijera eso.

La emoción me cerró la garganta, aunque intentaba mantener la calma. Quería recoger todo el aire de la habitación y lanzarlo contra un árbol, pero tenía que tranquilizarme.

—Si esperamos demasiado, puede que Zaphira se lleve a alguien más importante. —¿Cómo se atrevía a intentar secuestrar a mi hermana? ¿Pensaba drenarle sus poderes? Solo con pensarlo me hervía la sangre.

—Podría sumir todas sus tierras en una helada mortífera, pero podría matar a la gente inocente que vive allí —me dijo. Ahí estaba el verdadero problema. Sabíamos por los desertores que habían huido del reino de Nightfall que allí había inocentes que odiaban a Zaphira, y no se merecían morir por los actos de su reina desquiciada.

Llamaron a la puerta, miré y vi a una mujer preciosa con el pelo blanco y un mechón marrón. Llevaba un vestido regio y estaba junto a un elfo muy elegante. Supe de inmediato que eran el rey y la reina élficos.

—Nos hemos enterado del intento de secuestro. ¿Cómo podemos ayudar? —dijo la reina.

Casi lloro de alivio.

—Zaphira es cada vez más audaz. Tenemos que darle un duro golpe para que sepa que esto ha sido inaceptable —le dijo Lucien al rey elfo.

Raife Piedralucera asintió y su pelo color luz de luna se agitó sobre sus hombros.

—Llevo años esperando esta guerra, ya lo sabes.

Estaba muy agradecida de que estos dos hombres fueran a trabajar juntos para asegurarse de que nada de esto volvía a pasar. La idea de que secuestraran a mi madre o a mi hermana me aterraba tanto que sentía náuseas.

—Odio preguntar esto... —miré al rey elfo—, pero mi dama de honor está herida. —Señalé a Piper, que se sujetaba el brazo contra el pecho mientras mi madre reposaba sobre su regazo.

Sin decir nada, se arrodilló junto a ella y pasó su mano con una luz morada sobre el brazo de mi amiga. La cara, antes arrugada por el dolor, se le relajó. A continuación hizo lo mismo con mi madre.

—Solo necesita descansar. Está agotada. —Me miró desde donde estaba mi madre, que recobraba y volvía a perder la consciencia.

—Gracias —le dije—. Y gracias por ayudar a curarme. —Miré a la reina elfa—. A los dos.

Ella me sonrió y el rey elfo hizo un gesto despreocupado, como si no hubiera sido nada. Supongo que salvaba vidas a diario y esto no había sido gran cosa. Pero para mí sí.

—¿Puedes enviar más curanderos al campo de batalla cuando ataquemos? —le preguntó Lucien al rey elfo. Había entrado por completo en modo de guerra, cosa que agradecí. El hecho de que la reina de Nightfall hubiera ido a por mi hermana me enfadaba muchísimo, pero también me daba miedo. Había pensado, por error, que todavía tendríamos unos meses hasta entrar en conflicto, pero, como había dicho Lucien, ya había empezado. No íbamos a permitir que Zaphira quedara impune por intentar secuestrar a un miembro de la realeza. Teníamos que acabar con ella antes de que pudiera hacer algo aún peor.

—Desde luego. Los prepararé de inmediato —declaró el rey elfo. Los élficos eran conocidos por sus capacidades curativas. Incluso el más débil de todos tenía cierto poder de curación, y eran todos expertos arqueros. Contar con ellos en nuestras filas no tenía precio.

—Tenemos a los soldados de Invierno —aseguró Lucien—. Todos y cada uno de ellos harán lo que les ordene.

Miré a mi madre. Parecía haber recobrado la compostura y se puso de pie con la ayuda de Piper.

—La corte de Otoño ya se está preparando y viene hacia aquí —me informó—. Tu padre ha renunciado esta mañana y me ha dejado a cargo.

Había cierta vergüenza en su voz. Sabía que debía de estar muy decepcionada por cómo había gestionado mi padre las cosas. Tenían un matrimonio fuerte, y esperaba que sobreviviera a ese golpe. Lucien todavía no le había despojado de su título, pero lo haría en cuanto tuviera un poco de tiempo. Mi padre se iba a quedar devastado, llevaba décadas sirviendo a

su pueblo, pero cometió un gran error al venderme a Marcelle y retirarse del acuerdo con Lucien. Si le perdonaba la vida, ya éramos muy afortunados.

—Si la reina de Nightfall tiene poderes de las cortes de Verano y Primavera, también los necesitaremos a ellos —declaré.

Lucien gruñó.

—Decidieron abandonar Thorngate. ¡Ellos sabrán! Zaphira irá a por ellos en algún momento y les negaré mi ayuda.

Volví la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¡Ahora yo soy su reina, Lucien! Harán lo que yo les diga, o que el Creador tenga piedad de ellos.

Lucien pareció impresionado por mi arrebato. Quizás fuera el tono de mi voz, pero creo que le había quedado claro que no iba a volver sin un ejército.

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

Alguien carraspeó desde el pasillo y todos nos giramos en esa dirección. Los dragontinos no pasaban desapercibidos, eran robustos como caballos; y este no era diferente. El hombre que estaba delante de mí, que di por hecho que era el rey dragón, porque nunca lo había visto en forma humana, era un caballero enorme, tan alto como Lucien, y tan ancho como dos Luciens. Era todo músculo y tenía el pelo negro trenzado en una coleta en la nuca, parecido a como lo llevaba Lucien.

Entró en el comedor y mi madre y todos los demás le abrieron paso y le hicieron una reverencia.

—Me alegro de que estéis mejor, mi lady. Soy Drae Valdren, el rey dragón.

—Madelynn Vendaval —respondí inclinándome ligeramente.

—Admito haber estado escuchando a escondidas, pero tengo un plan para responder al intento de secuestro de vuestra hermana —declaró—. Nos dará ventaja en la guerra y nos dará tiempo suficiente para traer a Axil Luna hasta aquí.

Me daba igual que hubiera estado escuchando, solo quería que nos contara su plan. El rey Drae Valdren era una fuerza junto a la que luchar. Una vez voló hasta el territorio de Nightfall para matar al hijo de la reina

Zaphira como venganza por haber matado a uno de los suyos. Si él tenía algo que decir, yo pensaba escucharlo.

Drae le dio una palmada a Lucien en la espalda.

—El rey invernal construirá un muro de seis metros de nieve y hielo en la frontera. Esto nos dará tiempo para que Raife traiga a sus curanderos.

Lucien asintió.

—Puedo hacerlo sin problema.

Luego Drae me miró a mí.

—Eso también nos dará tiempo a vos y a mí. Os llevaré volando hasta vuestra corte para que convenzáis a vuestro pueblo de que se una a nosotros en la guerra.

Levanté la cabeza. Era un plan genial.

—¡Pues vámonos ya!

Drae se rio ante mi entusiasmo.

—He mandado a buscar a mi esposa. Para cuando ella llegue, vos y yo ya deberíamos estar de vuelta y los refuerzos de camino. Mientras el ejército fae ataca la frontera, las fuerzas de Zaphira se retirarán.

Lucien sonrió.

—Y tú volarás sobre ellos y escupirás fuego.

Drae asintió.

—Arwen también puede volar. Podemos reducir considerablemente su número.

—Pero ahora la gente de Nightfall tiene poderes mágicos —advertí—. ¿Y si os matan a los dos?

Drae se frotó la barbilla.

—Tenéis razón. —Entonces miró a Lucien—. Si morimos, congélalo todo y vénganos.

«¡Hasta luego! ¡Qué macabro!».

Lucien se rio.

—Sabes perfectamente que sería capaz.

Kailani carraspeó.

—Como último recurso, ¿no? Porque hay gente buena en Nightfall, gente que odia a Zaphira y lo único que quiere es salir de allí. Tienen toque de queda y los obliga a alistarse en el ejército desde muy jóvenes.

Dejamos que esa información se asentara. Era muy fácil querer eliminar a un pueblo entero por culpa de los actos de su líder, pero no era lo correcto.

—Como último recurso, sí. Hasta entonces, reuniré al resto de nuestros pueblos y le demostraremos a la reina Zaphira que ha cabreado a los faes equivocados —gruñí.

Lucien carraspeó.

—No te ofendas, cariño, pero no estamos seguros de que tus poderes sigan funcionando. No quiero que vayas sola sin saber si puedes protegerte.

Me había olvidado por completo de la sangre. La simple idea de la sangre de Lucien recorriendo mi cuerpo me mareó un poco. Pero no había tiempo para preocuparse por eso.

—Pues vamos a ver si mis poderes están intactos, ¿no? —les dije a todos.

Mi madre se había quedado en silencio prácticamente durante toda la conversación, pero ahora tenía el ceño fruncido.

—¿Qué les ha pasado a tus poderes?

Algunos de nosotros nos reímos y llevé a todo el mundo fuera mientras le explicaba a mi madre de camino lo que había pasado con la donación de sangre. Salimos al jardín trasero. Había una fina capa de nieve cubriéndolo todo y hacía frío. Los árboles no tenían hojas y era el lugar perfecto para practicar.

Lucien, el rey dragón, el rey elfo, mi madre y Piper me miraban.

—Sin presión —me reí nerviosa.

—Yo me contento con que estés viva. Si sigues siendo o no poderosa me da igual —confesó Lucien.

Era muy tierno, la verdad, pero me quedaría devastada. Si había algo que siempre me había dado mucha seguridad en mí misma era mi magia ventisca.

Dejé caer los brazos y separé bien los dedos. Todo el mundo detrás de mí dio un paso atrás y yo invoqué al viento. Silbó entre las ramas heladas de los árboles, rompiendo los témpanos y tirándolos al suelo. Era un calentamiento y de momento iba bien. Abrí los ojos, levanté la mano derecha y permití que una fracción de la rabia que sentía por la reina Zaphira saliera de mí y envalentonara mi poder. Un muro de viento se

levantó desde el desfiladero y golpeó contra un árbol, partiéndolo por la mitad. Se escucharon gritos ahogados detrás de mí, pero seguí concentrada en mi poder.

Sentía algo nuevo, algo salvaje, frío y despiadado. Tiré de ello y permití que la magia saliera de mí. Me sobresalté cuando apareció en mi mano un fragmento de hielo que se clavó en el tronco de un árbol.

Solté los poderes y me di la vuelta para mirar a Lucien con los ojos muy abiertos. El corazón me latía contra el pecho como un pájaro en una jaula y temía que se hubiera enfadado.

—Ahora tienes parte de mis poderes. —Parecía asombrado.

—¡Ha sido increíble! —añadió Kailani.

El rey elfo se rascó la nuca.

—Bueno, pues ya sabemos que la donación de sangre ha funcionado. Ha funcionado mucho mejor de lo esperado.

Eso me hizo sonreír.

—¿Crees que es permanente? —pregunté.

El rey elfo miró a su mujer, que se encogió de hombros.

—No hay forma de saberlo. Todo esto es nuevo para nosotros. Pero tomaré nota en mi diario médico y te dejaré una copia por si tuvieras que volver a usarlo —apuntó.

Le sonreí con gratitud, pero me preocupaba lo que pudiera estar pensando Lucien, y todo el mundo pareció darse cuenta, porque fueron entrando al palacio uno a uno.

—¿Estás enfadado? —le pregunté mientras me acercaba para que pudiera atraerme hacia sus brazos.

Y eso hizo, me envolvió fuerte con ellos.

—Jamás. Estoy sorprendido y feliz. Cuanto más poderosa seas, más protegida estarás —aseguró.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿por qué parece que estás triste? —le pregunté. A lo mejor no se daba cuenta de cuánto se le notaban las emociones, pero, por el gesto de sus ojos, sabía que algo le molestaba.

Sacudió la cabeza.

—Nada. Es egoísta.

Lo miré a la vez que estiraba el cuello.

—¡Dímelo!

Me dio un beso en los labios y me agarró la mano.

—Te lo enseñaré.

Cruzamos el jardín cubierto de nieve y llegamos a una enorme catedral que nunca había visto. Era de piedra y tenía dos plantas, con unos arcos de madera oscura y estructura ornamentada. Cuando nos acercamos, ahogué un grito al ver la preciosa cristalera que representaba las fases de la luna junto con más elementos.

—No sabía que había una catedral en la corte de Invierno. —Normalmente, las catedrales se asociaban a aquellos que veneraban al Creador. En la corte de Otoño teníamos muchas, pero se rumoreaba que en la corte de Invierno no se creía en un poder superior ni en un destino predeterminado.

—La mandó construir mi madre. Le pidió a mi padre un lugar en el que rezar al Creador —me explicó mientras pasaba la mano por la puerta de madera grabada. Sonreí al pensar en su madre pidiéndole a su padre no creyente que le construyera una catedral.

Cuando abrió la puerta, entré y la sorpresa me dejó sin aliento.

Había cientos de flores blancas recién colgadas del techo, rodeando el pasillo y por todo el altar. Nadie sabía qué aspecto tenía el Creador, pero todos sabíamos que veníamos de él y que volveríamos a él, así que nos lo imaginábamos como el sol brillante que colgaba desde el cielo. «Donador de vida». En la pared del fondo había un enorme sol naranja y amarillo de cristal que les daba a las flores blancas un tono amarillento.

—Estoy triste porque quería casarme contigo aquí. Hoy. No quería esperar más, no quería luchar contra Zaphira ya. Quiero vivir mi vida en paz como tu marido.

Me di la vuelta para deshacerme de las lágrimas al saber que las flores estaban frescas porque le había pedido a su personal que prepararan la catedral para casarse conmigo.

Sorbí la nariz.

—¿Cuándo lo has mandado hacer?

Yo también quería ser egoísta. Quería casarme y no tener que entrar en territorio peligroso con el riesgo de que me mataran.

—Ayer, antes de ir con Drae a buscarte. Le dije a mi personal que volvería con mi futura esposa y que nos casaríamos de una vez. Luego Zaphira atacó, tú terminaste malherida... En fin, ya te sabes la historia. —Tenía una expresión abatida.

—Lo siento. —Acaricié su mandíbula—. Te prometo que cuando consiga que Primavera y Verano envíen sus tropas a la guerra, nos casaremos. Me voy ya para volver cuanto antes. Si voy volando con Drae, puedo estar de vuelta en pocas horas.

Él suspiró molesto.

—La última vez que dijiste eso, otro hombre te secuestró y te encontré medio muerta.

Lo atraje hacia mí y, al darle un beso en los labios, sentí un deseo en mi interior. ¿Se hacía una idea de cuánto lo deseaba? Nunca había deseado tanto nada en mi vida.

Me aparté y le sostuve la mirada.

—Me casaré contigo, Lucien Espino. Lo juro por el Creador en esta casa sagrada.

Lucien sonrió.

—Ahora tendrás que hacerlo o te caerá un rayo.

Me reí porque no esperaba que dijera eso.

—Exacto. Así que no temas.

Lucien me pasó los dedos por el pelo y acercó mi cara a sus labios para darme un beso en la frente.

La puerta de la catedral se abrió y un guardia entró apresurado. En ese momento me di cuenta de que había estado sola con Lucien sin carabina por primera vez y que me daba igual.

El guardia tenía el emblema de mensajero y casi no podía respirar, parecía haber venido demasiado rápido. Antes de que le diera tiempo a decir nada, tembló el suelo y apareció una grieta en una de las preciosas vidrieras de la catedral.

—¿Qué ha sido eso? —aulló.

Entonces habló el mensajero.

—La reina Zaphira está en la frontera con un ejército de mil hombres. Os necesitamos.

¡Mil! ¿¡Ya!? Se había movilizado muy rápido.

—Va a atacar Invierno porque se ha enterado de la separación —exclamé.

Lucien respiró hondo para intentar calmarse.

—Pues ve a reunir a tu ejército. Si alguno vuelve a hacerte daño de cualquier forma, congelaré Primavera y Verano y acabaré con la vida de todos los que estén allí. Me da igual cuántos inocentes mueran.

Sus palabras me provocaron un escalofrío por la espalda, sobre todo, porque sabía que lo haría. Había algo oscuro dentro del hombre al que amaba, algo que tenía que mantener siempre bajo control.

16

Había una probabilidad muy real de que muriera intentando traer a los soldados de Verano y Primavera hasta aquí. Ya habían intentado asesinarme una vez. Eso nos arrebataría a Lucien y a mí el futuro que tan desesperadamente queríamos juntos. Por eso estaba de pie en el patio, mirando al hombre al que amaba, sin saber qué decir.

Lucien se inclinó hacia mi cuello y me dio un beso, luego movió los labios hasta mi oreja.

—Me has devuelto a la vida, Madelynn —susurró contra mí, y me dolió todo el cuerpo.

«Me has devuelto a la vida».

Sus palabras resonaron en mi cabeza y me tranquilizó saber que, al menos, si moría, había conseguido sanar su corazón. Que la mujer que llegara después de mí lo amara más que yo, porque era lo que se merecía.

Di dos pasos hacia el dragón negro que me esperaba y luego me lo pensé mejor.

Si esta podía ser la última vez que veía a Lucien Espino, iba a hacer que mereciera la pena.

Me di la vuelta y corrí hacia él. El deseo en su mirada era el mismo que el que me recorría el cuerpo. Salté a sus brazos, que me rodearon, apretándome con fuerza contra su tronco mientras nuestros labios se encontraban con una necesidad hambrienta. No estábamos casados. No teníamos carabina. Nuestras lenguas bailaban juntas delante de todo el mundo y no me importó lo más mínimo. Necesitaba saborearlo antes de irme.

Cuando colocó la mano detrás de mi cabeza y tiró con cuidado, gemí en su boca abierta y él se tragó el sonido.

Por fin nos separamos, los dos jadeando, y ansiaba más. De puntillas, acerqué los labios a su oreja.

—Mi corazón te pertenece, Lucien Espino. Ahora y siempre. —Y así, me separé de él y me di la vuelta sin mirarle a la cara. No quería llorar. No quería enfrentarme a todo esto estando demasiado sensible. Tenía que ser fuerte.

Salté en la cesta con Piper, que se sentó a mi lado, y el rey dragón despegó hacia el cielo. Intenté centrarme en la tarea de la que tenía que encargarme, y no en la guerra ni en lo que estaría haciendo Lucien ahora mismo. Sabía que era más que capaz de protegerlos a él y a su pueblo. Era el fae más poderoso de todos nosotros. Pero la reina de Nightfall nos había estado robando magia durante meses. No solo tenía mil guerreros en nuestra frontera, sino que los había... mejorado con nuestros poderes.

Me tocaba hacer mi parte. No podíamos pedirle a Archmere y a Embergate que lucharan con nosotros si nosotros mismos estábamos separados. Tenía que volver a unir a Thorngate. Iba a suponer un gran esfuerzo de grupo tenerlo todo preparado a tiempo para responder a Nightfall y conseguir que se retiraran de la frontera de Invierno.

Agarré la mano de Piper. Estaba muy callada y sabía que seguramente estuviera conmocionada. Le dije que no hacía falta que viniera, pero insistió. Apenas había tenido tiempo de ver cómo estaban mi madre y Libby antes de salir del palacio de la corte de Invierno. Las dos estaban dormidas y había un curandero élfico con ellas. Pero Piper, mi amiga leal hasta el final, me estaba esperando con Drae.

—¡Todavía no he podido agradecerte la nota! ¡Me dio esperanza y un motivo para seguir adelante! —grité por encima del viento.

Piper me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Siento no haber detenido el carruaje. Debería haberle tirado una piedra o...

La interrumpí.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Se le quebró la voz.

—Cuando Marcelle te secuestró, yo lo vi todo y no supe qué hacer. No soy tan poderosa como tú. Sabía que no podía enfrentarme a él, así que fui a

buscar ayuda, pero ahora me pregunto si a lo mejor, si hubiera intentado...

La atraje hacia mis brazos y empezó a llorar, temblando contra mi pecho, mientras liberaba todo el dolor acumulado. ¿Por eso había estado tan callada? ¿Se sentía culpable por no haber podido salvarme?

—Piper, te habrían matado. Hiciste lo correcto. Lo mejor. Avisaste a Lucien para que me salvara. —Le acaricié la espalda mientras lloraba. Me sentía fatal por no haberme dado cuenta de que había estado cargando con tanta culpa.

—¿Te... —murmuró contra mi abrigo— te hizo daño? —Levantó la cabeza y me miró a los ojos. Sabía a qué se refería: ¿había yacido conmigo? Piper se tomaba muy en serio la vigilancia de mi pureza y sabía que esto la destrozaría. Pero tenía que saberlo.

—El matrimonio fue legal —le confesé intentando evitar palabras que resultaran demasiado gráficas—. Pero Lucien aún me desea, así que no pasa nada.

Sí pasaba. Una pequeña parte de mí murió aquel día y no volvería jamás. Esa parte de inocencia infantil y despreocupada que pensaba que el mundo era un lugar seguro y que siempre estaría protegida había muerto. Pero Piper no tenía por qué saber eso.

Miró hacia un lado.

—Lo... lo siento mucho.

La agarré por los hombros y la obligué a que me mirara.

—No es culpa tuya. No podías haber hecho nada para cambiar mi destino.

Ella frunció el ceño.

—Odio tener una magia tan débil. ¡Quiero aprender a manejar una espada! —dijo de pronto.

Yo sonreí.

—Yo pensé lo mismo cuando me bloquearon los poderes. Aprendamos juntas.

Ella asintió y se acurrucó a mi lado.

El resto del trayecto fue tranquilo y no tardamos nada en ver aparecer las torres del palacio de Primavera.

—¡Aterriza ahí! —le grité por encima del viento al rey dragón. Había estado manejando el viento para que tuviera una velocidad de vuelo óptima, pero todavía estaba asimilando mi habilidad de invocar al hielo y a la nieve. Me preguntaba si sería permanente o solo duraría unos días. Kailani había dicho que era básicamente experimental, así que tampoco estaba segura. O mi sangre lo absorbía y lo desecharía, o se adheriría y mantendría esa magia para siempre.

Sea como fuere, molaba. La sentía mucho más volátil que mi magia de otoño. El invierno era volátil por naturaleza, por lo que tenía sentido. Sentía un poco más de compasión por Lucien ahora y por cómo había reinado todos estos años con sus poderes.

La gente empezó a salir de sus casas para mirar hacia arriba y señalar al dragón que cruzaba los cielos.

—¡Ahí está Sheera! —anunció Piper, y me miró—. ¿Tienes algún plan?

Suspiré al ver a mi amiga salir al jardín de su casa y mirarme. No quería hacerlo por las malas. Quería estar calmada y cariñosa, pero Sheera y sus padres organizaron un alzamiento contra mi futuro marido a mis espaldas. ¿Sabían también que Marcelle pensaba secuestrarme?

«No». No me podía imaginar que lo supieran y no me advirtieran.

Aun así, la amabilidad no me había llevado demasiado lejos en la vida. Había llegado el momento de asumir por completo el título de reina de Hazeville.

En el jardín estaban la madre, el padre y el personal de servicio de Sheera, además de media docena de cortesanos y un puñado de guardias. El rey dragón aterrizó delante de ellos y salté de la cesta que portaba sobre su lomo. Caí sobre mis gastadas botas de cuero.

—¿Madelynn? —Sheera se llevó una mano al pecho estupefacta por lo que estaba viendo. Era evidente que nunca había visto un dragón; tampoco yo hasta el día anterior.

—Dirigíos a mí como Su Alteza. ¿O no os habéis enterado? Me casé con Marcelle y ahora soy vuestra reina. —Levanté la barbilla con toda la prepotencia real que me salió.

El ambiente cambió de pronto.

—Por supuesto, Su Alteza. Nos llegó la noticia.

Me sentía mal por obligar a mi vieja amiga a hablarme con un tono tan formal, pero no podía cometer ningún error. Las chácharas amistosas podrían hacer que se aprovecharan de mí, y cada minuto contaba.

Lancé una mirada a sus padres, los verdaderos culpables de todo esto.

—Me habéis convertido en vuestra reina y ahora tendréis que vivir bajo mis reglas —gruñí—. Zaphira ha intentado secuestrar a mi hermana... —Todos ahogaron un grito, incluso algunos de los cortesanos—, y el rey invernal la está conteniendo en la frontera mientras yo busco refuerzos. Así que reunid a vuestro ejército y dirigíos a la Corte de Invierno; si no, os mataré por traición y desacato.

El duque Barrett tenía la boca completamente abierta como un pez en busca de aire. Luego se rio.

—Querida, puede que en teoría seas reina, pero yo solo recibo órdenes del rey Marcelle.

No lo sabía. No les había llegado la noticia. Invoqué el viento a su alrededor y lo levanté del suelo.

Sheera y su madre chillaron y se apartaron sin dejar de mirarme con los ojos muy abiertos.

—¡Marcelle está muerto! ¡Y vos también lo estaréis si no dejáis muy claro sobre quién recae vuestra lealtad! —grité—. ¡La reina de Nightfall viene a por todos nosotros! Nunca se tomó en serio el tratado que Marcelle hizo con ella. Ha invadido igualmente las tierras de la corte de Otoño y ha intentado secuestrar a Libby. ¡Solo quería dividir a nuestro pueblo! ¡Os uniréis a nosotros en la batalla u os desgarraré vivo con el viento! —Las hojas y la tierra giraron en un pequeño remolino a sus pies mientras lo sostenía en el aire. Sabía que tenía mucho poder sobre la tierra y la lluvia, y probablemente pudiera tragarme entera, pero no antes de que le arrebatara todo el aire de los pulmones.

Él también pareció considerarlo.

La madre de Sheera saltó delante de su marido.

—¡Estamos con vos! Madelynn, ¡mírame! —me ordenó. Conocía a esta familia desde que era una niña. La forma en la que pronunció mi nombre me recordó a cuando era pequeña.

La miré y encontré compasión en sus ojos.

—Fue un error dividir el reino. Pensar que la reina de Nightfall no nos atacaría. Solo intentábamos proteger a nuestros seres queridos. Pero nos equivocamos, y estamos con vos. ¿Verdad, Barrett? —Levantó la mirada hacia su marido.

Él suspiró. El remolino a su alrededor hacía que se le pusiera todo el pelo por la cara.

—Estamos con vos —admitió con resignación.

Solté el viento que lo sostenía en el aire y cayó de pie.

—Los dragontinos y los elfos también están con nosotros. Esto es lo correcto. Debemos unirnos contra Zaphira —aseguré.

Entonces todos los allí presentes miraron al enorme dragón que estaba detrás de mí, y a Piper, que estaba a su lado. Como si lo hubiéramos acordado, él soltó una respiración de humo y dio un pisotón.

—Y, por cierto, el rey invernal es un buen hombre al que quiero y con el que me casaré —añadí. Con eso parecían no estar tan de acuerdo, pero me daba igual—. Tomad a vuestro ejército y dirigíos a Invierno. Yo llevaré la retaguardia con la corte de Verano.

Sheera me miró ojiplática.

—¿Habéis matado a Marcelle y creéis que la corte de Verano os seguirá?

Técnicamente, sí, había matado a Marcelle, pero no iba a entrar en eso ahora mismo.

—Más les vale —fue todo lo que dije antes de acercarme a Drae y subirme en la cesta con Piper.

Barrett empezó a ladrar órdenes a sus hombres para que se prepararan para la guerra, luego el rey dragón despegó.

Una corte menos, y una corte más. No había tiempo que perder.

—De mayor quiero ser tú —dijo Piper, y se acurrucó a mi lado. Yo me reí, increíblemente agradecida de poder contar con ella en estos tiempos tan inciertos.

Nos acomodamos en la silla y compartimos un poco de carne seca y fruta. Yo apenas tenía apetito, pero debía acumular fuerza para la batalla que me esperaba. El rey Valdren era un volador muy rápido y hábil. Podía

estar de vuelta en la corte de Invierno y lista para ayudar con el combate en pocas horas.

Solo le recé al Creador para que la corte de Verano fuera fácil de convencer, porque, les gustara o no, íbamos a ir a la guerra.

Cuando llegamos a Verano, me alivió ver a una multitud reunida frente al palacio. La gente iba entrando a la sala de reuniones por un lateral de la fachada principal. El rey Valdren aterrizó en el mismo jardín donde besé por primera vez a Lucien, pero esta vez, cuando bajé, empezó a transformarse en su forma humana. Me di la vuelta para darle privacidad, porque sabía que estaría desnudo. Me tomé el hecho de que cambiara a su forma humana como una señal de que en esta ocasión quería acompañarme, así que esperé paciente. Entró en la casa de invitados y salió vestido con ropa que le quedaba un poco corta por los brazos y las piernas.

—Tengo un mal presentimiento con esto, y le prometí a Lucien que te protegería —afirmó. Se acercó a la silla de montar, sacó una bolsa y se colgó la espada.

Era muy caballeroso que pensara que podía protegerme, así que no dije nada de que podía sacarle todo el aire de los pulmones.

—Gracias —dije, y caminamos juntos con Piper hacia la sala de reuniones donde los murmullos y los gritos podían escucharse desde aquí.

Miré al rey Valdren y él asintió. Parecía que la evaluación de la situación que había hecho era correcta. Su líder estaba muerto. La última vez que me vieron, me habían clavado una flecha y ahora iba a aparecer para obligarlos a ir a la guerra.

«Creador, dame fuerzas».

Había tanta gente que entramos por la pared del fondo sin que nadie nos viera.

—¡Deberíamos ir a la corte de Invierno y quemar vivo al rey! —gritó alguien.

Sentí un escalofrío por los brazos al escuchar semejante traición. Miré hacia el escenario y vi a un hombre solitario, un crío de no más de dieciséis

inviernos. Estaba muy recto, escuchando a su pueblo mientras gritaban lo que pensaban que debían hacer.

«El príncipe Mateo».

Marcelle estaba muy celoso de su hermano pequeño. Se rumoreaba que era tan poderoso que podía prenderle fuego a un hombre solo con la mente, así que se lo llevó lejos para «reeducarlo».

Me alegraba ver que Birdie había conseguido sacarlo de donde quiera que estuviese.

—¡Silencio! —gritó Mateo a su pueblo. Pero levantaron aún más la voz. Advertí el pánico en sus ojos. Puede que tuviera sangre real, puede que fuera muy poderoso, pero no era un líder innato, y tampoco lo habían formado para serlo.

—¿Permiso para lanzarte al escenario? —me susurró el rey Valdren al oído.

«Perfecto».

—Concedido —le otorgué.

De pronto, las manos gigantes del rey dragón me agarraron por las caderas y me levantó del suelo, llevándome a través de las hileras de gente y soltándome sobre el escenario.

Me levanté, alisándome la falda, y todo el mundo se quedó en silencio.

El rey Valdren saltó después al escenario como si de una pequeña piedra se tratara, y se quedó de pie junto a mí. Piper nos miraba en silencio desde la primera fila.

—¡Doblegaos ante vuestra reina! —gritó él, con un poco de humo saliéndole por la nariz.

Todas y cada una de las cabezas se agacharon y yo tragué saliva, mirando a aquellas cabezas doblegadas por el miedo. No era la forma en la que quería reinar, pero no respondían a acciones razonables, algo que quedó en evidencia cuando Lucien pidió disculpas. Miré hacia atrás a Mateo, que parecía aliviado y un poco asustado de verme.

—¿Sois vos quien dio la orden de liberarme? —me preguntó.

Asentí.

Se le juntaron las cejas.

—¿Y también quien mató a mi hermano?

Había un poco de rabia en su tono, y eso me indicaba que, pese a todo lo que había pasado con su hermano, seguía queriéndolo. Y yo lo respetaba.

La familia era la familia.

—Así es. —Pensé que era mejor aceptar la culpa de matar a Marcelle porque Lucien ya tenía la reputación lo bastante manchada con la gente de Verano.

—¡Matadla! —gritó alguien desde el público.

—¡Reina falsa! —vociferó otro.

El miedo se aferró a mi pecho ante la idea de que igual tenía que luchar para salir de allí. No me daba miedo que me hicieran daño, pero no quería herir a nadie más en mi huida hacia la libertad. Estas personas eran inocentes y estaban confundidas.

—¡Tocadme y absorberé todo el aire de vuestros pulmones! —grité al público. No podía parecer débil ahora. No había marcha atrás.

—¡Podría herviros la sangre solo con tocaros! —aseguró Mateo detrás de mí, a lo que el público respondió con vítores.

«Ay, fae». Esto no iba bien.

El sonido de una espada desenfundada dejó a la muchedumbre en silencio y todos miramos al rey dragón.

—No si te corto la cabeza antes —le amenazó el rey Valdren al príncipe Mateo a la vez que lo señalaba con la espada.

Mateo se rio, como si todo esto le resultara divertido, y me pregunté si todos sus años encerrado le habían atrofiado la capacidad de tener conversaciones diplomáticas. Mateo estiró la mano hacia mí.

—Estoy en deuda con vos, reina Madelynn. No me gusta que mi hermano tuviera que morir por mi libertad, pero agradezco ser libre.

Estaba un poco desquiciado, a lo mejor solo estaba haciendo una pantomima. Suspiré aliviada y le di un apretón de manos. El rey Valdren seguía cerca de mí, con la espada preparada.

La muchedumbre abucheó y me giré hacia ellos.

—¿Hay alguna pareja prometida? ¡Que digan algo quienes estén prometidos! —les grité.

Todos parecían confusos, se preguntaban a qué estaba jugando, y una chica se acercó al escenario de la mano de un chico joven.

—Nosotros estamos prometidos. ¿Qué pasa?

Asentí y señalé al hombre.

—Ahora él es mío. Vuestra dote queda cancelada y nos casaremos hoy mismo —les dije.

Todos los allí presentes ahogaron un grito y la chica me miró con el ceño fruncido.

—¡Eso es lo que Marcelle me hizo a mí! Canceló el acuerdo que mi padre hizo con el rey Espino. Amenazó con matar a mi madre y a mi hermana si no me casaba con él y me convertía en vuestra reina.

Más gritos ahogados, y entonces supe que estaba consiguiendo lo que quería.

—¿Os sorprende que Lucien provocara otra helada en vuestras tierras para recuperarme? ¿De verdad os sorprende que matara al hombre que me robó la inocencia y me obligó a casarme con él cuando yo ya estaba prometida?

La multitud estaba en completo silencio, pero continué.

—Escuchad, sé que tenéis una historia con el rey Espino y que lo odiáis por la Gran Helada de años atrás. Pero ha pedido disculpas; confesó públicamente que no pudo controlar sus poderes, así que ha llegado el momento de pasar página. La gente comete errores —les dije—. Marcelle era malo y un líder horrible. Cuanto antes os deis cuenta de eso, antes podremos avanzar en la crisis en la que nos encontramos actualmente.

Empezaron a escucharse murmullos entre el público, y sentí a Mateo y al rey Valdren acercarse a mí.

—¿Qué crisis? —gritó alguien.

Ahora sí. Aquel momento decidiría si esta gente viviría o moriría, si ganábamos o no la guerra.

—Ha comenzado la guerra con la reina de Nightfall. Intentó secuestrar a mi hermana pequeña y ha llevado a un ejército de mil hombres a la frontera de Invierno, con intención de llegar hasta aquí. —Aspavientos y chillidos desgarraron el espacio, pero continué—. La corte de Invierno es lo único que está evitando que se haga con todo Thorngate. ¡Necesitamos que os unáis a las cortes de Otoño y Primavera para luchar con nosotros!

La sala estalló en gritos de miedo y disconformidad.

El rey Valdren dio un paso adelante y su voz llenó todo el lugar.

—¡Tres días! —gritó, y todo el mundo se quedó en silencio—. Según mi estimación y mi experiencia, solo tenéis tres días antes de que la reina Zaphira y su ejército mejorado lleguen hasta aquí y os maten con vuestros propios poderes.

Gritos ahogados, conmoción y llantos. Me rompía el corazón ver a unas personas tan ingenuas tomar conciencia de la realidad. Pero era lo que tenían que hacer, o morirían.

Miré a Mateo. Lo veían como una extensión de Marcelle. Tenían que escucharlo de su boca.

Parecía asustado. Su cara infantil reflejaba la poca experiencia que tenía en estos asuntos, pero asintió.

—¡No os obligaré a luchar! —les dijo Mateo, y me estremecí.

«Yo sí lo habría hecho».

—Iré al campo de batalla en representación de la corte de Verano, y si preferís quedaros atrás como cobardes y permitir que vuestros hijos mueran a manos de los hombres de la reina de Nightfall cuando estos invadan nuestro precioso hogar de aquí a tres días, no ofreceré ninguna condolencia —gritó.

Sentí escalofríos por los brazos y el público estalló en gritos de aprobación.

Entonces Mateo me miró.

—Me gustaría volver a unirnos con Thorngate y cancelar la separación que inició mi hermano.

Un alivio inmenso recorrió mis extremidades.

—¡Los ancianos estamos de acuerdo! ¡Los faes lucharán como un único pueblo! —gritó un anciano entre el público.

Levanté la barbilla en señal de beneplácito.

—Prepararé el papeleo en cuanto pueda, pero, hasta entonces, reuníos conmigo en la corte de Invierno con vuestros soldados más fuertes.

Mateo me hizo un saludo militar.

—¡Preparaos para la guerra! —ordenó y todo el mundo se puso en movimiento.

El rey Valdren se llevó a Mateo al fondo del escenario para tener más privacidad, y yo fui con ellos. Ver al enorme rey dragón junto al chico era casi cómico.

—¿Alguna vez habéis liderado una batalla? —le preguntó el rey dragón.

El chico tenía cara de ponerse a vomitar en cualquier momento.

—No, señor.

Valdren asintió.

—Escuchad las sugerencias de vuestro guardia más experimentado y llevad el mando. Lo mejor que podéis hacer es tener decisión. La indecisión suele costar vidas.

Mateo asintió, pero parecía aterrado.

—Cuando lleguéis a la corte de Invierno, el rey Espino ordenará sobre vuestros hombres. No deberíais tener problemas antes —le anuncié.

Seguía estando muy nervioso, pero parecía que lo había entendido todo.

«Listo». Lo había conseguido. Había unido a todos los faes por una causa. Miré al rey dragón.

—Es la hora de vengar a mi hermana —gruñí. Quería golpear al ejército de la reina de Nightfall con una tormenta de viento tan fuerte que salieran volando por todo el reino.

Drae bajó la barbilla y le deseamos suerte a Mateo antes de recoger a Piper y marcharnos.

Pensar en el peligro que había corrido mi hermana o en lo cerca que había estado de que una de las máquinas de la reina de Nightfall le arrebatara sus poderes me tenía hirviendo de rabia. Entonces sentí una oscuridad en mis poderes. Una que no había experimentado antes. Tenía la sensación de que, si no conseguía mantenerla a raya, sería capaz de consumir a todo el reino. Esto debía de ser a lo que se enfrentaba Lucien cada vez que se enfadaba o su padre le insultaba.

Que el Creador tuviera piedad de cualquiera que intentara llevarse a mi hermana y quedar impune. La reina de Nightfall lo pagaría.

17

Drae nos llevó volando más allá del palacio de Invierno, hasta Ice Mountain, donde Vincent estaba matándose a beber. Aterrizamos en un campo abierto y, en cuanto tocamos tierra, noté que algo no iba bien. Todo el mundo gritaba órdenes y corría y gritaba. Miré al campo de batalla con la esperanza de ver el muro de hielo y nieve que Lucien había levantado para eludir a la reina de Nightfall y a sus hombres, pero solo vi sangre y muerte.

Me fijé en un puñado de tiendas donde había mujeres avivando una hoguera e hirviendo agua y las señalé.

—¡Ve para allá y ponte a salvo! —le dije a Piper.

Ella me dio un abrazo y saltó de la cesta. Luego salté yo. Me dieron ganas de acariciar las escamas del dragón como acariciaría la cabeza de un perro en agradecimiento por la ayuda, pero supuse que era inapropiado. No había tiempo para dar las gracias, porque un hombre pasó a mi lado corriendo y gritando a pleno pulmón. Le faltaba un brazo y sangraba a borbotones mientras iba a toda velocidad hacia la tienda de socorro. ¿Cómo era posible que estuviéramos perdiendo? ¿Por qué no hacía mucho frío? ¿Ni nevaba?

Sentí una piedra en el estómago. ¿Lucien estaba herido?

Me quedé allí conmocionada, intentando procesar lo que estaba ocurriendo, cuando de pronto la reina Kailani apareció delante de mí. Tenía una daga, hollín en los dedos y olía, curiosamente, a... brillo de luna.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Me miró con una expresión desalentadora.

—Los poderes de Lucien apenas funcionan. La transferencia de sangre lo ha debilitado considerablemente. No lo sabíamos antes de que te marcharas.

Todo a mi alrededor se torció y me sentí mareada. Lucien me había salvado la vida y, a cambio, ¿yo le había quitado sus poderes? Jamás me lo perdonaría. De repente el pánico me arrolló al pensar en nuestra gente siendo masacrada mientras Lucien no podía protegerlos.

Un grupo de soldados de Nightfall avanzó hacia nosotras y Kailani se agachó para sacar algo de una bolsa que tenía a los pies. Era una botella de brillo de luna, prendió la tira de tela que colgaba de ella. La botella cobró vida con una llamarada y se la lanzó a los hombres. Cuando se estrelló contra el suelo a los pies de los soldados, explotó, y estos salieron disparados. Se retiraron, algunos de ellos ardiendo, y Kailani preparó otra bomba de brillo de luna.

Fae bendita. Esto era la guerra.

Miré hacia el caos en busca de Lucien y lo encontré. Estaba en el campo de batalla con sus hombres, lanzando pequeños estallidos de hielo y nieve contra un grupo de guerreros de Nightfall.

No pensé, solo corrí. La culpa me corroía al pensar en cómo se debía sentir. Cuando Marcelle me esposó y no podía usar mis poderes, me sentía muerta por dentro. Me imaginé que él debía de estar pasando por lo mismo. Que te despojaran de tu poder justo antes de una guerra... era una sentencia de muerte.

Como si hubiera percibido mi presencia, se dio la vuelta y, cuando me vio, tiró la espada y yo corrí a sus brazos. Un sollozo le rasgó el pecho y me agarró la cara con las dos manos.

—Estás viva —susurró.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas mientras la guerra rugía a nuestro alrededor. Ni siquiera sabía qué decir.

Estaba a punto de empezar a formar una especie de disculpa por robarle sus poderes cuando alguien me agarró por detrás. Me giré, preparada para pelear, y me vi cara a cara con una preciosa reina de pelo blanco con el emblema de Embergate en la coraza. Estaba cubierta de sangre y tenía en las manos una enorme espada de caza.

Sabía quién era... Arwen Valdren, la esposa del rey dragón.

—¿Eres tú la que tiene la magia del rey invernal? —me preguntó mientras no dejaba de mirarnos alternativamente a Lucien y a mí.

Tragué saliva y asentí.

—¡Gracias al Creador, por fin has llegado! —exclamó, y no dudó en empujarme hacia donde estaba su marido, aún en forma de dragón. Lucien abandonó el frente y nos siguió.

Yo estaba totalmente perdida, dejé que me empujara porque no podía dejar de pensar que iban a morir todos y que Lucien jamás me lo perdonaría.

«Le he robado sus poderes».

Cuando alcanzamos al rey dragón, Arwen me miró profundamente a los ojos.

—Yo mataría por mi hermana pequeña. ¿Y tú?

Tragué saliva, serenada por la pregunta. Asentí y ella miró la silla que se disponía sobre el lomo de su marido.

—Esos bastardos intentaron secuestrar a tu hermana y llevan todo el día asesinando a nuestros hombres. Tenlo siempre presente y hazles sufrir.

Estaba tan impactada por lo que me había dicho que simplemente dejé que me empujara dentro de la cesta. Lucien saltó a mi lado y Drae despegó con un movimiento violento.

—¿Qué está pasando? —le pregunté sin dejar de mirar hacia abajo y ver a Arwen cada vez más pequeña—. ¿Por qué estamos volando otra vez? —No quería irme, quería ayudar. Era la primera vez que veía a la reina dragona, pero parecía que llevaba todo el día luchando junto a los nuestros y la respetaba muchísimo por ello.

Lucien parecía derrotado y agotado. Estaba cubierto de nieve y sangre. Esperaba que no la suya.

—Tienes que levantar el muro de hielo. Necesitamos tiempo para reagruparnos —se apresuró a decir—. ¿Has conseguido que vengan las demás cortes?

Yo seguía conmocionada por el giro de los acontecimientos, pero asentí.

—Sí.

Lucien me agarró de las manos.

—Madelynn, mírame.

Volví la cabeza y lo miré a los ojos.

—Tienes que salvar a nuestro pueblo. Necesito que invoques al poder de invierno que ahora posees y que construyas un muro de hielo tan alto como un edificio.

Sentía cómo se me arremolinaba el pánico en el pecho.

—Lucien, no sé hacerlo. Solo he hecho un carámbano...

Me soltó las manos y me agarró la cara.

—Puedes hacerlo. Te ayudaré. Tenemos que intentarlo. Nos están masacrando.

La culpa me destrozó al mirar sus ojos grises. Si su pueblo moría porque yo le había robado los poderes, jamás me lo perdonaría.

—Vale, veré qué puedo hacer. —Agité las manos y él me soltó la cara. Miré por un lado del rey dragón. Había una hilera de cuerpos a lo largo de toda la frontera entre Nightfall y Thorngate. La nieve se agitaba por todas partes mientras sus hombres luchaban, pero estallidos de fuego derretían su duro trabajo. Los hombres de la reina tenían poderes de la corte de Verano, entre otros, y vi un pequeño túnel de viento derribar a un hombre.

Lucien se inclinó hacia mí y acercó su boca a mi oreja.

—Lo que tiene el invierno es que es despiadado, brutal y le importa muy poco la vida.

Vale, un inicio un poco tétrico, pero iba a intentar inspirarme con eso.

—La única emoción que controla la magia de invierno... es la ira —continuó.

Lo miré, sorprendida de escuchar una confesión así, y él asintió.

En ese momento entendí por qué era tan poderoso. Cada vez que su padre lo cabreaba o abusaba de él verbalmente, Lucien almacenaba combustible para sus poderes. También se correspondía con lo que yo había sentido hasta ahora con la magia invernal que poseía. Era volátil, como la ira.

Sentí su aliento cálido por el cuello.

—Piensa en la cosa que más te haya enfurecido en tu vida y canaliza el poder invernal a través de ella. —Señaló a la línea de cadáveres entre los dos reinos, algunas rocas esparcidas y la nieve derretida—. Y luego apunta ahí —añadió.

El rey dragón estaba sobrevolando el lugar en el que yo debía concentrar todos mis poderes. Respiré hondo, con miedo de indagar en el recuerdo que más me enfurecía. Pensé en mi padre vendiéndome a Marcelle después de haberme prometido con Lucien, pero en el fondo quería a mi padre, por lo que no había bastante ira ahí. Luego pasé a Marcelle obligándome a casarme con él en el carruaje, y eso avivó el fuego dentro de mí, pero no lo suficiente.

Fue el recuerdo de Marcelle arrebatándome la pureza lo que prendió la bomba. No me había permitido procesar de verdad todo el trauma y lo que ese abuso había supuesto para mí. Había estado viviendo en modo de supervivencia desde el momento en el que Marcelle me raptó en el despacho de mi padre.

Permití que todo lo que me había hecho adoptara un papel protagonista en mi mente y la ira explotó en mi pecho. Un grito me desgarró la garganta y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas al recordar la violencia con la que Marcelle me había arrebatado lo que yo reservaba para Lucien.

Saqué las manos de la cesta y lancé un torrente de viento, hielo y nieve al campo de batalla.

Lucien me colocó la mano sobre el muslo y apretó, como si supiera perfectamente lo que se sentía al contener toda esta ira.

La temperatura a nuestro alrededor se desplomó y empecé a tiritar, pero continué. Forcé mis poderes y los detoné con la ira, creando una tormenta de proporciones épicas. Sin prisa, pero sin pausa, empezó a surgir un muro de hielo del suelo. Lo veía perfectamente, como una barrera de cristal cada vez más grande, y lo sentía en la punta de los dedos. Era difícil de explicar. Las tropas tuvieron que dispersarse y volver a sus respectivos bandos a medida que el muro crecía y crecía. Al mismo tiempo, la nieve y el viento soplaron contra el ejército de Nightfall, obligando a sus tropas a retirarse a la seguridad de su reino.

—¡Eso es, sigue alimentando el poder! —me animó Lucien.

Entonces pensé en su padre. Un hombre al que apenas conocía, pero me enfurecía que se hubiera negado a recibir la ayuda que necesitaba para su enfermedad. Que hubiera elegido el alcohol antes que a su hijo.

Con un gruñido de frustración, lancé toda la magia que pude y Lucien ahogó un grito cuando el muro de hielo de pronto aumentó trece metros.

Drae voló hacia atrás para evitar que lo golpeara, y por fin solté toda esa rabia que había estado conteniendo.

—Lo has conseguido —dijo Lucien con un suspiro.

Nos llegaron vítores desde el campo de batalla y el rey dragón comenzó a descender. Lucien me agarró la mano y la acarició formando círculos.

Yo sonreí, mirando el gigantesco muro de hielo, y luego otra vez a Lucien. Pero no estaba preparada para su mirada desconsolada.

—¿Qué pasa? —pregunté por encima del ruido del viento.

—Ahora que no tengo poderes, a mi pueblo no le sirvo de nada. —Sus palabras llenaron todo el espacio y dijeron todo lo que no había dicho.

Sin preocuparme lo más mínimo por el decoro, le agarré la cara y presioné mis labios contra los suyos. Deseaba que supiera cuánto significaba para mí, cuánto me había enamorado de él en tan poco tiempo, que todo lo que él percibía como defectos era lo que más me gustaba de él.

Me aparté y lo miré a los ojos.

—Lucien Espino, nunca serás inútil para mí.

Había fuego en sus ojos, un fuego pasional, uno que solo podía extinguir con más besos.

Cuando aterrizamos, un mensajero se acercó a nosotros.

—¡El ejército de Nightfall se retira! —gritó, y todo el mundo vitoreó con los puños al aire.

—Volverá mañana con más hombres y más ira —me dijo Lucien.

—Pues aprovechemos al máximo esta noche. —Le di un beso en el cuello y sentí su pulso acelerado en los labios—. Cásate conmigo antes de que la guerra sea demasiado grande.

—Sí, bombón. —Se inclinó hacia delante y me besó en la nariz.

En cuestión de horas ya estábamos listos para la boda. Yo no tenía un vestido blanco, no había suficiente comida presuntuosa, no teníamos banda y ni en la catedral ni en el salón de baile cabían todos los faes, elfos y dragontinos allí presentes, pero era perfecto. Primavera, Verano y Otoño

acababan de llegar, dispuestos a luchar por el rey Espino y por mí. Los elfos y los dragontinos se habían enterado de la batalla que se había preparado junto al muro de hielo y también habían acudido, y por eso teníamos más de seis mil soldados en nuestra boda.

Hacía tiempo que habíamos descartado la idea del salón de baile. El jardín también estaba descartado por el tamaño. La preciosa catedral que había mandado construir la madre de Lucien tampoco sería suficiente. Así que optamos por la plaza del pueblo. Estaba llena hasta los topes de soldados y familias. Se montaron tiendas para ahumar carne y preparar judías con arroz para todo el mundo. No era la boda que había imaginado de niña, pero, de algún modo, era mucho más de lo que había imaginado. Después de todo el dolor que causó la separación, nuestra gente, por fin, estaba unida.

El cura me entregó una vela y la llama titiló al acercarla a Lucien para prender la suya. Juntos nos dispusimos a prender una vela más grande y, cuando esta se encendió, apagamos las nuestras.

—Hoy dos vidas se convierten en una —anunció el cura a los presentes. Lucien y yo estábamos en un escenario improvisado en el centro de la plaza —. Dos líderes con un amor compartido por nuestro pueblo. —Me miró a mí.

Todas las bodas faes se sellaban con el mismo poema. Fue escrito hace tanto tiempo que nadie sabe quién fue el autor, pero nos describía a todos tan bien que se recitaba en todas las bodas como declaración de intenciones. Yo lo memoricé a los cinco años.

—Mientras la nieve se derrita en agua y el viento haga bailar a una llama ardiente, mi amor por ti será verdadero y nunca mermará —le dije a Lucien.

Lucien me sostuvo la mirada sin dudar.

—Mientras la nieve se derrita en agua y el viento haga bailar a una llama ardiente, mi amor por ti será verdadero y nunca mermará —repitió.

El público estalló en aplausos, y Lucien miró al cura, que asintió. Lucien estaba a treinta centímetros de mí y, de pronto, chocó su cuerpo contra el mío y nuestros labios se encontraron. La gente se volvió loca.

Sonreí contra su boca y su lengua jugueteó con mis labios. Los abrí y le acaricié la lengua con la mía.

Era un beso muy poco decoroso, seguramente a mi madre le estuviera dando un fallo cardiaco. Pero me daba igual. Hasta que el cura no carraspeó, no nos separamos, con una sonrisa de oreja a oreja.

Se hizo un gran silencio y Lucien dejó caer nuestras manos con un gesto más relajado.

—¡En vistas de la guerra, a Madelynn y a mí nos gustaría darle a nuestro pueblo un futuro por el que tener ilusión! —anunció y todo el mundo vitoreó.

Lucien me miró y supe que estaba luchando contra un tema serio.

—Nunca me disculpé públicamente por la Gran Helada que afectó a tantas vidas hace unos años, y me gustaría hacerlo ahora. Aquella noche, mi padre bebió demasiado y fue... desagradable conmigo. —La gente se llevó las manos a la boca, pero Lucien continuó—. Perdí el control de mis poderes. El duelo y la rabia por la muerte de mi madre, junto con los abusos de mi padre, me sobrepasaron aquella noche y estallé.

El público ahogó un grito y le apreté la mano a Lucien para apoyarlo. Nunca me había sentido más orgullosa de él que en ese momento, como hombre, como marido, como rey. Mostrarse vulnerable y responsabilizarse de sus actos no era nada fácil, pero lo había hecho, y la gente lo querría por ello.

—Pensaba que hablar de este tipo de cosas se percibiría como una debilidad, pero ya no me importa. Quiero que sepáis todos que cometí un error y lo siento con todo mi corazón. —Agachó la cabeza avergonzado. Yo miré a la multitud allí reunida. No había nadie que no estuviera llorando. Incluso los dragontinos y los elfos tenían los ojos húmedos.

La gente empezó a acudir al escenario, y, durante un momento, pasé miedo porque no sabía qué estaba pasando. Los guardias de Lucien corrieron hacia nosotros, pero era demasiado tarde. Tiraron de mí y arrastré a Lucien conmigo.

—¡Larga vida al rey y a la reina! —Los vítores retumbaron por toda la plaza mientras nos levantaban en el aire.

Miré a Lucien alucinada y él me cogió de la mano, levantándola al aire con una sonrisa. Estábamos bocarriba, mirando al cielo mientras nuestra gente soportaba nuestro peso y nos llevaba por aquella muchedumbre de miles de personas.

Estuvimos así casi media hora. Los faes de Primavera, Otoño, Verano e Invierno nos llevaron por toda la plaza. Nunca había visto a nuestro pueblo tan entremezclado y unido. Entonces me di cuenta de que nuestra boda era justo lo que necesitaban en aquel momento de asfixia.

Después nos sentamos en los escalones de una tienda con nuestra gente para degustar un menú básico a base de judías y arroz, y un poco de carne ahumada. La gente se reía y bailaba al ritmo de los violines y contaba historias de tiempos pasados.

Piper vino a buscarnos cuando la luna ya estaba alta en el cielo.

—Lo siento, necesito a los recién casados —dijo al grupo de cortesanos que charlaban con nosotros.

Estos asintieron, nos ofrecieron sus mejores deseos y seguimos a Piper entre la multitud. Mi madre me lanzó un beso al pasar a su lado y lo cogí en el aire. Libby estaba durmiendo en una manta a sus pies.

Cuando llegamos al final de la plaza, Piper se detuvo delante de un caballo y se giró hacia mí.

—Id a disfrutar de un poco de tiempo a solas. Mañana empieza la guerra de verdad.

Ella había sido la guardiana de mi pureza toda mi vida, y ahora me estaba insistiendo para que yaciera con mi marido. Estaba totalmente de acuerdo.

Lucien juntó las manos en agradecimiento.

—Eres la mejor —le dijo a Piper y esta sonrió.

Saltamos los dos sobre la montura y cabalgamos de vuelta al palacio de la corte de Invierno. Cuando llegamos, uno de sus asistentes nos estaba esperando para llevarse al semental.

Lucien me indicó despreocupado que entrase y me guio a sus aposentos. Nunca había estado en su habitación y, con cada paso que dábamos, más me acordaba de que la pureza que pretendía guardar para él ya no existía.

Cuando llegamos a la gran puerta de roble, Lucien la abrió y entramos. Me quedé atónita al ver lo luminoso que era todo. Esperaba grises y negros, pero era todo de colores crema y blancos.

«Nieve». Me recordaba a la nieve. El sofá, la cama, las sábanas, el color de las paredes... todo era blanco o de tonalidades crema, lo que iluminaba mucho la habitación.

Me giré y Lucien sujetó mi cara entre sus manos.

—Tenemos el resto de nuestra vida por delante. Si no estás preparada...

Estrellé mis labios contra los suyos y me recompensó con un gemido.

Pensaba que, después de la situación traumática con Marcelle, quizás nunca volviera a querer yacer con nadie. Pero era todo lo contrario. Ansiaba ese momento con Lucien para que pudiera reemplazar la situación terrible que Marcelle me había robado. Quería demostrarle a mi cuerpo que era seguro amar a ese hombre y que no nos traicionaría. Quería imprimir un nuevo recuerdo en mi cuerpo, repleto de amor y ternura.

Todos nuestros besos anteriores habían sido o públicos o al aire libre, pero aquel beso, recluido en la privacidad de nuestra habitación, era despreocupado, crudo y carnal. Lucien enredó los dedos en mi pelo y tiró con delicadeza mientras yo me aferraba a su pecho. Nuestras lenguas se acariciaban suavemente y presioné las caderas contra él. Se apartó de mí y me miró con ojos salvajes, con una especie de instinto animal.

—Es tu última oportunidad de retirarte —susurró, y vi cómo le latía el pulso en el cuello.

—No pienso retirarme —le aseguré jadeando.

Fue como si hubiera sacado a un animal salvaje de su jaula. Me agarró por la espalda y arrancó todos los lazos de mi vestido para dejar al descubierto mis pechos. Tiré de su túnica hasta que se la sacó por la cabeza y en cuestión de segundos estábamos desnudos y mirándonos fijamente.

Recorrió con la mirada cada centímetro de mi piel desnuda y no me crucé de brazos sobre el pecho ni intenté esconder o apretar los muslos. Me quedé allí de pie, mostrándole mi cuerpo mientras yo también me bebía el suyo.

Lucien Espino era una obra maestra. Si fuera escultora, tallaría su cuerpo en la roca, prestando especial atención a los músculos marcados del

abdomen y la uve que se le marcaba en la pelvis.

—Soy tuyo —declaró jadeante a la vez que se acercaba a mí hasta que nuestros cuerpos se rozaron—. Todas y cada una de las partes de mi cuerpo y de mi alma son tuyas, Madelynn Vendaval —susurró mientras me agarraba y me llevaba a la cama. Respondí a sus palabras con un aspaviento y gemí cuando sus labios tomaron contacto con mis pechos.

Arqueé la espalda cuando el placer y el deseo florecieron entre mis piernas, y Lucien empezó a hacer círculos en la zona más sensible.

Toda mi vida me habían enseñado a ser perfecta, a contener todos los pensamientos o impulsos sexuales, a ser decente, a ser pura. Y, en aquel momento, en la seguridad de mi cama matrimonial, con el hombre al que amaba, me dejé llevar.

Me aferré a su mano y jadeé mientras Lucien me arrastró la lengua por el cuello.

—Te necesito —gemí.

Un segundo después, lo tenía tumbado a mi lado, agarrándome por las caderas para colocarme encima de él.

Me preocupaba no saber qué hacer, debería haberle preguntado a alguna amiga casada cómo hacerlo bien para que ambos disfrutáramos. Pero, para mi alivio, yacer con Lucien fue tan fácil y tan despreocupado como cuando hacíamos magia juntos.

Mi viento, su nieve.

Encajábamos a la perfección, bailando juntos con el ritmo de nuestros cuerpos, persiguiendo el placer y cabalgando las olas de felicidad hasta que los dos caímos en la cama jadeando.

Lucien se giró para mirarme y sacudió la cabeza.

—¿Qué? —pregunté preocupada.

—No me puedo creer que me amenazaras con yacer conmigo solo para concebir —resopló—. Habría muerto bajo tales condiciones.

Eché la cabeza hacia atrás y me salió una risa profunda desde el fondo del vientre. Él se apoyó sobre un codo y observó mi figura desnuda.

—Mañana llegan la guerra, la muerte y la seriedad —dijo de forma sombría.

Yo asentí. Le agarré la mano y me la coloqué sobre el pecho.

—Pero siempre tendremos esta noche.

Y la tuvimos. Nos quedamos tumbados uno junto al otro y construimos una noche de recuerdos que perdurarían más allá de la depresión de la guerra que iba a caer sobre nosotros mientras nos aliábamos para derrotar a la reina de Nightfall.

18

¡Lucien no me ha despertado! Me sentía un poco tonta al entrar en el comedor para desayunar y encontrármelo lleno de reyes y reinas de prácticamente todas las razas mágicas.

La reina Kailani me recibió con un abrazo.

—¡Una boda épica!

Arwen asintió.

—Mucho más divertida que la nuestra. —Miró a su marido.

Él se estremeció.

—Bebí demasiado hidromiel.

Me acerqué un poco a Arwen.

—Soy Madelynn. Creo que no nos han presentado oficialmente —le dije a la reina dragona. Me había ayudado muchísimo con la guerra y se puso al mando cuando vio que yo estaba demasiado consternada, pero apenas había intercambiado palabras con ella. Estuvo en la boda, pero apartada. Había habido demasiada gente y no habíamos tenido la oportunidad de conocernos.

Arwen sonrió.

—¿La mujer que le ha derretido el corazón al rey invernal? ¡Ya te quiero! —Se apresuró hacia mí y me envolvió en un abrazo. Me salió una carcajada del pecho y le devolví el abrazo. Cuando nos separamos, Lucien nos miraba con una sonrisa y se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Buenos días —susurró.

Observé la escena que se estaba desarrollando ante mí y me puse a desayunar. Había un mapa del reino con figuritas colocado en medio de la mesa. Cuencos y bandejas de comida rodeaban el mapa y todo el mundo cogía fruta y trozos de pan y carne mientras iban gritando ideas al aire. Esperaba que las otras mujeres se quejaran por tener un mapa de guerra en

la mesa del comedor, pero, en lugar de eso, estaban señalando puntos débiles y ventajas en la frontera. Fui consciente en ese momento de que no eran simples floreros. Eran mujeres guerreras a las que me enorgullecía recibir en nuestra casa.

Las niñeras traían y sacaban del comedor a las gemelas de Arwen, y me pareció muy tierno ver al rey dragón adorándolas. Les besaba en la cara y los pies, y les frotaba las manos en su barba desaliñada.

Mientras Lucien y Raife discutían sobre el Valle Estrecho, entró un mensajero en el comedor con un soldado herido. Al soldado invernal le faltaba un brazo y tenía un trozo de tela apretado a modo de torniquete.

Lucien se levantó de golpe y corrió al lado del hombre.

—Ardell —Lucien saludó al soldado.

El rey Piedralucera también se puso de pie y se acercó a ellos.

—¿Necesitas que te curen?

Ardell negó con la cabeza.

—La hemorragia se ha detenido. A no ser que seáis capaz de hacer crecer brazos.

El rey Piedralucera frunció el ceño.

—No puedo.

Ardell asintió.

—Traigo noticias, mi lord. Noticias desalentadoras. —Miró a todos los allí presentes.

—Habla tranquilo, estos son mis mejores amigos y aliados —le ordenó Lucien.

Ardell cogió aire algo tembloroso.

—Me he colado en Nightfall, tal y como me ordenasteis. He espiado a los soldados de la reina durante un día entero, pero me capturaron y luego me soltaron.

Nos preparamos todos para lo que venía a continuación.

—¿Qué has visto? —Lucien le colocó una mano tranquilizadora en el hombro bueno.

Ardell miró a la pared del fondo como si intentara aliviar el trauma.

—Sus hombres... algunos de ellos... pueden cambiar de forma como los licántropos de Fallenmoore.

Me levanté de mi silla y me acerqué a él para comprobar que lo había oído bien.

—¿A qué te refieres? —Lucien habló despacio—. ¿Los han mordido? ¿Han cambiado?

Ardell negó con la cabeza.

—No son tan grandes como los de Fallenmoore. Y algunos de ellos solos pueden transformarse de forma parcial, pero es suficiente para hacer daño. —Levantó el muñón como para darle efecto dramático a su discurso.

Lucien empezó a andar por el comedor mientras el rey elfo se acercó más a Ardell y le colocó la mano sobre la herida. Una luz morada emanó de la palma y el chico relajó la cara.

—Gracias, mi lord.

—¿Qué más puedes decirnos? —le preguntó el rey Piedralucera.

Ardell inclinó la cabeza.

—Tienen cientos de máquinas que usan para sacarnos los poderes. Tienen ruedas y solo hay que estar tumbado un momento para que te extraigan la magia y la conviertan en un elixir.

—¡Un elixir! —La reina Kailani se puso de pie, también lo hicieron el rey y la reina dragontinos. Parecía que ya nadie era capaz de estar sentado. Y todos habíamos perdido el apetito.

Ardell asintió.

—El soldado bebe el elixir y tiene poderes mágicos.

El rey Piedralucera y la reina Kailani se miraron.

—Se nos debió pasar eso —dijeron al unísono.

No sé a qué se referían. Mi cabeza se había quedado atascada en el hecho de que los soldados de Nightfall, contra todo pronóstico, ahora tenían los poderes de todas las criaturas de Avalier.

—Gracias, Ardell. Puedes dar tu servicio por concluido. Recibirás una pensión completa de veterano durante el resto de tu vida —le prometió Lucien.

Ardell hundió la barbilla.

—¿Me dais permiso para continuar y luchar? Aún me funciona la magia en el otro brazo.

Lucien sonrió.

—Permiso concedido. Ve a descansar un poco.

Ardell nos hizo una reverencia a todos y se marchó. Inmediatamente el comedor estalló en murmullos.

—¡Ahora tienen el poder de los licántropos!

—¿Cuánto hace que tiene esas máquinas?

—¡Un elixir!

—¡Quiero ver su cabeza en un palo!

Lucien silbó y la sala se quedó en silencio. Todo el mundo se giró hacia él mientras hablaba tranquilo pero sin rodeos.

—Entre Embergate y nuestras tierras tenemos a Zaphira rodeada —dijo Lucien señalando en el mapa—. Pero tenemos que avisar a Axil. Es muy solitario y solo se relaciona con los suyos. Dudo que sepa que la reina ha estado robándole los poderes a su raza y que se avecina una guerra.

El rey Piedralucera asintió.

—Siempre ha estado más unido a ti. ¿Podrías ir a hablar con él aunque no te funcionen los poderes?

La temperatura de la habitación se desplomó de pronto, nos rodeó un frío frígido y nuestras respiraciones se convirtieron en vaho.

—En realidad, ya los he recuperado. Lo he probado esta mañana —afirmó con una sonrisa. Yo sonreí a Lucien, tremendamente contenta por él.

La reina Arwen se frotó los brazos con ambas manos.

—Vale, pero no hace falta que presumas ahora —bromeó.

—Perdón —murmuró Lucien, y la temperatura volvió a subir.

Me sentía inmensamente aliviada porque hubiera recuperado sus poderes y casi me derrumbo sobre mi silla. Entonces se me ocurrió algo.

—Yo puedo ir —solté—. La guerra ya ha comenzado y Lucien es muy poderoso. Lo mejor es que él se quede aquí y proteja a los nuestros.

—Ni hablar —se apresuró a decir Lucien.

Kailani carraspeó.

—En realidad... igual podríamos hacer una especie de viaje de chicas. La reina Arwen podrá llevarnos volando a la reina Madelynn y a mí. Así vuestros hombres pueden contener el frente mientras no estamos. Podemos traer a Axil y a su ejército.

¿Un viaje de chicas para ir a buscar a los licántropos? Me gustaba la idea y, por la sonrisa de Kailani, a ella también.

—Con el debido respeto, mi amor... —El rey Piedralucera miró a su mujer—. No pienso enviarte a Fallenmoore sin protección.

Kailani le lanzó una mirada a su marido.

—¡No necesito un guardia! Puedo arrebatarle la vida a una persona con un solo aliento —soltó, y el rey elfo se quedó sin palabras.

Caray, había oído que era muy poderosa, pero su magia no era demasiado conocida, más bien rumores. Resucitaba a los muertos, absorbía el alma de las personas, podía leer mentes. Durante las últimas semanas, los rumores de que ella sola había ahuyentado a la reina de Nightfall y a su malvado ejército mientras su marido estaba fuera de la ciudad habían llegado a la corte de Otoño. Aunque no sabía cuánto de verdad había en todo aquello.

—Yo también —le dije, y me sonrió.

El rey dragón abrió la boca para hablar, pero Arwen levantó una mano y lo interrumpió.

—Ni te molestes. Voy a ir. Volveré en dos días. Las niñas están con la niñera, no les pasará nada.

Drae cerró la boca y apretó la mandíbula, y se mantuvo callado.

—Pues ya está —concluí—. Iremos a buscar a Axil y traeremos a los licántropos al frente para acabar con Zaphira.

Todos los hombres se miraron como echando en falta haber tenido la oportunidad de hablar a solas, pero sabían que no iba a ser posible.

—Volar a Fallenmoore es más seguro que estar aquí ahora mismo —les dijo Lucien a los demás reyes.

Drae suspiró rendido.

—Pero ¿cuándo fue la última vez que tuviste noticias de Axil?

—Me envió una carta la pasada primavera —dijo Lucien—. Era muy genérica: tenía problemas con su hermano y se pensaba casar pronto.

—¿Sabemos siquiera si estaría dispuesto a ayudarnos? —insistió el rey dragón—. Los licántropos son muy huraños. No les gusta que los molesten con problemas de fuera.

El rey elfo asintió.

—Pero ahora tenemos pruebas de que Zaphira le está quitando los poderes a los suyos. También es un problema de los licántropos.

Lucien carraspeó.

—Axil no conoce a nuestras esposas. ¿Cómo va a creerse que de verdad transmiten nuestro mensaje y actúan con nuestro beneplácito?

El rey dragón y el rey elfo compartieron una sonrisa traviesa; luego Drae se acercó a la puerta.

—Enseguida vuelvo —dijo misteriosamente.

Volvió al cabo de un rato con una cajita en las manos. Era de metal y tenía las esquinas oxidadas. Le pasó la mano por encima para quitarle el polvo y se la enseñó a Lucien.

A Lucien se le cambió la cara y se puso pálido.

—La has desenterrado —susurró con la voz llena de emoción.

—Así es —confirmó Drae, y la llevó hasta la mesa.

Arwen deslizó la mano en la de Drae, Kailani se acercó junto a Raife y yo me puse al lado de Lucien.

—¿Qué es? —pregunté dejando claro que era la única que no lo sabía.

Lucien me miró con emoción en los ojos.

—Una cápsula del tiempo. Teníamos ocho o nueve años, todos guardamos algo dentro. Raife, Drae, Axil y yo.

Qué bonito. Podríamos llevarle la caja a Axil y así no dudaría que éramos las mujeres de los reyes.

Kailani se adelantó para mirar la caja.

—¿Vais a abrirla?

Drae miró a Lucien.

—Raife y yo queríamos abrirla contigo.

Lucien suspiró ligeramente triste.

—Vamos a esperar a Axil. La abriremos juntos una vez que hayamos ganado la guerra.

Se me hundió un poco el corazón. Me moría por saber qué había enterrado el Lucien de nueve años. Pero, por la mirada que tenía, aún no estaba preparado para desenterrarlo.

Llamaron a la puerta y Piper asomó la cabeza.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me preguntó. Asentí, excusándome ante todos, y los dejé preparando nuestro viaje al norte.

Cuando cerré la puerta detrás de mí, Piper me acompañó por el pasillo apresuradamente y tuve que correr para alcanzarla.

—¿Qué pasa? —la interrogué.

Ella dobló una esquina y entró en la biblioteca. Yo la seguí y me encontré cara a cara con el padre de Lucien.

Retrocedí por el olor a orín y a vino. El padre de Lucien tenía los ojos inyectados en sangre y le temblaba un pie. Estaba muy callado, y yo miré a Piper, que se quedó a mi lado para darme apoyo moral.

Vincent miró a Piper y, al ver que no se iba, carraspeó.

—Me he perdido la boda —me dijo.

¿Era por eso?

—Efectivamente —respondí sin saber qué hacía allí. Ya sabía cuáles eran las normas.

Cerró los puños y parecía que se había quedado sin palabras.

—Nunca fui un gran padre... pero ¿igual puedo ser un abuelo decente? Quiero... quiero ponerme bien —afirmó por fin, y a mi corazón le salieron alas—. Llevo veinticuatro horas sin beber y estoy dispuesto a ir a ese centro de rehabilitación élfico que mencionaste.

Suspiré aliviada y, aunque todavía estaba enfadada con él por lo mal que había tratado a Lucien, le di un abrazo. En cuanto le envolví con mis brazos, se tensó, como si no lo hubieran abrazado nunca.

Luego se relajó y me devolvió el abrazo, con unos sollozos que le sacudían todo el cuerpo.

Piper salió de la biblioteca y supe, sin necesidad de preguntar, que había ido a preparar el carruaje para llevarlo al centro élfico de rehabilitación, algo que esperaba que terminara curando también a mi marido y esa parte de él que probablemente, en el fondo, todavía quisiera a ese desastre de hombre.

Cuando nos separamos, me di cuenta de que quizás ahora yo también oliera mal.

Él se secó los ojos.

—Lo siento. Qué idiota soy —murmuró.

Fruncí el ceño mientras me preguntaba quién le habría enseñado a hablarse así. Seguro que su padre.

—Tengo muchas ganas de verte sobrio, Vincent.

Él asintió.

—Tengo... miedo. Solo llevo un día sin vino y ya estoy sintiendo cosas que no quiero sentir.

—Creo que es normal —le dije, pero en realidad no podía ni imaginar cómo era tener miedo de sentir tus propios sentimientos. Yo no era como él.

No me había dado cuenta de que Lucien estaba detrás de mí, en el quicio de la puerta abierta, hasta que habló.

—Tu carruaje está listo, padre. —Tenía la voz contenida y yo me quedé paralizada.

Vincent miró a su hijo y se secó el último rastro de lágrimas que le quedaba en la cara. Me asintió y pasó junto a mí hasta detenerse frente a la puerta para mirar a su hijo, que era unos centímetros más alto que él.

—Tu madre estaría orgullosa del hombre en el que te has convertido. Uno mucho mejor que yo. —Su padre estiró un poco los brazos y le agarró la cara—. Lo siento —susurró, y salió de la habitación.

Yo me quedé allí, inmóvil, sin saber muy bien qué hacer para apoyar a Lucien en aquel momento.

—Fae bendita —dijo Lucien, y lo miré ojiplática.

—¿Qué? —pregunté.

—No sabía que conocía las palabras *lo siento* —bromeó.

Me relajé un poco al ver que se lo había tomado con humor. Me acerqué a él y le acaricié por donde le había agarrado su padre la cara.

—Tiene razón. Eres mejor hombre que él, y no os parecéis en nada. —Le di un beso en los labios y me recompensó con una sonrisa que luego se convirtió en una mueca.

—Apestas, cielo. —Lucien miró mi vestido.

—Voy a cambiarme para el viaje. —Me reí.

19

Por primera vez en mi vida llevaba... pantalones. Arwen nos había convencido a Kailani y a mí de que así sería más cómodo viajar y movernos luego a pie por Fallenmoore si fuera necesario. Sinceramente, yo estaba horrorizada de que me vieran con semejante atuendo, pero sí que eran muy cómodos y amplios. ¡Y tenían bolsillos!

—Puedo llegar hasta donde estés en medio día —le aseguró Drae a su mujer mientras Kailani y Raife se despedían también. Cogimos agua, comida, un mapa y la caja metálica.

Lucien me apartó a un lado y me miró con unos ojos que me decían que se le estaba rompiendo el corazón tanto como a mí.

Nos acabábamos de casar. Había dormido entre sus brazos solo una noche. No era suficiente. Quería más.

Tenía los ojos muy abiertos e inquietos.

—Te acabo de recuperar. No estoy preparado para dejarte ir.

—Traeré al rey Axil y a sus hombres y ganaremos esta guerra. Te lo prometo. —Entrelacé los dedos con los suyos y me incliné hacia delante para darle un beso en los labios. Al principio dudó, pero finalmente abrió la boca y profundizó el beso.

Cuando me aparté, me sonrió y me acarició el pelo.

—No sé qué es peor, no saber a qué sabes o saberlo y no poder besarte.

Yo sonreí.

—Lo último, sin duda.

Tragó con fuerza.

—Si te pasa algo, congelaré el reino entero. No seré capaz de controlarlo.

El miedo me aceleró el corazón porque sabía que me estaba diciendo la verdad.

—Estaré bien. Por favor, protege a mi familia.

Él asintió.

—Descuida.

—¡Venga, tortolitos! Tenemos que irnos —gritó Kailani desde detrás de Lucien. Arwen ya se había convertido en una preciosa dragona azul y la reina elfa estaba cargando los suministros en su cesta.

No había nada más que decir. Ya nos habíamos despedido y nos habíamos dado todos los besos. Lo único que quedaba por hacer era dejar a nuestros seres queridos y volar hacia el peligro desconocido por el bien de nuestro pueblo. Eso era lo que hacían las reinas.

Lucien me ayudó a subir a la cesta que portaba Arwen sobre su lomo y me acomodé en el asiento con Kailani.

—¿Crees que vamos a necesitar eso? —le pregunté al ver la cajita abierta llena de botellas de alcohol. No tenían tapón y salía un trozo de tela del cuello de cada una.

Kailani sonrió.

—Es un plan de refuerzo, por si alguien nos toca las narices de camino.

Me caía bien, me caía muy bien. No se parecía en nada a ninguna dama que hubiera conocido. Piper, mi madre y Libby vinieron corriendo para despedirnos, e intenté no fijarme en las lágrimas que brotaban de los ojos de mi hermana.

Cuando Arwen despegó, me tragué las emociones y puse una sonrisa. Así me despedí de todos con la mano.

Una vez en el aire, Kailani cogió la cajita metálica y la sacudió con cuidado, haciendo chocar su contenido.

—¿Vamos a cotillear? —me preguntó con una sonrisa malévola.

Me reí, le quité la caja y la solté a nuestros pies.

—No, tenemos que dársela al rey Axil como hemos prometido.

Kailani hizo pucheros, pero se acomodó en el asiento para el resto del vuelo. Entonces empezó a nevar, y un fino polvo nos fue cubriendo a medida que abandonamos la corte de Invierno.

—¡Oooh! —comentó Kailani—. Ha hecho que nieve para ti.

Me giré y miré al suelo. Todo el mundo se había retirado menos Lucien. Estaba mirándonos mientras caía la nieve del cielo.

Me recordó al día que vino a negociar mi dote, cómo accedió a todo lo que quise, me colmó de halagos y respetó a nuestro personal de servicio.

Lucien Espino había resultado no ser para nada como me lo había imaginado. Era mucho mejor, y le recé al Creador para que ganásemos esta guerra y pudiésemos empezar a vivir el resto de nuestra vida juntos.

El vuelo sobre Archmere hacia Fallenmoore fue asombroso. Había estado una vez en Archmere, pero nunca había podido verlo desde esa perspectiva. Era muy verde. Parecía Primavera y alguna parte de Otoño, pero por todas partes. Luego, cuando llegamos a la frontera con Fallenmoore, agradecí llevar la capa. Me recordó a la corte de Invierno y a Lucien. La nieve cubría las cimas de las montañas que se extendían por el horizonte hasta donde alcanzaba la vista.

Nunca me había considerado una persona cerrada. Era princesa y había viajado por Archmere y por todo Embergate, pero hasta ese momento, cuando vi a la manada de lobos que había bajo nosotras, no me había dado cuenta de lo poco que había explorado el reino.

Miré a Kailani, que tenía los ojos muy abiertos, y supe que ella tampoco había visto nunca un lobo.

—Qué grandes son —exclamé mientras Arwen descendía.

La enorme masa de pelaje y músculo era algo digno de contemplar.

Eran más grandes que un cugarino ¡y casi tan grandes como un osorino! De pronto, me puse muy nerviosa por la tarea que nos esperaba. ¿Eran civiles en su forma animal? ¿O solo en la de humanos? Sabía que la luna los afectaba, y los había escuchado aullar una vez durante una visita a un pueblo fronterizo en Archmere. Los lobos notaron nuestra presencia y levantaron la cabeza para observar cómo descendíamos hacia ellos.

Kailani se agachó y agarró con fuerza la cajita metálica mientras Arwen aterrizaba entre la manada, de unas dos docenas de lobos.

Nos rodearon, acorralando a Arwen mientras Kailani y yo salíamos de la cesta y nos acercábamos a uno de ellos.

El lobo nos miraba directamente a los ojos y tenía la cabeza inclinada hacia un lado, lo que me demostraba que era inteligente.

—Soy la reina Madelynn, de Thorngate —le dije.

Kailani hizo una ligera reverencia a mi lado y me regañé por no haber hecho lo mismo.

—Soy la reina Kailani, de Archmere, y ella es la reina Arwen, de Embergate. Venimos en busca de una audiencia con vuestro rey.

Observé al lobo con la cabeza inclinada mientras cambiaba de forma. Parecía como si se estuviera... derritiendo. El sonido de los huesos rompiéndose llenó todo el espacio y el pelaje se le fue retirando para dar paso a una piel suave. Era horrible y fascinante al mismo tiempo y no era capaz de apartar la mirada, ni siquiera cuando la criatura quedó reducida a una mujer desnuda que permanecía agachada y no dejó de mirarnos.

Tragué con fuerza mientras se ponía de pie y levantaba la barbilla, mirándome a los ojos fijamente, casi sin parpadear. No dijo ni una palabra, tan solo me sostuvo la mirada. Empecé a preguntarme si no hablaban mi idioma y tenían una lengua materna que no conocíamos, hasta que me sonrió.

—¿Sois una alfa entre los de vuestra raza? —me preguntó. El pelo largo y negro le caía sobre un hombro, pero tenía los pechos al aire, como el resto del cuerpo, y no hacía ningún intento de cubrirse.

Tuve que recordarme que eran costumbres culturales que quizás fueran normales entre ellos, así que intenté actuar como si no me molestara.

—Así es —le confirmé. Alfa y reina eran parecidos. Éramos líderes de nuestro pueblo.

—¿Nos podéis llevar ante el rey Luna? —pidió Kailani.

La mujer loba señaló una cordillera a lo lejos, donde se veía una pequeña columna de humo que subía hacia el cielo.

—Nuestro rey vive en Death Mountain, lo encontraréis allí —dijo.

«Death Mountain». Eso no sonaba muy acogedor.

Se acercó a mí y me agarró por la barbilla para levantarme la cabeza.

—No os agachéis a no ser que seáis sumisa. Si sois una alfa, una reina, mantened la cabeza bien alta y el contacto visual. Si el rey piensa que sois débil, os matará.

Se me abrieron los ojos. ¿Matarme? Era la reina de un territorio vecino. Estaba segura de que no lo decía en serio.

Kailani y yo compartimos una mirada de preocupación, y luego la mujer miró a Arwen en su forma de dragona.

—Ella es una amenaza para el rey. No puede ir a Death Mountain en forma de dragón o le dispararán desde arriba sin dudarlo. O se queda aquí o va en forma de humana.

Vale, era evidente que había algunas reglas que no conocíamos. Empecé a entrar en pánico porque no sabía qué hacer. Pero antes de que me diera tiempo a pensar siquiera una solución, Arwen volvió a adoptar su forma humana.

Más crujidos de huesos, escamas de dragón que se convertían en piel rosada, y ahora me encontraba delante de dos mujeres desnudas.

«Creador bendito».

Intentar mantener el contacto visual cuando hay pechos de mujer expuestos era más difícil de lo que pensaba. Estaba intentando contener el rubor de mis mejillas, pero sabía que no lo estaba consiguiendo.

—No van a ningún sitio sin mí —le dijo Arwen a la mujer sin perder el contacto visual y con la barbilla bien alta, como había sugerido la loba.

La mujer de pelo oscuro sonrió.

—Dos alfas —comentó sin borrar su sonrisa.

Kailani carraspeó.

—Tres alfas. Yo también soy una alfa.

La mujer sacudió la cabeza.

—No. Tú eres una segunda al mando. Más bien de los puestos intermedios de la manada.

Kailani frunció el ceño y se cruzó de brazos. Parecía que aquí la costumbre era evaluar a una persona y categorizarla de inmediato según lo dominante que fuera. Pero no tenía ni idea de que Kailani era una fuerte guerrera.

Arwen carraspeó.

—¿Podríais vuestra manada y vos escoltarnos hasta Death Mountain? Podemos pagaros.

La mujer miró a un lobo que estaba detrás de ella y pasó algo imperceptible entre ellos.

—Os llevaremos hasta la base de la montaña. Intentamos evitar la política todo lo posible —explicó.

Qué comentario más interesante.

Evitar la política... ¿Eran una especie de manada rebelde que vivía ajena a las reglas gubernamentales?

—Gracias —dijo Arwen, y empezó a buscar en la cesta algo de ropa y zapatos. Cuando estuvo vestida, la mujer licántropa se volvió a convertir en loba sin decir nada. La manada se puso en movimiento, aproximadamente una docena de lobos formaron una uve señalando el camino; y marchamos dentro de ella.

Tras una hora caminando, Arwen se acercó un poco más a Kailani y a mí.

—Ninguno de los reyes, excepto Lucien, ha hablado con Axil desde que eran adolescentes. No sabemos qué situación nos vamos a encontrar, pero, si algo va mal, salid y nos llevaré volando a casa.

Las dos asentimos y empecé a preguntarme qué podía ir mal. Lucien me había hablado del rey Axil como un buen amigo. Me dijo que estuvieron años escribiéndose cartas y mantuvieron una buena relación desde que dejaron de irse de retiro anual.

—Lucien habla muy bien del rey Axil. Me ha dicho que no dudará en ayudarnos —intenté tranquilizarlas.

Kailani me miró de reojo.

—Entonces, ¿por qué nos han dicho que podrían disparar a Arwen desde arriba?

Me mordí el labio. Tenía razón. Solo el rey dragón y la reina dragona podían convertirse en dragones. Si Axil había dado órdenes a sus hombres de disparar a un dragón, lo había hecho sabiendo que estarían matando al rey o a la reina.

Bajé la voz hasta apenas un susurro, sonaba más fuerte el crujido de nuestras botas sobre la nieve.

—Si fuera necesario, yo puedo protegernos con mi magia ventisca. No nos pasará nada.

Arwen me miró incómoda.

—¿Sabes el poder que tiene el rey lobo?

Me tragué el nudo de inquietud que se me había formado en la garganta al escuchar su tono.

—¿Se puede transformar en un lobo muy grande?

Arwen se rio entre dientes.

—El rey de los lobos puede apoderarse de tu mente y hacer que tu magia ventisca no sirva de nada.

Se me quedó la boca seca. ¿Apoderarse de mi mente? Pero...

—¿Estás segura?

Arwen miró a la líder de la manada con quien habíamos hablado. Nos estaba observando y asintió con firmeza. Genial. Se había enterado de toda nuestra conversación.

—Sí —confirmó Arwen.

«Ay, fae». ¿Dónde nos habíamos metido?

Fin.

¿Te ha atraído *El despiadado rey fae*? La historia continua en *El cautivo rey lobo*, el cuarto y último libro de la serie Reyes de Avalier.

El despiadado rey fae
Leia Stone

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de cubierta: Leia Stone

Título original: *The Ruthless Fae King*
© del texto: Leia Stone, 2023
Publicado por acuerdo con Bookcase Literary Agency
© de la traducción: María Cárcamo, 2025

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-30012-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta